

Gabi Stevens

# Cumpliré tus deseos

Libros de  
*seda*

tiempo de transición

La sorpresa que se lleva Kristin Montgomery cuando sus tías le cuentan que, en realidad, son hadas madrinas, la deja sin palabras. Y lo peor: tras soltar la bomba, le dan una varita mágica y se van de crucero alrededor del mundo. Así, la tranquila vida de Kristin como contable en San Diego desaparece como por arte de magia, pues no solo tiene que enfrentarse a los incipientes poderes que ha heredado, sino también a ese engorro de mentor mago, Tennyson Ritter, que le ha sido asignado para su aprendizaje, un tipo tan sexy como reticente con respecto a sus posibilidades de llegar a ser un hada madrina de verdad.

Tennyson Ritter es historiador, un estudioso de vocación que ha tenido que dejar sus investigaciones para ocuparse del aprendizaje de la nueva hada madrina. Y la verdad es que no le apetece nada perder el tiempo con una chica que no tiene ni idea de lo que es la magia o el mundo mágico. Sin embargo, la seductora Kristin acabará apartándolo de sus libros y acercándolo a ella. No obstante, antes de que la joven hada madrina pueda poner a punto sus poderes y pasar las pruebas necesarias para utilizarlos con destreza, Tennyson y ella se verán obligados a colaborar para defender el mundo o, mejor dicho, dos mundos, el mágico y el humano, contra aquellos que reclaman dichos poderes para sí y que quieren utilizarlos solo en su propio provecho.



Gabi Stevens

# Cumpliré tus deseos

**Serie Tiempo de transición - 1**

**ePUB v1.0**

**SMAGX01.12.15**

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

*Cumpliré tus deseos*. Libro 1 de la serie *Tiempo de transición*.

Título original: *The Wish List. Time of Transition 1*.

© 2010, Gabi Stevens

© de la traducción: Irene Prat Soto

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Germán Algarra

Fotografía de la autora: KIM JEW Photography

Primera edición digital: julio de 2014

ISBN: 978-84-15854-51-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (

[www.cedro.org](http://www.cedro.org)

).

Conversión a libro digital: Books and Chips

# Capítulo 1

## Nunca reveles tu magia a tus protegidos

SAN DIEGO, CALIFORNIA

Las tías la habían convocado.

Le habían dejado un mensaje críptico que la hacía oscilar entre la curiosidad y la preocupación. ¿Por qué habían insistido tanto en verla? Habían dicho algo de un trabajo y de que «había llegado la hora».

Kristin Montgomery aparcó su Toyota delante del bungalow de Mission Beach, bajó del vehículo y lo cerró. Como siempre, había encontrado un sitio estupendo para aparcar. Era raro, porque encontrar aparcamiento en las abarrotadas calles cerca de la playa solía ser difícilísimo, pero siempre que iba a visitar a las tías parecía que hubiera un espacio esperándola.

Kristin respiró profundamente. La suave brisa que provenía del océano jugaba con su pelo y el fresco aire salado que soplabá del mar parecía oler a aventuras.

Esa mañana dicho aroma era más pronunciado de lo habitual.

«No seas tonta, Kristin.» Se dirigió a la entrada. Había buganvillas con flores de color rosa oscuro a ambos lados del sendero que llevaba a la puerta. Desde fuera, la casa tenía el mismo aspecto de siempre, tan encantadora y pintoresca como el día en que sus tías se mudaron allí, durante la adolescencia de Kristin. La casita tenía unos setenta años y estaba valorada en más de setecientos mil dólares. Sólo en San Diego podía ser tan cara semejante casa de muñecas con un jardín del tamaño de un sello.

Las tres mujeres no eran sus tías de verdad y no tenían autoridad para «convocarla», aunque Kristin las quería de todos modos. Pero ¿por qué la habrían citado de esa manera?

Llamó al timbre y tiró de la puerta. Como de costumbre, se abrió de par en par.

—¿No os tengo dicho que es peligroso dejar la puerta abierta?

Un caos absoluto la recibió. Maletas, bolsas y un baúl enorme estaban esparcidos por el salón. Había ropa colgando de los lados del baúl, papeles y mapas llenaban todos los bolsillos, y un zapato solitario asomaba por una bolsa, su pareja tirada en el suelo.

La tía Rose salió de su estudio cargando con un revoltijo de ropa.

—Tonterías, querida. Nadie va a asaltar la casa —dijo, y rozó la mejilla de Kristin con un beso—. Me alegro de volver a verte, cariño.

Kristin observó a su diminuta tía y su pelo blanco.

—¿Necesitas ayuda?

—No digas bobadas, ni que estuviera acarreando ladrillos —dijo Rose antes de colocar tres prendas en la primera maleta y el resto en la segunda.

Kristin la siguió.

—¿Os mudáis?

Justo en ese momento la tía Lily entró en el salón.

—Por supuesto que no, cariño. Enseguida te lo explicamos.

Alta y grácil, Lily sostenía una botella grande de crema solar y varias toallas. Sobre el pelo gris oscuro llevaba dos sombreros en un ángulo muy glamuroso y tres pares de gafas de sol.

—¿Vais a bajar a la playa? —preguntó Kristin, levantando las cejas.

—Nadie lleva maletas a la playa, corazón —dijo Lily. Con un gesto de la cabeza dejó caer los sombreros y las gafas en la maleta que tenía más cerca, y se puso a ordenarlos.

—Entonces, ¿de qué va esto?

—Ha llegado el ciclo de renovación —dijo Rose sonriente.

—¿Renovación? —Kristin frunció el ceño.

Violet, la tía que completaba el trío, irrumpió en el salón con una carpeta lila a rebosar de folletos, panfletos y papeles varios.

—No se lo habréis dicho ya, ¿no? ¡No habréis empezado sin mí! —exclamó, dirigiéndole una mirada de reprobación a Rose y negando con la cabeza, lo que hizo que su pelo corto y plateado se agitara.

—Por supuesto que no, Violet, no te haríamos eso —dijo Rose, encogiéndose de hombros de manera adorable—. Somos un equipo.

—Pero ahora que estamos las tres... —Lily se aproximó a Kristin y le apretó las manos. Rose y Violet también se le acercaron e intercambiaron miradas cómplices, como si compartieran un secreto—. No somos tus tías de verdad, cariño.

Kristin reprimió una carcajada.

—Ya lo sé.

Violet suspiró.

—Por mucho que me fastidie admitirlo, nos estamos haciendo mayores —dijo, y puso un dedo ante los labios de Kristin cuando vio que esta iba a protestar—. Es la verdad. Cada vez somos más lentas de reflejos, es todo un problema.

—Pero ha llegado el ciclo de renovación, así que ya podemos empezar a celebrarlo —intervino Rose—. Nuestro contrato ha llegado a su fin.

—¿Perdón? —dijo Kristin, mirando detenidamente a las tres mujeres. ¿De qué estaban hablando?

—Ahora te toca a ti relevarnos, querida —aclaró Rose. Se volvió hacia sus amigas—. ¿A qué hora viene a buscarnos el taxi?

—En media hora —respondió Violet—. Mierda, va a ser imposible estar a punto.

—Por supuesto que estaremos a punto. Y cuidado con esa lengua, las palabrotas no nos favorecen —dijo Lily.

—No hay ningún protegido escuchando—replicó Violet.

—Está Kristin —contestó Rose.

—Kristin no cuenta, ahora es una de las nuestras. —Violet examinó las maletas—. Acabaríamos antes si combináramos un par de maletas. A ver si luego no vamos a poder acarrear tantos bultos.

—Quizá tengas razón, Violet —dijo Rose. Frunció el ceño, algo que no se veía a menudo, pero en un instante recuperó su sonrisa habitual—. Si nos falta espacio, siempre podemos comprar más maletas.

—O conjurar un par —dijo Violet.

—Mejor que no, con el flujo de poderes puede que las varitas nos den problemas —terció Lily.

Kristin levantó las manos, confusa.

—Un momento, ¿varitas?

—Sí, cariño, varitas. Pero no estamos seguras de cómo vayan a funcionar —dijo Lily mientras transfería los contenidos de la bolsa a una de las maletas—. En cualquier caso, no podemos llevar tantos bultos. En absoluto.

—Esperad —dijo Kristin, agitando las manos hasta conseguir la atención de sus tías—. Volvamos a empezar. En primer lugar, ¿a dónde vais?

—Vamos a dar la vuelta al mundo en barco, querida —respondió Rose, mezclando los contenidos de dos bolsas—. Hace tanto tiempo que no viajamos...

—O, por lo menos, hace mucho que no viajamos por placer —añadió Violet—. Es nuestro regalo de jubilación.

—¿Jubilación? —preguntó Kristin. Que ella supiera, las tías nunca habían tenido trabajo. Siempre había pensado que era extraño que vivieran tan cómodamente sin que hubiera ingresos visibles, pero la buena educación le había impedido preguntar—. ¿De qué os jubiláis?

—Pues de ser hadas madrinas —dijo Violet, cerrando una maleta que ya estaba

llena—. Es el ciclo de renovación. Ha llegado la hora de dejar paso a las nuevas generaciones.

Claro, hadas madrinas. Kristin respiró hondo.

—Estáis de broma, ¿no?

—Nunca se nos ocurriría bromear sobre algo tan serio —afirmó Rose—. Vaya, ¿dónde he dejado el cepillo?

—Aquí está —dijo Lily dándoselo a Rose—. «Hada madrina» es un término muy impreciso. En realidad hacemos de intermediarias, pero la gente entiende mejor eso del «hada madrina». Seguro que tu prefecto te lo explicará.

—¿Prefecto? —preguntó Kristin, frunciendo el ceño más allá de lo posible.

—La persona que el Consejo designa para supervisar tu transición. —Violet cerró otra maleta—. A veces son unos toca huev...

—Violet —dijo Lily cortante—. En cualquier caso, seguro que tu prefecto será estupendo.

Kristin miró a sus tías detenidamente. Nunca habían dado muestras de sufrir delirios.

—¿Cuándo fue la última vez que os hicisteis un chequeo médico? Uno completo, quiero decir. Tal vez tendríais que posponer el viaje y aseguraros de que vuestra salud os permite ir. Tú misma lo has dicho, os estáis haciendo mayores.

—No nos cree —soltó Rose con una risita alegre.

—Es culpa del mundo moderno —dijo Lily suspirando—. Ya nadie cree.

—Todavía hay algunos que sí —intervino Violet, mirando a Kristin con la cabeza ladeada.

—Bueno, naturalmente Kristin cree —concluyó Lily—. Es una *arcanae*.

—¿*Arcanae*? —preguntó Kristin con la voz aguda.

—Un miembro del mundo mágico —replicó Rose.

—Escuchad, tías, os quiero mucho, pero no me creo que...

—¿Recuerdas tu séptimo cumpleaños? —la interrumpió Lily.

—Claro. Les supliqué a mis padres que me regalaran un poni. No hubo poni.

—Por supuesto que no hubo poni, no somos tan irresponsables —exclamó Violet, soltando un bufido ante la idea—. No hubo poni porque no podrías haber cuidado de él. Tus padres no tenían dinero para alquilar un establo y, desde luego, no lo podríais haber tenido en el jardín de atrás.

—Pero es lo que quería.

—Ansiabas tanto tener un poni... Deseabas uno cada vez que veías una estrella fugaz —dijo Lily, suspirando mientras recordaba—. Cada vez que soplabas un diente de león, cada vez que lanzabas una moneda al pozo, cuando te comiste las uvas de fin de año, cada deseo lo gastabas pidiendo un poni.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Kristin, sorprendida.

—Que no te consiguiéramos un poni no significa que no te escucháramos —dijo Rose sonriendo—. Ese fue el año que te mandamos a *Micifuz*.

Kristin se quedó con la boca abierta. *Micifuz* había sido su gato y el mejor amigo que había tenido jamás. Ese animal era la criatura más dulce del planeta. Cuando era pequeña se lo ponía en el cuello como si fuera una bufanda, y de adolescente le contaba sus secretos. A Kristin se le rompió el corazón cuando, al irse a la universidad se vio obligada a dejarlo con su familia. Pero *Micifuz* la esperó y, durante las vacaciones y las visitas, le daba el apoyo moral que necesitaba mientras daba sus primeros pasos en el mundo de los adultos. Durante los años que pasaron juntos, más de una vez habría jurado que aquel gato entendía todo lo que decía. *Micifuz* había muerto el año anterior, un amigo querido y añorado.

—¡*Micifuz*! —rio Violet—. Siempre me pareció un nombre pasado de moda, pero a él le gustaba.

Con las piernas temblorosas, Kristin se dejó caer en el sofá.

—¿Qué quieres decir con eso de «a él le gustaba»?

—No pensarás que te mandamos un gato cualquiera, ¿verdad? Los gatos pueden ser muy caprichosos, pero *Micifuz* era especial —dijo Lily, dándole unas palmaditas en la espalda.

Esto era absurdo. Kristin intentó calmarse.

—Madre mía, no puede ser que habléis en serio.

—¿Por qué no? —quiso saber Lily.

—Porque... porque...

—No seas cabezota —susurró Violet. Se sentó a su lado y le rodeó los hombros con el brazo—. Hace años que cuidamos de ti.

—Pero las hadas madrinas no existen —dijo Kristin frotándose la frente.

—Bobadas, cariño. Estamos delante de tus narices —dijo Lily.

—De hecho, somos bastante famosas —añadió Violet.

—Ya has leído lo que decían los hermanos Grimm —se incorporó Rose asintiendo.

—Bueno, sí, pero...

—Eran grandes historiadores y escribieron sobre nosotras. Bien, no sobre nosotras tres, sobre nuestras predecesoras.

—Y nuestro momento ha pasado. Ha llegado el ciclo de renovación —dijo Lily, acercándose a un antiguo armario. Abrió las dos puertas y sacó un estuche alargado que parecía una funda para flautas—. Tienes que elegir.

Lily abrió el estuche; en su interior había tres bastones delgados. Aunque eran nudosos, tenían una pátina lisa, y cada uno de ellos brillaba con su propio color: amarillo, rojo y negro. Los mangos, ornamentados con delicadas filigranas, ascendían por los bastones desde su base. La madera amarilla estaba revestida de oro y tenía gemas incrustadas en un diseño clásico; el cardenillo verdoso que había en la varita roja parecía hiedra escalando un tronco; el diseño geométrico y austero del revestimiento de plata contrastaba pronunciadamente con la madera negra de la tercera. Kristin asió la varita roja y sintió un cosquilleo, así como una sensación de calor en la palma de la mano.

—Bien hecho —dijo Rose aplaudiendo.

—Esa es como la mía —dijo Lily—. Magia con una buena dosis de realidad. Encaja contigo.

—¿Cómo puede encajar conmigo? Soy contable —se cuestionó Kristin, sintiéndose cada vez más frustrada.

—La has elegido tú —dijo Rose, encogiéndose de hombros y dejando de aplaudir.

Kristin respiró hondo.

—Mis queridas tías, no puede ser que penséis...

—Admítelo, hay una parte de ti ahora mismo que está deseando que tengamos razón —comentó Violet cruzándose de brazos.

Y en la mezcla de emociones que había en el corazón de Kristin —sorpresa, incredulidad, exasperación— era cierto que había una chispa de esperanza, el deseo de que todo fuera verdad.

—Vale, aunque eso no quiere decir que sea mágica.

—*Arcanae*, querida. Siento interrumpirte, pero andamos justas de tiempo —dijo Lily. Volvió a guardar el estuche en el armario y cerró la tercera maleta—. El contrato de alquiler de tu piso termina la semana que viene.

—¿Cómo...? —Kristin interrumpió su propia pregunta. Lo sabían. De una manera u otra, lo sabían.

—Puedes mudarte a esta casa —añadió Rose mientras cerraba el baúl—. Vamos a estar fuera durante meses, necesitamos a alguien que la cuide, y a ti te encanta. Además, esta casa ya conoce la magia. La evaluación será más fácil aquí.

—¿Qué evaluación? —preguntó Kristin, cada vez más agobiada.



—El ciclo de renovación es una época en la que se te pone a prueba para determinar si eres capaz de hacer el trabajo y si eres digna de ello. Tu prefecto es el que decide —dijo Violet, apretando las correas del baúl—. Pero tenemos fe en ti.

Kristin intentó discutir, aunque no encontraba las palabras para una situación así. Tenía que decir algo.

—Tías, yo no tengo poderes. Ni un poco ni nada. Lógica tengo de sobra, pero ¿magia? Si ni siquiera tengo buena suerte...

Las tres mujeres se detuvieron, la miraron y se echaron a reír.

—Querida, por supuesto que tienes —dijo Lily—. Las habilidades de las hadas madrinas no se manifiestan hasta los veintisiete años. Tres veces tres veces tres, un número muy mágico. Ya sabes que tu cumpleaños fue la semana pasada.

—Y aun así, tardarás años en desarrollar tu potencial al máximo —dijo Violet, sentándose en el baúl—. A mí me costó una década.

—¿Una década? —exclamó Kristin, observando a las tres mujeres—. Pero ¿qué edad tenéis?

—Noventa y siete años —dijo Violet—. Ha sido fantástico y, sin embargo, ya ha llegado el momento de descansar.

—Yo dejé de contar hace tiempo —dijo Rose—. Me parecía de mala educación seguir celebrando cumpleaños y reclamando regalos una vez superé los ochenta.

—Setenta años es una vida profesional muy larga. Ahora tenemos tiempo para tomarnos vacaciones, y luego ya veremos a dónde nos lleva la magia —añadió Lily.

Las preguntas no dejaban de multiplicarse en la cabeza de Kristin. ¿Noventa y siete años? ¿Varitas? ¿Magia? Sacudió la cabeza, era imposible.

—Ya sé que es mucho para digerir, cariño —dijo Lily, dándole unas palmaditas en el brazo—. Pero una de las cosas que juzga el prefecto es tu capacidad para adaptarte.

—Es una locura —a Kristin se le escaparon las palabras—. ¿De verdad creéis que sois hadas madrinas y que yo lo seré?

—Oh, con esa actitud no vas a llegar a ningún sitio —se lamentó Rose, sacudiendo un dedo amenazadoramente—. Vas a tener mucho que aprender en las próximas semanas.

Un claxon resonó en la calle. Violet retiró las cortinas y miró hacia fuera.

—Ya ha llegado el taxi. Voy a decirle que necesitamos ayuda —dijo apresurándose hacia la calle.

Kristin se puso de pie.

—Mirad, me encantaría ocuparme de la casa mientras no estáis, pero...

—Estupendo. Ese es el primer paso —la animó Rose, dándole un abrazo—. Ya lo verás, han elegido a la persona adecuada.

Lily agarró su bolso, tanteó un poco en sus profundidades y extrajo un juego de llaves.

—Aquí tienes, pero no te molestes en cerrar con llave. Nadie se mete con las hadas madrinas.

Kristin notó en la palma de la mano que los bordes de las llaves seguían afilados, estaba claro que no las habían usado demasiado.

—Bueno, en una ocasión... —Rose arrugó la nariz.

—No hace falta que asustes a la niña —dijo Lily—. Eso fue un episodio aislado, hace sesenta años; apenas es relevante. Nos ocupamos de ello en su momento y no ha vuelto a pasar nada desde entonces. Nadie va a hacerle daño.

Violet volvió con un taxista filipino que les dedicó una sonrisa.

—Benito ha venido a ayudarnos con las maletas.

—Señoras, es un placer —dijo el hombre sonriente. Agarró dos maletas y las levantó—. Enseguida vuelvo a por el baúl.

Violet asintió con agradecimiento.

—¿Os acordáis de cuando Benito era un chiquillo y le...?

—No tenemos tiempo, querida —interrumpió Lily volviéndose hacia Kristin—. Hay una lista de normas y consejos en la impresora, al lado del ordenador.

—*Manual del hada madrina*, el título fue idea mía —dijo Rose con una sonrisa de satisfacción—. Ya sé que te gustan las normas y las listas.

—Te recomiendo que practiques en casa antes de salir a la calle. Lo harás espléndidamente, cariño. Tienes el temple, el don y el cerebro para ello —aconsejó Violet. Abrazó a Kristin, se secó los ojos con la mano y se aclaró la garganta—. Mejor que ayude a Benito, no se vaya a hacer daño otra vez. —Cargándose el bolso al hombro, Violet se dirigió a la calle.

Rose sacó un pañuelo y se secó los ojos.

—A Violet nunca le ha gustado ponerse sentimental. Me das envidia, lo tienes todo por delante. Será maravilloso. Recuerda que debes seguir las normas, te ayudarán. Ojalá tus padres pudieran verte ahora —dijo. Rose ya estaba llorando abiertamente; agarró su bolso y se apresuró en salir.

¿Sus padres? Kristin era la hija única de una pareja madura que se enorgullecía de su sentido común. No se habrían creído nada de lo que le estaba ocurriendo en esos precisos instantes.

Benito volvió con una carretilla y puso el baúl encima.

—Espero que no les importe que use esto, lo he encontrado en la entrada.

—Para eso lo he puesto allí —dijo Lily con una sonrisa. Esperó a que el taxista saliera y acarició la mejilla de Kristin—. Tus padres estarían orgullosos de ti.

Kristin tenía que intentarlo una última vez.

—Tía Lily, por favor. No puedes...

Lily sacudió la cabeza.

—No empieces con pensamientos negativos —dijo, y su expresión se endulzó—. Ya sé que es difícil. En mi época era más sencillo, creíamos en la magia mucho más que hoy en día. Todo irá bien. Dentro de un par de semanas nos pasaremos por aquí para ver cómo lo llevas —la animó, antes de darle un beso en la mejilla.

¿Se iban a pasar por la casa? ¿En medio de la vuelta al mundo en barco?

Benito volvió y levantó la última bolsa.

—¿Esto es todo?

—Sí, gracias, Benito. Eres un buen hombre.

El taxista se sonrojó.

—Solo hago mi trabajo —dijo, y salió de nuevo.

—Ahora esta es tu casa —exclamó Lily—. Tómate tu tiempo e intenta que la lógica no te impida seguir tus instintos. Adiós, mi querida, querida Kristin.

Lily siguió al taxista hacia la calle. Kristin se quedó mirando el lugar vacío durante un momento, pero cuando oyó que la puerta del automóvil se cerraba se precipitó hacia la entrada. Las tres tías le decían adiós con la mano desde detrás de las ventanillas del vehículo, alejándose de la casa.

Kristin se miró las manos; todavía tenía las llaves y la varita roja.

Ya, una varita.

Se dio la vuelta lentamente, volvió al interior y se dejó caer sobre el sofá. Metió las llaves en el bolso, puso el bastón sobre la mesa de centro y la observó un rato.

La madera pulida relucía con el sol, y el metal verde que la revestía parecía casi vivo. Volvió a agarrarla, el mango se ajustaba a su mano como si lo hubieran hecho a medida. Sintió que la emoción le recorría el cuerpo. Quizás...

Mordiéndose el labio inferior, zarandó la varita.

Nada. Ni chispas de colores, ni flores surgiendo de la punta, ni una gigantesca copa de helado con caramelo en la mesa.

Kristin se rio de sí misma. Las tías podían tener todas las fantasías que quisieran,

eran ilusiones inofensivas. Si querían creer que eran hadas madrinas de casi cien años, allá ellas, sus historias no hacían daño a nadie. Sin duda, las varitas eran bonitas obras de arte. No eran mágicas, pero eran piezas de arte de fantasía. Kristin decidió poner su varita roja a salvo en el estuche, con sus hermanas. Abrió la puerta del armario.

El estuche no estaba.

Frunciendo el ceño, dejó la varita en la estantería y revisó el resto del mueble. Nada. Vaya, habría jurado haber visto a la tía Lily devolver el estuche al armario, se debía de haber confundido. Bueno, tarde o temprano aparecería.

Mientras tanto, la casa era toda suya, y sabía que disfrutaría viviendo allí. El jardín, diminuto pero bonito, el aire del mar, el barrio animado... Siempre le había gustado el lugar. Ya puestos, podría mirar qué le habían dejado sus tías escrito en el *Manual del hada madrina*. Por puro entretenimiento, simplemente.

Fue al despacho, donde las tías tenían instalado el ordenador. Era una máquina de último modelo, Kristin no se hubiera imaginado que fueran tan entusiastas de la tecnología. Se acercó a la impresora y se quedó quieta.

No había hojas en la bandeja de salida. La impresora estaba vacía.

# Capítulo 2

## Ten siempre la varita a mano

Tendría que haberlo supuesto.

En la bandeja de salida no había instrucciones de ningún tipo, tampoco había hojas en el soporte, ni siquiera ningún tipo de papel. Había sido una tontería pensar que lo habría. La desazón la invadió.

No servía de nada lamentarse. Por un lado, su problema inmobiliario estaba resuelto, por lo menos a corto plazo. No le apetecía para nada firmar otro contrato por su piso de mala muerte.

Arrugó la frente, su contrato de alquiler terminaba al cabo de una semana. Había pedido vacaciones esos días para poder mudarse. A estas alturas, ya tendría que haber hecho todas las tareas preliminares: una lista de apartamentos que le gustaran, la visita correspondiente y tomar una decisión. ¿Por qué no lo había hecho? No era propio de ella dejar algo así sin resolver. ¿Acaso una parte de ella había sabido que se mudaría a la casa de las tías?

Resopló, era una bobada. Kristin no creía en cosas como los poderes psíquicos, la percepción extrasensorial, la magia o las hadas madrinas. Un contable vivía según los números y las normas, no siguiendo la intuición y las premoniciones. Intentó calmarse, la casa de las tías estaba a su disposición, y ella necesitaba un sitio en el que vivir. Era una solución conveniente además de práctica. Aunque ella pensaba cerrar la puerta con llave.

Veinte minutos más tarde aparcó delante de su apartamento. Estaba emocionada, por fin iba a dejar atrás aquel lugar, aquella madriguera de pasillos inacabables y medidas de seguridad que raramente se activaban. Kristin se dirigió a la entrada y sacó las llaves, por si la puerta de seguridad funcionaba, para variar.

—¿Qué diablos crees que haces?

Kristin se dio la vuelta apresuradamente, sintiendo el pánico en la garganta. Una montaña hecha hombre estaba plantada a su lado, mirándola mal. En un instante, sus puños se pusieron en movimiento. Kristin se echó a gritar, se encogió y se preparó para recibir un puñetazo.

No hubo puñetazo.

—Deja de chillar.

Muda por la sorpresa, le observó mejor. El hombre había puesto la mano detrás de la espalda de Kristin y prácticamente le estaba gruñendo. Miró hacia el cielo.

—Por Dios, Aldous, ¿en qué lío me has metido?

La mirada de odio del hombre casi la hizo gritar otra vez, pero en vez de eso frunció el ceño.

—¿Vas a pegarme?

—¿De qué diablos estás hablando? Jamás pegaría a una mujer —dijo, y le enseñó la mano—. ¿En qué estabas pensando?

La varita roja estaba firmemente sujeta en su puño. Desconcertada, Kristin volvió a mirarle.

—¿De dónde has sacado eso?

El hombre agitó la mano con la varita en su dirección.

—Te estaba siguiendo. ¿Por qué no la has guardado?

—¿De qué estás hablando?

—Tu varita. Te estaba siguiendo. ¿Quieres que te vea alguien?

—¿Que me vean? ¿De qué diablos hablas? —dijo Kristin. Se quedó mirando la varita que sostenía y luego le miró a los ojos.

Y se quedó de piedra.

Una mirada de cobre bruñido chispeaba en su dirección, con un fuego que conjuraba

imágenes de la forja de Vulcano. El pelo negro le ensombrecía la frente, y una nariz aguileña guiaba esos ojos ardientes hacia los suyos. Se quedó sin aliento.

Caray. Menuda cara.

Caray. Menuda cara encolerizada.

La miró echando chispas por los susodichos ojos.

—Quédate con esto —dijo dándole la varita de golpe. Kristin la agarró.

—¿Quién eres y cómo has conseguido esta varita?

El hombre cerró los ojos, como si estuviera rogando para tener paciencia.

—No la he conseguido, la varita te estaba siguiendo. Por eso es importante que la guardes o que la lleves contigo —contestó. Se llevó la mano al bolsillo interior de la cazadora y extrajo un largo tallo de sauce blanco, envuelto en oro y con incrustaciones de ébano—. Así.

—Santo cielo, tú también crees que eres un hada madri... Ejem, ¿un hado padrino?

—Muy graciosa —dijo mirándola con una mezcla de incredulidad y desprecio—. Soy un mago, no un hada.

—Ah, bueno, mil disculpas —replicó Kristin. Daba igual lo estupendo que fuera físicamente, no tenía ganas de pasar el rato con un hombre que creía ser un mago—. Gracias por tu ayuda. Nos vemos —se despidió, añadiendo «jamás» mentalmente.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de seguridad. Al empujarla, el pomo se le escurrió de la mano y la puerta se cerró de golpe, con un ruido que resonó por toda la calle.

—¡Eh! No puede...

—Todavía no he terminado contigo —dijo el «mago», apuntando la puerta con su varita.

—¿Eso lo has hecho tú? —inquirió Kristin mientras se volvía para encararse a él con indignación. ¿Cómo se atrevía a cerrar la puerta de esa manera? Se dio cuenta de que para mirarle a la cara tenía que levantar mucho la vista. Abrió los ojos de par en par, ese hombre era muy alto. Le sacaba una cabeza entera. Tragó saliva.

—Ahora pones cara de susto—. Él suspiró y se llevó la mano a la frente.

—¿Tengo motivos para estar asustada?

—No —dijo, bajando la mano de nuevo.

—¿Y me lo tengo que creer? —quiso saber ella—. No sé quién eres y...

—Ritter. Tennyson Ritter —la interrumpió—. Soy tu prefecto.

—¿El tipo que tiene que evaluarme?

—Tengo que observarte, evaluarte y decidir si pasas por hada madrina.

—Gracias, pero paso. O sea, que paso de hacer todo esto.

Ritter suspiró con frustración.

—Eres Kristin Montgomery, la que vive en Beadnell Way, número 7.000, apartamento 2C.

Kirstin odiaba internet. Cualquier perturbado podía averiguar tu vida.

—No hagas como que no sabes... —Ritter se interrumpió y la observó detenidamente, abriendo mucho los ojos—. Madre mía, eres una singular.

—¿Una «singular»?

—No vienes de una familia *arcanae*, ¿verdad?

—Ejem, no. Soy estadounidense.

Ritter soltó un gruñido.

—Genial. ¿Qué más puede salir mal en este trabajo?

—¿Trabajo? —dijo Kristin, llena de resentimiento—. Mire, señor mago...

—Ritter.

—Lo que sea. No sé de qué diablos estás hablando y, desde luego, no me fío de ti.

—Apretó los ojos un instante y volvió a abrirlos. Le dedicó la sonrisa que reservaba para los clientes insoportables y le ofreció la mano—. Muchísimas gracias, señor Ritter.

Que tenga usted un buen día.

—No lo entiendes, ¿no? No tengo más remedio que quedarme contigo. Soy tu prefecto y no me puedo ir hasta que terminemos, lo cual, a juzgar por lo que estoy viendo, será pronto, gracias a Dios —dijo. Con un movimiento de la varita hizo que la puerta se abriera ante sus narices. Se había abierto sola.

Kristin sintió una ansiedad apabullante que se apoderaba de su estómago y se quedó sin respiración. Se quedó mirando la puerta y luego bajó los ojos hacia sus llaves.

—¿Cómo...?

—Por favor, no puedes ser tan estúpida —dijo él. Guardó la varita, la agarró del brazo y la hizo cruzar el umbral.

Kristin se resistió.

—Si no me sueltas, gritaré.

—No voy a hacerte daño. —Se le notaba la impaciencia en la voz, pero aun así la soltó y empezó a avanzar por el pasillo—. Y haz el favor de guardar la varita.

Kristin le echó un último vistazo a su varita y la metió en el bolso.

—¿A dónde crees que vas?

—A tu piso. Asumo que es a donde ibas —dijo, andando por el pasillo.

La luz débil de los candelabros con velas eléctricas hacía que la pintura amarillenta de las paredes tomara un color normalmente relacionado con las enfermedades del hígado. Ritter dejó atrás varias puertas, como si supiera exactamente a dónde iba, lo cual alarmó a Kristin. No parecía un acosador, aunque eso no significaba nada. Al pasar por delante de otra puerta, una de sus vecinas, la señora Fernández, asomó la cabeza por el pasillo.

—Buenas tardes, Kristin —dijo la mujer. Sostenía una bolsa de basura que parecía sospechosamente medio vacía.

Notó la punta de la varita vibrando a través de la tela del bolso y lo agarró con más fuerza.

—Hola, señora Fernández. ¿Cómo se encuentra hoy?

—No me puedo quejar. Esta noche viene mi hijo a cenar —dijo, con un tono sugerente que Kristin ya conocía. La señora Fernández entornó los ojos—. ¿Es tu novio?

—No —contestó Kristin precipitadamente—. Es mi... esto... mi...

—Tutor. Tennyson Ritter. Encantado de conocerla —se presentó Ritter, tendiéndole la mano a la mujer y sonriendo.

Su cara se había transformado, Kristin ahogó un grito. El ceño fruncido había desaparecido, y en su lugar había una radiante expresión de calma y calidez.

La señora Fernández soltó una risita, como una colegiala que ha visto a un chico guapo.

—No sabía que estabas tomando clases. ¿Qué estudias?

—Italiano —dijo Ritter.

—Economía —soltó Kristin a la vez.

Ritter la miró mal y fue a agarrar la bolsa de basura.

—¿Me deja que la ayude? Puedo ahorrarle el viaje.

Kristin casi se atragantó. Ese hombre no podía ser el mismo trol que había conocido en la calle. Era encantador y educado, caballeroso y solícito, y... atractivo. Muy atractivo.

—Gracias, Tennyson —dijo la señora Fernández, dándole la bolsa.

Él la aceptó como si fuera la señora Fernández la que le estuviera haciendo un favor.

—Un placer ayudarla —correspondió él galante, inclinando la cabeza con educación.

—No te olvides de la cena, Kristin, cariño —dijo la señora Fernández con voz cantarina.

—Me temo que no podrá acudir, tiene muchas cosas que repasar. Soy un profesor

estricto —terció Tennyson.

La señora Fernández le dio unas palmaditas en el brazo.

—Lo comprendo. Los jóvenes estáis siempre tan ocupados... Quizá la próxima vez —dijo, y volvió a meterse en su piso.

Kristin se quedó mirándole. Le había ahorrado tener que ponerle excusas a su vecina, pero ¿cómo había cambiado de personalidad tan rápido?

—¿Vas a quedarte ahí embobada o podemos seguir? —inquirió Tennyson. Siguió andando por el pasillo y se detuvo dos puertas más allá, delante de su apartamento.

Menudo idiota.

—No pienso dejarte entrar.

—Como si esta cerradura pudiera impedírmelo —dijo, quitándole la llave de la mano y metiéndola en la cerradura—. Además, ya te lo he dicho, no estoy aquí para hacerte daño.

Ahora le tocaba a ella fruncir el ceño. Entró en su apartamento, si era lo suficientemente rápida...

Él la apartó, entró y dejó la pequeña bolsa de la señora Fernández en el cubo de la basura de la cocina.

Kristin miró a su alrededor, pensando en qué podría usar como arma.

—Pareces un conejo asustado —dijo él, mirándola con asco—. No voy a hacerte nada.

—¿Y yo me lo tengo que creer?

—Ya te lo he dicho, soy tu prefecto.

—Ya, claro. Porque soy un hada madrina.

—Exacto —replicó él, examinando el apartamento. Hizo una mueca—. ¿Estos son los muebles que eliges para tu casa?

—¿Cómo lo haces? —preguntó Kristin con irritación.

—¿El qué?

—Apagar el encanto. La señora Fernández te habría adoptado de lo amable que has sido, pero conmigo todo es mal humor y malas maneras.

—Los terrenales me gustan. Tú, en cambio, eres una molestia.

—¿Qué es un terrenal? —quiso saber Kristin, sin hacer caso al insulto.

—Es como llamamos a los humanos no mágicos. Están firmemente anclados a la tierra. No tienen fantasía, así que les llamamos terrenales.

—¿Cómo que no tienen fantasía? Crean historias, música, y...

—Si vas a discutir conmigo cada vez que intento explicarte algo, va a ser muy duro pasar el rato contigo.

—Nadie te obliga a hacerme compañía.

—Sí, sí que me obligan. Tengo que supervisar tu transición.

Kristin meditó sobre esa respuesta un rato.

—Pues explícame esto, señor tutor. ¿Por qué mi varita ha empezado a dar saltos en el bolso cuando he visto a la señora Fernández?

—Primero, no soy tu tutor, soy tu prefecto. Y segundo, debe de haber sido porque tu vecina tenía un deseo por cumplir.

—Ya, que me case con su hijo —murmuró Kristin. Sacó una caja del armario del recibidor y empezó a meter cosas dentro.

—¿Estás saliendo con él?

—Claro que no, pero a ella le encantaría —dijo mientras depositaba en la caja un abrigo de invierno que nunca iba a necesitar en San Diego.

Tennyson lo observó con recelo.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Las maletas —respondió Kristin. Metió un zapato en una caja y se puso a rebuscar su pareja por el suelo—. Me mudo.

—Deja que te ayude —dijo Tennyson, sacando su varita. La agitó alrededor de la habitación murmurando palabras que a Kristin le sonaron a latín. Un momento después, había un montón de cajas y bolsas a lo largo de la pared. El resto de la habitación estaba vacía. Completamente vacía, no quedaban ni los muebles.

Las rodillas le cedieron y se tuvo que sentar en el suelo. No podía explicar lo que acababa de ver o, más bien, lo que no había visto o, de hecho, lo que creía que no había visto. Por Dios, no podía ni explicar qué era lo que no entendía. Pero el piso estaba vacío.

—¿Cómo...? ¿Cómo...? ¿Cómo...? —murmuró Kristin. Tomó aire con dificultad—. Los muebles no eran míos.

—Gracias a Dios, estaba cuestionando tu buen gusto. Pero me lo podrías haber dicho antes de que lo guardara todo —dijo, agitando la varita de nuevo. El sofá, las mesas y las sillas volvieron a aparecer, y el número de cajas se redujo.

Si no fuera porque estaba apoyada contra una pared, Kristin estaría en el suelo como un helado deshecho. Hasta ahora había pensado que todo lo que decían sus tías eran fantasías incoherentes aunque inofensivas. Lo de la puerta principal lo podría haber causado un golpe de viento, y todo lo que decía este tipo, Tennyson, podría no ser más que la imaginación de un chiflado. Pero ¿ahora qué?

¿Cómo podía reconciliar su vida de contable con la magia? No era posible. La magia era un mito, una fábula, un cuento de hadas. ¡Ja! «Un cuento de hadas» tal vez no era la mejor expresión, porque si todo esto era verdad, ella misma era un hada madrina.

—¿Estás bien? —dijo Tennyson, agachándose cerca de ella. Puso cara de preocupación—. Te has puesto pálida.

De repente, Kristin se indignó.

—No, no estoy bien. Todo lo que he creído cierto durante toda mi vida resulta ser mentira y, de la nada, resulta que soy... que soy un bicho raro con poderes, poderes que no sé cómo usar, ni cómo invocar, ni si de verdad los poseo. He caído de lleno en algo que no entiendo, y que no sé si quiero entender. Y en vez de alguien comprensivo va y me toca un listillo cascarrabias que no para de meterse conmigo. ¿Cómo narices voy a trabajar ahora? —se exasperó Kristin, sacudiendo la varita—. ¿Relleno los papeles de la renta de mis clientes con esto?

Tennyson se apartó.

—Eh, deja de agitar la varita por todos lados.

—¿Qué? ¿Voy a sacarle un ojo a alguien? —exclamó. Dirigió la varita hacia él y se levantó—. No sé ni de lo que soy capaz. Puede que te convierta en sapo —dijo dando un paso hacia él y apuntando hacia su corazón.

—Si lo haces, te suspendo —contestó Tennyson, que, sin embargo, dio un paso hacia atrás.

—Ah, pero sería un accidente. No sé lo que hago —dijo Kristin. Blandió la varita en su dirección.

—Estate quieta —le espetó Tennyson, dando un salto hacia atrás.

—Venga, gran mago supremo. Tampoco podría causar tantos daños, ¿no? Y tú tienes tu propia varita. *En garde* —dijo Kristin. Sacudió la varita, apuntándola hacia arriba.

Sintió una explosión de calor en la palma de la mano. Un montón de chispas rojas surgieron de la punta de la varita y se deslizaron por el aire hacia la lámpara que había colgada encima de la mesa. Se le escapó un grito. El ruido de cristal roto resonó por toda la habitación y la lámpara se rompió en mil pedazos afilados.

Kristin soltó la varita como si estuviera al rojo vivo.

—Santo cielo —dijo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y le empezó a temblar el labio inferior.

Tennyson agitó la varita por encima del estropicio.



—*Intactus*.

Los trozos de cristal saltaron de la moqueta y se fusionaron. Tras un momento, la lámpara volvía a colgar del techo, efectivamente intacta.

Entre las lágrimas, Kristin vio la cara de rabia de Tennyson; prácticamente irradiaba furia. Entonces empezó a llorar con tanto empeño que ya no vio nada más. Se quedó esperando los gritos de Tennyson.

Y esperó.

Kristin se sorbió la nariz, se secó las mejillas con el dorso de la mano y parpadeó hasta que las lágrimas dejaron de nublarle la vista. Tennyson había cambiado completamente de expresión. La cara de rabia había desaparecido y, en su lugar, había solo compasión.

Rescató su varita del suelo y se la puso en la mano con firmeza.

—Lección primera: nunca uses la varita enfurecida —dijo en un tono amable.

Kristin tragó saliva y volvió a estallar en llanto. Se sintió inundada por el horror ante su falta de control y la sensación de ineptitud que la abrumaba. El caos la amenazaba desde el límite de la razón y se sentía como si hubiera perdido algo. Su vida normal había muerto. Y Kristin lamentaba su defunción.

Pasaron varios segundos antes de que se diera cuenta de que tenía los brazos alrededor del cuello de Tennyson y estaba sollozando sobre su camisa. El la sujetaba en un abrazo reconfortante, ofreciéndole su apoyo. La calidez húmeda de su cuello y las lágrimas de Kristin se mezclaban con el aroma fresco y ligeramente mentolado de jabón y crema de afeitar. Tennyson no usaba colonia, solo desprendía olor a hombre: tentador, limpio, almizclado.

La atención de Kristin volvió a desviarse y se percató de que sus brazos la sujetaban con la ligereza de una mariposa, pero sabía que, si se dejara caer, no llegaría a tocar el suelo. Era mucho más grande que ella. La parte superior de la cabeza de Kristin quedaba por debajo de su mandíbula, y sus hombros eran tan anchos que parecían poder soportar cualquier carga que ella les pusiera encima. Así que, ¿por qué no sentía ni un poco de miedo?

Kristin no era amiga de huir de los problemas, aunque la tentación de quedarse entre sus brazos era poderosa. Tennyson la mantendría a salvo, le enseñaría cosas y la ayudaría...

¿En qué estaba pensando? No lo conocía de nada. De acuerdo, probablemente no era un asesino en serie... O eso esperaba Kristin. Pero más allá de eso no conocía ni una sola faceta de su personalidad, aparte de que había sido amable con una mujer histérica.

Kristin sollozó silenciosamente y se apartó.

—Perdón, no quería llorarte encima. No tendrás un pañuelo, ¿verdad? Los míos parecen estar... —En vez de terminar la frase, Kristin señaló las cajas que había al lado de la pared.

Tennyson agitó la varita y una caja de pañuelos surgió de la caja más cercana.

—¿Cómo has...? Da igual. Gracias —dijo. Se sonó la nariz e intentó serenarse. Ahora que había dejado de llorar la estaba invadiendo la vergüenza. Hizo una mueca de arrepentimiento, levantando la comisura derecha de la boca, cuando vio la masa empapada que era el cuello de la camisa de sarga de Tennyson.

—Siento lo de la camisa, pagaré yo la tintorería. —Al tomar aire, sintió un escalofrío.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó Tennyson. Dio unos golpecitos a la tela con la varita y la camisa recuperó su aspecto de recién planchada e impecable.

—Ah, claro. Se me olvidaba —dijo Kristin. Miró fijamente la varita que tenía en la mano y la apretó con fuerza—. ¿Tienes algún libro de texto que explique cómo se usa esto?

—¿Un libro de texto? —preguntó Tennyson, levantando levemente una ceja.

—¿O alguna clase en la que me pueda matricular? Tengo mucho que aprender.

Tennyson la miró con atención durante un instante; entonces asintió brevemente y una reluciente sonrisa de aprobación apareció en sus labios.

—Lo que buscas se llama grimorio. La magia es muy personal, aunque hay hechizos que puedes estudiar. En general, tendrás que aprender por ti misma, pero miraré a ver si encuentro algo.

—Gracias —dijo Kristin. Recorrió el apartamento. Su armario estaba vacío, sus cosas estaban empaquetadas, y los horrendos muebles que quedaban pertenecían al propietario de la vivienda—. Bueno, esto de mudarse va a ser más fácil de lo que pensaba.

—¿No echarás de menos a la señora Fernández? —preguntó Tennyson con ironía, arqueando las cejas.

—Es muy amable, pero sus esfuerzos por hacer de casamentera estaban empezando a molestarme —contestó ella. Agarró una caja de cartón, se dirigió a la puerta y se detuvo. Miró a Tennyson con los ojos entornados—. ¿No puedes mandar todo esto a la casa nueva con un poco de abracadabra?

—Podría, sin embargo ¿qué aprenderías con ello? —dijo él. Se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos—. Tienes que usar tu propia magia.

—Pero antes lo has empaquetado todo.

—Ah, es que esa era otra lección que tenías que aprender —replicó con un toque de crítica en la voz y aire de superioridad.

El retorno del trol. Y pensar que unos momentos atrás Kristin casi lo había considerado humano.

—En ese caso, toma —dijo empujando la caja hacia su pecho.

—¡Eh!

Tennyson extendió los brazos justo a tiempo para agarrar la caja al vuelo y la sujetó. Kristin fue a por otra caja.

—Me voy a mudar de la manera tradicional, no pienso arriesgarme a freír mis cosas solo por una lección de magia —exclamó Kristin. Apartó a Tennyson de un empujón y se dirigió al pasillo, desoyendo su gruñido de indignación. Una sonrisa burlona y satisfecha le cruzó los labios.

Era posible que todavía no supiera hacer magia, pero sabía cómo ocuparse de los troles como Tennyson Ritter.

# Capítulo 3

## Confía en tus instintos

Trabajo manual. Los terrenales creían que era bueno para forjar carácter, pero Tennyson pensaba que estaba muy sobrevalorado. Había dejado la cazadora en algún rincón del bungalow, y su camisa necesitaría otro toque de varita si quería que recuperara el aspecto limpio y de recién planchado. Palpó su varita, en el bolsillo trasero de los pantalones, resistiendo la tentación de usarla para transportar todas las cajas al interior de la casa. Entonces se acordó de la mujer que había dentro, y que había insistido en mudarse de la peor manera posible. ¿Qué locura pasajera le había llevado a ofrecer su ayuda? Ah, sí. Era perfecto y tenía que conocerla. Tennyson no había visto venir que conocer a la señorita Kristin Montgomery le costaría tanto sudor y esfuerzo físico. Era cierto que la magia también se cobraba su precio, pero un hechizo de movimiento era algo elemental, podría llevarlo a cabo sin siquiera aumentar el ritmo cardíaco. No como transportar cajas a mano. Refunfuñando y contrariado, levantó otra caja del maletero del vehículo y la acarreó hacia la casa.

Kristin le pasó rozando mientras iba al automóvil a por otra caja. Su pelo desprendía aroma a coco y jazmín, un olor limpio y alegre. Tennyson inhaló profundamente, pero ella ya se había alejado. Mejor, no quería que le viera olisqueándole el pelo.

Al cargar la caja hacia el diminuto salón, observó el bungalow. El lugar desbordaba feminidad anticuada. Había antimacasas de encaje en los sofás y las sillas, figuritas de porcelana, jarrones de cristal y cerámica... Santo cielo, era como entrar en una tienda de antigüedades. No sabía de qué se sorprendía, las hadas madrinas habían tenido casi cien años para acumular cachivaches y bagatelas por triplicado.

Un extraño golpeteo le llamó la atención. Probablemente sería una cañería o algo por el estilo, un edificio tan viejo debía requerir reparaciones constantes. Aun así, veía el atractivo del bungalow; era pequeño, confortable y agradable, le recordaba a otras épocas, cuando la vida no se centraba alrededor de las posesiones personales, sino alrededor de las cosas importantes de verdad. Claro que él cambiaría la decoración sin dudar.

Kristin entró en la habitación y dejó una caja en el suelo.

—Esta es la última que había en el maletero. Voy al apartamento a cargar el Toyota otra vez, ¿vienes?

—No —dijo Tennyson, con un escalofrío de terror—. Aunque disfruto del ejercicio tanto como cualquiera, prefiero que el sudor lo provoquen otras actividades más agradables.

—No te hagas ilusiones —soltó Kristin, sonrojándose ligeramente.

—Estaba hablando de jugar a fútbol, no extendiéndote una invitación —exclamó Tennyson, levantando ligeramente las comisuras de la boca.

El rubor de las mejillas de Kristin se hizo más pronunciado. Echaba chispas por los ojos verdes, y el color de su cara resaltaba el tono rojizo de su pelo castaño. Puso la barbilla en alto.

—Ni que estuviera interesada.

«Eso es, princesa, ponme en mi lugar. Saca ese ímpetu.» La sonrisa de Tennyson se ensanchó. Varios mechones de pelo de Kristin se habían escapado de la coleta descuidada que se había hecho y bailaban alrededor de su barbilla. Sin pensarlo, Tennyson alargó la mano y le puso uno de los mechones tras la oreja. El pelo se le deslizó por los dedos como si fuera seda.

La mirada verde de Kristin se cruzó con la suya, y ella retrocedió.

—Ya, vale, gracias por la ayuda.

Tennyson frunció el ceño. Todavía notaba la suavidad sedosa de su pelo en los dedos. Se los frotó, intentando quitarse la sensación. Oyó el golpeteo extraño otra vez.

—Acuérdate de que no soy un mozo de carga.

—¿Por qué iba a pensar que lo eres? —dijo Kristin resoplando. Agitó las llaves—. Ahora hazme el favor de largarte para que pueda ir a por el resto de mis cosas.

—Esto es una estupidez —murmuró él sacando la varita del bolsillo—. *Requiro*.

En un instante, el salón estaba lleno de cajas.

—Podrías haber hecho esto desde el principio y ahorrarnos el esfuerzo —dijo Kristin, dedicándole una mirada de odio.

—Estaba intentando que tú usaras tu magia —le espetó Tennyson, señalándola con el dedo.

—Yo no tengo magia —masculló Kristin.

—Eres una *arcanæ*, por supuesto que tienes magia. Lo que pasa es que eres demasiado tozuda para usarla.

—No dejas de decir eso de *arcanæ*, ¿qué significa?

—Es el nombre que describe a los humanos en el mundo mágico —dijo Tennyson, guardando la varita en el bolsillo de nuevo—. Y si no empiezas a demostrarme lo que eres capaz de hacer, vas a suspender la evaluación.

—Podrías ahorrarte el tiempo y suspenderme directamente —le comentó Kristin sin dudar. La exasperación de Tennyson solo podía compararse con la tenacidad de la chica.

Una vez más, el prefecto escuchó el golpeteo insistente que le estaba poniendo de los nervios.

—¿Qué es ese ruido?

Kristin escuchó un momento, se dirigió al armario del comedor y abrió la puerta. La varita salió volando del interior y se quedó flotando a su lado.

El golpeteo cesó.

—¿Por qué la tienes encerrada en un armario? —preguntó Tennyson.

—Me molestaba —dijo Kristin, agarrando la varita—. No quería tenerla revoloteando alrededor de mi cabeza mientras movía las cajas.

—¿Por qué no la...? —empezó a decir Tennyson, pero entonces lo comprendió—. No sabes qué hacer con ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contestó Kristin, con la voz cargada de impaciencia.

Tenía razón. Tennyson sintió un ligero remordimiento, Kristin no podía saber nada de eso. Enseñarle a guardar la varita no iba contra las normas. Por lo menos, no demasiado.

—Hay tres maneras de guardar la varita. La primera es simplemente llevarla contigo. —Como demostración, se metió la varita en el bolsillo trasero.

—Ya, porque mi ropa es muy práctica para guardar cosas —dijo Kristin. Se dió la vuelta como una modelo al final de la pasarela; tenía razón. Los pantalones cortos que llevaba no tenían bolsillos y, aunque los tuvieran, la tela se amoldaba tanto a su bien formado trasero que no había espacio extra para una varita.

Tennyson tragó saliva y se obligó a apartar la vista de sus posaderas. Intentó que su voz sonara estrictamente profesional.

—La segunda opción es meter la varita en su estuche.

—No lo tengo —dijo Kristin despreocupadamente.

—Pues entonces te queda la tercera opción: dejar que la varita vuelva a su plano.

Kristin se quedó mirándole sin entender nada.

—Las varitas tienen un hogar, por llamarlo de algún modo. Otra dimensión en la que esperan hasta que las necesitas. Pero la magia gasta energía, así que dejar que la varita se vaya consume una cierta parte de la energía de los *arcanæ*. No mucha, pero si prevés que vas a estar usando la varita continuamente es mejor tenerla cerca que mandarla a otra dimensión. —Tennyson sacó de nuevo su varita del bolsillo y la

sostuvo en alto para que Kristin la viera claramente. Cuando habló, se dirigió a la varita—. *Sanctum*.

La varita desapareció. Kristin retrocedió unos centímetros.

—Creo que nunca me acostumbraré a ver estas cosas —dijo. Respiró hondo—. ¿Cómo la recuperas?

—La llamas.

—¿Tengo que bautizar mi varita?

Tennyson se echó a reír.

—No, solo tienes que concentrarte. —Extendió los dedos y, un momento más tarde, la varita reapareció en la palma de su mano—. Ahora inténtalo tú. Concéntrate.

A pesar de la mirada dudosa que le dirigió Kristin, se concentró en su varita.

—*Sanctum*.

La varita desapareció. Kristin agitó la mano como si acabara de recibir una descarga eléctrica y abrió los ojos de par en par por la sorpresa y la incredulidad. Tenía la boca abierta.

—Ahora recupérala.

Kristin se miró la palma de la mano con tanta intensidad que se le juntaron las cejas. Pasó un segundo, y luego otro; las mejillas empezaban a teñirse de colorado y tenía la nariz arrugada.

—Vuelve, varita —murmuró.

La varita volvió a materializarse. Con un grito de alegría, Kristin cerró la mano alrededor de la madera y dejó de aguantar la respiración.

—Tal vez deberías darle un nombre. Puede que así te resulte más fácil llamarla la próxima vez.

El aspecto triunfal desapareció y fue reemplazado por el aspecto cauteloso que había adoptado Kristin desde que Tennyson había empaquetado las cosas de su apartamento. Mierda. Se sentía un grosero por haberle estropeado el momento. Quizás Aldous tenía razón. Se había pasado tanto tiempo estudiando el *Lagabóc* que se le había olvidado cómo tratar a la gente.

—No debería haber...

—Tengo muchas cosas que desempaquetar —le interrumpió Kristin. Volvió a meter la varita en el armario y cerró la puerta. El golpeteo volvió a empezar—. Quizá tendrías que darme más tiempo para acostumbrarme a... esto.

—De acuerdo. Mañana volveré.

—De acuerdo.

—De acuerdo —repitió. Tennyson se dio la vuelta, rescató su cazadora del respaldo del sofá y salió al exterior pisando fuerte. Un poco más de tiempo le iría bien. Un poco de tiempo para centrarse y aprender a controlar cómo reaccionaba junto a Kristin. Un poco de tiempo para recuperar el aplomo. ¿Acaso no le habían asignado este trabajo precisamente por eso? ¿Por su famoso aplomo?

¿Qué tenía esa chica que lo descolocaba tanto? Tennyson no se había comportado de manera tan impaciente desde que era pequeño. Tal vez debería pedirle al Consejo que buscara a otra persona para vigilar a Kristin. Así podría volver a su investigación, algo bastante más importante que hacerle de niñera a una singular que tenía miedo hasta de tocar su varita.

Puesto que tenía el resto del día libre, por decirlo de algún modo, podría volver a la academia y seguir leyendo el *Lagabóc*. Había capítulos enteros de anotaciones que esperaban ser analizados. El Consejo lo había convocado para mandarlo a supervisar a Kristin cuando solo había explorado la mitad de los secretos del libro.

Aldous había nominado a Tennyson para la tarea. Él ya sabía que Aldous estaba intentando prepararle para ser parte del Consejo, porque le preocupaba que éste estuviera formado por demasiados miembros inútiles. Habían pasado muchas noches

hablando sobre los miembros egocéntricos y fanfarrones que, por algún motivo, habían sido elegidos para gobernar esa parte del mundo *arcanae*. Pero, aunque entendía y compartía las preocupaciones de Aldous, Tennyson no creía que estuviera listo para abandonar el mundo académico y dedicarse a la política. No, preferiría mil veces invertir su tiempo en estudiar la complejidad de los tratados de lógica de Merlín y los secretos escondidos en el *Lagabóc*.

Sí, ese era el plan; se pasaría el día estudiando el libro y se olvidaría de Kristin. Y sus ardientes ojos verdes. Y sus rizos de seda.



Kristin abrió una de las cajas e hizo una mueca ante la pila de libros que había dentro. Necesitaba tomarse un descanso. Dejando las cajas para más tarde, se metió en la cocina, decorada de amarillo chillón, y exploró lo que allí había. Con un grito de alegría, encontró una fiambarrera de plástico llena de galletas con una nota. La leyó mientras mordisqueaba una galleta.

Querida Kristin:

Espero que estas galletas de pepitas de chocolate hagan la mudanza a tu nueva casa más fácil. Las he hecho cómo más te gustan: sin pepitas de chocolate. Supongo que eso significa que no puedo llamarlas galletas de pepitas de chocolate, ¿no? Da igual, ya pensaremos un buen nombre para la receta cuando vuelva.

Muchos besos,  
Tía Rose

Kristin se puso el último trozo de la galleta sin pepitas de chocolate en la boca mientras acababa de leer. Quizá la tía Rose la había arrojado a un mundo para el que no estaba preparada, pero había que admitir que la mujer horneaba como una campeona.

O quizás usaba magia para las galletas.

Pensando en ella, Kristin agarró otra galleta y volvió al salón. Sin hacer caso a las cajas, que seguían esperándola, abrió el armario y recuperó la varita de jacaranda. Esta se quedó quieta, reposando sobre la palma de la mano de su dueña como si esperara instrucciones.

Kristin la examinó. Ese trol de Tennyson le había dicho que tenía magia, y sin embargo ¿cómo iba a usar esa cosa? La apuntó hacia un libro.

—Ven —dijo.

Por supuesto, no pasó nada. Tal vez ahora creyera en la magia, pero eso no le daba la capacidad de realizar algo más que el truco de la varita invisible.

Lo volvió a intentar. Concentrándose con el ceño fruncido, miró el libro fijamente. Con un tono lúgubre ordenó:

—Ven.

—Así no se va a mover nunca —dijo una pequeña voz cantarina a la altura de su oreja.

Kristin gritó, soltó la varita y se dio la vuelta corriendo para ver quién había hablado.

Aleteando a la altura de los ojos había una mujer preciosa y diminuta. «Santo cielo, un hada», pensó Kristin. Un hada viva de verdad estaba volando a su lado. Una mujercita perfecta con alas translúcidas de color azul claro. Volando a su alrededor. Con alas. Bueno, claro que tenía alas, estaba volando, ¿no? El hada, además, se estaba desternillando.

—No me ha parecido tan gracioso —dijo Kristin arqueando una ceja.

—Pues lo ha sido —murmuró el hadita enjugándose las lágrimas. Volvió a ponerse seria. Apuntó su varita minúscula hacia el libro e, imitando a Kristin perfectamente con una voz que era varias octavas más aguda, dijo «ven».

El libro siguió sin moverse y el hada volvió a mondarse de risa.

—Muchas gracias —masculló Kristin. Soltó un suspiro de desesperación y se dejó caer sobre una silla. El hada ya podía ser preciosa, pero también era bastante irritante—. Me alegro de que te estés divirtiendo.

—Lo siento, es que esto se te da fatal —dijo. El hada aterrizó sobre el brazo de la silla, todavía sonriendo—. Debes de ser una de las nuevas. Hemos estado preguntándonos a quién elegirían. Soy Calíope, aunque mis amigos me llaman Cali.

—Encantada de conocerte, creo. Soy Kristin.

Observándola, Cali se paseó arriba y abajo del brazo del sillón.

—No me pareces una candidata ideal.

—Eso me llena de confianza —afirmó Kristin.

—No lo he dicho para insultarte, pero en serio, ni siquiera puedes acercarte a un libro. Aunque acabes de recibir los poderes... —El hada se interrumpió—. Espera. Eres una mestiza, ¿verdad? ¿El humano era tu padre o tu madre?

—Ambos.

—Eso es imposible; a no ser que... —El hadita se quedó boquiabierto—. Eres una singular.

—Eso me han dicho.

—Caray, nunca había conocido a un singular. Son muy... singulares. Ya verás cuando se enteren todos. —Cali echó a volar desde el borde del brazo y se dirigió hacia la ventana.

—¡Espera! —gritó Kristin, levantándose de un salto.

El hada dio la vuelta y se puso delante de la cara de Kristin.

—¿Podrías ayudarme?

—¿Yo? —preguntó el hadita con los ojos como platos.

—¿Por favor? No sé nada de nada y tú... bueno, eres un hada. ¿Tal vez podrías enseñarme algo? —dijo Kristin. Mentalmente añadió «cualquier cosa»; un duendecillo condescendiente era mejor que un trol. Kristin le dedicó al hada su mejor cara de pena.

—Sería un honor —dijo el hada, sonriendo de oreja a oreja y haciendo una inclinación con la cabeza.

Kristin asió la varita y miró al hada, expectante.

El hada señaló el libro y dijo *Vení*.

El libro se levantó suavemente de la estantería y flotó hasta las manos abiertas de Kristin.

—Ahora inténtalo tú —dijo. Agitando la varita de nuevo, devolvió el libro a su lugar—. No es tan difícil. Tienes que desear que el libro venga hacia ti, y tienes que creer que lo hará.

—¿Cómo en *Peter Pan*?

—Ugh, ese libro espantoso ni mentarlo. Uno de nosotros se revela al aborrecible de James Barrie y ¿qué hace él? Exponer nuestros secretos ante el mundo. No puedes fiarte de los terrenales. Para eso tenemos las normas —explicó Cali. Señaló el libro—. Ahora inténtalo tú.

Kristin observó el libro. «Puedo hacerlo.» Apuntó la varita. «Tengo magia.» Se concentró en el libro. «Soy la próxima hada madrina. Soy... *arcanae*.»

—*Vení*.

Por un momento no pasó nada. Entonces el libro se elevó un par de centímetros de la estantería y avanzó a trompicones por el aire. Kristin aguantó el aliento. Si el libro hubiera sido una persona, ese vuelo habría sido como los primeros pasos de un niño. A

medio camino, el libro cayó al suelo cuando Kristin volvió a respirar.

Se volvió a dejar caer sobre la silla.

—Ha sido increíble —dijo con los brazos colgando—. Pero estoy exhausta.

—Normal —comentó Cali, dedicándole una sonrisa satisfecha—. Nunca has hecho magia antes. No estás en forma.

—¿Qué no estoy en forma? Hago ejercicio cuatro o cinco veces a la semana —dijo Kristin. Excepto las últimas dos semanas, porque... había estado ocupada. Ah, qué narices, no había ido al gimnasio porque no le había apetecido.

—No son esos músculos los que importan —dijo Cali—. No te preocupes, irás mejorando.

—¿Por qué no podía hacerlo venir antes de que tú me ayudaras? —quiso saber Kristin respirando hondo.

—¿Creías que el libro iba a venir?

—No —contestó, invadida por la inquietud.

—Pues ahí lo tienes. La magia es una extensión de tu propio ser. ¿Cómo pretendes que funcione si no crees que va a funcionar? —dijo Cali, flotando a la altura de los ojos de Kristin.

—¿Qué significa «vení»?

—Significa «ven» en latín, en imperativo —le aclaró Callie. Se voz tenía la misma inflexión que la de una institutriz, pero estropeó el efecto cuando se echó a reír.

—Perfecto. O sea que ahora tengo que aprender latín además de aprender a usar una varita —dijo Kristin haciendo una mueca.

—No, no tienes que aprender latín —replicó Cali. La impaciencia se le notaba en la cara—. Ya te he dicho que la magia la haces tú. Es algo muy personal. Puedes usar lo que sea que funcione para ti. Para algunos de los hechizos más simples hay palabras que han sido usadas a través de los siglos porque, bueno, hubo un momento en el que todos hablábamos latín, ¿no?

A Kristin se le hacía extraña la idea de que los *arcanæ* tuvieran una historia propia, pero si lo pensaba con calma tenía lógica.

—No siempre vas a necesitar palabras —dijo Cali, encogiéndose de hombros—. Cada uno usa sus técnicas.

Kristin notó una incómoda bola de nervios en el estómago. ¿No había un método organizado que pudiera estudiar? ¿Tenía que improvisar y seguir su instinto? ¿No le iban a dar un manual de instrucciones? Su vida giraba alrededor de columnas ordenadas y ecuaciones impolutas que cuadraban. La improvisación era del todo inaceptable. Kristin miró a su alrededor, buscando bolígrafo y papel.

—Tengo que apuntar todo esto.

—No te preocupes, los singulares tienen mucho poder. En seguida te pondrás al día. Volveré a pasarme por aquí para ver cómo te va.

—Gracias. ¿Crees que podrías...?

Pero el hada salió como un rayo por la ventana antes de que Kristin pudiera hacer más preguntas.

—Genial —dijo, observando el libro en el suelo—. Tengo mucho poder y lo único que puedo hacer es tirar los libros por el suelo.

Kristin se sentía una inepta. No quería ser una singular. Nunca se le había dado bien que no se le dieran bien las cosas. Ya en el colegio quería ser buena en todo; cuando algo le costaba, se obligaba a estudiar hasta que conseguía alcanzar un nivel aceptable. Las pocas veces que el estudio obsesivo no la había ayudado a mejorar, Kristin había dejado las clases. Como había pasado con los cursos de arte, era una pésima artista. Pero ahora... estaba viviendo su peor pesadilla. Ni siquiera existían manuales que pudiera aprovechar.

—Oh, así te desvaneczas —dijo apuntando la varita al libro. El libro centelleó en el



suelo y desapareció—. No, no, espera, no iba en serio. ¡Desdesvanécete! Mierda, espero que no fuera un libro importante.

Alguien llamó a la puerta principal.

«No. Basta. No creo que pueda soportar más magia hoy», pensó harta. Pero hizo un esfuerzo por levantarse de la silla, encerró la varita en el armario y se dirigió a la entrada.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre de aspecto distinguido en los escalones. Tenía el pelo negro, con toques de gris en las sienes, y llevaba un traje que exclamaba dinero a gritos. Si ser contable le había enseñado algo era a reconocer la gente acomodada. El almidonado cuello de esa camisa no provenía de las rebajas de una tienda de barrio, y la corbata probablemente valía más que el armario de Kristin entero. Vale, hipérbole, pero era de seda y, si no se equivocaba, teñida a mano.

—Disculpe —dijo con una voz profunda y un ligero acento extranjero—. Vengo a ver a Rose, Violet y Lily.

—Mis tías. Lo siento, acaban de irse —contestó Kristin. Echó un vistazo al BMW negro aparcado en el bordillo. Había un hombre con gafas de sol esperando al lado del vehículo, de pie. ¿Tenía chófer?

—Vaya, qué lástima. ¿Cuándo cree que volverán?

—La verdad es que no lo sé. Se han ido esta mañana a dar la vuelta al mundo en crucero.

—Imposible.

Por el rabillo del ojo, Kristin vio al chófer acercarse a la casa y, entonces, sintió el impacto de un calor infernal, seguido de un muro de frío que la atravesó por completo. Kristin retrocedió con un escalofrío. La sensación desapareció tan rápidamente como había venido y la dejó ligeramente mareada. Miró al chófer, que volvía a estar de pie al lado del vehículo.

—¿Está bien? —preguntó el hombre, agarrándola por el codo para que no se cayera.

—Creo... creo que... sí. Me he mareado un poco —dijo pasándose una mano por la frente.

—Tal vez debería sentarse —recomendó el hombre. La hizo entrar en la casa y la sentó en la primera silla que encontró—. ¿Quiere un vaso de agua?

—Sí... o sea, no... quiero decir, ¿usted quién es?

—Perdone —dijo el hombre sonriendo—. Soy Lucas Reynard. ¿Y usted es...?

—Kristin Montgomery. ¿Conoce a mis tías?

—Desde hace muchos años. Tenía la esperanza de verlas antes de que partieran.

Había algo en su tono de voz que la hizo mirarle con los ojos entornados.

—¿Es usted un... un... hada?

—¿Tiene idea de cómo le sonaría eso a un terrenal? —dijo Lucas riendo.

—Perdón —se disculpó Kristin sonrojándose—. Es que todavía estoy muy verde en esto de la magia.

—¿Verde? —dijo el hombre arqueando las cejas. Lucas la miró detenidamente—. Ah, por eso está aquí. Es la nueva hada madrina, *¿n'est-ce pas?*

—Sí, y se me da terriblemente mal. De momento —matizó con un suspiro de irritación.

—Es el ciclo de renovación, ¿no es así? —dijo Lucas ladeando la cabeza.

—¿Ha oído hablar de ello?

—Un poco. —Le dedicó una sonrisa, y Kristin se ruborizó ante su escrutinio—. Veamos, el vaso de agua. ¿Dónde está la cocina?

—Ya voy yo.

Kristin intentó levantarse, pero Lucas negó con la cabeza.

—Necesita reposar. Indíqueme el camino.

Kristin señaló hacia la cocina con el dedo. Lucas desapareció y volvió con un vaso de

agua en menos de un minuto.

Sacó una varita del bolsillo interior de la cazadora. Con el vaso reposando sobre la palma de la mano, hizo un pequeño gesto con la punta de la varita y el vaso se llenó de agua.

—Listo. Beba un poco.

—¿Así que es un mago?

—Hechicero. Ahora beba.

—Gracias —dijo Kristin. Tomó un buen trago de agua. El líquido helado la calmó y le produjo un hormigueo en la garganta. Tomó aire pronunciadamente—. Eso no era agua del grifo.

Lucas pareció alarmado.

—Santo cielo, no. Proviene de una fuente en el Pirineo, conocida solo por un servidor y algunos pastores.

Kristin tomó otro trago.

—Si pusiera esto a la venta podría hacerle la competencia a Evian.

—¿Y estropear el placer de guardar un secreto como este? Jamás —dijo, juntando las manos ante el pecho de manera dramática.

El numerito hizo reír a Kristin.

—¿Es correcto asumir que se encuentra mejor?

—Mucho mejor, gracias —dijo. Se bebió el resto del agua y lamentó ver el vaso vacío en la mano—. ¿Qué diferencia hay entre un mago y un hechicero?

—Un hechicero recibe su poder de la tierra. Los magos pueden crear su propia magia, pero tienen que pagar el precio. Nosotros empleamos el poder de la naturaleza.

—Por eso el agua venía de una fuente —razonó Kristin, haciendo un gesto de cabeza para señalar el vaso.

—Exacto. Ahora me toca a mí preguntar. Parece saber muy pocas cosas, teniendo en cuenta que es un hada madrina.

—Eso no es una pregunta.

—Muy cierto, allá va: ¿Es una singular?

—Estoy empezando a odiar ese término —dijo Kristin, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Así que lo es?

—Sí. No tenía ni idea sobre la existencia de la magia hasta esta mañana.

Lucas soltó un silbido.

—Debe de haber sido un día ajetreado.

—Ni que lo diga. Oh, tal vez pueda ayudarme —quiso saber Kristin, recuperando su varita—. Acabo de hacer desaparecer un libro y no sé cómo recuperarlo.

Lucas apretó los labios con fuerza, como si estuviera conteniendo la risa. Carraspeó.

—¿Cuál era el título?

Kristin lo pensó un momento y sacudió la cabeza.

—No lo sé. Era un libro de esa estantería —dijo señalando el mueble con la varita. Los libros que quedaban cayeron al suelo—. Vaya.

Esa vez, Lucas se echó a reír.

—Lo siento. Ahora déjeme pensar. La falta del título lo complica todo un poco, pero... —Se concentró y señaló la mesa de centro con la varita—. *Liber*.

El libro se materializó sobre la mesa.

—Gracias —dijo Kristin, sonriendo de oreja a oreja. Lucas le devolvió la sonrisa.

Era bastante atractivo cuando sonreía, cortés y galante. Sí, esa era la palabra para Lucas, «galante». Si no hubiera visto antes a Tennyson...

¿Por qué diablos estaba comparando a Lucas con el trol?

—¿Algo va mal? —preguntó Lucas.

Kristin se percató de que tenía el ceño fruncido.

—No, lo siento. Es que estoy un poco saturada con todo esto —respondió haciendo

un gesto hacia las cajas que todavía tenía que desempaquetar—. Y además acabo de mudarme.

—¿Necesita ayuda para instalarse? —dijo el hombre alzando la varita.

—No —se apresuró en contestar Kristin—. No, tengo que hacerlo yo misma. Soy muy particular para estas cosas.

—Comprendo —murmuró con otra sonrisa—. En ese caso, la dejo tranquila. ¿Podría visitarla en algún otro momento? ¿Tal vez podríamos tomar un café?

—Eso me gustaría. Y, de nuevo, gracias por su ayuda.

—Un placer, *mademoiselle*.

Los dos fueron hacia la puerta. Antes de irse, Lucas le dio un beso en el dorso de la mano.

—Buenos días, Kristin Montgomery.

Kristin casi se sentía como una princesa.

—Adiós, Lucas.

Al cerrar la puerta tras él, sintió una inmensa satisfacción. Tal vez el trol era desesperante, pero las dos últimas visitas demostraban que no todos los *arcanæ* lo eran.

No había ido del todo mal, considerando que su vida había cambiado por completo.

## Capítulo 4

### Con la práctica viene la soltura, con la soltura viene la aptitud

¿Tenía alguna posibilidad de pasar un día tranquilo?

Kristin resopló. Habida cuenta de cómo había ido el día anterior, no pensaba que pudiera volver a tener un día de paz. Había llorado y gritado más en un día que en el último año entero, y su rostro había sido el lienzo de incontables muecas de disgusto. En un solo día. Por la noche, ya tarde, después de vaciar todas las cajas y organizar los contenidos, por fin se había metido en la cama. Esa mañana se levantó tarde. Era domingo, no tenía nada que hacer y necesitaba un poco de sosiego para digerir lo que había vivido el día anterior. Magos, hadas y varitas, por el amor de Dios.

Kristin retiró el primer volumen de los *Cuentos de hadas* de los hermanos Grimm de la estantería de su nuevo hogar y se sentó en un sillón mullido. Sus antepasados eran ingleses y ella vivía en el sur de California, pero, por algún motivo, había estudiado alemán hasta dominarlo por completo. Ahora, Kristin creía haber descubierto el porqué. La tía Rose había dicho que Jacob y Wilhelm eran grandes historiadores y, cuando se busca información, lo mejor es acudir a los expertos. Pasó las páginas hasta encontrar *Dornröschen*, La Bella Durmiente, y se acomodó para leer a gusto. Le encantaban todos los cuentos del libro, incluso los que daban miedo.

Pero mientras leía acerca de los hechizos y la maldición que le echaron a la guapísima muchacha, sus pensamientos empezaron a vagar. Los cuentos contenían muchos relatos de pruebas, tareas y juicios. ¿El ciclo de renovación al que se enfrentaba sería tan difícil como las pruebas de sus amadas historias?

—Veo que estás leyendo los clásicos —dijo Tennyson.

Kristin se puso en pie de un salto para darse la vuelta, el libro salió volando por los aires. Tennyson sonreía, burlón.

—¿Cómo has entrado?

—Por la puerta.

—Estaba cerrada con llave. ¿No has considerado la posibilidad de llamar al timbre?

—Lo he pensado durante un segundo. Entonces he decidido no molestarme —afirmó él, encogiéndose de hombros. Agarró el libro del suelo—. Deberías cuidar mejor de tus libros.

—¿Qué quieres?

—Lo que quiero es seguir con mis investigaciones, pero esa opción quedó descartada cuando me eligieron para ser tu prefecto. Venga, vámonos.

Kristin lo observó un instante, pero no se movió.

—Yo no voy a ningún sitio. No tengo intenciones de ir a ningún sitio. No puedes irrumpir en mi casa y esperar a que salga corriendo solo porque tú lo digas.

—De hecho, sí que puedo. Vamos a dar un paseo —dijo Tennyson. Su mano se cerró alrededor del brazo de Kristin y la obligó a levantarse.

—¡Eh! No...

Al no poder zafarse, Kristin no tuvo más remedio que dar unos cuantos pasos a su lado.

—Un momento —ordenó Tennyson deteniéndose. Se volvió hacia ella—. Se te olvida algo.

—¿El qué? Eres tú el que me está llevando a rastras. Si fuera por mí, no saldría de casa —dijo Kristin. Sonaba soberanamente irritante; un nuevo cambio en su estilo de vida.

—Escucha, princesa, ahora eres un hada madrina, así que tendrás que empezar a pensar como tal —le espetó, soltándola—. ¿Dónde está tu varita?

Kristin señaló el armario.

—¿En serio? ¿Sigue en el armario? —Tennyson sacó la pieza de jacaranda—. ¿Cómo pretendes hacer magia si la tienes aquí metida?

—Mira, guapo, no...

—Da igual. Vámonos.

—Pero no quiero salir de casa.

—Qué pena —dijo endosándole la varita.

Kristin introdujo la varita en el bolsillo trasero del pantalón y se sorprendió al ver que la madera se deslizaba por completo en el interior del bolsillo, sin incomodarla ni romper la tela. Miró a Tennyson inquisitivamente.

—¿Qué esperabas? No vamos anunciando nuestra presencia entre los terrenales. No puedes ir por la calle con una varita, te tomarían por loca. Vámonos —volvió a ordenar agarrándola de nuevo.

Trastabilló a su lado, resignada. Cuando llegaron a la acera, Tennyson se detuvo y agitó la varita en dirección a la puerta.

—Para que no tengas más visitantes indeseados.

—Veo que te incluyes en esa categoría. Debes de ser listo —ironizó Kristin. El sarcasmo era su nuevo mejor amigo.

Tennyson no replicó. Anduvieron una manzana sin que Kristin dijera nada, pero cuando llegaron a la playa frenó.

—Si llego a saber que querías ir a hacer surf, me habría traído el traje de baño.

—Yo no hago surf —dijo. Agarrándola por los hombros, la hizo mirar hacia la arena—. ¿Qué ves?

—El océano Pacífico, arena y gente que seguramente necesita ponerse protector solar —contestó Kristin. Esta vez consiguió liberar el brazo de entre los dedos de Tennyson—. Ya sé que tengo mucho que aprender y, de hecho, estaba estudiando cuando te has presentado en mi salón. ¿Hemos terminado ya?

—No hemos empezado —dijo Tennyson. Señaló hacia la playa—. Vuelve a mirar y dame detalles.

El suspiro de frustración de Kristin fue más sonoro de lo que pretendía, pero volvió a examinar la playa. La arena estaba abarrotada de gente. Tres chavales adolescentes con tablas de *bodyboarding* corrían hacia las olas. Dos veinteañeros estaban tumbados sobre toallas raídas, con una neverita de playa colocada entre los dos; con casi toda probabilidad estaba llena de cervezas, si les viera la policía...

—No te distraigas.

Kristin gruñó por toda respuesta. Se giró hacia el pequeño parque infantil. Una madre, con esa expresión de vigilancia y aburrimiento simultáneos que solo una madre podría poner, observaba a su hijo, que estaba escalando una tortuga de cemento gigante. Los niños trepaban por el tobogán y chillaban con el desenfreno insensato propio de los inocentes.

Kristin parpadeó.

Los niños reían, correteaban por el parque y se arrojaban arena los unos a los otros.

Kristin cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir lentamente.

—Santo cielo.

—¿Qué ves?

Frotándose los ojos, Kristin se inclinó hacia delante. No era posible. Sobre las cabezas de los niños, unas coronas doradas diminutas brillaban y parpadeaban. Se encendían y se apagaban, apareciendo y desapareciendo sin ningún ritmo aparente, pero allí estaban. Miró a los turistas que había en la arena. Sin corona, sin corona, ¡un momento! Había una niña construyendo un castillo de arena al lado del agua que tenía una tiara que brillaba de manera radiante.

—¿Y bien? —preguntó Tennyson, extendiendo los brazos con las manos abiertas en

signo de impaciencia.

Kristin se dio la vuelta y le miró a la cara.

—¿Tú ves las coronas?

—¿Tengo aspecto de hada madrina? —dijo. Pero su expresión se relajó y una sonrisa se insinuó en sus labios—. Ves las coronas.

—Sí —contestó Kristin, con tanta emoción que la palabra pareció un chillido de alegría—. Flotan sobre las cabezas de los niños —dijo, volviendo a observar el parque infantil.

La mirada de Tennyson siguió la suya, pero este negó con la cabeza.

—Pues no, yo no veo nada.

—¿En serio? ¿No las ves? —inquirió Kristin con satisfacción. Era capaz de algo que Tennyson no podía hacer.

—En serio, yo no puedo ver las coronas. —Arqueó las cejas, con cierto hartazgo.

Kristin se mordió el labio inferior para evitar reírse y continuó escudriñando Mission Beach. Las coronas aparecían y desaparecían sobre las cabezas de los niños, y cada vez que veía una iluminarse se le ensanchaba la sonrisa.

—¿Por qué desaparecen las coronas?

—Por lo que sé, los deseos no son constantes. Cuando se distraen con otro pensamiento, la corona desaparece.

Kristin volvió a inspeccionar a los adultos. Poco a poco, su felicidad fue desvaneciéndose y se vio sustituida por una avalancha de preguntas. Volvió a girarse hacia Tennyson.

—Los niños son los únicos que tienen coronas.

—Eso es porque la mayoría de adultos ya no cree. De hecho, es una ventaja: nos mantiene a salvo.

—¿A salvo? ¿A salvo de qué? ¿A qué te refieres?

—¿Qué crees que pasaría si los terrenales se enteraran de nuestra existencia?

Kristin lo meditó un momento.

—Supongo que la gente estaría constantemente pidiendo favores mágicos.

—Exacto. Pero la mayoría de la gente no cree en la magia. En especial los adultos, así que es relativamente difícil que a nosotros, los *arcanae*, se nos descubra. Cuando los terrenales presencian algo que hemos hecho, un acto de magia, se inventan una explicación lógica, o lo descartan pensando que es una alucinación.

—Ahá —dijo Kristin. Tenía sentido—. ¿Qué pasa con las personas que descubren que existimos?

—Sus historias son publicadas al lado de los artículos sobre gente que ha visto a Elvis Presley o al abominable hombre de las nieves.

Kristin miró a Tennyson sorprendida. Su cara reflejaba pura inocencia, hasta que una sonrisa enorme le apareció en la cara.

—Es broma. He copiado la idea de *Hombres de negro*.

Kristin rio, en contra de su voluntad. El trol tenía sentido del humor.

—Entonces, ¿qué sucede cuando eso ocurre?

—Normalmente podemos solucionarlo con un hechizo que les altera la memoria —dijo Tennyson encogiéndose de hombros.

—Eso suena doloroso —musitó Kristin haciendo una mueca.

—Es un proceso inocuo. Tuvimos mucho tiempo para practicar durante la Edad Media. Esa fue una mala época para nosotros. Por aquel entonces, todo el mundo creía en la magia y era mucho más difícil mantenernos ocultos. Cuando se nos descubría, la gente nos acosaba pidiendo milagros. Aunque claro, eso era mejor que ser asesinados a manos de aquellos que nos temían.

—¿Eso pasaba de verdad?

—Sí, por eso ahora tenemos normas. Vivimos en este mundo, igual que los

terrenales. Nuestras vidas son mejores si no saben nada de nosotros. En cualquier caso, la alteración de memoria se convirtió en nuestra mejor defensa.

Kristin se sintió asqueada al escuchar lo que decía Tennyson.

—¿Alguna vez te persiguieron?

—¿Qué? —dijo él ofendido—. ¿Qué edad crees que tengo?

—No lo sé. ¿Cuántos años soléis vivir?

—Solemos vivir, y te recuerdo que eso te incluye, vidas normales. Bueno, tal vez un poco más largas de lo normal. Vivimos alrededor de los ciento treinta años, yo solo tengo treinta y cinco.

—Perdón —dijo Kristin encogiéndose de hombros. Más le valía acostumbrarse a meter la pata, todavía tenía mucho por aprender.

—Aunque a veces confiamos en los terrenales. De hecho, los matrimonios entre terrenales y *arcanae* no son raros.

—¿En serio?

—Teniendo en cuenta la proporción de terrenales y *arcanae*, lo difícil sería que no sucediera. Nos podemos enamorar de un terrenal, y ellos se pueden enamorar de nosotros.

—¿Y está permitido?

—Claro. No vivimos en un régimen totalitario con normas de conducta inflexibles.

—Quién lo hubiera pensado. —murmuró Kristin.

—De ahí viene la teoría sobre el origen de los singulares. Una unión entre un terrenal y un *arcanae* puede resultar en descendencia *arcanae* o no *arcanae*. Nuestros científicos creen que los singulares son producto de la unión de dos terrenales entre cuyos ancestros se encuentran *arcanae*. Se mezclan los genes oportunos y, voilà, un singular. La larga vida latente del rasgo genético hace que los singulares suelen ser más poderosos.

—Un momento, ¿hay científicos *arcanae*? —dijo Kristin. No se lo podía creer.

—Somos un pequeño mundo aparte. Tenemos periódicos, doctores, profesores, historiadores —respondió Tennyson, señalándose el pecho con la última palabra—. Intentamos pasar desapercibidos, pero existe una sociedad *arcanae* muy próspera.

—¿Cómo es posible que nunca me haya dado cuenta?

—Porque los terrenales no son demasiado observadores —dijo, burlándose de ella—. Y nos escondemos.

—¿O sea que tenéis vuestros propios centros comerciales? —preguntó Kristin. Su cara de póquer no pudo disimular el tono sarcástico.

—¿Eres siempre tan listilla? —murmuró Tennyson, entornando los ojos.

—No, es que me gusta ir de compras.

El volvió a fruncir el ceño. Abrió la boca para replicar, pero Kristin levantó las manos en señal de paz.

—Es broma.

¿Qué tenía aquel hombre que sacaba a relucir lo peor de la personalidad de Kristin? Tendría que esforzarse por evitarlo.

Kristin volvió a observar los niños. Había uno sentado solo en la toalla. Estaba mirando hacia el horizonte y hacía deslizar la arena por entre los dedos de la mano. Esperó a que apareciera una corona sobre su cabeza, pero no pasó nada. El niño se giró hacia el hombre enorme que estaba durmiendo a su lado. Un tenue parpadeo se le materializó sobre la cabeza, aunque desapareció tan rápido que Kristin pensó que lo había imaginado.

—¿Por qué hay niños que no tienen corona?

—Algunos de ellos han sido expuestos a situaciones que los niños no deberían vivir —dijo Tennyson suspirando—. Dejan de creer en la magia mucho antes de lo que deberían.

Kristin volvió a fijarse en el niño, que estaba mirando hacia el horizonte de nuevo. Sintió una punzada de lástima en lo más hondo del pecho.

Tennyson le apretó levemente el hombro con una mano y la miró con compasión.

—No puedes ayudar a todos. No es tu responsabilidad ayudar a todo el mundo.

—Ya lo sé —dijo Kristin respirando hondo.

—Bien. ¿Estás lista para dar el próximo paso?

—¿Por qué no? —musitó ella mientras se volvía hacia Tennyson.

Él le hizo darse la vuelta hacia los niños.

—Escucha.

Kristin esperó, pero Tennyson no dijo nada más.

—¿Perdona?

—Escucha.

—¿El qué?

—A los niños.

—Estoy demasiado lejos —dijo Kristin. El escepticismo se le notaba en la voz.

—¿Piensas discutir cada vez que te pida que hagas algo?

—Probablemente —replicó Kristin frunciendo el ceño—. Mira, mostrar un poco de comprensión no te va a hacer daño. Me estás pidiendo que haga cosas de las que no sé si soy capaz, maldita sea, cosas en las que ayer ni siquiera creía. Así que perdóname si tengo dudas.

Tennyson respiró hondo.

—Perdona. Se me olvida que eres una singular. Y ahora, por favor, intenta escucharles.

Kristin juntó los labios con rabia, pero se volvió hacia los niños del parque. Y lo intentó. Poco a poco, empezó a oír un zumbido. Apretó los dientes y se concentró en un niño que estaba jugando con unos dinosaurios de plástico. El zumbido se convirtió en un runrún. Entonces el runrún se fue aclarando y una vocecita comenzó a hablar en la cabeza de Kristin, a la vez que una corona aparecía sobre la del niño.

—Ojalá pudiera ver a un tiranosaurio de verdad.

Kristin se llevó la mano a la boca y se concentró en una niña que estaba en lo alto del tobogán con los brazos extendidos.

—Ojalá pudiera volar.

Un niño saltó del columpio cuando estaba en lo más alto.

—Ojalá me hubiera visto papá.

Otro chiquillo observaba a un niño que sostenía un enorme helado goteante de vainilla.

—Ojalá tuviera un helado como ese.

—Ojalá fuera una princesa de verdad.

—Ojalá tuviera un cachorro.

—Ojalá tuviera súper poderes, así haría...

—Ojalá mi hermano...

—Ojalá le gustara...

«Ojalá a mamá...» «Ojalá yo...» «Ojalá que...» «Ojalá...» «Ojalá...» «Ojalá...»

Tennyson se sobresaltó cuando Kristin se cubrió las orejas de repente. La chica estaba haciendo muecas de dolor. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Basta. Haz que se callen —le rogó. Se volvió hacia él, el labio inferior le temblaba.

Con una mirada rápida para comprobar que nadie estuviera mirando, Tennyson se sacó la varita del bolsillo de los pantalones, se puso delante de ella y la agitó en el espacio entre ambos.

— Fac silentium.

La magia centelleante les cubrió como una cortina de agua seca. Volvió a guardar la varita en el bolsillo y abrazó a Kristin.



—Tranquila, ya pasó. Ya puedes destaparte los oídos.

Kristin bajó las manos lentamente, como si no acabara de fiarse de sus palabras. Al notar el silencio que la recibía, se sorbió la nariz y se secó una lágrima.

—¿Qué has hecho?

—Nos he encerrado en una especie de burbuja. Desde aquí no puedes oír nada de lo que ocurre fuera —dijo Tennyson. La llevó hacia un banco—. Venga, siéntate.

La piel de Kristin estaba cubierta de manchas de color rojo intenso y los ojos le brillaban con nuevas lágrimas. Respiraba de manera entrecortada y se retorció las manos nerviosamente.

—Ha sido horroroso. No quiero volver a hacerlo jamás.

—Cuéntame lo que ha pasado.

Kristin se quedó mirando la arena.

—Me puse a escuchar y oí un deseo, y luego otro y otro... y empezaron a sonar demasiado alto y demasiado rápido y... —Kristin sollozó—. Me ha dado miedo.

Tennyson le pasó un brazo por los hombros.

—No podía controlarlo. No paraba de subir el volumen, cada vez más y más alto, zumbando como si me estuviera atacando un terrible enjambre de abejas.

Tennyson sonrió ante la comparación.

—Suena como una tontería, ¿no? —dijo Kristin, empezando a sonreír también.

—No creas. He oído que el ejército está experimentando con armas que usan ondas de sonido en vez de explosivos. Los sonidos son muy potentes. Piensa en las películas, ¿cómo serían si no fuera por la banda sonora?

Kristin rio un poco, aunque era una alegría transitoria.

—No puedo volver a hacerlo.

—No así, pero puedes controlarlo. Puedes concentrarte y escuchar los deseos de uno en uno, solo cuando tú quieras oírlos.

Los ojos de Kristin volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Cómo sabes que puedo? ¿Y cómo sé qué deseos escuchar? ¿Cómo los estudio y elijo un deseo en vez de otro? ¿Cómo puedo decepcionar a tantos niños? Y aunque escoja un deseo, ¿cómo sé que soy capaz de concederlo? Todavía no puedo hacer magia. No sé ni cómo escuchar deseos. —Kristin se cubrió la cara con las manos—. Es demasiado para mí —añadió sollozando.

Tennyson sentía cómo el pánico se apoderaba de él. ¿Sollozos? Nadie le había advertido que tendría que enfrentarse a ataques de nervios. Dos veces. Dos días seguidos. Hizo una mueca de resignación y la abrazó. Le dio unas palmaditas en la espalda.

—Ya pasó, ya pasó —la tranquilizó. Incluso a él le sonó poco convincente.

Kristin le miró. Estaba moqueando, tenía los ojos rojos y las mejillas húmedas, un aspecto lamentable. Pero en su mirada verde había una determinación ardiente. Tenía el poder y la voluntad. Tennyson le sostuvo la cara con las manos y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Aprenderás.

—¿Y si no lo consigo? —Su mirada pedía consuelo.

Tennyson ladeó la cabeza para que Kristin pudiera mirarle a los ojos directamente.

—¿Ahora por qué lloras?

—Porque soy un fracaso.

—No, es porque quieres la magia. Lo sientes en tu interior, con tanta claridad que te duele. Aprenderás a usar la magia porque es parte de lo que eres.

Kristin tragó saliva. Había dejado de llorar, pero todavía sorbía por la nariz de vez en cuando.

—¿De verdad lo crees?

—Si no lo hiciera, no perdería el tiempo contigo.

Una débil sonrisa le asomó en los labios, separándolos. Kristin suspiró y su aliento flotó hasta Tennyson. Kristin era algodón de azúcar y café. Un buen vino y un gran libro. Inocencia y cuero.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, los labios de Tennyson rozaron los de Kristin, y casi gimió de placer ante su suavidad. Sus labios eran dulces y exquisitos, una delicia en su boca. Deslizó los dedos por su pelo y la besó con más intensidad. Su sabor era tan delicioso como había imaginado, y todavía no se había saciado. Había demasiados detalles de su sabor que todavía no había podido examinar, y cuánto más la probaba más había por descubrir.

Kristin se separó un instante para tomar aire, inhalando profundamente.

Pero, ¿en qué estaba pensando? Tennyson la apartó y retrocedió.

—No tendría que haber hecho eso —dijo. Dejó caer las manos en los costados. Para su fastidio, las notaba temblorosas.

Kristin parpadeó y respiró hondo. Tennyson no estaba seguro de si su reacción todavía venía del disgusto o si era por su beso. Abrió la boca para decir algo, pero entonces la cerró con decisión y puso cara de enfado. Le contempló un instante.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Pues... pues... no lo sé —susurró metiendo las manos en los bolsillos de los tejanos—. Estabas llorando y he pensado que querías que te consolara y... —Se encogió de hombros.

—Y has decidido besarme. Vale, es bueno saberlo. «No llorar delante de Tennyson», lo añadiré a mi lista de cosas importantes. El beso ha sido un error. Aunque por lo menos me has distraído de la debacle de los deseos —dijo Kristin. Puso la espalda recta y señaló hacia la playa—. Estoy lista para volver a intentarlo.

Tennyson sacudió la cabeza, él no lo estaba.

—No, quizá mañana. Esta tarde practica algunos hechizos sencillos.

—Sí, vale, lo que tú digas —repuso Kristin sin entusiasmo. Miró hacia el océano—. No oigo las olas.

—Perdón, se me olvidaba. —Tennyson recuperó su varita de nuevo y la agitó dos veces.

El hechizo aislante desapareció y el ruido de la playa se le vino encima como un ataque a los sentidos. Los niños que gritaban mientras jugaban, el rugido de las olas y los chillidos de las gaviotas le ponían de los nervios. Apretando los dientes, guardó la varita de mala manera.

—¿Estás bien?

—Estupendamente.

—Vale —dijo Tennyson, y sintió la amenaza del silencio incómodo que les rodeaba. Se apresuró a decir algo—. Tendrías que practicar algunos hechizos sencillos esta tarde.

—Eso ya lo has dicho —replicó Kristin, haciendo un gesto casual con los dedos.

—Hechizos fáciles, como la levitación —continuó Tennyson. Se aferró a ese tema, aliviado—. Con un poco de práctica....

—De acuerdo. Lo haré en casa. —Se levantó y empezó a andar hacia la calle de su casa.

—¡Eh! —dijo Tennyson alcanzándola.

Kristin se paró en seco.

—Mira, Tennyson, no me hace falta una niñera. Te prometo que practicaré. Hechizos sencillos. En casa. Sola —añadió entornando los ojos—. A no ser que quieras enseñarme algo más.

—No.

—Entonces ya te veré mañana. —Sin dirigirle otra mirada, Kristin giró sobre sí misma y fue hacia la calle.

Exhalando profundamente, Tennyson observó cómo se alejaba. Tenía todo el derecho del mundo a enfadarse con él, no la tendría que haber besado. Se había pasado de la raya. Se había aprovechado de su momento de debilidad. Ni siquiera se podía explicar a sí mismo por qué lo había hecho.

Kristin se alejó con la espalda recta y la cabeza alta, y no miró hacia atrás. Sí, tenía todo el derecho del mundo a enfadarse, pero lo había llevado con dignidad y clase.

Aunque Tennyson estaba bastante seguro de que la había oída murmurar «trol».

# Capítulo 5

## Nunca uses la varita con rabia

«Es que estabas llorando» imitó Kristin sarcásticamente mientras sacaba cinco latas de Coca-Cola light de la bolsa del reciclaje. Se dirigió al banco que había colocado en medio del jardín. «Pensaba que necesitabas que te consolaran.» Su indignación no había ido a menos. Las bases de las latas chocaron contra el banco cuando las dispuso con cierta violencia a lo largo del respaldo. «No tendría que haber hecho eso», pues no, narices, no deberías haberlo hecho. Kristin se alejó del banco a zancadas, unos tres metros, y se encaró hacia el banco.

Aparentemente, el beso no había significado nada para él. Solo porque Kristin era una idiota y se había sentido como si le cambiara la vida cuando sus labios rozaron los suyos no significaba que él hubiera reaccionado de la misma manera. Su vida ya había cambiado bastante en los últimos dos días, no necesitaba complicársela más. Especialmente, no necesitaba complicársela por un tipo que no sentía nada por ella. Se olvidaría del beso tan fácilmente como él. Le había dicho que practicara hechizos. Hechizos sencillos. De acuerdo, dominaría tanta magia antes de volverle a ver que Tennyson no tendría más remedio que quedarse impresionado. Entonces se iba a enterar. Kristin no era una florecilla débil y frágil a la que «consolar».

Apuntó la varita hacia la lata. Levitación. Un hechizo fácil y sencillo.

—Trol —dijo con desprecio antes de concentrarse.

La primera lata de Coca-Cola saltó por los aires con un estallido atronador y se desintegró causando una lluvia de polvo de aluminio brillante.

—Recuérdame que no me interponga entre la lata y tú. —Lucas apareció dando la vuelta a la esquina de la casa, con las manos en el aire.

A Kristin la invadió la vergüenza. Con su suerte, por supuesto que había otro testigo para presenciar sus desastres mágicos. Kristin tenía tantas ganas de vivir otro momento embarazoso como de conocer a un tiburón que supiera usar metralletas. Bajando la varita y apuntándola al suelo, le dedicó una sonrisa a Lucas.

—Lo siento, estaba practicando.

Lucas observó el polvo de aluminio que todavía flotaba por el aire.

—Te he oído desde la calle y me he invitado a tu patio de atrás para saludar. Deduzco que este no es el efecto que pretendías lograr —dijo. Torció la boca hacia un lado, indicando duda.

—Se suponía que era un hechizo de levitación, no de destrucción —se explicó Kristin mirando la varita—. Puede que haya usado la palabra equivocada.

—Bueno, fuera lo que fuese debía de ser algo con mucha pasión. Nunca se sabe, algún día podría serte útil.

—Sí, si alguna vez tengo que pulverizar algo —dijo ella sacudiendo la cabeza desanimada.

—Siempre y cuando no quieras pulverizarme a mí —comentó Lucas sonriendo.

—No te preocupes —lo tranquilizó Kristin esbozando una sonrisa. Aquel animado intercambio la estaba relajando.

—No pretendía interrumpir tus prácticas —dijo Lucas haciendo un gesto con la mano para indicar las latas que quedaban en el banco—. He venido a invitarte a un café. ¿Es mal momento?

Kristin se mordió el labio inferior. Debería estar practicando. Quería demostrarle al trol que no era ni tonta ni inútil. Aunque, claro, todos los intentos de magia de aquel día habían sido un fracaso. Lucas la observaba pacientemente. Él no estaba presionándola sin motivo. Él no la estaba tratando con actitud condescendiente. Él, de hecho, estaba mostrándole apoyo.

Qué narices, Kristin necesitaba tomarse un respiro.

—Me encantaría tomar un café contigo.

Una amplia sonrisa relució en el rostro de Lucas.

—He visto una cafetería pequeña en la esquina. Podemos ir paseando, le diré a Dimitri que vuelva dentro de una hora.

—¿Quién es Dimitri?

—Mi chófer.

—Voy a por mi bolso, ¿nos vemos en el jardín delantero? —dijo Kristin yendo hacia la puerta.

—No, no, invito yo. —Le ofreció el brazo con un gesto que recordaba al siglo diecinueve—. Hablaré con Dimitri cuando le vea.

Kristin se preguntó si Lucas estaba intentando impresionarla. Solo iban a tomar un café, pero era tan... galante.

La cafetería tenía un escaparate lóbrego desde el que se veía el Mission Beach Boulevard y, más allá, el Pacífico. La pintura de las paredes, de color verde como la espuma de las olas, estaba descascarillada y necesitaba unas capas nuevas; pero las ventanas estaban limpias y tenían letras doradas y negras que deletreaban «Java Joe's». Cuando Lucas empujó la puerta se oyó un ruido de campanillas.

Se sentaron en unas sillas de vinilo rojo, alrededor de una mesa metálica. Una camarera vestida con pantalones cargo y una camiseta de camuflaje se apresuró a recibirles. Se sacó un lápiz del pelo rizado.

—¿Qué van a tomar?

—Un *espresso* doble y... Un momento, déjame adivinar —dijo, mirando a Kristin y dándose golpecitos en el labio con un dedo—. ¿Un *café au lait* para ti?

—Sí —se sorprendió Kristin.

—Y tráiganos dos *cookies*. Una con nueces, y una con pepitas de chocolate... No, olvide eso último. Una *cookie* normal.

—Hecho —dijo la camarera, apuntando en su libreta—. ¿Hache dos o?

—Sí, gracias —contestó Lucas. La despachó con una sonrisa brillante y concentró su atención en Kristin.

La camarera terminó de apuntar y se alejó.

Kristin se inclinó sobre la mesa.

—¿Cómo has sabido lo que quería? —preguntó en voz baja—. ¿Has usado magia?

Lucas rio.

—No, pero ayer me fijé en que no había cafetera en la cocina. Si fueras aficionada al café, la habrías desempaquetado en seguida. Así que me la he jugado y te he pedido un café poco fuerte. Y vi la nota que te dejó tu tía hablando de las galletas sin pepitas de chocolate.

—Has hecho trampa —dijo Kristin sonriendo.

—Lo confieso. Pero también me fijo en los detalles.

—Así que, ¿eres francés?

—¿Tanto se me nota el acento? —murmuró Lucas, reclinándose en la silla con aire decepcionado.

—No, en absoluto. Es que me fijo en los detalles.

Lucas se rio entre dientes ante ese chiste que compartían.

La camarera les trajo lo que habían pedido. Lucas tomó un sorbo del *espresso* y lo dejó sobre la mesa.

—Lo único que lamento es haber esperado tanto antes de visitar a tus tías, me temo que el trabajo me ha mantenido lejos de las visitas de recreo. Estoy construyendo mi casa, y estoy tan hastiado de vivir en un hotel que quería ocuparme de eso antes.

—¿Dónde te has instalado?

—En el hotel La Valencia, en La Jolla. Es un lugar fantástico, aunque no deja de ser un hotel.

Kristin se quedó boquiabierta, pero enseguida recuperó la compostura. El traje de Armani no mentía. Este tipo tenía dinero.

—Perdona la indiscreción, ¿todos los seres mágicos son ricos?

—No, como en todas partes tenemos mucha variedad —dijo Lucas. Le dio unas palmaditas en la mano con indulgencia—. Es cierto que todo esto es nuevo para ti, ¿*non*?

Kristin se ruborizó.

—Lo sé, lo siento. —dijo, escondiendo la cara tras las manos.

—No, no, creo que tu franqueza es encantadora.

Cuando Kristin miró por entre los dedos, Lucas estaba recostado en la silla, mirándola con paciencia. Sonrió, mostrando unos dientes relucientes.

Kristin se quitó las manos de la cara.

—Háblame de ti —dijo dándole un sorbo al café con leche.

Sin apartar la mirada de su *cookie*, Lucas rompió un trozo.

—¿Qué quieres saber?

—¿A qué te dedicas? ¿De qué parte de Francia eres? ¿Cuáles son tus aficiones?

Lucas estaba picoteando el trozo de *cookie* con los dedos.

—En los últimos años he vivido bastante aislado. He tenido una vida insulsa. Soy del suroeste de Francia, de los Pirineos.

—Ah, claro. ¿Descubriste allí el manantial de agua del que me serviste ayer?

Lucas pareció confundido durante un momento. Luego asintió.

—Sí, sí, por supuesto.

—¿A qué te dedicas?

—Kristin, soy hechicero —dijo Lucas, riendo por lo bajo.

—Así que supongo que puedes conseguir rubíes, diamantes y oro cuando lo necesitas.

Lucas se echó a reír.

—No es un proceso tan basto. Soy un... mmhh, ¿cómo podría decirlo? Una especie de diplomático. Me dedico a las luchas de poder del mundo *arcanae*.

—Caray, suena importante.

—No tanto como podrías pensar.

—¿Hay muchas? Luchas de poder, quiero decir.

—Pocas, pero cuando suceden pueden llegar a ser enormes. —Su mirada se desvió hacia más allá del hombro de Kristin, como si estuviera recordando algún evento del pasado.

—Algún día tendrás que contarme tus aventuras. Si no son confidenciales ni nada parecido —dijo Kristin antes de morder su *cookie*.

—Estoy seguro de que mis aventuras te aburrirían. Solo hago mi trabajo.

—Y entonces ¿cómo gana uno dinero? Como *arcanae*, quiero decir. ¿Sigo trabajando de contable y me dedico a hacer de hada madrina en mi tiempo libre?

Lucas sacudió la cabeza.

—No conozco todos los detalles, pero estoy seguro de que el Consejo tiene un sueldo previsto. Tendrás que preguntárselo a tu prefecto.

—¿El Consejo? ¿Qué Consejo? —preguntó Kristin. Cada pedacito de información le planteaba más preguntas.

—El Noble Consejo de Hombres y Mujeres Sabios. Son el cuerpo gubernamental de los *arcanae*. Ponen normas, juzgan e intentan velar por nuestra seguridad.

—¿Hay burocracia? —dijo Kristin frunciendo el ceño.

—Sin duda —repuso Lucas, riendo de nuevo—. No pretenderás que el mundo *arcanae* funcione sin normas y orden. El Consejo Principal se encuentra en Londres, y hay ramas más pequeñas por todo el mundo.

—Hay tanto que aprender —dijo Kristin frotándose la cara.

—Estás abrumada, es lo más habitual, al principio. Un singular tiene mucho que aprender, pero son los individuos que suelen convertirse en los más poderosos en la sociedad *arcanae*. —Lucas la tomó de la mano—. Y esa es solo una de las razones por las que eres tan especial.

—Tal vez. Sin embargo, ahora mismo yo sigo sintiéndome estúpida —replicó Kristin entornando los ojos.

Lucas sacó la cartera del bolsillo de la cazadora y extrajo algunos billetes del montón que había dentro. Los dejó en la mesa, se levantó y le ofreció la mano a Kristin.

—No tienes nada de estúpida, aunque todavía eres ignorante.

—Ni que lo digas —dijo Kristin. Puso la mano en la suya y le permitió que la ayudara a levantarse de la silla.

Lucas guió a Kristin desde el interior de la cafetería a la calle soleada.

—Estaría encantado de ayudarte a aprender, si me lo permites. ¿Querrías cenar conmigo mañana por la noche?

—Me encantaría —dijo Kristin, sintiendo alivio. Aquí había alguien que estaba dispuesto a ofrecerle respuestas sin chulería.

—Pero tengo que ser sincero —dijo Lucas frunciendo el ceño.

—¿Pasa algo?

—No, es que... —Lucas rio suavemente mientras llegaban a su calle—. Haces que me vuelva a sentir como un colegial desmañado. No te estoy invitando a cenar meramente para hacerte de tutor. Disfruto de tu compañía y me gustaría conocerte mejor.

Kristin sintió que la satisfacción la invadía. Un hombre atractivo y distinguido quería salir con ella. Eso sí que le levantaba el ánimo. Seguramente no se disculparía por besarla; seguramente Lucas la besaría porque quería, no porque sí. No como el trol.

Kristin descartó esa idea de inmediato. No tenía ninguna intención de fastidiar el resto del día pensando en Tennyson.

—Soy consciente de la diferencia de edad...

Kristin levantó una mano.

—Me encantaría ir a cenar contigo.

—Excelente. Vendré a buscarte a las siete.

Llegaron al jardín del bungalow. Echando un vistazo a la casa, Lucas sonrió.

—Parece que tienes visitas.

Kristin miró hacia la puerta principal, pero no vio nada. Entonces notó que algo se movía en los arbustos; había haditas revoloteando por las buganvillas. Si no hubiera sabido que existían, habría asumido que las hadas no eran más que hojas agitadas por el viento.

—No me voy a invitar a tu casa, ya he abusado de tu tiempo lo suficiente por hoy, y veo que estás muy solicitada. Mi chófer me espera.

El BMW negro estaba aparcado al lado del bordillo. Kristin no sabía si Dimitri les había estado observando desde detrás de sus gafas de sol, pero este salió del vehículo y abrió la puerta cuando se acercaron.

Lucas se inclinó y le besó la mano.

—Te veré mañana.

—Estupendo. Hasta entonces.

Lucas subió a la parte trasera del BMW. Dimitri cerró la puerta, se metió en el vehículo y ambos se alejaron.

Kristin se volvió hacia su casa. De acuerdo, tal vez cuando Lucas la tocaba el corazón no se le desbocaba como con el trol, pero por lo menos era una persona civilizada. Ya había tenido suficientes sobresaltos en el último par de días, no le hacía falta que se le acelerara más el corazón.

Kristin avanzó por el camino de entrada.

—Hola, Cali.

El hada diminuta voló hacia su hombro.

—Estupendo, ya has llegado. Me he traído a unos cuantos amigos, hemos pensado que podríamos darte una clase de magia.

—Gracias, me hace falta —dijo Kristin. Observó el resto de las hadas, había cinco más aparte de Cali—. Hola a todos, soy Kristin —saludó. Abrió la puerta de la casa y dejó que las seis haditas entraran.



Tennyson estaba sentado en la enorme mesa de roble de la biblioteca. Extendió los brazos hacia arriba para desentumecer los músculos. Ir a la biblioteca había sido buena idea, sumergirse en sus investigaciones le había quitado a Kristin y sus ojos verdes de la cabeza.

Mierda, ya estaba pensando en ella otra vez.

Rezongando, se apartó de la mesa y se metió entre los montones de documentos en busca de otro texto. Su investigación sobre el *Langabóc* iba bien, menos cuando se distraía pensando en ella. Tennyson creía que había dado con una nueva interpretación de las leyes, una que nunca antes se había estudiado. Ahora nadie dudaría de su posición como uno de los mejores historiadores *arcanae*. Siempre y cuando pudiera dejar de pensar en ella.

Cerró los ojos. «Concéntrate».

Respiró hondo. El aroma polvoriento y enmohecido de las estanterías llenas de libros le llenó; adoraba ese sitio. Era cierto que la biblioteca no era antigua, aunque la habían construido de manera que lo pareciera, pero tenía buena reputación. Igual que la universidad *arcanae* que le pertenecía. Ups, quizá fuera al revés. Aunque la Academia Artis Magicae solo se había fundado cincuenta años atrás, sus magos habían llevado a cabo la mayor parte de la revolucionaria investigación mágica moderna. Por supuesto, el campo de estudios de Tennyson era la historia, y la biblioteca albergaba un archivo histórico notable. Podría haberse aparecido en cualquiera de las instituciones académicas del mundo, como a menudo hacía, pero ese tipo de magia costaba una energía que hoy no podía permitirse gastar. No, esta biblioteca le servía. Especialmente porque su mentor formaba parte del decanato, y Tennyson tenía que mantenerse cerca de San Diego de todos modos, porque era donde estaba Kristin.

Mierda, otra vez pensando en ella.

Sombrío, agarró un libro de la estantería y volvió a su mesa. ¿Por qué diablos la había besado? Y ahora que ya estaba hecho, ¿por qué no podía olvidarse del asunto? Kristin era irritante, maleducada, difícil de tratar y tenía unas curvas que harían salivar a cualquier hombre.

¡Uf!

Abrió el libro por una página aleatoria y empezó a leer. Lo que fuera. Leería y así no pensaría en ella.

Demasiado tarde.

Resintiéndose de las intrusiones constantes de Kristin en sus pensamientos, Tennyson casi gruñó. De repente, se quedó inmóvil. Un rumor grave y atronador que ascendía desde las profundidades capturó su atención. Un momento más tarde lo oyó claramente. Y entonces lo notó y lo vio.

La biblioteca oscilaba. El suelo se onduló, desplazando la mesa. Las luces, colgadas del techo, se balanceaban. El aire se llenó con el ruido metálico de los tornillos luchando con sus tuercas, los golpes de las estanterías cayendo al suelo, el suave



murmullo de la tierra moviéndose. Los libros empezaron a caer de los estantes y Tennyson oyó los crujidos de las ventanas de seguridad, retorciéndose para mantener el cristal intacto. No tuvieron éxito. El ruido de los paneles de cristal rompiéndose cruzó el aire.

Un terremoto.

Tennyson se lanzó bajo la mesa y oyó las esquirlas de cristal roto que golpeaban la madera. Sabía que la madera de roble le protegería, así que movió la mesa aprovechando las sacudidas del suelo. La intensidad del temblor aumentó y, con ella, la cacofonía de las alarmas anti incendio y las sirenas de emergencia que se unió al rugido de la tierra. Un estruendo cercano le indicó que otra estantería se había venido abajo. Entonces, otra estantería empezó a mecerse, cayó sobre la mesa y lanzó una lluvia de libros sobre el refugio de Tennyson. Ya no podía mover la mesa, el peso de la estantería era demasiado.

Entonces, igual que había empezado, el terremoto se fue apagando. El suelo se movió una última vez y se detuvo. Por un momento reinó la dulce, segura e inmóvil calma, pero enseguida fue sustituida por los pasos apresurados de la gente que huía hacia las salidas de emergencia. A su alrededor, oyó los gritos aterrorizados de los que no podían huir.

Tennyson asomó la cabeza. La biblioteca estaba hecha un desastre. Había libros por el suelo, las estanterías se habían volcado y varias grietas enormes recorrían las paredes. La mayoría de las ventanas habían estallado.

Los estudiantes empezaron a salir de debajo de las mesas. Vivían en el sur de California, todos ellos sabían lo que debían hacer en caso de movimiento sísmico, aunque, bromas aparte, se les notaba temblorosos.

De acuerdo, el terremoto debía de haberle afectado más de lo que pensaba si estaba haciendo chistes tan malos.

En momentos como ese, Tennyson se daba cuenta del poco poder que tenía en realidad, incluso como *arcanae*. El resto de estudiantes parecían estar pensando lo mismo.

Sacó la varita.

—¿Alguien necesita ayuda?

Con un suave movimiento de la varita apiló los libros que tenía cerca.

Muchos de los estudiantes a su alrededor sacaron las varitas para ayudar; en pocos momentos despejaron un camino hacia la puerta principal. Encontraron a un puñado de gente que había resultado herida y les escoltaron a la enfermería de la universidad. Tennyson y la bibliotecaria jefe inspeccionaron el edificio antes de sellarlo con magia, para evitar vandalismo o robos.

Una vez en la calle, Tennyson se quedó mirando la destrucción a su alrededor. La mayoría de edificios seguían en pie, pero estaban considerablemente dañados. Tardarían semanas, si no meses, en repararlos. ¿Habría suficientes magos para completar la tarea? Seguramente tendrían que pedir ayuda a otras comunidades *arcanae*. Tal vez incluso tendrían que traer equipos de gnomos para la reconstrucción. Rehabilitar el campus costaría mucha energía mágica.

—Perdona —dijo una chica joven mirándole—. Eres Tennyson Ritter, ¿verdad?

—Sí.

—Me han pedido que te diga algo: el profesor Montrose está herido.

Tennyson sintió un escalofrío de temor.

—¿Dónde está?

—En su despacho, pero me temo que... —La chica no pudo terminar la frase, estalló en lágrimas.

Tennyson no perdió tiempo. Echó a correr por los terrenos del campus en dirección al edificio de administración, esquivando grupos de estudiantes y personal que se

juntaban en corros, confusos y desorientados, intentando prestarse apoyo mutuo.

Alcanzó el edificio y frenó de golpe. Prácticamente solo quedaban escombros. Ya había personal de emergencias apartando los cascotes más grandes con las varitas. A un lado, un número considerable de camillas sostenían a profesores y estudiantes malheridos. Un médico estaba montando una carpa a golpe de varita para proteger a los heridos del sol.

En la esquina del edificio, donde había estado el despacho del profesor Montrose, había un grupo de gente arremolinado alrededor de las piedras. Tennyson echó a correr hacia ellos.

—¿Tennyson? ¿Estás ahí?

—Sí, aquí estoy —respondió. Se abrió camino a empujones por entre la masa de gente y tragó saliva ante la imagen que se encontró. El profesor estaba tumbado en una esterilla de espuma que lo protegía de los escombros que tenía debajo. Una pared desmoronada cubría la mitad inferior de su cuerpo.

—No te pongas tan serio, muchacho. No siento nada —dijo. El anciano intentó sonreír, pero el buen humor no se reflejaba en sus ojos.

Tennyson trepó por las ruinas para acercarse, sintiendo un pánico absoluto. La última vez que había hablado con Aldous fue cuando le había asignado la posición de prefecto de Kristin y Tennyson había perdido los estribos.

—El resto de vosotros, fuera de aquí —dijo el profesor, con una voz sorprendentemente fuerte.

Cuando un hombre enorme que iba vestido con un traje protector empezó a protestar, Aldous alzó un dedo.

—Admiro su dedicación, pero sabe tan bien como yo que mi vida termina aquí. Necesito hablar con este muchacho, en privado. Permítame que use el poco tiempo que me queda para hacerlo.

El médico frunció el ceño, aunque se alejó.

—¿Ya se han ido? —le preguntó a Tennyson sin apartar la mirada de él.

—Sí —contestó. Hizo un esfuerzo para que su voz y apariencia denotaran calma. La piel pálida de su mentor perdió aún más color.

—Perfecto, no quiero que cunda el pánico.

—¿Pánico? Ya hemos tenido un terremoto.

—No, no es así. No ha sido obra de la naturaleza.

Tennyson observó a su mentor.

—¿Quieres decir que...?

—No discutas. No sé cuánto tiempo me queda.

Tennyson se vio asaltado por sentimientos de culpa.

—Aldous, sobre la chica... Tenías razón.

—Lo sé, te elegí a ti por algo.

—Pero me enfadé...

—Sí, sí, y ahora lo sientes. Ya lo sé. Deja de discutir —musitó el anciano. Tomó aliento—. Me siento orgulloso de ti. Te quiero como si fueras mi hijo.

Tennyson sintió presión en el pecho. Sacó la varita, no podía dejar a Aldous ahí, tumbado en el suelo.

—No va a servir de nada. Me muero y tengo que decirte algo. El terremoto ha sido un ataque. Es una venganza —dijo Aldous muy débil. Su voz empezaba a flaquear.

—¿Cómo...?

—Justo antes de que empezara, me ha llegado esto. Vía magia. —Abrió la mano y le enseñó un medallón con un relieve que mostraba una varita destrozando la hoz y el martillo. En la otra cara había grabadas las palabras «somos los más fuertes». Aldous respiraba con dificultad—. Es ella. Elenka. O uno de sus seguidores. Encuéntrala. Síguela.

—Pero yo...

Aldous puso el medallón en la mano de Tennyson con fuerza, clavando las uñas en su piel.

—Ya sabes más... —tomó aire—, que nadie ahora mismo. Tennyson... —Aldous cerró los ojos—, eres joven, listo...

—Aldous —dijo agarrándole la mano, intentando obligarle a revivir.

Una sonrisa débil apareció en los labios del anciano. Con los ojos azul claro, observó la cara de Tennyson.

—Eres mi mejor legado —dijo. Volvió a tomar aire, esta vez trabajosamente—. Ciclo de renovación. Peligroso.

A Tennyson se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Hazlo. Necesitarás... ayuda... la singular...

La mano de Aldous perdió la fuerza.

Tennyson miró los ojos sin vida del anciano y le cerró los párpados cuidadosamente con los dedos. Ese hombre prácticamente le había criado. Sin pensarlo, cerró el puño alrededor del medallón, pero no se levantó, se quedó al lado de su mentor. Tennyson necesitaba tiempo para serenarse. Mierda, ni todo el tiempo del mundo sería suficiente.

Una mano enorme se le posó en el hombro y lo sobresaltó.

—¿Estás bien?

Miró al médico de emergencias, parpadeó unas cuantas veces y asintió.

—No había nada que hacer.

—Lo sé —dijo Tennyson. Podría haber llegado antes. Podría haber hecho algo.

—Lo más probable es que no sintiera dolor.

Tennyson solo pudo asentir.

—Ahora tengo que pedirte que nos dejes espacio.

Sintiendo un nudo ardiente en la garganta, Tennyson se levantó y bajó de entre los escombros. Como una estatua, observó a los médicos de la ambulancia levantar el muro con las varitas y envolver el cuerpo de Aldous en una sábana. Al lado de las ruinas se materializó una camilla, el personal de emergencias depositó el cuerpo sobre esta, haciéndolo levitar con cuidado.

Algo con tacto áspero en la palma de la mano le hizo volver a la realidad. Abrió el puño y vio el martillo y la hoz brillando al sol.

Mientras miraba el emblema, una sospecha le heló el pecho, a pesar del calor veraniego.

# Capítulo 6

## Plumas primero, ladrillos después

Kristin estiró los brazos por encima de la cabeza; Tenía los músculos doloridos, pero se sentía satisfecha. Las hadas no le habían dado respiro. Al final de la sesión, había sido capaz de hacer levitar objetos pequeños, atraerlos hacia ella y devolverlos a su sitio. Aunque ahora no podía ni levantar los brazos. ¿Quién hubiera pensado que la magia requería tal esfuerzo físico y mental? Mientras se bebía una botella de agua entera, debatió si preparar algo de cena o si simplemente darse un baño y acostarse.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por alguien que llamaba a la puerta con insistencia. Antes de que pudiera ir hacia el vestíbulo, oyó que alguien entraba en casa. Seguro que era el trol. ¿Quién si no?

Apareció en la cocina un momento más tarde. Estaba despeinado, llevaba la cazadora abierta y tenía la camisa manchada de tierra. Su mirada feroz la paralizó. Los ojos de color cobre ardían, pero no con ira. Ni con deseo.

No sabía interpretar la expresión de su cara.

Esto tenía que parar. Kristin no podía pasarse la vida preguntándose en qué pensaba Tennyson. No importaba, y solo servía para llevarla a cometer acciones que estaban fuera de lugar. Como besarle. Al recordar su último encuentro, Kristin sintió que la vergüenza la devoraba. Invocó toda su indignación.

—Es costumbre esperar hasta que alguien abre la puerta y te invita a pasar.

Eso a Tennyson no pareció importarle, se encogió de hombros en un gesto de indiferencia.

—Esta vez he llamado —replicó él.

—¿Y si hubiera estado en la ducha? —No debería haber dicho eso. Visiones de agua caliente llenaron su imaginación, pero no eran simples baños. En su mente, brazos y piernas relucientes se entrelazaban mientras el vapor flotaba sobre la superficie del agua. Kristin se sonrojó.

—No es el caso —dijo Tennyson, mirando alrededor de la cocina buscando algo.

—¿Cómo piensas torturarme esta vez? —preguntó Kristin. Se cruzó de brazos e intentó que su cara no delatara que estaba dolorida o inquieta.

—Nada de tortura —dijo Tennyson. Abrió el armario de la cocina e hizo una mueca—. ¿Tienes algo en contra de la comida?

Kristin entornó los ojos y le escudriñó. Algo en él había cambiado. Respondía sin el sarcasmo que solía asociar con él. En vez de chulesco, se le veía hundido, como si estuviera haciendo un intento desganado de reflejar su cinismo habitual. No tenía ni un poco de impaciencia en los ojos.

—Esto de ser hada madrina, ¿viene con empatía extra? —preguntó Kristin.

—No lo creo —contestó Tennyson abriendo la nevera. Sacudió la cabeza—. ¿Sabes que la mayor parte de la población considera que cenar es algo que se hace a diario?

Estaba escondiendo algo.

—No he ido a comprar, he estado ocupada estos últimos días —dijo Kristin, cerrando la nevera—. ¿Has venido a hacer inventario de mis reservas de comida?

—No, no seas boba.

—Ahora ya te estás pasando de maleducado. Irrumpes en mi casa y te dedicas a acosarme. No tengo que alimentarte como parte del proceso de evaluación, ¿no?

—No seas... Bah, da igual —dijo dándose la vuelta.

Algo no iba bien. Le hablaba de manera mucho menos ofensiva de lo habitual. Kristin le puso la mano en el brazo y esperó a que la mirara.

—¿Qué ha pasado?

Para su sorpresa, una mueca de profundo dolor desfiguró la cara de Tennyson.

—¿Has sentido el terremoto de hoy?

Kristin rememoró la tarde. Cali y sus amigos la habían hecho levitar objetos, convocarlos, hacerlos desaparecer e intentar conjurarlos a un ritmo tan acelerado que no se había percatado de nada fuera del jardín. Pero en cierto momento las haditas se habían quedado quietas, con la cabeza ladeada, escuchando algo que ella no podía oír; Kristin había sentido una perturbación de algún tipo, algo que no había sabido reconocer. La sensación no se había disipado por completo.

—No. No han dicho nada en las noticias.

—Esto no sale en las noticias. El terremoto ha impactado un sitio muy concreto. Ha sido bajo la academia.

—¿La academia?

—La Academia Artis Magicae.

—¿Qué es la Academia...?

—Academia Artis Magicae, es una de nuestras universidades. El campus de California del sur —explicó Tennyson, sentándose en la mesa de la cocina—. ¿Tienes algo que sea más fuerte que el agua?

—¿Coca Cola light?

—Más fuerte que eso —dijo, con un esbozo de sonrisa.

—No sé qué habrán dejado mis tías en la casa.

—Da igual —añadió Tennyson sacando un vaso; agitó la varita y un líquido marrón con hielo lo llenó—. Whisky escocés. ¿Quieres uno?

—Lo siento, yo soy más de margaritas.

Otra floritura con la varita produjo un vaso alto con una bebida de color verde amarillento. Había sal cristalizada a lo largo del borde del vaso. Kristin se sentó a su lado.

—Gracias. ¿Ahora vas a contarme qué ha pasado?

—Ha habido un terremoto en la academia esta tarde. Un terremoto devastador.

A Kristin la recorrió un escalofrío, como si le hubieran derramado un cubo de agua helada encima.

—¿Estabas allí?

—Estaba trabajando en mi investigación, en la biblioteca —dijo Tennyson asintiendo.

—¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien. —Tomó un trago de whisky—. Pero el profesor Aldous Montrose ha muerto. El edificio en el que estaba se ha venido abajo.

—¿Quién es el profesor Aldous Montrose?

—Mi mentor —musitó. Tennyson se terminó el whisky y rellenó el vaso con un toque de la varita—. Mi amigo.

«Conmocionada» no alcanzaba a describir cómo se sintió Kristin. La irritación que había sentido hacia Tennyson desapareció. Le puso una mano en el antebrazo.

—Lo siento.

—No ha sido un terremoto natural —añadió él. Sus ojos oscuros se centraron en los suyos, y Kristin se sintió más perturbada—. Iba dirigido a la Academia, al profesor Montrose.

—Pero ¿por qué?

Tennyson se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda.

—¿Sabes lo que es esto?

Kristin agarró el pedazo de metal. No era una moneda. En un lado ponía «somos los más fuertes», y en el otro aparecían la hoz y el martillo, destrozados bajo una varita. El medallón le pareció pesado. Si no se equivocaba, era de oro y lo habían acuñado recientemente.

—¿La hoz y el martillo? ¿Comunistas?

—¿Conoces la historia terrenal?

—Sí. No comprendo lo de la varita, aunque ese es el símbolo del comunismo. Pero el

comunismo terminó hace veinte años, al menos en la gran mayoría de países. ¿Por qué han puesto un símbolo obsoleto en el medallón?

Con un suspiro, Tennyson tomó un sorbo de whisky y cerró los ojos.

—Entonces, debes de saber que, tras la segunda guerra mundial, los rusos se hicieron con Europa del este.

—Sí, claro —dijo Kristin. Se recostó en la silla y esperó a que Tennyson le contara la parte de la historia que no conocía.

—Nosotros, los *arcanae*, siempre hemos estado más afianzados en Europa. Cuando Rusia quedó en manos de los comunistas en 1917, desplazamos a la mayor parte de los nuestros a otros países. Algunos se quedaron atrás, para ayudar a los terrenales de la Unión Soviética, pero la mayoría de ellos pasaban desapercibidos —explicó Tennyson. Tomó otro trago de whisky—. La segunda guerra mundial fue devastadora a muchos niveles, incluso para nosotros. No pudimos salvar a tanta gente como hubiésemos querido, y miles de *arcanae* murieron. Tras la guerra, cuando los rusos se hicieron con los países del este, también tuvimos que evacuar esos lugares; no podíamos esconder a los nuestros en un régimen tan estricto como el soviético. Fue entonces cuando empezamos a asentarnos en mayor número en los Estados Unidos. Ya había algunos *arcanae* viviendo aquí, y era el sitio más práctico para reinsertar a los refugiados. Uno de esos refugiados era una mujer llamada Elenka Liska. Era un hada madrina que vivía en Praga. Lo perdió todo, dos veces: primero por culpa de Hitler, luego por los soviéticos.

—Pobre mujer —dijo Kristin. Los cambios en su propia vida ahora le parecían nimios, comparados con esa historia.

—No digo que esté mal que sientas simpatía por ella, pero puede que quieras ahorrártela. Elenka se negó a mudarse a los Estados Unidos. No quería volver a empezar desde cero. Creía que tenía el derecho a hacer lo que quisiera, y el poder para hacerlo. Se opuso a los planes que el Consejo había preparado para los *arcanae*. Era una época agitada y confusa, me temo que el Consejo no era tan poderoso como debería haber sido. Por desgracia, hubo *arcanae* que empezaron a escucharla y a apoyarla. Creían que eran más fuertes que los terrenales, que deberíamos alzarnos sobre ellos. Y contra ellos.

—Así que hubo *arcanae* que la veían como una esperanza para el futuro.

—Exacto. Elenka fue volviéndose más fuerte en los siguientes años. Ganó muchos seguidores y, en un momento dado, lideró una especie de revuelta contra la comunidad *arcanae*. Quería...

—¿Dominar el mundo?

Tennyson soltó una risilla.

—Tal vez dicho así suene demasiado melodramático, pero la cosa iba por ahí. Ya sabes que intentamos que los terrenales no se percaten de nuestra existencia; Elenka pensaba que eso era un signo de debilidad. Ella creía que, con la magia de nuestro lado, podríamos convertirnos en la potencia gobernante del mundo. Elenka nunca comprendió la fuerza de voluntad de los terrenales, o el hecho de que los terrenales nos superan en número; hay cinco mil, diez mil terrenales por cada *arcanae*. No hay magia que pueda superar eso.

—¿Así que empezó una guerra?

—Una especie de guerra civil, conocida como el Gran Alzamiento. Fue muy complicado pero, básicamente, terminó con Elenka derrotada y exiliada.

—¿Qué tiene esto que ver con el terremoto?

Tennyson agarró la moneda.

—El profesor Montrose fue uno de los que contribuyó a su exilio. El terremoto golpeó la academia justo después de que él recibiera esto. Antes de morir, me ha dicho que era ella. Este era su símbolo, el símbolo del Gran Alzamiento. Elenka ha vuelto.

—Pero eso significa que Elenka es... vieja.

—Tendría la misma edad que tus tías. No es imposible, el Gran Alzamiento solo fue hace sesenta años. El caos en el mundo terrenal suele convertirse en caos en el mundo *arcanae*, y viceversa. ¿Has visto las noticias últimamente? —preguntó Tennyson. Agitó el vaso de whisky y se quedó contemplando cómo el líquido daba vueltas antes de volver a hablar—. Tus tías también ayudaron a detenerla.

—¿Qué?

—Las hadas madrinas. Elenka era una de ellas, hasta que empezó con la revolución. —Dejó el vaso sobre la mesa—. La furia de Elenka dejó su marca entre los *arcanae*. Los más mayores recuerdan en qué bando estuvieron, y muchos todavía mantienen los mismos ideales. La fantasía de un mundo bajo el gobierno de los *arcanae* resulta atractiva a algunos de los más jóvenes. Incluso el Consejo se convirtió en un órgano tan obsesionado con su propia protección que se ha olvidado de los *arcanae* a los que se supone que gobiernan.

—Pero mis tías no parecían preocupadas en absoluto —dijo Kristin, frunciendo el ceño. Todavía no había probado el margarita que tenía en la mano.

—No tenían por qué estarlo. Que ellas sepan, Elenka no es una amenaza real —explicó Tennyson. Puso la espalda recta y se inclinó hacia Kristin, mirándola fijamente—. Lo último que Aldous me dijo antes de morir es que estamos en peligro por culpa del ciclo de renovación. Este período nos deja vulnerables, y Elenka lo sabe. Aldous cree... creía que existe una amenaza. Una amenaza a tu seguridad. Así que me instalaré en tu casa.

—¿Perdona?

—Me instalo aquí.

—¿Dónde?

—Aquí.

—No lo creo —resopló Kristin.

—Mira, eres una singular. Todavía no tienes ni idea de lo importante que eres, ni del poder que posees. Y mientras sigas así necesitarás a alguien que te vigile, que te proteja. Con el asesinato de Aldous, esta responsabilidad recae sobre mis hombros —dijo Tennyson. Se terminó el whisky y con un movimiento de la varita hizo desaparecer los dos vasos.

Kristin no había tocado su margarita, pero después de la historia de Tennyson habría tomado varios tragos.

—Tú no puedes quedarte aquí. Tienes más cosas que hacer, y yo tengo que...

—Necesitas protección. Si no te vigilo yo, ¿quién lo hará?

—Soy capaz de cuidar de mí misma —dijo Kristin, e inmediatamente supo que había dicho una estupidez, que había contestado sin pensar. No sabía nada ni de la magia ni del mundo *arcanae*. El caos de los últimos días ya la había dejado hecha un manojo de nervios, haciéndola pasar de la risa histérica al llanto desconsolado en segundos. Había perdido el control de sus emociones, ya no sabía cómo iba a reaccionar ante nada.

Pero ¿depender del trol? Le daba más miedo pensar en cómo actuaría a su alrededor que en los peligros que la acechaban.

—No sabes al cien por cien que alguien quiera hacerme daño.

—No, pero Aldous me ha dicho que no te pierda de vista, eso me basta. ¿Cuántas habitaciones hay en esta casa? —dijo Tennyson, haciendo oídos sordos a sus quejas.

Incluso ahora, que no le estaba haciendo caso, que estaba sucio y desaliñado por lo ocurrido y consumido por el dolor, Kristin lo encontraba fascinante. Si viviera con ella... La imagen de los dos en el baño volvió a aparecerle en la cabeza. Kristin no sería capaz de darse un baño mientras Tennyson estuviera en la casa.

—¿Puedes leer mis pensamientos?

—No.

Gracias a Dios. Tenía razón, Kristin no sabía lo suficiente sobre sus poderes y el mundo *arcanae*, y si era verdad que estaba en peligro...

—Puedes instalarte en el dormitorio de atrás.

—¿Estás accediendo a la propuesta? —dijo Tennyson, alzando las cejas.

—A pesar de lo que puedas pensar, no soy una insensata. Creo que estás actuando en mi interés. —Adoptó una expresión seria—. Pero si piensas que esto te da permiso para interferir en mi vida privada, estás soberanamente equivocado. Mañana por la noche tengo una cita. Más te vale quedarte en tu cuarto hasta que nos vayamos, y estar allí cuando volvamos.

—De acuerdo.

—De acuerdo —dijo Kristin, levantándose de la mesa. Enfurecida, se dirigió a la puerta y se detuvo. Se dio la vuelta hacia Tennyson de nuevo—. Mi más sentido pésame.

Al girarse, Kristin sacudió la cabeza. El pelo largo ondeó, dándole a Tennyson una tentadora visión de la base de su cuello. Quería recorrer esa parte con la lengua.

Joder, acababa de perder a su mentor y ya estaba pensando en sexo. Todos los estereotipos sobre los hombres debían de ser verdad. Los hombres son unos cerdos.

Enterró la cara en las manos. Un poco más de whisky parecía una buena idea, pero tenía que mantenerse alerta. Estaba allí para protegerla, y no sería muy eficaz si estaba borracho. Frotándose la cara, intentó descartar todos los pensamientos relacionados con Kristin.

¿Una cita?

Un momento, ¿había dicho algo acerca de una cita? ¿Mañana por la noche?

—Mierda.

Ni en broma la dejaría salir de casa si no sabía a dónde iba y con quién. Joder, ya puestos podría seguirla.

No era mala idea. Tendría que hacer algunos planes, pero la seguiría.

Se levantó de la mesa y fue en busca de su habitación. La encontró; era un océano de telas con estampados florales y flores de plástico. La habitación estaba enteramente decorada de amarillo y rosa; donde quiera que hubiera una superficie plana había un tapete. El cubrecama era voluminoso y tenía volantes.

—Señor bendito.

Era tarde, estaba cansado y no tenía energía para ocuparse de aquella florida pesadilla. La redecoración podía esperar hasta el día siguiente.

Con un movimiento de la varita hizo aparecer unos pantalones de pijama marrones sobre la cama; pensó que harían falta para no escandalizar a su compañera de piso. Un neceser con un cepillo de dientes, productos de afeitado y champú se materializó al lado. Con eso le bastaría para pasar la noche. Cinco minutos más tarde se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos.

Intentó no concentrarse en el dolor que impregnaba todos sus pensamientos. Aldous habría querido que cumpliera con su deber, pero el deber no le ayudaba a superar el asesinato de su mentor. Tennyson no dejaba de darles vueltas a los terribles sucesos de aquel día, una y otra vez, hasta que el puro agotamiento pudo con él y se sumió en un sueño agitado.

Un grito le despertó por la mañana.

—¡Kristin!

Saltó de la cama y echó a correr hacia su habitación. Abrió la puerta de un empujón e irrumpió en la habitación, escaneando el área en busca de un intruso.

Kristin volvió a gritar.

—¡Fuera de mi habitación! ¡Estoy sin vestir!

No parecía haber amenazas inminentes. Tennyson escudriñó la habitación de nuevo;



no había nadie. Kristin estaba de pie en medio de la habitación, vestida solo con una camiseta de tirantes que le cubría hasta la mitad del muslo.

—Estabas gritando.

—¡Pues claro que estaba gritando! ¡Estoy perdiendo tallas a una velocidad preocupante! —dijo tirando del final de la camiseta.

—¿Que estás qué?

—Menguando. Haciéndome más pequeña. Mira —dijo Kristin, metiendo los pies en un par de zapatillas que había tiradas al lado de la pared. Le iban enormes—. Ayer me iban perfectas —añadió. Se las sacudió con un par de patadas; las zapatillas chocaron contra la pared y, de nuevo, quedaron tiradas en el suelo.

—Y esta camiseta me llegaba hasta la cadera. Mira ahora.

Las piernas bien formadas de Kristin asomaban por debajo de la prenda. La tela le envolvía el cuerpo como si fuera un vestido holgado, muy sexy, por cierto; uno de los tirantes, que ahora le quedaban grandes, se le había deslizado por el hombro, dejando al descubierto un sujetador de encaje. Tennyson se preguntó si Kristin llevaba la parte inferior a juego.

«Concéntrate, Tennyson.»

Se puso a su lado. Kristin apenas le llegaba por el pecho.

—Sí, no hay duda, estás menguando.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Kristin con cierto pánico—. La gente no se hace más pequeña a mi edad.

—Acuérdate de que tú no eres gente.

—Pero no puedo seguir así. Tengo una cita esta noche.

Otra vez con la cita de las narices. Tennyson frunció el ceño.

—Date la vuelta.

La agarró por los hombros y la hizo girarse, de manera que Kristin le diera la espalda.

—¿Qué haces?

—Mirando a ver si tienes alas.

—¿Alas? —gritó ella—. ¿Cómo que alas? —siguió. Contorsionando la parte superior del cuerpo, Kristin intentó examinarse la espalda.

Tennyson la sujetó para que dejara de retorcerse y le levantó la camiseta hasta los hombros. Ahí estaban, justo al lado de los omóplatos, pequeños brotes de alas. Esa tarde lo iba a pasar mal. Bajándole la camiseta de nuevo, le dio la vuelta.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele todo. Ayer hice un montón de magia y tengo agujetas —dijo Kristin. De repente, le crujieron los huesos e hizo una mueca—. Esto duele.

—Es tu primera transfiguración. ¿Tienes ibuprofeno? Te irá bien tomarte un par de pastillas.

Kristin le agarró del brazo con una fuerza endiablada.

—¿Qué es una transfiguración y qué cojones significa todo esto de las alas?

—Es hora de una nueva lección. La transfiguración mágica es un rito de paso. Todo el mundo pasa por el aro; aunque lo normal es que lo hagamos de pequeños, porque a los niños les duele menos. Cambiar de una forma a otra suele requerir doblar huesos, estirar la piel, hacer crecer pelo, branquias o lo que sea. Los niños son más elásticos, por eso las primeras transfiguraciones suelen ocurrir durante la infancia. Por desgracia, tú ya eres adulta.

—Lo que significa...

—Que a no ser que seas una bailarina de ballet e increíblemente flexible, te va a doler —dijo Tennyson encogiéndose de hombros—. Por eso la mayoría de *arcanae* no se molesta en transfigurarse. Cada transformación nueva duele.

—Pero yo estoy haciéndome más pequeña, no me estoy transformando en nada —dijo Kristin. Se oyó un ruido intranquilizador cuando los brotes de las alas

atravesaron la piel. Kristin hizo una mueca y movió los hombros.

—Sí que te estás transformando. Como hada madrina, no siempre podrás ocuparte de tus protegidos a tamaño completo. Os llaman hadas por algo.

Kristin no tardó mucho en comprenderlo.

—¿Me estoy volviendo pequeña como Cali?

—¿Quién es Cali?

—Un hada. La conocí hace un par de días.

—Entonces ya te puedes hacer una idea. Todas las hadas pueden adoptar el tamaño humano, pero también necesitan ser pequeñas de vez en cuando. Las hadas normales tienden a mantener el tamaño pequeño. —Tennyson odiaba admitirlo, pero a Kristin se la notaba mucho más bajita. La agarró de la mano—. La primera vez la naturaleza toma el control y ayuda a tu cuerpo a aceptar estos cambios. La próxima vez no será tan terrible, y cada transfiguración será más fácil. Pero aun así, va a doler.

Kristin cerró los ojos, desolada.

—¿Cómo de pequeña me voy a quedar?

—No conozco las medidas específicas, aunque no vas a desaparecer —dijo Tennyson, sacudiendo la cabeza.

—¿Y las alas?

—Tendrás que volar, ¿no?

—¿Volar? ¡Yo no sé volar! —exclamó Kristin. Se quedó helada—. Dios santo, ¿no puedo acudir a mi cita si tengo alas!

«No, princesa, me temo que no.» Tennyson sabía que no estaba bien alegrarse por las desgracias ajenas, pero no pudo evitarlo.

—Bueno, pues, ¿dónde está el ibuprofeno? —preguntó extendiendo las manos, a la espera de que Kristin contestara, o señalara, o lo que fuera.

—En el baño, la segunda estantería.

Tennyson se metió en el baño y volvió a salir con dos cápsulas de ibuprofeno y un vaso de agua. Se apresuró hacia Kristin.

—Aquí tienes, tómatelas antes de que sean demasiado grandes.

—Ya —dijo ella. Agarró las cápsulas y se las tragó rápidamente—. ¿Cuánto dura esto de la transfiguración?

—Tanto como quieras, pero siendo la primera vez... entre seis y ocho horas. Y cuando termine el proceso no estarás de humor para nada, la transfiguración es agotadora, en especial si es la primera —explicó Tennyson, por si Kristin seguía queriendo acudir a su cita.

—Gracias por la información —dijo ella mirando hacia el techo—. No veía el techo tan de lejos desde que tenía diez años.

—Ya, pero espera a poder volar.

—¿Tú puedes volar? —dijo Kristin observándole.

—Sí, en un avión.

—¿Cómo? ¿Nada de escobas voladoras?

—Muchos cuentos de hadas has leído tú —sonrió Tennyson, andando hacia la puerta—. Estaré aquí fuera. No voy a permitir que te ocurra nada malo.

—Gracias.

—Una última cosa —dijo él volviendo a su lado. Le quitó la camiseta con un movimiento fluido.

—¡Eh! —gritó Kristin, tapándose con los brazos—. ¿Qué estás haciendo?

Tennyson le dedicó una sonrisa pícaro.

—Hay que dejarles espacio a las alas. —Volvió hacia la puerta y se giró de nuevo—. Yo que tú haría algo con el sujetador. Está empezando a bailarte.

Salió de la habitación al son de los gritos enfurecidos de Kristin.

# Capítulo 7

## La magia tiene un precio

—Gracias por comprenderlo. Ayer por la noche no habría podido salir por mucho que quisiera —dijo Kristin, sentándose en el asiento trasero del vehículo; se envolvió el chal alrededor de los hombros.

—Por supuesto que lo comprendo—dijo Lucas, con una educada inclinación de cabeza. Se sentó a su lado y Dimitri cerró la puerta.

Kristin se recostó en el asiento de cuero. El vehículo tenía tanta clase como su dueño. El suelo de su Toyota estaba decorado con latas de refrescos, algunas servilletas y envoltorios de su restaurante de comida mexicana favorito; el automóvil de Lucas no tenía ni una mancha en la moqueta. La madera del salpicadero brillaba como si la acabaran de encerar. Casi le daba miedo respirar.

Dimitri se sentó en la parte delantera y encendió el motor. El automóvil ronroneó tan suavemente que Kristin apenas lo oyó. Música clásica a bajo volumen flotaba desde los altavoces, rodeándola de sonido.

—¿Tuviste una transfiguración dolorosa? —preguntó Lucas mientras el vehículo empezaba a moverse.

—Bastante. Pero tomé un par de antiinflamatorios antes de que empezara lo peor.

—Entonces, ¿tienes ganas de volverlo a intentar?

Kristin se lo pensó un momento. Cuando había descubierto que se trataba de un proceso natural, se había calmado y se había limitado a esperar a ver qué pasaba. Cuando completó la transformación era del mismo tamaño que Cali, y tenía un precioso par de alas doradas y negras. Los intentos de vuelo de Kristin habían sido torpes aunque apasionantes.

—Ya lo creo. Pero tengo que buscar una buena solución de vestuario —dijo Kristin. El día anterior había sido una diminuta hada nudista.

Lucas soltó una risa retumbante.

—Se me olvida lo nuevo que es todo esto para ti.

—Es difícil creer que solo hace cuatro días que descubrí que la magia existe —suspiró Kristin—. Nunca me he sentido tan estúpida en mi vida.

—Seguro que eras una buena estudiante cuando estabas entre los terrenales —dijo Lucas, sonriendo.

—Pues sí, lo que hace que toda esta transición me resulte aún más difícil. Tengo la sensación de que estoy jugando a algo y nadie me ha explicado las normas.

—Date tiempo, Kristin, ya aprenderás. Como has dicho, solo han pasado cuatro días. Se me ocurre una idea: hoy no hablaremos más de magia. ¿Qué te parece si nos limitamos a disfrutar de la compañía?

—Trato hecho —dijo ella. Se preparó para disfrutar de una velada de lo más normal. Aunque, ¿cómo de normal era que vinieran a buscarte en un BMW con conductor incluido?—. ¿Siempre has tenido chófer?

Lucas rio por lo bajo.

—Debo confesar que prefiero dejarle los detalles de la conducción a Dimitri, pero también cumple las funciones de mayordomo y segundo de a bordo en casi todos los aspectos. Y ha sido entrenado como guardaespaldas. Tiene toda mi confianza.

Kristin miró hacia la nuca del conductor. Lucas debía de ser más importante de lo que había sospechado hasta ahora.

Al conducir hacia el norte, los edificios y las luces de la ciudad de San Diego se fueron quedando atrás.

—¿A dónde vamos?

—Mille Fleurs.

Caray. Si lo que Lucas buscaba era impresionarla, lo había logrado. El cielo se

estaba oscureciendo y las estrellas empezaban a asomar mientras ellos avanzaban hacia Rancho Santa Fe por la autopista 5. La charla ligera llenó su conversación mientras recorrían los treinta kilómetros hasta el restaurante. Dimitri era un conductor impecable. Maniobraba sin aparente esfuerzo para colarse en cualquier hueco que se abriera en el denso tráfico. Casi parecía cosa de magia.

Un momento, ¿era cosa de magia? Kristin se concentró por un instante. Un murmullo suave le acarició los sentidos, como si fuera música de fondo o ruido blanco. Debía de ser producto de la magia, porque sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Kristin ni siquiera había sabido que era capaz de detectar magia. Se sintió sumamente satisfecha y un poco más competente; por primera vez, creía de verdad que sería capaz de sobrellevar esta nueva vida. Una vez hubiera aprendido más, claro.

Cuando aparcaron delante del restaurante, Kristin se alegró de haber elegido su vestido de Donna Karan. El vestidito negro era un clásico y no había sido demasiado caro; lo había encontrado en las rebajas de una prestigiosa tienda de lujo. Su madre siempre le había aconsejado que tuviera un vestido de calidad para las ocasiones especiales.

El murmullo y cosquilleo de la magia volvieron a llamar su atención cuando Lucas la ayudó a bajar del automóvil. De hecho, se intensificó cuando la tomó por el brazo para conducirla al restaurante.

La consternación debió reflejarse en la cara, porque Lucas se detuvo.

—¿Algo va mal?

La sensación se intensificó. Kristin le examinó, pero no detectó nada que sugiriera que la actividad mágica proviniera de Lucas. El cosquilleo aumentó durante un instante y desapareció.

—No, es que... ¿estabas usando magia ahora mismo?

Lucas alzó las cejas.

—No —dijo. Se concentró y escuchó—. Yo no noto nada.

Kristin recorrió el aparcamiento con los ojos.

—Ahora yo tampoco. Pero, por un momento, me ha dado la sensación de que la magia se concentraba sobre mí.

—Hay otros *arcanæ* en el mundo. Puede que no seamos los únicos aquí.

—Supongo —dijo ella. El cosquilleo había sido real. Provenía de una dirección concreta. Miró hacia la fachada del restaurante y soltó un grito ahogado. Tennyson estaba allí. Tras la esquina. Espiándola. La furia la invadió—. ¡Trol!

La cara de Lucas enseguida mostró su preocupación.

—¿Dónde?

—Ahí —soltó. Le agarró de la mano y le arrastró por la acera, hacia un lado de la entrada.

—¿Estás loca? Los troles son seres peligrosos.

—Este no —dijo Kristin. Señaló a Tennyson, que estaba de pie con la espalda contra la pared.

Encogiéndose de hombros, Tennyson salió de detrás del arbusto que no le había ocultado en absoluto.

La frente de Lucas se arrugó cuando frunció el ceño.

—¿Quién es?

—Tennyson Ritter. Y más vale que tenga una buena explicación —dijo Kristin cruzándose de brazos.

Tennyson se sacudió algunas ramitas de los pantalones y le ofreció la mano a Lucas.

—Tennyson Ritter, soy el prefecto de Kristin y, por el momento, su seguridad queda bajo mi responsabilidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kristin, entornando los ojos.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Lucas Reynard. No sabía que Kristin requería a alguien velando por su seguridad.

—No lo requiero.

—Ha habido ciertas novedades —dijo Tennyson, sin prestar atención a las protestas de Kristin.

—¿Cómo me has encontrado?

—Me he trasladado. Puesto que todavía no sabes enmascarar tu presencia, me he concentrado en ti y he aparecido aquí.

Eso explicaba la magia que había notado Kristin.

—¿No podías mirar una bola de cristal?

—Yo no uso bolas de cristal.

—Lo que sea.

—No puedo protegerte a distancia de una amenaza repentina —afirmó tajante Tennyson. Se le notaba una cierta irritación en la voz.

—Kristin, si corres peligro deberías habérmelo dicho —dijo Lucas preocupado.

—No corro peligro.

Tennyson parecía a punto de protestar, así que Kristin levantó las manos para hacerle callar.

—Vale, no sé si corro peligro, pero Tennyson cree que existe la posibilidad. Algo sobre el ciclo de renovación —dijo Kristin. Miró mal a Tennyson y se puso las manos en las caderas—. Sin embargo, he salido a cenar. Con un hechicero. ¿Qué podría pasarme?

Lucas asintió.

—Por supuesto, yo me habría ocupado de su protección incluso sin haber sido advertido de vuestras preocupaciones. A no ser que piense que yo soy una amenaza para Kristin —dijo Lucas sonriendo.

Una expresión que Kristin no supo identificar cruzó la cara de Tennyson, pero desapareció en un instante. Miró a los dos hombres; Tennyson era más alto que Lucas, su postura mostraba fuerza y vitalidad, mientras que este último transmitía un autoridad envuelta en caballerosidad. Los dos estaban enfrentados, cada uno a un lado de Kristin, y por un momento se sintió como si fuera un jugoso hueso y esos dos fueran perros hambrientos peleándose por un mordisco.

Tennyson le devolvió la sonrisa a Lucas.

—No me cabe duda de que está a salvo contigo, pero me sentiría mejor si no me alejara demasiado.

—Estábamos a punto de ir a cenar, ¿por qué no vienes con nosotros? —propuso Lucas asintiendo.

—No, ni hablar —se negó Kristin.

—Gracias —dijo Tennyson, hablando en voz más alta que Kristin—. Me encantaría. Haced ver que no estoy.

—Como si eso fuera posible —masculló Kristin. De todos los momentos embarazosos de su vida, este era el peor. Casi habría preferido convertirse en un hada diminuta delante de todo el mundo. ¿Acaso tenía dieciséis años? ¿Ahora resultaba que necesitaba una carabina? Los troles deberían quedarse en su hábitat natural: debajo de un puente.

—Me quedaré vigilando desde la barra, si queréis —dijo Tennyson. Hablaba como si fuera un magnánimo miembro de la nobleza otorgando alguna concesión a unos plebeyos—. Así no tendréis que moderar la conversación.

—No, ni en broma —dijo Kristin.

—Una idea excelente —repuso Lucas por encima de ella.

Kristin agitó las manos.

—¿Hola? ¿Soy invisible? Parece ser que a ambos os da igual mi opinión.

—Tu opinión es pura tozudez —dijo Tennyson.

—Kristin, no estás siendo demasiado razonable. El señor Ritter está velando por tu seguridad —añadió Lucas.

¡Aj! No había tenido que soportar tantas majaderías machistas desde la universidad, cuando había sacado mejores notas en los exámenes de estadística que todos los hombres de su curso. Rozó con la punta de los dedos el cierre del pequeño bolso de fiesta que había traído mientras pensaba. Si Tennyson había sido capaz de trasladarse hasta el restaurante, quizás ella podría hacer lo mismo para largarse de allí.

—¿Qué os parece si disfrutamos de una buena cena, y luego vamos a algún otro sitio los tres y discutimos la situación? —sugirió Lucas, agarrándola por el codo.

—No lo creo —dijo Kristin. Abrió el bolso y sacó la varita—. Quiero irme a casa.

Sintió un ligero mareo y todo se volvió negro. No podía respirar, pero antes de que tuviera tiempo siquiera de asustarse un suelo sólido se materializó bajo sus pies y pudo tomar una bocanada de aire. Seguía sin ver nada. Se dio cuenta de que seguía teniendo los ojos cerrados.

Cuando los abrió, no estaba segura de dónde se encontraba. No reconocía la habitación. Había una cama grande situada contra una de las paredes y una serie de estanterías con libros ocupaba otra; varias ventanas enormes daban al océano y mostraban un enorme jardín trasero que terminaba en un acantilado.

Perfecto, debía de estar en algún rincón de La Jolla. Encima de haber fastidiado la cita, la arrestarían por allanamiento de morada.

Se apresuró a salir del lujoso dormitorio y bajó las escaleras a toda prisa. «Por favor, que no haya perros. Por favor, que no haya perros.» Por suerte, le casa parecía estar vacía. «O alarma. Por favor, que no haya alarma.»

A lado de la puerta de entrada no había ningún teclado de acceso ni aparatos electrónicos, aunque eso no garantizaba que no hubiera alarma. En fin, no tenía más opciones. Kristin agarró el pomo de la puerta y tiró con todas sus fuerzas.

No hubo chillidos electrónicos en medio del aire nocturno. Kristin sintió las rodillas débiles por el alivio, hasta que oyó al perro de los vecinos ladrando. El morro del animal asomaba por entre los postes de la valla del jardín; era hora de irse.

Los zapatos de tacón iban a ser un problema, así que se los quitó. Con las medias como única protección, echó a correr por el jardín y salió a la calle, pero inmediatamente tuvo que volver sobre sus pasos y acurrucarse contra los arbustos que decoraban la entrada. La puerta de la casa de los vecinos se había abierto y un hombre salió al jardín.

—*Zeus*, perro estúpido, cállate.

El perro ladró con aun más intensidad.

—Perro tonto —dijo la voz, al lado de la valla—. Métete en casa antes de que alguien llame a la policía.

Los ladridos se alejaron de la valla. Kristin supuso que el dueño estaba llevando al perro a rastras hasta su casa. Cuando oyó que se cerraba la puerta, salió de entre las ramas del arbusto.

Perfecto. Su vestidito negro estaba asqueroso, tenía varias carreras descomunales en las medias y no sabía en qué dirección estaba el bungalow. Tal vez si se transfiguraba podría ir a casa volando.

Ni hablar, no podía abandonar su vestidito negro y sus tacones estupendos en medio de la calle.

Se quitó las medias destrozadas, las metió en el bolso como pudo y echó a andar hacia lo que esperaba que fuera una calle reconocible para poder llamar a un taxi.



Tennyson parpadeó dos veces antes de procesar lo ocurrido.

—¿Sabía que era capaz de hacer eso? —preguntó Lucas.

—No. Y sigo sospechando que no es capaz de hacerlo bien —dijo Tennyson, pasándose la mano por la cara—. ¿Cómo es posible que sea tan cabezona, obstinada, estúpida...?

—No es estúpida. Nuestro manejo de la situación ha dejado mucho que desear.

—Quizás —repuso Tennyson. Aquel tipo tenía razón; había reaccionado muy mal, pero Kristin tenía algo que le llevaba de cabeza y siempre le hacía olvidar todo lo que sabía acerca del buen comportamiento. Y ese vestidito negro que abrazaba sus curvas no había aportado demasiado a su claridad mental, igual que ver a Kristin disfrutar de la compañía de aquel matusalén.

El susodicho sacó el teléfono móvil y pulsó un par de botones.

—Cambio de planes, Dimitri. Ven a buscarme.

¿Ese tipo venía con chófer incorporado? ¿Quién diablos era?

Lucas volvió a centrar su atención en Tennyson.

—¿Se ha trasladado hasta aquí?

—Sí.

—¿Le gustaría que le acercara de vuelta con el automóvil? Así le damos tiempo a Kristin para que se le pase el enfado —dijo Lucas.

—Probablemente esa sea la opción más inteligente, pero ahora mismo no estoy para inteligencias. Gracias de todos modos —contestó Tennyson. Sacó la varita y se trasladó hasta el bungalow.

Al llegar sintió que la energía le mermaba rápidamente; trasladarse dos veces en tan poco tiempo tenía sus consecuencias. Necesitaba comer algo.

Trastabilló hacia la cocina y se acordó de que Kristin todavía no había hecho la compra. Mierda. Sacó la varita de nuevo, pero sabía que no sería capaz de invocar gran cosa. Aunque le podía enseñar a Kristin cómo hacerlo.

—¡Kristin!

No hubo respuesta. De hecho, la casa estaba sumida en el silencio. No había rastro de Kristin, todas las habitaciones estaban vacías, ¿dónde se había metido? El pánico se apoderó de Tennyson. Aunque consiguiera localizarla, dudaba mucho que pudiera trasladarse otra vez sin correr un enorme riesgo. Volvió a su habitación corriendo y sacó un mapa del condado de San Diego. No le gustaba la divinación puesto que no era demasiado fiable, pero era su única opción; no tenía energía para nada más. Sujetando un extremo de la varita con cuidado entre dos dedos, la hizo colgar sobre el mapa.

—Kristin.

Tennyson no sintió el flujo de magia habitual; en vez de eso, la varita tembló débilmente y cayó sobre La Jolla.

No podía ser correcto, Tennyson estaba agotado. Necesitaba comer. Fue a la cocina y encontró un recipiente con galletas. Arrancó la tapadera, agarró una y se la metió entera en la boca. Estaba buena, aunque había algo raro. Sabía a galleta de pepitas de chocolate pero sin trozos de chocolate. ¿Quién demonios comía galletas de pepitas de chocolate sin pepitas de chocolate?

Devoró dos galletas más, se llevó una cuarta y volvió al mapa. Todavía no había recobrado toda su energía, pero tenía que encontrar a Kristin.

Al levantar la varita de nuevo, oyó un vehículo acercarse al bungalow y frenar delante.

Se lanzó hacia la ventana. Kristin estaba bajando de un taxi; Tennyson corrió hacia la puerta y la abrió de par en par.

—Gracias, Benito, me alegro tanto de haber parado tu taxi. A mis tías les encantará oír que has sido tú el que me ha rescatado. Si no te importa esperar un momento, tengo el dinero en casa.

Kristin echó a andar por el camino de entrada. Llevaba los zapatos en una mano y la bolsa de un restaurante mexicano en la otra.

—¿Dónde cojones has estado?

Kristin le mostró su sonrisa más falsa.

—Pero qué alegría, ya estás aquí. ¿Tienes dinero en efectivo? Necesito veinticinco dólares para el taxi.

—No has respondido a mi pregunta.

—Efectivamente, no lo he hecho, pero no me parece bien hacer esperar a Benito.

—¿Quién es Benito?

—El conductor del taxi.

Con un gruñido de frustración, Tennyson se metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de veinte.

—No tengo nada más pequeño.

—Ya va bien —dijo Kristin. Agarró los billetes y volvió hacia el taxi—. Aquí tienes, Benito, quédate con el cambio. Eres un conductor espectacular.

—Muchas gracias, señorita Kristin. Llámeme de nuevo si me necesita. Buenas noches —se despidió Benito. Encendió la señal de «libre» del taxi y desapareció calle abajo.

Tennyson miró incrédulo a Kristin, que se despidió del taxista con la mano y volvió hacia la casa. Ese maldito vestido se le ajustaba en las mejores partes, no era de extrañar que Benito hubiera sido tan amable. Y que se dirigiera a ella por su nombre.

—¿Dónde has estado? —preguntó Tennyson cuando Kristin volvió a entrar en la casa.

—Lejos del festival de testosterona. Ahora, si me disculpas, me gustaría cenar. —Se metió en la cocina y sacó un plato del armario. Dejó los zapatos de tacón sobre la mesa y sacó un burrito enorme de la bolsa.

Lucas se quedó mirándola.

—No puedes quedarte ahí sentada comiendo.

—¿Por qué no? Estoy muerta de hambre. No sabía que la magia abriera el apetito de esta manera. —Kristin le dio un buen mordisco al burrito; el aroma de la carne especiada y el guacamole inundó la cocina. Sacó otro paquete de la bolsa que resultó contener tres tacos envueltos, cubiertos de más guacamole. Levantó uno y esperó a que el queso deshecho se separara de los demás tacos.

El estómago de Tennyson empezó a gruñir. Cuatro galletas no eran exactamente una cena, pero no pensaba rebajarse a pedirle a Kristin que compartiera su comida.

—Lo que has hecho esta noche ha sido una soberana estupidez. No puedes desaparecer así, por las buenas.

—Obviamente, sí que puedo —dijo Kristin masticando un trozo de taco—. Mmmh, esto está buenísimo.

—Podrías haberte puesto en peligro —insistió Tennyson, pasándose la mano por el pelo.

—No se ha dado el caso —dijo Kristin. Puntuó su declaración con otro mordisco al burrito.

Tennyson empezó a dar vueltas por la cocina.

—Todavía no has desarrollado tus poderes del todo.

—Lo sé perfectamente. —Siguió comiendo sin mirarle.

—Has actuado de manera infantil.



—Probablemente, pero ha sido agradable —dijo ella. Siguió masticando, manteniendo un dedo alzado hasta que terminó—. ¿Alguna vez te has fijado en que, cuando reaccionas de una manera contundente que a otra persona no le gusta, tienden a llamarlo infantil?

—Ha sido una reacción irresponsable y peligrosa. No sabías lo que iba a pasar.

—¿Y qué ha pasado? Nada.

Sonó el teléfono.

—Contesta tú, anda. Yo tengo la boca llena. —Kristin siguió devorando el burrito como un león voraz.

Con un gruñido de impaciencia, Tennyson agarró el teléfono.

—¿Qué?

—¿Supongo que hablo con el señor Ritter?

Tennyson reconoció la voz de Lucas y su descontento recibió un nuevo impulso.

—Sí.

—¿Ha llegado Kristin a casa? ¿Está a salvo?

Incluso el tono calmado de Reynard le irritaba. Pero claro, aquel hombre había tenido décadas para practicar el autocontrol.

—Sí.

—¿Podría hablar con ella?

—Claro. —Le entregó el teléfono a Kristin justo cuando acababa de darle otro mordisco al burrito.

Kristin puso los ojos en blanco. Masticando con furia, se tragó lo que tenía en la boca con esfuerzo y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Hola?

Tennyson observó cómo, lentamente, una sonrisa sustituía la irritación que solía mostrar su cara cuando hablaba con él. ¿Qué le estaba diciendo aquel patán adulator?

—Acepto tus disculpas —dijo Kristin.

¿Reynard se había disculpado? ¿Por qué? Era ella la que tendría que estar suplicando su perdón. Era ella la que les había dejado a ambos abandonados delante del Mille Fleurs sin saber a dónde había ido.

—No, no vivo con él. Ocupa el dormitorio trasero, eso es todo.

Cotilla entrometido, ese tipo podría ser su padre. No tendría que estar preguntando cómo dormían.

—Me encantaría. ¿Mañana por la noche? Me aseguraré de que mi perro guardián lo entienda —dijo, mirando a Tennyson con odio.

¿Perro guardián? Tennyson sintió un bramido en la garganta.

—Perfecto. Nos vemos mañana. Buenas noches —dijo ella. Le devolvió el teléfono a Tennyson y volvió a su burrito—. ¿Puedes colgarlo tú? —le pidió con una sonrisa poco sincera.

Tennyson colgó el teléfono de un golpe. Kristin abrió los ojos de par en par y le dedicó una mirada inocente.

—¿Te pasa algo?

—¿Vas a salir con él?

—Me gusta. Lucas habla conmigo, no hacia mí, y me pide las cosas en vez de exigírmelas.

Tennyson puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Sigues siendo inocente. El mundo *arcanae* no es el paraíso de la piruleta cubierto de arco iris, nubes de algodón de azúcar y unicornios danzantes. No tienes ni idea de lo que te espera ahí fuera, y te niegas a actuar de manera razonable.

Kristin dejó el burrito en la mesa, se levantó y copió la postura de Tennyson.

—¿Razonable? ¿Qué coño tiene esta situación de razonable? En los últimos días he soportado más de lo que se podría esperar de cualquier persona, pero en vez de

ayudarme a aprender tú solo quieres que acate tus órdenes. Pues mira, no respondo bien a tus métodos. Dices que necesito protección, vale, pero no me excluyas de tus planes. Tengo derecho a decidir qué es lo que estoy dispuesta a arriesgar. Enséñame lo que necesito saber, pero no esperes que acepte tu «ayuda» sin exigir explicaciones.

Sobre ella, la luz de la bombilla brilló con más intensidad. Tennyson miró hacia la lámpara y de nuevo hacia Kristin.

—¿Habrías aceptado que te siguiera?

—No. —La luz parpadeó.

—Entonces, ¿por qué iba a pedirte permiso?

—Eres insufrible —dijo Kristin, apartándose de la mesa.

Los ojos de ella refulgían como fuego esmeralda. Los rizos cobrizos enmarcaban su cara, resaltando la ilusión de las llamas. La bombilla ahora brillaba con un tono rojizo y probablemente estallaría en cualquier momento. No cabía duda de que era una criatura poderosa, Tennyson sentía las oleadas de furia que irradiaba. Pobre del que se cruzara en su camino cuando Kristin tuviera control sobre todas sus habilidades. Era gloriosa, y a la vez la mujer más frustrante que había conocido en su vida.

Sin siquiera saber qué es lo que hacía, Tennyson enterró los dedos en un lado de la cabellera rizada y la acercó hacia él. Necesitaba sostenerla, castigarla, poseerla. Su boca se unió a la de Kristin. Deslizó la lengua en su interior, tomando, bebiendo, queriendo acercarla más. Kristin sabía a especias, a calor, a fuego. Y a guacamole.

Por un instante, Kristin se quedó paralizada; y entonces respondió, jugando con su lengua, provocando todos sus sentidos. Un gemido suave se alzó de su garganta y a él le sonó como si fuera música. Las manos de Kristin recorrían su cuello y su mandíbula, reclamándole lo mismo que él quería de ella.

Las manos de Tennyson llegaron a la espalda escotada del vestido, y sintió la calidez de su piel. Trazaba la columna vertebral de Kristin con los dedos, sabía que un simple gesto le quitaría el vestido de los hombros. La anticipación hervía dentro de él; esa mujer le atraía de la manera más primordial.

La cargó en sus brazos y la llevó a su habitación; allí, la posó sobre la cama y se arrodilló a su lado. Sosteniendo la cabeza de Kristin en las manos, la besó otra vez, transmitiéndole todo su apetito con el beso. Ella se movió, situándose de forma más íntima contra él. Sus labios suaves, carnosos pero firmes, le instaban a continuar. Puso una mano sobre el pecho de Tennyson y separó los dedos. Sintió su tacto ardiente a través del polo.

Tennyson se separó. Cada aliento parecía un rugido; notaba el pulso en los oídos. Con los ojos cerrados, puso la frente contra la de Kristin.

—Dímelo ahora si no quieres continuar. Dímelo ahora porque dentro de un momento no podré contenerme.

## Capítulo 8

### No todos los deseos merecen ser concedidos

Kristin se detuvo apenas lo suficiente para murmurar «no te detengas». Dejó caer la cabeza hacia atrás.

Los labios de Tennyson recorrieron la curva de su cuello. Con suavidad, deslizó el vestido hombros abajo. Los pezones de Kristin respondieron al frío aire nocturno, y aún con más intensidad cuando la boca de Tennyson envolvió primero uno y luego otro. Ahuecó las manos alrededor de sus pechos, acariciando los lados con los pulgares.

Kristin sintió que se le aceleraba el pulso, lo notaba rápido y emocionante, y las sensaciones la envolvían una tras otra. ¿Qué estaba haciendo? Intentó aferrarse a su furia, pero ya no era capaz de pensar de manera racional. El torbellino de sucesos de aquel día había dejado sus emociones desnudas y sus sentidos confundidos; y la magia de la boca de Tennyson sobre su piel no la ayudaba a concentrarse. Se agarró a sus brazos, nunca nada le había parecido tan intenso. Y sin embargo no era suficiente, quería sentirlo, tocarlo.

Kristin se inclinó hacia él y tiró de su polo hacia arriba. Tennyson le quitó la tela de entre las manos y la tiró a un rincón de la habitación. Kristin puso las manos sobre su pecho y las deslizó lentamente sobre el relieve de sus abdominales. Al llegar al cinturón dudó, así que se inclinó más y le lamió los pezones.

—Joder, Kristin.

Tennyson la tumbó sobre el colchón y deslizó su vestido piernas abajo, hasta que ella quedó al descubierto, excepto por sus diminutas braguitas de encaje negro. Con un brillo hambriento en los ojos, Tennyson volvió a ponerse sobre ella y trazó, con la punta de la lengua, una línea entre su ombligo y su cuello.

Con una sonrisa traviesa, Kristin desabrochó los botones de los tejanos. Tennyson se los quitó, y con los tejanos se fueron los calzoncillos. Su erección le rozó el muslo, provocándole un escalofrío de pura anticipación, y por un instante se preguntó si la magia afectaría la experiencia.

Tennyson apoyó los brazos a ambos lados de Kristin y bajó la cabeza para besarla. Ella lo acogió, sintiendo que su calor la cubría como una manta. Mientras el beso se iba haciendo más profundo, Tennyson siguió adelante, frotando el encaje negro; entonces, cambió de postura y apoyó su rigidez entre sus piernas. Kristin notó una deliciosa tensión en el centro de su ser.

Tennyson se deslizó un poco y se concentró en sus pechos una vez más. Kristin enterró la mano en su pelo, sujetándole en ese lugar. Suspiró cuando la mano de Tennyson empezó a tantear por debajo de la tela de encaje, acariciándola y provocándola hasta que ella sintió que se derretía. Notaba la humedad entre las piernas, sabía que su deseo empaparía la tela. Se retorció sobre las caderas cuando Tennyson deslizó un dedo en su interior, y aguantó el aliento, agarrándose a él. Cuando lo retiró, Kristin gimió, pero él siguió jugueteando con su voluptuosidad, hasta que encontró el punto sobre el que sus caricias hacían que Kristin respirara entrecortadamente.

—Te gusta —susurró Tennyson lamiendo la suave piel de su cuello—. ¿Qué más?

—Más. Quiero más —gemía ella. Sus dedos se enredaron en el pelo de Tennyson y lo besó de nuevo.

Notó su risa en el beso. Agarrando la frágil tela de encaje, Tennyson tiró hasta desgarrarla. A Kristin le dio igual, el corazón le palpitaba rápidamente.

Tennyson se arrodilló sobre la cama, entre las piernas de Kristin; extendió la mano y se concentró. Apareció su varita.

—*Requiro*.

Un paquetito plateado se materializó sobre las sábanas. Tennyson agarró el condón

y, sin detenerse ni un momento, murmuró « *sanctum* ». La varita desapareció.

Se enfundó el preservativo y se acomodó entre sus piernas. La punta de su pene rozaba la entrada. Tennyson se movió arriba y abajo, frotándose contra ella, empapándose en ella. La suavidad de su roce la incitaba y la hacía temblar. Alargando la mano y situándola entre los dos, Kristin envolvió su erección, levantó las caderas y lo guio hacia su interior.

Sonidos ininteligibles se mezclaron en sus gargantas, en los alientos compartidos. La piel de Kristin, cálida y húmeda, se estremecía cuando sus vientres se encontraban. Y Tennyson le correspondía.

Sus caderas chocaron y Kristin se arqueó contra el hombre, para poder sentir cada centímetro de él en su interior. Tennyson retrocedió y volvió a adentrarse en ella. Kristin se rindió al hechizo que le hervía en la sangre; se movían al mismo ritmo. Recostó las caderas y lo recibió una y otra vez.

El embrujo ganó intensidad, llevándola cada vez más alto, hasta que, con un suspiro, el mundo estalló en un millar de estrellas resplandecientes.

—Oh, Tennyson.

Sobre ella, Tennyson empujó una última vez y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Acto seguido, se dejó caer a su lado.

Estuvieron varios minutos sin moverse. La magia de lo que acababa de ocurrir les envolvía como una niebla confortable. Kristin se acurrucó a su lado y se quedó envuelta en la calidez de sus brazos. Santo Dios, todavía notaba su cuerpo vibrar.

Tennyson le dio un beso en la frente. Cada vez que tomaba aire parecía estar intentando recobrar el equilibrio. Kristin se sintió llena de satisfacción; la experiencia no le había dejado indiferente. No había sitio para las palabras en ese instante perfecto.

Kristin emanaba satisfacción. Se sentía lánguida y relajada y...

—Mmmhh... —murmulló. El placer en su voz la hizo sonreír—. No puedo describir lo que acaba de ocurrir.

Puso la mejilla sobre el pecho de Tennyson, que murmuró su acuerdo.

—Eres preciosa.

—Tú también —dijo Kristin. Levantó la cabeza y encontró la mirada de Tennyson; tras el color cobrizo de sus ojos brillaba otro fuego.

—Seguramente hemos quebrantado un millón de normas. Nunca podremos explicar esto —susurró él, acariciándole el pelo y dejando que los mechones se deslizaran entre sus dedos.

—¿Normas? ¿Qué normas? —dijo Kristin, frunciendo el ceño.

—Las normas que dictan la relación entre el prefecto y su protegido.

Madre mía, estaba en la cama con el trol. La realidad volvió a influenciar sus sentidos; era un hada madrina y él era un mago. Se levantó al momento, agarró el edredón y se envolvió en la tela.

—Dios mío, Dios mío, ¡Dios mío!

Con una ceja en alto, Tennyson la miró confundido.

—Esa parte suele venir antes.

Kristin miró la cama deshecha, horrorizada.

—¿Ha sido esto obra tuya? ¿Ha sido magia?

Tennyson se rio por lo bajo.

—Supongo que podríamos decir que ha sido mágico, pero no, no he usado la magia.

—¿Qué he hecho? —se preguntó Kristin sin poder creérselo.

—Sexo. ¿No me digas que se te ha olvidado?

—No, no seas idiota, es que... Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío... —Kristin se cubrió la cara con las manos.

—Eh, ¿qué pasa? —dijo Tennyson. Puso los pies en el suelo y recuperó su ropa. En un santiamén, volvía a tener los tejanos puestos.

—Nunca he hecho algo así —repuso Kristin. Se levantó de la cama, arrastrando el edredón con ella. Empezó a andar arriba y abajo, pensativa—. No es propio de mí.

—Pues quién lo diría —dijo Tennyson, frunciendo el ceño.

Kristin se detuvo delante de él.

—Yo no voy por el mundo acostándome con hombres que apenas conozco. Joder, ni siquiera me acuesto con hombres que sí que conozco.

—Admito que ha sido un poco arriesgado, ya que soy tu prefecto, pero no tenemos por qué contárselo a nadie.

—No puedo empezar una relación seria contigo.

—Nadie te ha pedido que...

—Tengo una cita mañana por la noche.

El ceño fruncido de Tennyson se marcó aún más.

—No pretenderás llevar eso adelante.

—No necesito complicarme la vida de esta manera —dijo Kristin, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera me gustas.

—Pues no hay duda de que hace un momento había partes de mí que te gustaban —exclamó Tennyson, agarrando su camiseta del suelo—. Mira, princesa, no sé cómo funcionan tus procesos mentales, pero lo que ha pasado aquí es tan culpa tuya como mía.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío... —repitió Kristin, dejándose caer sobre la cama.

—Vale, yo me voy. Haremos ver que aquí no ha pasado nada. Seguramente sea lo mejor para ambos. —Se puso la camiseta con movimientos un poco erráticos—. Estaré en mi habitación si me necesi... Qué cojones, si te ataca alguien.

—¿Piensas quedarte en mi casa?

—Por muy agradable y no incómodo en absoluto que haya sido este interludio, tengo un deber que cumplir. Se lo prometí a Aldous —dijo Tennyson. Se dirigió a la puerta y se volvió hacia ella—. Esa es la única razón por la que sigo aquí —añadió. Salió de la habitación. Un minuto más tarde, Kristin oyó que la puerta de su dormitorio se cerraba de golpe.

Se puso la cabeza entre las manos. Menudo genio estaba hecha. Intentó no pensar en que acababa de romper todas y cada una de las normas que se había impuesto a sí misma. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Habían pasado demasiadas cosas en los últimos días; demasiadas cosas nuevas, demasiadas cosas que aprender, demasiado que aceptar. No le extrañaba que hubiera actuado de manera tan impropia.

¿Cómo iba a mirar a Lucas a la cara al día siguiente? Tendría que decirle que no estaba preparada para empezar una relación con nadie en esos momentos. Especialmente en ese momento.

Cuando acababa de experimentar el mejor sexo de su vida.

Con el trol.



Kristin se sentó en la mesa de la cocina y hojeó el periódico de la mañana. Llevaba diez minutos mirándolo y todavía no había leído ni una sola palabra. No había tocado el vaso con el zumo de naranja y su tostada se había quedado petrificada. Rabia, agotamiento, confusión y fatiga, todo eso enturbiaba sus pensamientos. Y también estaba cansada. Y enfadada. Y no podía pensar. No había pegado ojo en toda la noche.

Cali revoloteó desde el exterior.

—¡Buenos dí...! Jolín, qué mal aspecto tienes. Parece que una apisonadora te ha

pasado por encima

—Muchas gracias por señalar lo obvio —dijo Kristin. Se pasó las manos por el pelo, clavándose las uñas en la piel.

—¿Has dormido esta noche? ¿Ni siquiera un poco? —preguntó el hadita mientras aleteaba de un lado al otro de su cabeza.

—No.

Cali aterrizó en la mesa y miró a Kristin a la cara.

—Iba a sugerir que practicáramos algunos hechizos más, pero sospecho que no estás para magias.

—Lo que me gustaría es salir de casa —dijo Kristin. Echó una mirada rápida hacia la habitación de Tennyson. «Lo que me gustaría es no tener que verle la cara.»

Inmediatamente, una voz interior le llamó cobarde.

—¿Tienes a alguien ahí escondido? —quiso saber Cali. Empezó el vuelo y se dirigió a la puerta.

—Más o menos. Tennyson Ritter está en la habitación.

La diminuta boca del hada se abrió por la sorpresa, y Cali se apresuró en volar hacia Kristin de nuevo.

—¿El famoso Tennyson Ritter? Es un bombón.

—Pues por mi, ya te lo puedes quedar —dijo Kristin. A pesar del humor de perros que le estaba carcomiendo las entrañas, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué tenía la extraña sensación de haber cometido un gran error?

—Oh, cariño, me parece que necesitas una buena amiga —se ofreció Cali, aterrizando en el hombro de Kristin—. ¿De verdad quieres salir de casa?

Kristin se sorbió la nariz y murmuró que sí.

El hada asintió. Sacó su varita y la sacudió por encima de la cabeza. En pocos momentos, Cali estaba de pie a su lado, sin alas y a tamaño completo. Llevaba un precioso vestido vaporoso rosa y verde, que flotaba a su alrededor como el viento entre las hojas. El pelo rubio cobrizo de Cali parecía haber sido aclarado por el sol y alborotado suavemente por una brisa cálida. Sus mejillas parecían preciosas flores rosadas, y sus ojos eran azules como aguamarinas. Tenía un aire etéreo y hermoso. Cali se estremeció y sacudió la cabeza, como si se estuviera desprendiendo de los últimos restos de un mal sueño.

Kristin se quedó callada.

—Eres grande —exclamó al final.

—Pues claro —dijo Cali. La voz del hada sonaba más grave ahora que era de tamaño humano—. Pero prefiero quedarme pequeña, me resulta más fácil hacer mi trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Las hadas como yo cuidamos de las plantas y las flores, y de los animales pequeños. Las abejas y las arañas son mis favoritos —aclaró Cali, con deleite en los ojos.

—¿Cuidáis de...? No, lo siento. No puedo pensar en nada nuevo ahora mismo —se justificó Kristin. Estudió a Cali en su nueva forma, era preciosa. Su vestido recordaba a las hadas vagamente, pero encajaba en el mundo humano. Debió de ser difícil encontrar un estilo que le quedara tan bien. ¡Un momento!—. Cuando yo me transfiguré, me quedé tal y como Dios me trajo al mundo. ¿Cómo has conseguido conservar la ropa?

—He tenido más tiempo que tú para practicar, corazón, solo es eso —dijo Cali andando con cuidado por la cocina, como si estuviera comprobando algo—. Ya aprenderás, es fácil. Excepto por los zapatos, odio los zapatos. No son más que apretados instrumentos de tortura —declaró moviendo los dedos de los pies sobre el suelo de la cocina.

—Hubiera pensado que esa era tu opinión sobre los sujetadores —dijo Kristin con una sonrisa torcida.

—Oh, por favor —dijo Cali agitando la mano—. Ni me molesto con esas zarandajas. Venga, vamos, ¿no has dicho que querías salir de casa? —añadió, agarrando a Kristin por el brazo y tirando de ella.

La pesadumbre que había sentido toda la mañana volvió con un nuevo ímpetu. Kristin se encontró al borde de las lágrimas.

—¿Vendrás conmigo?

—Eh, que no me pongo zapatos para cualquier cosa —dijo Cali. Con un movimiento rápido de la varita, un par de sandalias de dedo le aparecieron en los pies.

—Tendría que dejar una nota...

Con otro movimiento de varita, una hoja de papel con algo escrito se materializó sobre la mesa.

—Hecho. Ahora, vámonos. Te hace falta un poco de aire fresco para despejarte.

Las dos mujeres fueron paseando por la calle del bungalow hasta que llegaron a otra más comercial. En esta calle había terrazas con mesas y sillas fuera para disfrutar de un aperitivo, las tiendas de ropa exhibían sus productos (tres camisetas a veinte dólares) en percheros que ocupaban la acera, las tiendas hippies anunciaban los poderes curativos de los cristales y lecturas psíquicas. La brisa agitaba las campanillas que había colgadas.

—¿No es adorable cuando los humanos creen que hacen magia? —dijo Cali riendo mientras pasaban por un local de quiromancia—. Son tan graciosos. Ni siquiera nosotros podemos leer el futuro.

Kristin sonrió por guardar las apariencias, pero no dijo nada. Seguía pensando en el hombre que había dejado en casa.

—Vale, suéltalo ya. ¿Qué te preocupa tanto? —preguntó Cali.

Con un suspiro dramático, Kristin confesó.

—Me he acostado con Tennyson.

—Cielos —exclamó Cali con los ojos como platos—. Debéis haberos saltado diez millones de normas.

—Eso dijo él —respondió Kristin. Se detuvo delante de un bar especializado en zumos y se sentó en uno de los taburetes, al lado de una mesa alta—. Pero es que no es propio de mí. Yo no me acuesto con hombres con tanta facilidad.

—¿En serio? ¿Por qué no?

—Porque para mí el sexo es como compartir una parte de tu alma. Es demasiado íntimo, no me lo puedo tomar a la ligera.

—No hay nada de malo en eso. ¿Estuvo bien?

Kristin se sonrojó.

—Entiendo que sí —susurró Cali, riendo.

—Ya, pero solo hace cinco días que le conozco —dijo Kristin, cubriéndose la cara con las manos—. Y no es que haya sido el individuo más amable del planeta, precisamente.

—Quizás has decidido con el cuerpo en vez de con la cabeza, para variar.

El cuerpo de Kristin nunca había tenido opiniones propias, y si iba a empezar a tenerlas ahora tendría que establecer unas cuantas normas.

Una camarera se les acercó.

—¿Qué van a tomar?

—Dos batidos de piña y mango —pidió Cali—. Con un suplemento de vitaminas, le hace falta.

La camarera se fue y Cali tomó la mano de Kristin entre las suyas y se la apretó.

—No sabes quién es Tennyson Ritter, ¿verdad?

—No. —Dios santo, iba a sentirse peor muy pronto, ¿a que sí? Kristin no tenía ni idea

de quién era Tennyson en realidad.

—Es un mago brillante. Las compañías *arcanae* más prestigiosas intentaron que se uniera a sus rangos, pero él declinó todas las ofertas de trabajo para dedicarse al mundo académico. Muchos *arcanae* pensaron que estaba loco, aunque cambiaron de opinión cuando Ritter encontró el *Lagabóc*.

—¿El qué?

—Significa «libro de las normas». Es un texto antiguo que contiene la magia más poderosa que se conoce en el mundo. Se perdió durante la época medieval, y hoy en día la mayoría creían que era una leyenda. Hasta que Tennyson lo encontró.

—¿Así que es un libro importante?

Cali le dedicó una mirada de exasperación.

—El medioevo fue una época muy oscura, y no solo porque los terrenales fueran unos ignorantes. El mundo *arcanae* no tenía normas ni límites. Algunos *arcanae* consideraban que los terrenales eran poco más que alimañas, incluso se llegó a debatir si los terrenales tenían alma. Cuando Merlín ascendió al poder con Arturo...

—Un momento, ¿Merlín? ¿Merlín, Merlín? ¿El de Arturo? ¿Mesa redonda y compañía?

—Has oído hablar de ellos, perfecto —Le sonrió como un profesor que mira a su alumno preferido.

La camarera apareció con sus bebidas.

—Gracias —dijo Kristin. Sacó un par de billetes del bolsillo y pagó.

Cali le dio un buen sorbo a su batido con la pajita.

—Adoro estos brebajes. La próxima vez que vengas tienes que probar el batido de piña colada.

Kristin le dedicó una mirada de impaciencia al hada y se aclaró la garganta.

—¿La historia...?

—Ya voy —dijo Cali, haciendo una mueca—. Merlín intentó fundar una sociedad en la que los terrenales y los *arcanae* pudieran coexistir y beneficiarse mutuamente, pero algunos *arcanae* se opusieron a la idea. Creían que los terrenales eran una raza inferior, los valoraban menos incluso que a los animales. No tenían ningún deseo de coexistir con unas criaturas tan vulgares.

Kristin empezó a protestar, pero Cali levantó la mano.

—Es lo que pensaban ellos, no yo. Los terrenales también se resistían a la idea de esa sociedad utópica. Querían esclavizar a los *arcanae* y obligarles a usar sus poderes para su único beneficio. La estructura social se vino abajo, un bando enfrentado al otro bando, ambos con conflictos internos. Al final, Merlín obtuvo la victoria para el bando de los *arcanae*, pero Arturo no fue capaz de controlar a los terrenales. Había demasiados de ellos que querían lo que los *arcanae* podrían ofrecerles, y había demasiados *arcanae* que habían apoyado la rebelión. Merlín comprendió que los terrenales y los *arcanae* eran incapaces de convivir pacíficamente, así que separó los dos mundos. Sus normas y sus enseñanzas se detallan en el libro, pero también hay una sección en la que habla de los hechizos que usó para derrotar a los *arcanae* más poderosos de su época. —Cali se estremeció—. Son hechizos peligrosísimos. No me gusta ni pensar en ellos.

—Así que estas normas...

—Gobiernan nuestra sociedad. Tenemos el Consejo, tribunales, todas esas cosas. Tu trabajo se le ocurrió a él, ¿sabes?

—¿A quién?

—A Merlín. A pesar de su fracaso, sentía cariño por los terrenales y quería ayudarles. Así que creó la posición del hada madrina. Sois una especie de intermediarias entre nuestro mundo y el de los terrenales.

—¿Y Tennyson encontró este libro?



—Sí. Siempre hemos tenido normas y leyes, pero pensábamos que no eran más que el fruto del desarrollo natural de la sociedad civilizada. Creíamos que el *Lagabóc* era una leyenda.

—¿Y los hechizos?

Cali volvió a estremecerse.

—Esos también son muy reales. Aunque claro, habría que ser un *arcanae* muy poderoso para poder usarlos.

«¿Poderoso cómo un singular?» pensó Kristin, pero la pregunta quedó sin formular. Estaba empezando a entender por qué Tennyson estaba tan preocupado por su seguridad. Y lo poco que le había gustado que le hicieran prefecto.

Aun así, podría haber compartido algo de toda esta información con ella.

Una madre joven caminaba hacia ellas empujando un cochecito. El niño estaba atado con el cinturón y parecía triste; tenía las mejillas sonrojadas y no paraba de agitarse. Una pequeña corona apareció sobre su cabeza. Kristin dudó, la última vez que había intentado escuchar un deseo el ruido la había superado, pero tal vez si se concentraba... Kristin centró su atención en el niño y respiró hondo. Un momento más tarde, miró a la madre y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Cali.

—Hace un día muy bonito. Caluroso, soleado.

—¿Acaso eso es un problema?

—No soporto cuando los padres se visten con pantalones cortos y camiseta, y luego tapan a sus hijos como si fueran a una expedición al Ártico. Ese niño está sufriendo —dijo señalando al chiquillo, que seguía pataleando en el cochecito.

—¿Cómo lo sabes?

—Oigo su deseo —Sin pensar en ello, invocó su varita y la escondió debajo de la mesa. Ahuecó la mano que tenía libre, le dio unos golpecitos con la varita, y sopló sobre la palma de la mano en dirección al niño. Cuando la brisa le alcanzó, el niño hipó y entonces sonrió al notar el aire que soplaba a su alrededor. La corriente le quitó el gorro, le abrió la chaquetita y le quitó los patucos. El chiquillo se echó a reír, moviendo los dedos de los pies.

Por supuesto, la brisa también le quitó la gorra a un chaval que pasaba por su lado con el monopatín, desperdigó los papeles del maletín abierto de un hombre de negocios que parecía tener prisa y levantó la falda de una señora mayor que estaba paseando a su bichón frisé. Vaya.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Cali.

—No lo sé, lo he hecho y ya está —dijo Kristin. Le había parecido que estaba haciendo lo correcto, y se había dejado llevar por el instinto. Dejó de sentirse culpable cuando vio que el chiquillo le dedicaba una sonrisa desdentada.

—Está claro que has tenido una buena profesora —dijo Cali con petulancia.

La madre pasó por su lado. Miró a su hijo y frunció el ceño.

—Oh, Brian, ¿qué has hecho con los patucos?

—¿Ves? Ya te he dicho que los zapatos son instrumentos de tortura —le susurró Cali a Kristin.

Mordiéndose el labio para no reír, Kristin miró a la mujer mientras esta envolvía a su hijo en una fina manta. En cuanto la madre le dio la espalda, Kristin agitó la varita y vio como una esquina de la manta se enganchaba a un adoquín y la tela entera acababa en la acera.

—Has nacido para esto —dijo Cali con una amplia sonrisa.

—La verdad es que es agradable —musitó Kristin. Se guardó la varita en el bolsillo y se terminó el batido.

—¿Estás más animada? —preguntó Cali, poniéndole una mano en el brazo.

El desasosiego volvió. El batido no iba a hacer las cosas más fáciles entre Tennyson

y ella.

—Todavía tengo que mirar a Tennyson cara a cara.

—Y tiene una cara maravillosa. A pesar de lo que puedas pensar, Tennyson es guapísimo; y el sexo estupendo no deja de ser sexo estupendo. —Cali se levantó—. Ahora preocupémonos de mí. Cuanto antes volvamos, antes podré ponerme las alas. Me siento desnuda sin ellas.

# Capítulo 9

## No vuelas si hay tormenta

Tennyson se levantó de un salto en cuanto Kristin cruzó la puerta. Le hubiera gustado estrangularla. O besarla. No, basta, no podía besarla. A Kristin no le gustaba, ¿no era así? La furia lo invadió. Vale, se conformaría con estrangularla.

No estaba sola, había una mujer con ella. Se miraron el uno al otro, hasta que Kristin habló.

—Cali, este es Tennyson. Tennyson, Cali.

Su amiga el hada. Tennyson asintió sin apenas mirarla, Kristin no le iba a distraer con las presentaciones.

—¿Por qué no me has dicho que ibais a salir?

—Hemos dejado una nota.

—¿Te refieres a esto? —repuso él, agitando la hoja de papel delante de ella—. Aquí solo dice que salís. ¿Cómo se supone que tengo que saber dónde estáis?

—Y ahora es cuando me voy —dijo Cali. Agitó la varita y en pocos segundos volvió a ser diminuta y a tener alas—. Mucho mejor. Nos vemos, Kristin.

—*Ciao*, Cali, muchas gracias —se despidió Kristin. Su voz sonaba cálida y dulce, una calidez que nunca había usado para hablar con él. Perfecto. Ahora estaba celoso de un hada.

¿Celoso? No estaba celoso, estaba indignado.

Cali flotó hasta la mejilla de Kristin y le dio un beso.

—Ha sido un placer, corazón —dijo. Salió volando por la puerta, que seguía abierta y se cerró suavemente tras ella.

—¿Cómo se transforma tan rápido?

—Es un hada de las plantas, y no me cambies de tema —dijo Tennyson. Se plantó delante de Kristin y la agarró por el brazo—. ¿En qué estabas pensando?

Kristin le miró a los ojos.

—No estaba pensando.

—Me vas a volver loco —murmuró él. Se dio cuenta de que la tenía agarrada por el brazo y, de repente, sintió vergüenza. La soltó y se llevó las manos a la cara—. Mi vida era tan... tan plácida antes de conocerte. Y ahora mira.

—¿Tu vida era plácida? Hace cinco días ni siquiera sabía que la magia existía. —Se calló y tomó aliento—. Me he prometido a mí misma que no perdería la calma. O sea, ya lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes? ¿Que estás en peligro?

—Entiendo por qué estás tan preocupado por mí. Cali me ha contado lo de Merlín y el *Lagabóc*. Y entonces le he concedido a un niño su deseo y... —una sonrisa empezó a iluminar sus labios—. Ha sido increíble.

—¿Has sido capaz de hacer eso? ¿Ya? —dijo Tennyson, observándola con sorpresa y algo de duda.

—Era un deseo fácil. Pero me he sentido genial —afirmó Kristin. Al exhalar, su postura se relajó y adoptó un aire de satisfacción—. En cualquier caso, ahora entiendo mi papel. Soy una intermediaria, un enlace entre el mundo *arcanae* y el terrenal. A Merlín le gustaban los terrenales y no les quería dejar sin ningún tipo de magia, así que creó mi puesto de trabajo.

Lo había explicado en tan pocas y tan claras palabras que Tennyson la vio bajo una nueva luz. Ya sabía que Kristin era inteligente, ahora tenía que oír el resto.

—Las hadas madrinas también crean una barrera entre los mundos.

—¿Qué quieres decir?

—La idea de la magia, la idea de algo especial o inexplicable, parece atraer a los terrenales. Van en busca de lo místico de todas las maneras que se les ocurren. Si

supieran que los *arcanae* son reales, nunca dejarían de darnos caza. Merlín era consciente de ello, y por eso creó a las hadas madrinas. Proporcionan la magia que los terrenales tanto ansían, les distraen. Y a la vez su magia nos protege. Cuando un hada madrina concede un deseo, a los terrenales se les pasa la necesidad de ir en busca de lo inexplicable.

—Pero conceder deseos no es una magia extraordinaria. ¿Cómo puede un deseo satisfacer a los terrenales?

—A la larga no puede, pero las hadas madrinas mantienen el mundo terrenal bajo vigilancia. Son las primeras que notan el trasfondo de agitación o problemas. Hitler estaba obsesionado por las ciencias ocultas, las hadas madrinas lo sabían y le mantuvieron distraído a base de crear pequeños eventos que desviaban su atención de su búsqueda principal.

—¿No podían haberle parado los pies? —preguntó Kristin, frunciendo el ceño.

Tennyson sacudió la cabeza.

—A veces, la magia no basta para detener el mal. —El no había vivido aquella época, pero solo pensar en ello ya le entristecía. Se quitó esos pensamientos de la cabeza—. Puesto que las hadas madrinas tienen que mezclarse con los terrenales, es necesario que tengan la habilidad de amar ambos mundos. Según el *Lagabóc*, las hadas madrinas no tienen magia durante sus primeros años de vida, eso las ayuda a comprender mejor a los terrenales. Así que, en cierto sentido, las hadas madrinas evitan que los terrenales descubran a los *arcanae* a base de aliviar su obsesión por la magia. La fuerza de las hadas madrinas es la que mantiene a los dos mundos separados.

—Vale, creo que lo entiendo —dijo Kristin suspirando.

—Pero funciona igual a la inversa. Puesto que las hadas madrinas también participan del mundo terrenal, parte de su deber consiste en proteger a los terrenales de aquellos *arcanae* que les podrían perjudicar.

—Así que soy un poli.

—No. Solamente hace falta que estés alerta a lo que sucede en ambos mundos.

—Y por eso asignan un prefecto a las nuevas hadas madrinas. Para ver si somos capaces de hacer todo esto. —Miró a Tennyson con intensidad—. ¿No es así?

—Básicamente —contestó él con una sonrisa.

—Caramba, no piden nada —dijo Kristin mirándole con los ojos entornados—. Si este trabajo es tan importante, ¿por qué no puedes ayudarme con la transición?

—Porque tienes que descubrir tú sola si esta es la vida que quieres.

—Es una responsabilidad enorme. —Kristin respiró hondo.

—Precisamente. Y durante el ciclo de renovación el mundo *arcanae* se encuentra en su momento más vulnerable. Las hadas madrinas anteriores empiezan a perder algunos de sus poderes, y las nuevas todavía no dominan los suyos. Se eligen a nuevos miembros del Consejo, y hay miembros antiguos que se retiran. —Tennyson empezó a gesticular con la mano mientras hablaba—. Alguien podría aprovecharse de esa vulnerabilidad; y ahora Aldous Montrose está muerto. Alguien le asesinó. Un *arcanae*. —Tennyson calló un momento—. Creo que alguien está intentando subir al poder.

Kristin se dejó caer sobre una silla.

—Caray, tú sí que sabes cómo convencerme para aceptar este puesto de trabajo.

—Puede que me equivoque...

—No, es mejor que sepa todo esto —dijo Kristin, inclinándose hacia delante—. Cuando he ayudado al chiquillo del cochecito me he sentido tan... tan... No sé cómo describirlo, pero me ha gustado. Puedo hacer de hada madrina. Quiero hacerlo.

—Perfecto, entonces debemos planear cómo vamos a actuar. Si tengo que protegerte, tendrás que...

—Espera —dijo Kristin levantando una mano—. He dicho que quiero dedicarme a esto, pero no te he dado permiso para que me mangonees. No soy tonta, no quiero arriesgar mi vida o... —Kristin soltó una risilla nerviosa—, o alterar la situación política, y sin embargo tienes que confiar en mí.

—Todavía no estás preparada —dijo Tennyson arqueando las cejas—. Tu magia...

—Está muy nueva, sí, ya lo sé. Pero tengo cosas que hacer. Tú me estás pidiendo que confíe en ti, pues yo te pido lo mismo.

Tennyson se lo pensó un momento.

—Está bien.

—Vale. Esta noche voy a salir. Con Lucas.

Una furia ardiente sacudió a Tennyson. Tendría que haber hecho caso a su impulso inicial de estrangularla.

—¿En serio vas a mantener la cita? ¿Después de lo que pasó anoche?

Kristin se sonrojó, aunque no apartó la mirada.

—Pues sí, mira. Y tú no vas a venir conmigo ni a seguirme, bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido?

La respuesta de Kristin le había dejado sin palabras. ¿Cómo podía salir con otro hombre sabiendo lo que había ocurrido la noche anterior? Kristin le había dicho que él no le gustaba; joder, ella tampoco le gustaba demasiado en ese mismo instante, pero también había dicho que no era propio de ella acostarse con cualquiera.

—Oh, sí. Entiendo.

Kristin le observó y suspiró.

—No, algo me dice que no lo entiendes en absoluto.



A las siete en punto Kristin se encontraba en el vestíbulo del hotel La Valencia. El estuco rosado de las paredes relucía con el sol de la tarde, y los muebles eran lujosos pero cómodos. Había enormes arreglos florales por toda la estancia, Kristin no podía ni imaginarse lo que debía de haber costado cada uno de ellos. En ese sitio el dinero hablaba, y Kristin no estaba segura de conocer el idioma.

El recepcionista del hotel había parecido reacio a ponerse en contacto con la suite de Lucas. El atuendo de Kristin, tejanos y camiseta, seguramente le había hecho dudar. La había inspeccionado con cierta arrogancia, como si no pudiera creer que alguien con esa ropa pudiera tener algo que ver con el impecable señor Reynard.

Las puertas del ascensor se abrieron y Lucas salió entre el resto de huéspedes. Miró alrededor del vestíbulo y sonrió cuando la vio. Se dirigió hacia ella con los brazos abiertos, la tomó de las manos y le dio un beso en la mejilla.

—Kristin, qué sorpresa. Pensaba que pasaría yo a buscarte.

—Esa era la idea, pero tengo que hablar contigo —dijo ella. Retrocedió ligeramente para dejar un poco de espacio entre los dos. Dimitri merodeaba a su alrededor, no tan cerca como para oír lo que decían, aunque lo suficiente para que Kristin fuera consciente de su presencia.

—Esto suena serio. Permíteme que te invite a una copa, podemos sentarnos en el bar del hotel —sugirió Lucas haciendo un gesto hacia un rincón del vestíbulo.

—Mejor vayamos a dar un paseo.

—Caramba, pues sí que es serio —dijo él. La tomó por el brazo y cruzaron el vestíbulo. Dimitri les seguía a una distancia prudencial—. ¿Qué puedo hacer por ti?

El aire de la tarde la refrescó cuando salieron a la calle. Kristin respiró hondo. La fragancia de las flores del jardín del hotel mezclada con el olor salado del mar. El

murmullo distante de las olas estrellándose contra las rocas.

—Como ya sabes, he tenido una semana muy interesante.

Lucas rio en voz baja.

—Me lo puedo imaginar.

—Esta semana he aprendido muchísimo. Sobre todo, he aprendido que tengo mucho que aprender.

—Ah, pero, Kristin, tú eres lista, inteligente, elegante...

Kristin se echó a reír.

—Ojalá estuviera yo tan convencida como tú.

—Bobadas. Si no, ¿por qué crees que me siento tan atraído por ti?

—Eres demasiado bueno.

Lucas abrió la boca para protestar, pero Kristin levantó una mano y siguió hablando.

—Y de eso quería hablarte. Tu amistad me ha ayudado tanto esta semana... Has sido sincero conmigo, y quiero ser sincera contigo; esto del ciclo de renovación es complicado. Todavía no sé muy bien lo que estoy haciendo, pero sé que quiero hacerlo bien.

—Y lo harás.

—Sí, lo haré —sonrió Kristin—. Pero me costará horas y horas de práctica, y ahora mismo no puedo preocuparme sobre mi vida sentimental, tengo tantas otras cosas en las que concentrarme.

—Ya veo —dijo Lucas. Su cara adoptó una expresión neutra, como si se hubiera puesto una máscara.

—Me siento muy halagada por tú interés en mí, de verdad. Tal vez dentro de unos meses, cuando la situación se haya calmado...

Con un estruendo ensordecedor, una ola enorme estalló contra las rocas que había detrás del hotel. El agua del mar salpicó por doquier. Gaviotas y otras aves marinas alzaron el vuelo, protestando indignadas ante aquella molestia.

Lucas se volvió hacia Kristin con una extraña sonrisa en los labios.

Kristin buscó algún signo de enfado: labios fruncidos, ojos entornados... pero no vio ninguno. Lucas parecía... mmmh, no dolido, más bien frustrado.

—Lucas, no quiero...

—No, no, no. Lo comprendo perfectamente —dijo Lucas. Su sonrisa volvía a ser sincera.

—Es un alivio —suspiró Kristin—. No quisiera decepcionarte.

—No, soy yo el que tiene que pedir disculpas. No tendría que haberte molestado durante esta época llena de cambios. Espero que sigas considerándome un amigo, me gustaría seguir a tu lado para ayudarte en todo lo que necesites.

—Vigila con lo que ofreces, no vaya a creérmelo y a abusar de ti.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Lucas.

—Según Tennyson, puede que este ciclo de renovación no sea muy tranquilo. Cree que alguien está intentando hacerse con el poder sobre el mundo *arcanæ*.

—Imposible —dijo Lucas con los ojos abiertos de par en par.

Kristin negó con la cabeza.

—Ayer hubo un terremoto en la academia mágica.

—¿La Academia Artis Magicae?

—Esa misma. El mentor de Tennyson murió.

—Una tragedia, sin duda. Pero los terremotos son habituales por esta zona —dijo Lucas, encogiéndose de hombros de manera sorprendentemente educada.

—No fue un terremoto de los habituales. Antes de morir, el mentor de Tennyson le dijo que había sido un atentado.

Lucas se quedó un momento en silencio.

—¿Sabes si Tennyson ha compartido sus preocupaciones con alguien?

—No sé, no lo creo. He estado muy ocupado arruinándome la vida —dijo Kristin, y soltó un resoplido desdeñoso—. Bueno, protegiéndome. Cree que corro peligro, así que no me pierde de vista ni un instante. Créeme, no es el compañero de piso perfecto ni de lejos.

—¿No ha venido contigo? —preguntó Lucas, haciendo un gesto para indicar el jardín del hotel.

—No, pero solo porque le he amenazado muy seriamente. Quería hablar contigo a solas. Aunque le he prometido que a partir de ahora me portaré bien y podrá volver a seguirme a todos lados como un perrito.

—Como debería ser. Si no se hubiera ofrecido él para protegerte, lo habría hecho yo —dijo Lucas. Apretó los labios.

—Oh, por favor, ¿tú también?

—Eres un hada madrina. —Levantó un dedo para empezar a contar—. Y eres una singular. —Levantó otro dedo—. Todavía no has tomado consciencia de lo especial que eres.

—Puede que no, pero es difícil creer que soy tan importante —musitó Kristin encogiéndose de hombros—. Solo soy Kristin Montgomery, ex contable.

—La grandeza raramente es producto de la planificación, más bien suele ser impuesta sobre aquellos que no la buscan —dijo Lucas, y le dio unas palmaditas en la mano—. Acepto tu decisión, aunque debo pedirte algo a cambio.

—¿El qué?

—Que me permitas mantener el contacto contigo, como amigo, y me permitas preocuparme por tu bienestar. Quiero ayudarte, de verdad.

—Me encantaría —dijo Kristin, ofreciéndole la mano—. Gracias por comprenderlo.

Lucas aceptó su mano de manera exagerada y se la estrechó.

—Por supuesto. Para eso están los amigos.



Cuando Kristin volvió al bungalow se sentía muy feliz, hasta que se acordó de que había un trol dentro. Su conversación con Lucas tal vez no había sido la más placentera del mundo, pero había sido amistosa. ¡Era tan refinado y civilizado! Cuando hablaba con él Kristin no tenía la sensación de estar hablando con una pared; la lógica y la buena educación funcionaban con Lucas, no con Tennyson.

Abrió la puerta y se encontró al trol sentado en una silla mirándola fijamente.

Tennyson levantó una ceja.

—Has vuelto temprano. ¿Acaso la cita no ha ido bien?

—Ha ido estupendamente, si tanto te interesa —dijo Kristin. Fue hacia la cocina y oyó que Tennyson la seguía. Dejó el bolso sobre la encimera y echó un vistazo al frutero. Estaba vacío. Le gruñó el estómago, necesitaba recargar energías.

—¿Cuándo volverás a salir con ese tipo? —preguntó Tennyson de malas maneras.

—Has prometido... —empezó a decir Kristin, casi gruñendo.

Tennyson levantó las manos.

—No lo pregunto por cotillear, ya has dejado muy claro cuáles son los límites. Lo decía porque tal vez podría involucrarte en un hechizo protector cuando yo no pueda acompañarte.

Kristin suspiró.

—No te preocupes. Le he dicho que no le vería más hasta que todo este jaleo del ciclo de renovación haya terminado.

¿Era una sonrisa triunfante lo que cruzó la cara de Tennyson a la velocidad de la luz?

No podía ser. Tenía una expresión muy profesional.

—Bien. Me alegra ver que empiezas a actuar con buen juicio.

Ese comentario irritó a Kristin.

—Ya te he dicho que no soy tonta. Lo que pasa es que no te quería tener revoloteando a mi alrededor mientras hablaba con Lucas.

—Oh, sí, no habría soportado ver a Casanova llorar.

¿Acaso todos los hombres eran así de odiosos? Y se había acostado con él. El corazón empezó a palparle con fuerza cuando le vino a la mente el sexo apasionado de la noche anterior. Su memoria fue asaltada por una imagen tras otra, y se estremeció al recordar las sensaciones que había vivido. Empezó a ruborizarse y se dio la vuelta para que Tennyson no le viera la cara. Debía de ser culpa de la falta de comida. Abrió el frigorífico: vacío. El armario tampoco reveló una solución. Kristin volvió a agarrar el bolso.

—Vamos.

—¿Sales otra vez?

—No salgo, salimos. Vamos a hacer la compra. No tenemos comida.

Kristin salió de la casa y se sentó delante del volante de su Toyota sin siquiera comprobar que Tennyson la estuviera siguiendo.

—¿Conduces tú? —preguntó él, al lado del asiento del conductor.

—Sé que es difícil de creer, pero hace años que conduzco.

Tennyson se metió en el vehículo, frunciendo el ceño de manera enfática.

Kristin arrancó el motor y se alejó de la casa.

—¿Por qué no te has ofrecido a conjurar comida?

—La magia cuesta energía, tú misma lo has notado.

—Pensaba que solo pasaba porque no estoy acostumbrada a la magia.

—En parte, pero no se puede usar la magia sin pagar el precio. Agota físicamente a todos los *arcanae*. Hay gente que ha muerto por usar más magia de la que debía. Normalmente, eso solo ocurre en batallas o en épocas con mucho estrés, pero los *arcanae* no nos dedicamos a malgastar energía conjurándolo todo si podemos ir a la tienda.

—Tiene sentido.

Pocos minutos más tarde, aparcaban en un supermercado.

—¿Qué necesitamos? —preguntó Tennyson mientras agarraba un carrito de la compra.

—Lo normal. Fruta, lechuga, tomates, pan, leche, Coca Cola light...

—¿Y la carne? —preguntó Tennyson.

Kristin le dedicó una mirada de exasperación.

—Soy vegetariana.

—Si pretendes que sobreviva sin comida de verdad... —empezó a decir Tennyson, que parecía horrorizado.

Kristin se echó a reír.

—Es broma. ¿No viste que ayer me comí un burrito? Solo quería chincharte un poco. Me gustan las hamburguesas tanto como a cualquiera.

Tennyson la miró con odio, obviamente la broma no le había hecho gracia.

Kristin sonrió y empezó a llenar el carrito con comida para toda la semana. El ruido distante de un trueno alcanzó sus oídos, y vio que un par de clientes entraban corriendo en la tienda, sacudiéndose el agua de la ropa. Las tormentas de verano no eran habituales en San Diego. Qué refrescante.

Una hora más tarde y con el carrito de la compra lleno, se pusieron en la cola para pagar. Kristin abrió el bolso y, arrugando el entrecejo, sacó el billetero.

—¿Algo va mal? —preguntó Tennyson.

—¿Cómo voy a administrarme? —dijo Kristin. Sacó la tarjeta de débito y la usó para



pagar—. O sea, soy contable, pero sospecho que tendré que dejar mi trabajo. Así que, ¿de dónde voy a sacar el dinero?

—No estoy enterado de los detalles, aunque imagino que recibirás un sueldo generoso del Consejo. —Tennyson se detuvo un instante—. ¿Todavía no has dejado el trabajo?

—No, esta semana me había tomado vacaciones —dijo Kristin, guardando el ticket de compra en el bolso—. No he tenido tiempo de dimitir.

—El caso es que no tendrás que preocuparte por el dinero.

—¿Y los impuestos? —murmuró en voz baja.

Cargaron las bolsas en el maletero. Todavía caía una lluvia ligera, y el aire tenía un olor maravilloso. No brillaban las estrellas, el cielo estaba cubierto de nubes.

Pocos minutos más tarde, cuando llegaron a la calle del bungaló, una multitud les impidió el paso.

—¿Qué pasa? —preguntó él. Bajó una ventanilla y examinó la calle.

Kristin aparcó y bajó del Toyota. Tennyson se unió a ella.

A pesar de la lluvia, había humo en el aire. Kristin empezó a desanimarse. Avanzaron entre la multitud hasta que lo vio.

—¡Es el bungaló! —exclamó Kristin con un grito ahogado.

Tennyson se aprovechó de su tamaño para apartar a la gente. Incapaz de sentirse más conmocionada, Kristin le siguió.

Un bombero los detuvo cuando llegaron al lado del edificio.

—No pueden acercarse más.

—Es mi casa —dijo Kristin con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Había alguien dentro?

—No —contestó. Se cubrió la boca con la mano y le fallaron las piernas. Tennyson la agarró antes de que cayera, Kristin apenas se dio cuenta.

—De acuerdo, tendrán que esperar aquí hasta que venga el capitán. Lo siento.

Kristin no pudo hacer más que contemplar cómo las llamas acariciaban las paredes de madera del pequeño bungaló. La fachada se veía borrosa por el calor.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido un relámpago —dijo el bombero. Seguía vigilando a la multitud para asegurarse de que nadie intentara pasar más allá de la cinta de seguridad—. Ha caído en la parte de atrás del edificio. Estas estructuras tan viejas no pueden soportar una cosa así.

Todo lo que Kristin poseía había estado allí dentro. Si lo pensaba fríamente, le daba igual. Podía comprar cosas nuevas. Pero ahí también había muchas pertenencias de sus tías. Y no había encontrado un momento para buscar el *Manual del hada madrina* en el ordenador de las tías.

Observó la destrucción en silencio, horrorizada. Las llamas parecían estar perdiendo intensidad, pero la mitad de la casa había ardido. Se le escapó un gemido.

El brazo de Tennyson la agarró con más fuerza.

Se dio la vuelta y se encontró con que él la estaba mirando. Le acarició el hombro.

—¿Estás bien?

—Supongo que sí —dijo Kristin. Se apoyó en él, buscando consuelo y calidez en su presencia—. ¿Tenías muchas cosas ahí dentro?

A Tennyson se le escapó una risa sin humor.

—No puedo creer que estés preocupada por mis cosas.

—La verdad es que me da bastante igual —dijo Kristin, con una risa igual de vacía—. La comida se va a estropear en el maletero.

—No, claro que no. Espera un momento —murmuró Tennyson, y desapareció entre la multitud.

—¿A dónde...? —empezó a preguntar Kristin, pero él ya no estaba.

Siguió mirando mientras los bomberos apagaban las últimas llamas. La lluvia ya no era más que un recuerdo. Kristin se sentó en la acera, de repente se sentía demasiado cansada como para quedarse de pie.

Tennyson volvió y se sentó a su lado.

—¿A dónde has ido?

—Al Toyota. Ya no tienes que preocuparte por la compra.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo hielo portátil —dijo él. Dejó que la punta de la varita asomara de su bolsillo y la señaló.

—¿No te preocupa que alguien te haya visto?

—Estaban todos mirando el incendio —contestó Tennyson, sacudiendo la cabeza.

—Gracias.

Tennyson la rodeó con el brazo y la acercó a su cuerpo.

—Un día más de esta semana tan relajada. El incendio sobra.

Kristin sintió que las lágrimas le volvían a los ojos.

—¿Qué les voy a decir a mis tías?

—Ahora no te preocupes por eso. Tenemos tiempo de arreglarlo todo —dijo Tennyson, dándole un beso en el pelo.

El capitán de bomberos se les acercó.

—¿Es la propietaria?

—Más o menos —respondió Kristin levantándose—. La casa es de mis tías, pero por ahora soy la inquilina.

—Tenemos el fuego bajo control. El dormitorio de la parte de atrás está completamente destruido, y la entrada ha recibido muchos daños por el agua y el humo. Mañana puede entrar y ver si hay algo que se haya salvado.

—Gracias.

El capitán volvió a mirar hacia la casa.

—Condenados relámpagos, no hay quién sepa lo que van a hacer.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tennyson con recelo.

—Lo normal habría sido que el rayo cayera sobre el poste telefónico, o en uno de los eucaliptus. Son mucho más altos que la casa. Pero con los relámpagos nunca se sabe. Caray, ¿cuándo fue la última vez que tuvimos una tormenta eléctrica en San Diego?

Tennyson se quedó rígido. Kristin le miró de reojo y vio que había fruncido el ceño.

—¿Está seguro de que el incendio lo ha causado un relámpago? —preguntó.

—No hay duda. Las marcas dejadas por el fuego indican una explosión de calor en el dormitorio de atrás. —El capitán le miró—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Sabe algo de todo esto?

—No. Supongo que con los relámpagos nunca se sabe —dijo Tennyson. Miró a Kristin, que sintió un cosquilleo nervioso en el estómago. Tenía una corazonada.

—Y que usted lo diga —repuso el bombero.

El brazo de Tennyson la envolvió con más fuerza.

# Capítulo 10

## La magia no siempre es la respuesta

Las palabras del capitán de bomberos dejaron a Tennyson helado. No había modo de zafarse de la terrible sospecha que le había pasado por la cabeza.

El relámpago había sido otro ataque. Si después de la advertencia de Aldous había albergado dudas, ahora no le quedaba ninguna.

Como había dicho el bombero, las tormentas eléctricas, especialmente las de verano, no eran habituales en San Diego. Y además el rayo había caído sobre la casa en vez de caer en un árbol o un poste telefónico.

Elenka quería matar a Kristin y alterar el equilibrio entre los dos mundos.

—¿Kristin? —preguntó una voz.

Kristin se zafó de los brazos de Tennyson para identificar la voz.

Tennyson miró hacia arriba y vio a Lucas, andando hacia ellos apresuradamente.

Lucas abrazó a Kristin.

—¿Estás bien?

Por suerte, Lucas la soltó al cabo de un instante. Tennyson arrugó la nariz, Lucas seguía agarrándola de las manos.

—Sí, estoy bien, pero me temo que no puedo decir lo mismo de la casa de mis tías. ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Kristin.

Tennyson se estaba preguntando lo mismo.

—He visto el bungaló en las noticias. He venido por si necesitabas algo —contestó Lucas. Contempló los daños del edificio y chasqueó la lengua—. Qué tragedia.

Kristin consiguió sonreír, aunque las comisuras de la boca le temblaran ligeramente.

—No tanto. Nadie ha resultado herido.

—¿Nadie?

Lucas miró a su alrededor y su mirada cayó sobre Tennyson como si acabara de darse cuenta de su presencia. Ya, claro. Tennyson casi se echó a reír; Lucas era un buen actor, pero eso de que se preocupara tanto era una farsa.

—Ritter. Qué suerte que también esté a salvo.

Tennyson quería quitarle la falta de sinceridad de la cara.

—Sí, estoy bien.

Tennyson se miró, llevaba una camiseta y unos tejanos con aroma de humo. Ese capullo escurridizo llevaba una camisa de seda y pantalones, e iba lo bastante descuidado para dar la impresión de que se había puesto cualquier cosa y un instante más tarde se había trasladado para ocuparse del bienestar de Kristin.

Perfecto. Ese tipo se arreglaba hasta para parecer desaliñado.

¿Y desde cuándo Tennyson prestaba atención a cómo vestían otros hombres?

Kristin miró arriba y abajo de la calle.

—¿Dónde está Dimitri?

—Me he escabullido sin decirle nada. No estará contento —dijo Lucas, llevándose un dedo a los labios.

Kristin levantó una ceja y examinó a la multitud, pero enseguida devolvió su atención a Lucas.

—¿Dónde vas a pasar la noche? —preguntó este.

—Todavía no lo sabemos —contestó Tennyson.

—Entonces tenéis que volver al hotel conmigo.

La cara de Kristin se iluminó. Tennyson se apresuró en contestar antes de que ella dijera alguna tontería, como por ejemplo que aceptaba con gusto.

—No, gracias, ya nos las apañaremos.

—No, no, insisto —dijo Lucas mirando a Kristin—. Reservaré una suite para ti y el señor Tennyson puede alojarse conmigo.

—No, lo siento, no puede ser —repuso Tennyson antes de que Kristin pudiera responder. Le puso la mano en el hombro con un gesto posesivo.

El odio en la mirada de Kristin era casi tangible. Ya estaba enfurecida, seguir adelante no empeoraría la situación.

—Debe entender que mi máxima prioridad es la seguridad de Kristin. Tras lo de esta noche, este incidente, no puedo permitir que más gente sepa dónde está. Ni siquiera usted.

Lucas frunció el ceño ligeramente, lo que causó un placer perverso en Tennyson.

—Por supuesto, lo comprendo. A eso venía mi oferta.

Kristin entornó los ojos y se zafó de la mano de Tennyson. Se volvió hacia él con las manos en las caderas.

—Un momento, ¿estás diciendo que alguien ha causado el relámpago y el incendio en el bungalow a propósito?

—Es una posibilidad que debemos considerar —dijo Tennyson.

Kristin arrugó la frente e hizo una mueca de tristeza. Miró hacia la casa; negras cicatrices de ceniza desfiguraban el bungalow, que había sido tan bonito. Mientras observaba las ruinas se estremeció.

Lucas se puso a su lado y le envolvió los hombros con el brazo.

—Solo de pensar lo que podría haberte pasado...

—Pero no me ha pasado nada —dijo Kristin, sin apartar la mirada del edificio.

—Por favor, deja que te reserve una habitación el hotel La Valencia.

Kristin sacudió la cabeza y se apartó de Lucas.

—No, no podría permitírmelo.

Con una sonrisa caballerosa, Lucas se puso delante de Kristin.

—Me has malinterpretado. Yo mismo pagaría la habitación.

—Gracias, no puedo dejarte pagar eso —dijo Kristin, poniéndole una mano en el brazo—. Tengo que cuidarme sola.

—Pero tienes a Ritter...

—Ese no cuenta.

Tennyson oscureció su mirada. Fantástico. Desde luego, Kristin sabía cómo hacerle sentir importante. Se volvió hacia Lucas.

—Reynard, gracias por su oferta, pero tengo otro sitio en mente.

—¿Dónde?

—Lo siento, viejo amigo, no puedo decir nada —dijo Tennyson. ¿Y qué si sonaba como un idiota? Había disfrutado de llamarle «viejo».

Kristin exhaló con indignación.

—No soy un juguete por el que podáis pelearos como niños. Lucas, aprecio tu oferta, pero no puedo aceptar tu generosidad —afirmó Kristin, y se volvió hacia Tennyson—. Por mucho que odie admitirlo, creo que puede que tengas razón, y puesto que eres mi inquisidor...

—Prefecto.

—Lo que sea. Dejo la decisión en tus manos. —Kristin levantó un dedo—. Por esta noche.

—Si estás convencida... —empezó Lucas.

—Lo estoy —contestó Kristin. Su fuerza se reflejaba en sus ojos, pero debajo del numerito de Kristin, Tennyson veía el miedo y la determinación por no mostrarse débil. Caramba, cómo la admiraba.

Lucas la tomó de la mano y le besó el dorso.

—Entonces te deseo buenas noches. Me alegro muchísimo de que estés sana y salva. Por favor, dime dónde estás alojada en cuanto puedas.

—Lo haré —dijo Kristin.

La mirada oscura de Lucas cayó sobre Tennyson. Tennyson no le gustaba, y

obviamente el sentimiento era mutuo. Pero estaba claro que Lucas se preocupaba por Kristin. Así que Tennyson se puso a su lado.

Lucas entornó los ojos.

—Buenas noches, Kristin. Mantente a salvo. —Con un breve gesto de cabeza, el hechicero se fue.



Una hora más tarde aparcaron delante de una de las múltiples puertas de garaje de una casa enorme, construida de cara a la playa en Windansea. El edificio, de tres pisos, estaba a oscuras. Kristin bostezó y miró el reloj del salpicadero; pasaban unos minutos de la medianoche. Por eso estaba tan cansada.

—¿Dónde estamos?

—En casa de un amigo.

—¿Tienes amigos? —Kristin no estaba tan cansada como para olvidar el sarcasmo.

—Uno —dijo Tennyson, mirándola burlón.

Tennyson abrió la puerta de Kristin y la ayudó a bajar del vehículo. ¿Cómo se las había ingeniado para conducir él? Kristin debía de estar más cansada de lo que pensaba.

—¿Sabe que venimos?

—No —contestó él. Subió por las escaleras que daban a la puerta principal.

Kristin se detuvo.

—No podemos irrumpir en su casa a estas horas.

—Sí, sí que podemos.

—Son las doce pasadas.

—Da igual, Zack nos ayudará.

—¿Zack?

—Mi único amigo —dijo Tennyson llamando al timbre. Entonces también llamó con los nudillos.

Kristin hizo una mueca. Estaba tan fuera de su elemento que ya no sabía ni qué elemento era el suyo. No conocía a Zack, pero ¿acaso le gustaría a ella que la levantaran a medianoche y le pidieran que alojara a una desconocida?

Tennyson volvió a llamar al timbre y una luz se encendió en la casa. Al cabo de un minuto, se iluminó la ventana que tenían al lado. Se abrió la puerta y un hombre con el pelo rubio y despeinado les sonrió. No, «despeinado» era demasiado sutil. Su pelo iba en todas las direcciones a la vez. Tenía la cara bronceada, y los dientes blancos brillaban en contraste con su piel morena.

—¡Tío, qué alegría verte! —dijo. Estrechó la mano de Tennyson con entusiasmo—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitamos un sitio dónde pasar la noche —dijo Tennyson señalando a Kristin.

El hombre la miró y su sonrisa se ensanchó aún más.

—¡De miedo! Siempre hay sitio para una tía buena.

Kristin no sabía si sentirse incómoda o halagada. El hombre le ofreció la mano.

—Soy Zack.

—Hola. Yo soy Kristin —se presentó ella, estrechándole la mano cautelosamente.

—Eres más que bienvenida, Kristin. Pasa. ¿Y vuestras cosas?

—No traemos —dijo Tennyson—. Se nos ha quemado la casa.

—Qué tragedia —exclamó Zack con expresión triste—. He visto algo sobre un incendio en las noticias, ¿era tu casa?

Kristin sintió.

—Lo siento, colega. ¿Habéis podido salvar algo?

—No, pero traemos la compra hecha —aclaró Kristin con una sonrisa triste.

—Me gustan los invitados que traen comida —dijo Zack. Salió corriendo por la puerta principal en dirección al vehículo.

Tennyson se inclinó hacia ella.

—¿Lo ves? Ya te he dicho que iría bien. —Volvió al vehículo y abrió el maletero lleno de bolsas. Los dos hombres cargaron con las compras y regresaron a la casa.

—Nada de ropa, ¿eh? —dijo Zack al pasar al lado de Kristin—. Tengo un montón de sudaderas y pantalones de deporte en el cuarto interior. Podéis servirlos.

—Gracias, Zack —dijo Tennyson.

Siguieron a su anfitrión hasta la cocina. Zack encendió las luces y dejó las bolsas sobre una encimera de granito negro.

Kristin tardó en asimilar lo que estaba viendo.

—Caray.

Una vitrocerámica gigantesca relucía al lado de un montón de cuchillos, organizados en un bloque de madera, tan variados que Kristin no sabría ni para qué usar la gran mayoría. Un poco más alejado de ellos, un fregadero de acero inoxidable interrumpía la encimera de piedra y, a pesar de que había todo tipo de aparatos y electrodomésticos, había espacio de sobra para trabajar. Un frigorífico que llegaba hasta el techo quedaba disimulado entre los armarios de madera de roble, y todas las superficies resplandecían.

—Es lo que quería la señora Pendelton —dijo Zack.

—¿Quién es la señora Pendelton? —preguntó Kristin.

—Mi cocinera, niñera, ama de llaves y diosa doméstica. Ella es la que sabe cómo usar estos chismes. Yo suelo vivir a base de los perritos calientes que venden en los tenderetes de la playa. —Levantó una bolsa—. ¿No tendréis helado?

—No —respondió Kristin.

—Qué lata —dijo Zack, abriendo el frigorífico. Metió la bolsa entera dentro—. La señora Pendelton lo organizará mañana.

Kristin miró de reojo a Tennyson, que se limitó a encogerse de hombros.

—Siento venir a estas horas —se disculpó Kristin.

—No hay problema —replicó Zack, guardando el resto de bolsas al lado de la primera—. Normalmente, no me acuesto tan temprano. Pero mañana las olas estarán a punto de caramelo, con la tormenta que ha caído hoy.

—Sí, ya sabemos que ha llovido —dijo Tennyson.

—Ah, claro, el incendio. Se me olvidaba —exclamó Zack, llevándoles fuera de la cocina—. Me levantaré a las cinco. ¿Surfeáis? Tengo trajes de neopreno de sobra, si queréis venir.

—No sé hacer surf —dijo Kristin. El entusiasmo general de Zack le estaba provocando una sonrisa, a pesar de los eventos de la noche.

—Trágico. Supongo que seguramente tampoco te apetecería, después del incendio. —Zack ladeó la cabeza—. Aunque el surf es la manera que tiene la naturaleza de devolver las cosas a su estado guay.

—La próxima vez —intervino Tennyson—. Ahora lo que necesitamos es una ducha y una cama.

Zack chasqueó los dedos.

—Hecho.

Les llevó por un pasillo oscuro y al piso de arriba. El suelo estaba cubierto por una alfombra mullida, pero Zack pasó de puntillas por delante de la segunda puerta.

—Chitón, el cachorro está dormido.

Kristin miró a Tennyson una vez más.

—Su hijo —susurró este.

—Podéis apalancaros aquí —dijo Zack, abriendo una puerta.

Las paredes eran azules con toques de verde, y con la luz brillaban de forma que transmitía paz. Una cama doble con un edredón azul oscuro ocupaba la mayor parte de la habitación. En una esquina había dos sillas y una mesa de centro, que proporcionaban un agradable rincón para charlar. Había una puerta corredera de cristal enorme que daba a un balcón. Por una de las paredes laterales ascendía una escultura de bronce que representaba las algas marinas; cuadros con peces decoraban el resto de las paredes.

—Caray —dijo Kristin otra vez mientras observaba la habitación—. Es preciosa.

Zack se despeinó con la mano.

—El decorador la bautizó «profundidades del océano». En realidad no veréis el océano desde aquí, pero estaréis cómodos. —Zack señaló una puerta al otro lado de la habitación—. Ahí está el baño. Está equipado con toallas y jabones. Instalaos, como si estuvierais en vuestra casa. —Y de repente se detuvo y se dio un golpe en la frente con la mano—. Casi se me olvida —dijo, y salió corriendo de la habitación.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Kristin.

—No sé. Nunca se me ha dado bien anticipar lo que va a hacer Zack.

Perfecto. Había puesto su vida en manos de un surfista chiflado.

—Bueno, ¿quién es este tipo?

Antes de que Tennyson pudiera contestar, Zack volvió a entrar en la habitación tras llamar a la puerta discretamente. Llevaba una montaña de ropa entre los brazos.

—Aquí tenéis, probaos unas cuantas cosas a ver qué tal —dijo, dejando las prendas de cualquier manera en la cama—. He calculado las tallas a ojo.

Kristin examinó una camiseta negra gigantesca con un logo de color verde lima en el que ponía «Neo-Z».

—Se me ha ocurrido que las podríais usar de pijama —ofreció Zack—. A no ser que os guste sentir la brisa nocturna, majetes.

—Gracias de nuevo, Zack —dijo Tennyson.

—Ya sabes que no hace falta que me des las gracias. Ya hablaremos por la mañana. Buenas noches —dijo Zack mientras se iba. Se detuvo en la puerta—. ¿Estáis seguros que no queréis ir mañana a hacer surf?

—Buenas noches, Zack —lo despidió Tennyson riendo antes de empujarlo hacia el pasillo.

Kristin examinó la ropa que había sobre la cama y sacó un par de pantalones deportivos y una camiseta de algodón del montón; ambas prendas tenían el logo de Neo-Z.

—¿Qué es esto de Neo-Z?

—Un nuevo tipo de neopreno que mejora las cualidades aislantes del material. Zack lo inventó.

Kristin se quedó con la boca abierta.

Tennyson le dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Zack es químico y es el propietario de la compañía Neo-Z. Es multimillonario. Todos los surfistas serios usan Neo-Z, y la mayoría de los submarinistas también.

Kristin se sintió abochornada por sus propios prejuicios al recordar las suposiciones que había hecho sobre Zack.

Tennyson le puso un brazo sobre los hombros.

—No te sientas mal. A primera vista, Zack engaña.

—Sí, pero se supone que soy un hada madrina. Se supone que tengo que ayudar a la gente. Y se supone que se me debería de dar mejor esto de ver el interior de las personas.

—Eh, eres nueva, ¿recuerdas? Además, Zack lo esconde a propósito.

—Tú sabías que era una farsa, ¿verdad? —dijo Kristin. Se sentía abochornada, pero

la actitud de Tennyson también la estaba irritando. El trol estaba disfrutando de su vergüenza.

—Bueno, no invierto en compañías con tontos a la cabeza —explicó Tennyson. Se quitó la camiseta ahumada y la tiró a una esquina de la habitación. El movimiento de los abdominales captó la atención de Kristin, que se quedó embobada mirando los músculos de su pecho y abdomen.

Carraspeó.

—¿Invertiste en Neo-Z?

—Sí. Me pareció una buena idea, Zack tenía un producto excelente. Fui su primer inversor serio; ahora me considera amigo y socio —aclaró. Sacó unos pantalones deportivos del montón de ropa y una camiseta.

—¿Así que Zack no es *arcanae*?

—No, es tan terrenal como una piedra. Tuvo un accidente de tráfico hace cinco años. Su mujer murió y él pasó una buena temporada en el hospital. Yo me ocupé del negocio mientras se recuperaba.

—Santo cielo, eso es terrible.

—No fue fácil, pero Zack es un buen tipo —dijo Tennyson encogiéndose de hombros—. Tenía que pensar en su hijo y en su negocio, eso le ayudó a superarlo.

—¿Sabe lo tuyo? Ya sabes... —inquirió Kristin agitando los dedos como si estuviera haciendo un hechizo. O, por lo menos, de la manera en que los hacían en las películas y la televisión.

—No, y no lo va a saber. Piensa que soy un tipo normal que le ayudó a empezar su negocio.

—Un momento. Si Neo-Z tiene tanto éxito, ¿significa eso que tú también eres rico?

—Supongo. ¿Quieres pasar tú primera a la ducha?

Kristin se quedó mirándole. No sabía nada sobre él. El dinero no cambiaba nada, claro, pero Kristin pensaba que era un historiador, un personajillo importante y engreído del mundo *arcanae*. Estaba claro que Tennyson no había compartido demasiada información sobre su vida. Se dedicaba solo a ser exasperante. Con rencor, Kristin agarró las prendas que había seleccionado de la pila y se metió en el baño.

Diez minutos más tarde, estaba limpia pero agotada. Con la camiseta negra gigante puesta, se cepilló los dientes con un cepillo desechable que había encontrado en el baño y volvió a la habitación. Tennyson, todavía sin camiseta, se había quedado dormido en la cama.

La cama. Una única cama.

No había otro sitio donde dormir. No había almohadones que pudiera poner en el suelo, no había sofá; las sillas del rincón tenían respaldo, así que no serviría ponerlas juntas para improvisar una cama.

Por suerte, Tennyson no se había dormido en el medio. Kristin apartó el edredón del lado libre y, con cuidado, se deslizó entre las sábanas. Estiró los músculos sobre el algodón fresco y tuvo que contener una exclamación de lo cómoda que estaba.

—¿Qué? —preguntó Tennyson, dando un salto.

—Te habías dormido. Yo tenía intención de hacer lo mismo.

Tennyson se incorporó, parpadeó un par de veces y se frotó la cara.

—¿Has terminado con el baño?

—Sí.

—Vale —dijo, y fue hacia la puerta.

—¿Dónde vas a dormir? —preguntó Kristin con tono inocente.

Tennyson se detuvo. Se dio la vuelta para mirarla con los ojos entornados.

—Voy a dormir en la cama. Si no te gusta la idea puedes dormir en el suelo. Cualquiera diría que es la primera vez que compartimos cama.

Kristin deseó poder tener más control sobre el rubor de sus mejillas.



—Como quieras. A mí me da igual —dijo, y se tumbó sobre un costado para no verle.  
Hasta que oyó que la puerta del lavabo se cerraba no exhaló de nuevo.

¿Compartir cama?

Cielos.

# Capítulo 11

## No uses la magia para manipular emociones...

### Aunque tampoco es que eso funcione

Kristin abrió los ojos. Estaba calentita, limpia y cómoda, envuelta en una sensación de seguridad. Sintió un escalofrío y se le puso la piel de gallina. Sus sentidos detectaron un aroma único que la impactó a un nivel instintivo, una fragancia que la relajaba. El sonido de una respiración suave llegó a sus oídos. Con un suspiro de satisfacción, se acurrucó al lado de los anchos pectorales que tenía detrás.

¿Pectorales?

Con un grito agudo, apartó las sábanas y se incorporó. La camiseta que había usado de pijama se le había arremangado hasta la cintura. Con otro grito agudo, tiró de las sábanas para taparse hasta el cuello.

Tennyson hizo una mueca.

—¿Siempre te levantas haciendo tanto ruido?

—Solo cuando estoy compartiendo cama en contra de mi voluntad —dijo Kristin, levantándose de un salto. Echó a correr hacia el baño, agarrando de paso los pantalones deportivos y una camiseta limpia.

Se duchó y se cambió de ropa en un instante. Al mirar hacia abajo, frunció el ceño; los pantalones le hacían bolsas y la camiseta se ceñía demasiado para su gusto. Estaba claro que una sesión de compras sería una parte imprescindible de los planes del día.

Pero la ropa no contribuyó a eliminar el recuerdo del pecho de Tennyson contra su espalda. Todavía notaba su calor en la piel, y no podía dejar de pensar en la cara de sueño que había tenido al despertarse. Había una arruga de la almohada marcada en su cara, tenía los pantalones arrugados y los ojos tan entornados que apenas se intuían, pero nunca había visto a nadie tan tentador. Ciertamente tenía mejor aspecto cuando estaba despierto, sin embargo su expresión tenía una cierta vulnerabilidad de la que Kristin se hubiera querido aprovechar.

Puaj. Tenía que dejar de pensar en el trol.

Irrumpió en el dormitorio con determinación. Tennyson se estaba poniendo una camiseta cuando entró. Perfecto. Justo lo que necesitaba. Otra imagen de su pecho desnudo para atormentarla el resto del día.

—¿Has dormido bien? —preguntó él.

Oh, sí. Profundamente. Como un tronco.

—Dentro de las circunstancias —contestó. No tenía intención alguna de hacerle saber lo que había disfrutado de estar tumbada a su lado.

—Perfecto. Vamos a desayunar —dijo Tennyson. Abrió la puerta y ambos bajaron por las escaleras hacia la cocina.

Un niño pequeño estaba sentado en un taburete en la isla de la cocina, mientras una mujer de mediana edad, con aspecto pulcro y relamido, cocinaba en la vitrocerámica. El niño levantó la cabeza; sonrió de oreja a oreja y Kristin observó de inmediato el parecido entre él y su padre.

—¡Tío Tennis! —El niño se lanzó contra Tennyson, que le agarró al vuelo.

—¿Tennis? —preguntó Kristin arqueando las cejas.

—No empieces —contestó Tennyson frunciendo el ceño. Entonces concentró su atención en el chiquillo. Le abrazó, lo dejó en el suelo y lo despeinó un poco—. ¿Cómo va todo, Jake?

—Hace mil años que no nos visitas —se lamentó Jake haciendo una mueca.

—Lo sé, Jake, y lo siento, pero he estado muy ocupado. —Tennyson levantó al chico, lo dejó sentado en el taburete y se sentó a su lado—. Pero ahora estoy aquí. Buenos

días, señora Pendelton.

La mujer que estaba cocinando se volvió y sonrió.

—Hola, señor Ritter. Es un placer volver a verle. ¿Le gustaría una de mis tortillas especiales para desayunar? —Enunciaba las palabras con la claridad y autoridad de una institutriz.

—Sabe que sí —contestó Tennyson—. Que sean dos, una para mí y otra para ella. Le presento a Kristin Montgomery. Kristin, te presento a la señora Constance Pendelton.

La señora Pendelton asintió.

—El señor Glass me había avisado de que estaría aquí. Me alegro de conocerla. ¿Le gusta el chile verde?

—Confía en mí, es buena idea probar los chiles verdes que prepara la señora Pendelton —aconsejó Tennyson—. Estudió cocina en Santa Fe, nunca habrás probado algo tan delicioso.

—Suenan interesantes —dijo Kristin, sentándose en el tercer taburete—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Gracias por ofrecerse, pero no hace falta —respondió la señora Pendelton. Sirvió dos tazas de café y se las entregó a Kristin y Tennyson con mano experta—. ¿Leche, azúcar?

—No —dijo Tennyson.

—Sí —dijo Kristin, poniéndole mala cara a Tennyson—. Ambas en abundancia.

La señora Pendelton se rio y sacó una jarrita para la leche del frigorífico.

—Así me gusta, no les deje pensar que pueden dirigir su vida.

Jake había estado observando a Kristin con curiosidad.

—Soy Kristin —se presentó ella, extendiendo la mano hacia el chiquillo.

Jake se la estrechó solemnemente.

—Yo soy Jake. ¿Eres la esposa del tío Tennis?

—No.

—¿Eres su novia?

—Jake —dijo Tennyson con tono de advertencia.

—¿Qué? —contestó él, encogiéndose de hombros—. Solo preguntaba.

—La verdad es que Tennyson me está ayudando con algunos asuntos —aclaró Kristin.

—Dabuten. Entonces podrías casarte con mi padre.

—Jake —repitió Tennyson, esta vez sorprendido.

—¿Qué? Es guapa —dijo Jake, levantando las manos en el gesto universal de «no es culpa mía».

Kristin miró al chiquillo con una sonrisa. Un instante más tarde, vio que aparecía una corona brillante sobre su cabeza. Kristin se concentró en él y oyó que su voz le resonaba en la cabeza: «Ojalá tuviera una mamá.»

Pobre niño. ¿Estaba permitido que un hada madrina interfiriera en los asuntos sentimentales? En el fondo, Kristin creía que eso era algo sagrado, y la idea de manipularlo con un hechizo le parecía deshonesto. Pero era un hada madrina. ¿Dónde estaban esas normas que las tías la habían prometido? Agarró la mano de Jake y se la apretó con fuerza.

—Gracias. A mí me parece muy dulce.

Jake hizo una mueca.

—No quiero ser dulce. Soy un hombre.

—Ah, claro. Tendría que haberme dado cuenta. Es obvio que no eres dulce —dijo, escondiendo la sonrisa tras un semblante serio.

La señora Pendelton le puso un vaso de zumo de naranja recién exprimido delante.

—El señor Glass me ha dicho que se le quemó la casa. Acepte mis condolencias.

—Gracias. La verdad es que me siento afortunada de que nos haya acogido.

—Los amigos del señor Ritter siempre son bienvenidos en esta casa.

—¿Tu casa se quemó? —dijo Jake, abriendo los ojos de par en par—. ¿Tú también estabas cuando ocurrió, tío Tennis?

—Sí, pero no te preocupes, no me pasó nada.

—¿Se han quemado todas tus cosas?

—Algunas, pero no muchas. La mayoría de mis cosas están en mi casa, no en la de Kristin.

¿En su casa? ¿El trol tenía una casa? Nunca le había dicho que tenía una casa. Antes de que pudiera meditar más sobre el asunto, Jake la atacó con otra pregunta.

—¿Tú has perdido todas tus cosas?

—Pues sí. Pero solo son cosas —dijo Kristin. Le sonrió para tranquilizarle. Y posiblemente para tranquilizarse a sí misma.

—Caray —exclamó Jake. Se quedó un momento en silencio, entonces frunció los labios y asintió—. Sí, si papá y la señora Pendelton estuvieran bien, a mí también me daría igual que se quemaran mis cosas. Aunque me daría mucha rabia perder la X-box ahora mismo. Acabo de llegar a un mundo nuevo de Spyro. ¿Quieres verlo, tío Tennis?

—Me encantaría —dijo Tennyson. Levantó la mano para que el chiquillo se la chocara.

Jake saltó del taburete, pero la señora Pendelton levantó un dedo.

—Cuando el señor Ritter haya terminado de comer, jovencito.

Jake soltó un largo suspiro e inclinó los hombros de manera dramática; era la viva imagen de la decepción infantil.

—De acuerdo —aceptó resignado, volviendo a su taburete.

Tennyson se inclinó hacia Jake.

—No te preocupes, desayunaré rápido.

Kristin frunció el ceño, Tennyson no dejaba de sorprenderla. Sí, había sido impaciente y cascarrabias cuando se conocieron, pero ahora... La manera en que había reaccionado ante la muerte de su mentor, la forma en que la protegía ferozmente, el cariño que le tenía a Jake... Cada vez era más difícil acordarse de que Tennyson era un trol. Especialmente cuando recordaba la reacción que tenía su cuerpo cuando le veía. Kristin se estremeció deliciosamente y se le puso la carne de gallina. Se frotó los brazos con vigor.

Unos pasos fuertes en las escaleras anunciaron la llegada de Zack. Se presentó en la cocina mojado, limpio y sonriente.

—¡Papá! —gritó Jake, saltando del taburete una vez más—. ¿Cómo ha ido el surf?

Zack levantó a su hijo de un abrazo y volvió a dejarlo en el suelo.

—Ha sido una pasada, colega. Las olas eran increíbles.

—¿Puedo ir la próxima vez?

—Todavía no, hombrecito. Aún tienes mucho que aprender.

Jake arrugó la cara con abatimiento abyecto.

—Jo, siempre dices lo mismo.

—Eso es porque conozco las olas. Pero luego podemos hacer un par de clases.

La sonrisa de Jake reapareció.

—¡Dabuti! ¿A qué hora?

—A la una el mar estará bien. Después de comer.

—¡Sí! —dijo Jake con un gesto triunfal—. Así tengo tiempo de enseñarle al tío Tennis hasta dónde he llegado en Spyro. Voy a encender la X-box.

Zack se volvió hacia sus invitados.

—Buenos días. ¿Cómo habéis pasado la noche?

—Muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Nos acabamos de levantar —respondió Tennyson.

—Os habéis perdido una sesión sublime. No solemos ver olas de este tamaño en San Diego.

—¿Ha colgado el traje, señor Glass? —preguntó la señora Pendelton.

—Sí, señora. Hasta he doblado las toallas —dijo Zack, agarrando la taza que la señora Pendelton le ofrecía—. Antes entraba en la casa dejando un rastro de arena y agua, pero la señora Pendelton amenazó con dimitir si no aprendía a ensuciar menos. Así que instalé una ducha en el garaje. De hecho, es una pasada; puedo enjuagar el traje de neopreno allí mismo y guardarlo con la tabla. —Alargó la mano hacia el periódico, que estaba doblado cuidadosamente sobre la encimera—. Sois noticia.

Kristin echó un vistazo al titular: «Tormenta singular causa un incendio.» Su casa era la fotografía principal de la página. La imagen mostraba a los bomberos luchando con las llamas del bungaló. Empezó a comprender la enormidad de su pérdida. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Estás bien? —preguntó Zack, arrugando la frente con preocupación.

—Sé que suena a tontería, pero mi vestido negro y mis zapatos fabulosos estaban ahí dentro —dijo Kristin, con lágrimas en los ojos.

Tennyson le pasó un brazo por los hombros.

—No es una tontería.

Una sonrisa torcida apareció en la cara de Zack.

—No, suena a que se te está pasando la conmoción. Suena a que tu mente está concentrándose en cosas pequeñas para no arrojártelo todo de golpe.

Kristin miró a Zack. Vale, el surfista era listo. Se secó los ojos con las manos.

—Ya, pero estoy llorando por un vestido.

—Las cosas, de una en una —dijo Zack. Dobló el periódico y lo dejó a un lado—. Además, me gusta cómo te queda la camiseta. He acertado con la talla.

—Es un poco ajustada...

—Sí, maravillosamente ajustada—replicó él con una sonrisa pícara.

Kristin rio y, para su sorpresa, vio un ligero rubor en las mejillas de Tennyson.

La señora Pendelton les puso dos tortillas delante.

—Su línea de ropa es muy bonita, señor Glass, pero una señorita necesita algo más que pantalones deportivos y camisetas ajustadas. Desayune tranquila y luego vaya de compras.

—¡Eh, que tengo más tallas! —dijo Zack.

—Sí, pero su colección no incluye sujetadores —exclamó la señora Pendelton, agitando un dedo en su dirección.

—Oye, quizá debería empezar a diseñarlos. Sujetadores para hacer surf. Tengo que pensarlo. —Zack tomó un trago de café—. Sabéis, creo que pensaría mejor si yo también tuviera una tortilla. No se le olvide el chile verde.

La señora Pendelton hizo un sonido de indignación, pero se volvió hacia la vitrocerámica con una sonrisa en la cara.

Esa conversación animó a Kristin. Estaba sana y salva, Tennyson también, y los objetos podían volver a comprarse. Por muy espectaculares que hubieran sido los tacones y el vestido negro.

Una hora más tarde, cuando Tennyson hubo jugado a Spyro, Kristin y él fueron a unos grandes almacenes a por las cosas esenciales. El carrito ya estaba medio lleno y no tenían, ni de lejos, todo lo que les hacía falta. Al andar por la tienda, Kristin se iba fijando en los niños que estaban allí con sus padres. Las diminutas coronas brillantes resplandecían sobre sus cabezas. Solo por probar, Kristin intentó practicar sus habilidades.

«Ojalá ya nos fuéramos a casa.»

«Ojalá tuviera esa muñeca.»

«Ojalá mamá me comprara el videojuego nuevo.»

Kristin se dio cuenta de que había mejorado; la cacofonía de voces no inundó su cabeza, y era capaz de escuchar los deseos de uno en uno.

Entonces Kristin parpadeó. Una mujer adulta tenía una corona. Iba con dos niños pequeños y tenía muchas ojeras; estaba seleccionando cosas de las estanterías, examinándolas con cuidado y volviéndolas a dejar.

Kristin se concentró. En vez del tono infantil al que estaba acostumbrada, oyó una voz adulta, «ojalá tuviera más dinero».

Kristin se compadeció de ella. ¿Pero cómo sabía si la mujer merecía que se cumpliera su deseo? Con un niño pequeño era fácil asumir que los deseos eran relativamente inocentes, y decidir así si cumplirlos o no basándose en el sentido común. ¿Pero cómo podía ella saber si un adulto merecía que se cumplieran sus deseos? Kristin necesitaba alguna prueba.

—Tennyson, dame cinco dólares —dijo extendiendo la mano.

—¿Para qué quieres cinco dólares? —preguntó él alzando una ceja.

—Tú dámelos.

Tennyson sacó un billete y se lo entregó.

Kristin arrugó el dinero hasta que no fue más que una bola en su mano. Entonces se le acercó por detrás a la mujer.

—Disculpe, ¿se le ha caído esto?

Tras dudar un momento, la mujer sonrió.

—Sí. Sí, se me ha caído. Muchas gracias —contestó. Aceptó el billete arrugado y se lo metió en el bolsillo.

—De nada —dijo Kristin con una sonrisa poco sincera.

La mujer se dio la vuelta y se alejó, y Kristin se concentró en la corona centelleante, que se volvió negra y desapareció.

—¿De qué va esto? —preguntó Tennyson. La había alcanzado y ahora estaba a su lado.

—Me ha mentado —dijo Kristin. Su cara de decepción tenía toda la sinceridad que le había faltado a su sonrisa—. Tenía un deseo, pero no es digna de que se lo cumpla.

Tennyson la miró a los ojos.

—Puede que este no sea el mejor momento para explorar tus poderes. Has tenido una noche muy agitada, y tarde o temprano te encontrarás con otra desilusión cuando vayas descubriendo...

—No. Es el momento perfecto. Cuanto antes aprenda a hacer mi trabajo, antes podré ocuparme del peligro al que me enfrento. —Agarró el carrito de la compra y lo empujó en dirección a la sección de ropa interior y calcetines.



En un restaurante que servía hamburguesas gigantescas y un helado delicioso, Tennyson se relajó por fin. Un poco. Habían sustituido una parte de las posesiones de Kristin y no habían discutido ni una sola vez, pero la vigilancia constante lo dejaba agotado. Tenía hambre, y la hamburguesa tenía un aspecto muy apetitoso.

—¿Cómo puedes saber si alguien es *arcanae* o no? —preguntó Kristin antes de hincarle el diente a una hamburguesa tan grande que necesitó sujetarla con ambas manos.

—La verdad es que no puedes. —Sin pensar, Tennyson alargó la mano y, desde el otro lado de la mesa, le quitó la mayonesa de la cara a Kristin con una servilleta—. Aunque claro, hay algunos sitios en los que es prácticamente seguro que todo el mundo es *arcanae*...

—¿Cómo tu universidad?

—Como la Academia Artis Magicae —corrigió Tennyson—. O la casa de tus tías.

—Pero el bungalow es un edificio normal en una calle normal. Cualquiera podría vivir ahí.

—Cierto. Tenemos que vivir en algún lado, así que la mayoría del tiempo lo pasamos en barrios terrenales de lo más normales. Cuando era pequeño yo jugaba con los niños terrenales de mi calle; aunque todos pensaban que iba a algún colegio privado, ya que no iba a clase con ellos.

—¿A qué colegio ibas?

—A uno *arcanae*. —Mojó una patata frita en *ketchup*—. A veces nos congregamos en ciertos barrios, pero a veces encuentras ciudades en las que vive un solo *arcanae*. Es cuestión de gusto personal. En cualquier caso, no puedes estar seguro de quién es quién solo por las apariencias.

—¿O sea que en este restaurante podría haber otros *arcanae*? —dijo Kristin, haciendo un gesto con la mano para indicar al resto de clientes.

—Sí, podría ser. Si no conoces a la persona, la única manera de asegurarse de que es *arcanae* es verle hacer magia. Aunque a veces se puede notar su huella mágica.

—¿Huella?

Tennyson asintió.

—La magia deja rastro, una especie de marca que en ocasiones puedes notar. No puede verse.

—Ah, quieres decir el cosquilleo —dijo Kristin, contenta.

—¿Qué cosquilleo?

—Es como lo llamo yo. Noto un cosquilleo ligero, una especie de vibración baja o un murmullo, cuando alguien usa magia —aclaró Kristin. Señaló a Tennyson con el dedo—. ¿Cómo crees que te encontré la otra noche en el restaurante?

Tennyson la miró fijamente.

—Pero usé una magia especial para camuflarme. No tendrías que haber notado nada.

—Pues lo noté —dijo Kristin. Se encogió de hombros y bebió un sorbo de su refresco.

Tennyson estaba fascinado. Kristin no tenía ni idea de lo poderosa que era. En los últimos días se había enfrentado a un montón de conflictos, pero cada obstáculo reforzaba su determinación a tener éxito. Cada día descubría algo nuevo, y se lo tomaba todo con aplomo. Sus habilidades le sorprendían incluso a él; cuando alcanzara todo su potencial, sería formidable. No le extrañaba que el enemigo quisiera acabar con ella.

Elenka quería matarla.

Tennyson dejó de comer y se quedó observándola. En un entorno tan corriente como ese era fácil olvidarse del peligro. ¿La actitud de Kristin surgía de la ignorancia o de la valentía? Estaba devorando la hamburguesa como si no pasara nada. Vale, en ese preciso instante no estaba pasando nada, pero podría, y aun así Kristin comía tan tranquila. No mostraba ningún signo de estar nerviosa. ¿Tenía miedo? La noche anterior se había asustado. Sin embargo había confiado en él.

Tennyson sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, pero no le pareció una carga. No, solo sirvió para que se intensificara su determinación por protegerla.

Kristin entornó los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo entre los dientes?

—No —dijo Tennyson. Agarró su hamburguesa de nuevo y la miró disimuladamente. El pelo castaño cobrizo formaba grandes rizos sobre sus hombros, que ella apartaba cuando iba a morder la hamburguesa. Tennyson reprimió una sonrisa; Kristin disfrutaba de la comida. Cada bocado era una experiencia sensual, esa era la palabra. Al fin y al

cabos, la última vez que la había visto comer con tanto entusiasmo fue justo antes de acostarse con ella.

Sintió un calor exagerado en todo el cuerpo y, durante un momento, contuvo el aliento. Cada músculo de su cuerpo se estremecía al recordar aquella noche. Uf, esa reacción era el motivo por el que intentaba no pensar en ello. La noche pasada había sido especialmente difícil; Kristin había estado en la cama a su lado, dormida, pero su cuerpo había reaccionado de manera independiente. Tennyson no había podido dormir hasta la madrugada. La ducha helada a las dos de la mañana tampoco había ayudado.

—¿Estás bien? Parece que te duela algo —dijo Kristin, poniéndole una mano sobre el brazo.

Tennyson apartó el brazo de golpe. Lo peor que podía hacer Kristin ahora mismo era tocarle, fuera donde fuese. Tennyson se sentía a punto de perder el control.

—Estoy bien —dijo. Se obligó a respirar hondo y de manera regular—. Es que me he mordido la lengua —añadió. Una mentirijilla no haría daño a nadie.

Tennyson se estaba complicando la vida.

Kristin concentró su atención en una mesa cerca de la suya. Tennyson siguió su mirada y vio a una niña que estaba mirando al techo. Sus padres hablaban por teléfono en vez de hablar entre ellos. La pobre niña parecía estar aburriéndose profundamente.

Kristin sonrió. Sacó la varita y la agitó por debajo de la mesa. Tennyson levantó una ceja ante esa acción encubierta. En otra mesa, las servilletas cayeron del servilletero y terminaron en el suelo.

—Ignora las servilletas y espera —dijo Kristin.

Tras un minuto, una camarera se acercó a la mesa de la niña, cargando con una enorme copa helada de aspecto empalagoso.

—Disculpen.

El padre levantó la vista.

—El personal de cocina ha preparado esto por error y, en vez de tirarlo, nos gustaría regalárselo a su hija. ¿Les parece bien? —preguntó la camarera.

La expresión suplicante de la niña era casi cómica.

—Claro —dijo el padre, e inmediatamente devolvió su atención a la conversación telefónica.

A la niña se le iluminó la cara, y la camarera dejó el helado y una cuchara larga delante de ella.

—Aquí tienes, cariño. Que lo disfrutes.

La niña atacó el helado y quedó con una sonrisa manchada de nata y chocolate.

—Ha valido la pena arriesgarse —dijo Kristin con cierta petulancia.

—¿Cómo has...?

—Lo he hecho y punto. No podría describirlo. Me ha dado la sensación que tenía que hacer algo, y lo he hecho —dijo Kristin.

—¿Qué había deseado la niña? —preguntó Tennyson.

—No quería aburrirse —respondió Kristin. Guardó discretamente la varita en el bolsillo y observó el restaurante otra vez. En un momento, la sonrisa se borró de su cara y su mirada se fijó en la televisión que había sobre la barra.

—¿Qué pasa?

—Mira.

Tennyson se dio la vuelta y se concentró en la pantalla. Aunque el volumen estaba desactivado, pudo leer el titular que había en la parte inferior.

«Una ola gigante vuelca un crucero en el Pacífico.»

Tennyson se volvió hacia Kristin.

—¿No creerás que...?

—Mis tías.



## Capítulo 12

### Usa el buen juicio a la hora de hacer magia. La magia tiene límites. No somos seres todopoderosos

Si Kristin no hubiera estado tan preocupada por sus tías, el despacho de Zack la habría sorprendido. El lugar era el epítome de la modernidad, y no parecía encajar con su propietario, tan relajado. Un escritorio hecho de cromo y cristal dominaba la habitación, y dos ordenadores de última generación ocupaban su superficie lisa. A lo largo de una pared, un sofá de cuero servía de asiento para los invitados, y la ventana tenía vistas al océano. Kristin no veía el paisaje, estaba inclinada sobre el teclado. Tecleó una palabra más en el buscador de internet.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Tennyson. Leía por encima del hombro de Kristin mientras esta escaneaba la información que relucía en la pantalla del ordenador de Zack.

—Nada. El itinerario de viaje se quemó en el bungalow, así que no sé si era su barco o no. —Kristin notaba la frustración en su interior. Se apartó del ordenador y estiró los músculos del cuello—. Pero es el único crucero que emprendió el viaje en el mismo período de tiempo que las tías, así que creo que podemos asumir que era el suyo.

Tennyson le puso la mano en el hombro.

—Intenta no preocuparte.

—Por favor. Es muy fácil decirlo —dijo Kristin. Se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro del despacho.

—No, en serio, piénsalo. —La frenó y la obligó a mirarle—. Tus tías son seres mágicos muy poderosos. Lo más seguro es que consiguieran salvarse y rescatar al resto del pasaje.

Kristin respiró hondo.

—¿De verdad lo crees?

—Claro. Aunque sea el ciclo de renovación...

—Un momento, pensaba que eso solo me afectaba a mí.

Tennyson dudó.

—No, sus poderes también están fluctuando. Algunos se habrán reducido y otros habrán desaparecido por completo.

—Perfecto —dijo Kristin. Se dejó caer sobre el sofá y enterró la cara entre las manos.

—Kristin, no están indefensas. Mira todo lo que has conseguido hacer tú en los últimos días. Y el poder de tus tías supera el tuyo con creces, no han pasado de ser hadas madrinas a humanas normales y corrientes. Todavía tienen magia.

Tennyson no la estaba consolando en absoluto, Kristin se sentía culpable e incompetente. Se frotó la cara.

—Es que... Hace un par de días me quedé sin un lugar donde vivir, y ahora mis tías están en un barco volcado en medio del océano Pacífico. Es como si fuera la persona con peor suerte del mundo. —Kristin calló un momento. No, se equivocaba, este era el tercer suceso dramático de la semana. El terremoto de la academia había sido el primero, el que había llevado a Tennyson a protegerla. Pensó en toda la historia mágica que había aprendido a lo largo de la semana—. ¿No dijiste que mis tías ayudaron a derrotar a Elenka?

Tennyson debía de haber pensado lo mismo, porque tenía el ceño fruncido y los labios tan apretados que parecían una línea recta. Asintió.

—Las olas gigantes no son ningún misterio, ocurren de modo natural. Pero aquí hay demasiadas coincidencias.

El nudo que Kristin tenía en el estómago aumentó de tamaño.

—¿Hay alguna manera de ponerse en contacto con ellas? ¿Alguna forma de saber si

están bien?

—Podría intentar visualizarlas a través de la adivinación —dijo Tennyson dudoso—. Necesitaría un espejo grande.

Kristin levantó la cabeza, más animada de lo que había estado en las últimas horas.

—¿Lo harías? ¿Crees que eres capaz?

—Sé que puedo hacerlo, pero están muy lejos. En algún punto del océano Pacífico ahora mismo. Tendría que proyectar el hechizo sobre una zona enorme, y luego dedicarme a afinarlo hasta que las encontrara —dijo él, pasándose la mano por el pelo—. Me costaría muchísima energía.

—Energía que quieres conservar por si acaso la necesitamos aquí —añadió Kristin.

Estaba dividida, quería asegurarse de que las tías estaban a salvo, pero si Tennyson lanzaba el hechizo y luego tenía que protegerla, podría gastar más energía de la que disponía y hacerse daño. No quería que Tennyson se pusiera en una situación de riesgo por ella. Si no hubiera ido al supermercado con ella el otro día, ya le habría perdido. El relámpago había caído en el dormitorio de atrás del bungalow. El dormitorio de Tennyson.

—Eres importante para el mundo *arcanæ*, Kristin. Si te sucediera algo...

—Lo sé, lo sé —dijo ella. No quería engañarse, sabía que no era capaz de defenderse sin ayuda—. No estoy preparada para arreglármelas sola. Todavía te necesito.

La sonrisa pícara de Tennyson le hizo pensar de nuevo en lo que acababa de decir. Kristin se sonrojó.

—Quiero decir que todavía no he aprobado la evaluación. No has decidido si soy la persona adecuada. Para ser hada madrina, digo —añadió apresuradamente.

La sonrisa de Tennyson se ensanchó.

—Eres la persona adecuada. Eso no significa que no te quede mucho por aprender.

—Ya lo sé —dijo Kristin, hundida por su ineptitud. Quería saber si las tías estaban a salvo pero entendía las limitaciones de la magia de Tennyson.

Se le ocurrió una idea.

—¿Cuánto tardas tú en recobrarte? ¿En recuperar las fuerzas?

—Suelo necesitar comida abundante y unas buenas ocho horas de sueño. ¿Por qué lo dices?

—Si la tal Elenka ha usado sus poderes para provocar una tormenta eléctrica anoche y una ola gigante hoy, ¿no estará sintiendo la falta de energía?

—Probablemente. No podrá hacer muchos más esfuerzos de este tipo sin arriesgar la salud.

—Y ya está mayor. Así que no es descabellado asumir que hoy no nos va a dar más sorpresas. Además, no sabe dónde estamos.

—Pero qué manipuladora eres —dijo Tennyson con una risita—. Tú ve a por un espejo, yo empezaré a prepararme. Nos vemos en la habitación.

Sonriendo con satisfacción, Kristin salió corriendo del despacho. Un espejo grande... ¿Tendría Zack alguno en la casa? Los de los lavabos estaban unidos a la pared. Los pasillos estaban decorados con cuadros y posters enmarcados; Kristin no quería fisgar en los dormitorios, así que se dirigió a las escaleras. Allí, en el rellano de la escalera, había un espejo colgado. Mediría más o menos medio metro de alto y unos treinta centímetros de ancho, y estaba enmarcado en cuero. Era algo insólito, pero encajaba con su dueño.

Lo descolgó de la pared con cuidado, gracias al cielo no era tan pesado como parecía. Lo llevó al dormitorio que Tennyson y ella compartían. El había apartado la cama y despejado el centro de la habitación. En el suelo había puesto, formando un triángulo, una roca con una runa grabada, una vela de cera de abeja sin teñir y un ramito de salvia blanca.

Kristin levantó las cejas.

—¿Has traído todo eso contigo?

—No, lo he transportado desde mi casa.

Ah, claro. La casa que Tennyson tenía en algún lugar. Sus posesiones no eran un montón de cenizas. Kristin reprimió la envidia que amenazaba con inundarla.

—¿Dónde quieres que ponga el espejo?

—En el centro del triángulo.

Kristin dejó el espejo, cara arriba, donde le había indicado.

—¿Así?

—Perfecto. —Tennyson fue al baño y volvió con un vaso de plástico lleno de agua.

—Eso sí que tiene estilo. ¿No te hace falta un cáliz especial?

—No, solo es necesaria el agua, y da igual cómo la lleves —dijo él. Derramó el agua cuidadosamente sobre el espejo hasta que se formó un charco plano.

—Esto parece complicado. —Kristin observó el agua y, por algún motivo, se acordó de cuando estudió la tensión superficial en el instituto. El reflejo del agua sobre el espejo y el juego de luces sobre las varias superficies casi la mareaban. No estaba segura de dónde empezaba el reflejo y terminaba la realidad entre los dos elementos.

—En realidad no lo es, pero sí que es un hechizo de nivel avanzado. Ya lo aprenderás. —Tennyson le ofreció la mano—. Dame la mano. Voy a necesitar tu energía y la imagen mental de tus tías.

Kristin puso la mano sobre la suya. La fuerza cálida y seca que notó en su palma le dio valentía.

—Ahora concéntrate en tus tías, el aspecto que tienen, su manera de hablar.

—¿Podré oírlas?

—Con este hechizo no, pero cualquier cosa que nos acerque a ellas ayuda —explicó Tennyson. Con la mano que tenía libre sacó la varita—. *Speculum spectá.*

La superficie del agua se enturbió, mezclando espirales blancas y grises en una especie de vista nebulosa. El agua se agitó ligeramente, pero no hizo burbujas ni salpicó. Entonces, las espirales del agua se empezaron a disolver y se aclararon hasta mostrar una inmensa expansión de color azul. La luz centelleaba y se reflejaba intermitentemente.

—El Pacífico —dijo Tennyson.

La imagen en el espejo se hizo más nítida. Kristin veía las olas y la espuma que las coronaba mientras la imagen se desplazaba. Daba la impresión de que estuvieran en un avión, volando bajo sobre el océano.

—Concéntrate. No sabemos exactamente dónde están, así que para encontrarlas tenemos que pensar en ellas. —Tennyson también estaba mirando la imagen en el agua fijamente.

Kristin se estaba mareando de tanto examinar la imagen, que, aunque cambiaba constantemente, no dejaba de ser extrañamente igual. Pasó un minuto, luego otro, y entonces la escena empezó a moverse con mayor lentitud; al principio fue de manera gradual, pero se fue haciendo cada vez más lenta. De repente podían distinguir los detalles en las olas, y Kristin pudo discernir el tono verde en el azul del mar. Entonces ahogó un grito.

—Mira.

Un bote salvavidas apareció en la imagen, seguido de otro. Al poco tiempo, el espejo estaba repleto de botes salvavidas diminutos flotando al lado de un barco de crucero que flotaba de lado. Ya había botes de salvamento marítimo rescatando a los supervivientes del mar.

La imagen se centró en uno de los botes, que albergaba a unas cincuenta personas. La imagen descendió sobre un grupo de tres mujeres mayores sentadas en la parte trasera del bote.

—¡Mis tías! —gritó Kristin.



—¿Les hemos salvado a todos? —preguntó Rose. Se secó el sudor de la frente y respiró hondo.

—Juraría que sí —dijo Lily. Observando el barco volcado, agitó la varita con discreción. La mano le temblaba ligeramente—. No detecto más vidas a bordo.

Violet puso una mano sobre la muñeca de Lily.

—Ya basta. No puedes más —exclamó. Violet estaba más pálida de lo habitual—. Hemos hecho un buen trabajo, chicas. Ahora lo que nos hace falta son unas buenas vacaciones. Estoy cansada.

—Eso es porque estás vieja —dijo Rose con una sonrisa pícaro.

—Habla por ti —replicó Violet frunciendo el ceño—. Yo estoy en buena forma. Me siento como si tuviera ochenta años.

—¿Señoras, se encuentran bien? —preguntó un miembro de la tripulación uniformado—. Los botes de salvamento enseguida vendrán a por nosotros, pero si se encuentran mal o les hace falta cualquier cosa...

—No, no, querido, estamos estupendamente. Muy animadas, ahora mismo —dijo Lily.

—Si están seguras... —insistió el miembro de la tripulación.

—Lo estamos —dijo Rose con una sonrisa deslumbrante—. No se preocupe por nosotras. Hacía décadas que no vivíamos algo tan emocionante.

Algunos pasajeros rieron por lo bajo ante su comentario, pero enseguida volvió el silencio.

Incluso Violet sonrió.

—Que no les dé miedo reírse. Mientras estemos todos sanos y salvos, ya podemos estar contentos. La vida no es tan mala, lo acabamos de confirmar en nuestras propias carnes.

—¡Eso, eso! —dijo uno de los pasajeros.

La tensión entre los supervivientes pareció relajarse con las palabras de Violet, algunos se apoyaron sobre las personas que tenían al lado y empezaron a surgir conversaciones, mientras esperaban que les llegara el turno de ser rescatados.

—Tengo que admitir que yo también estoy cansada —dijo Lily, estirando los músculos de los hombros—. Hacía semanas que no le daba tanto a la varita.

—Y es el ciclo de renovación —apuntó Rose asintiendo.

—¿Cómo creéis que le estará yendo a Kristin? —preguntó Lily.

—No me cabe duda de que le irá bien. Es una niña la mar de lista —terció Violet.

—Ya no es tan niña. Me pregunto qué prefecto le habrá tocado —dijo Rose. Ladeó la cabeza con expresión absorta.

—Solo porque tú te casaras con tu prefecto no quiere decir que Kristin vaya a seguir tus pasos —exclamó Violet antes de chasquear la lengua—. Y tu caso fue algo excepcional, no sé si te acuerdas.

—Pues claro que me acuerdo. Pero romper las normas era parte del encanto —dijo Rose.

—Pobre Kristin, no me la imagino rompiendo las normas —comentó Lily.

—Puede que no, pero es muy espabilada. Y una singular —suspiró Rose—. Mira que le tengo cariño a esa niña.

—¿Y si le toca un prefecto imbécil? —murmuró Violet.

—Tendremos que confiar en que el Consejo haya enviado a la persona adecuada

para evaluarla.

—En cualquier caso, no hay nada que podamos hacer desde aquí —dijo Rose, que señaló con el brazo a los muchos botes salvavidas que había a su alrededor, cargados de gente—. No podemos chasquear los dedos e ir a casa. No solo tendríamos a cientos de testigos, sino que además, teniendo en cuenta la magia que hemos usado esta noche, corremos el riesgo de quedarnos por el camino.

—Odio tener que añadir otra cosa a la lista, pero ya que nos estamos preocupando, hagámoslo bien —dijo Violet, y se quedó un momento en silencio—. Cuándo la ola nos dio, ¿sentisteis algo?

—Sí —contestó Lily con la voz consternada—. Tenía la esperanza de habérmelo imaginado, así que no dije nada.

—¿La huella? Cielos, yo también la noté —dijo Rose. Se metió la mano en el bolsillo y la sacó cerrada en un puño—. Y el sobrecargo me entregó esto justo antes de que la ola nos golpeará. —Abrió la mano y reveló un medallón, con la hoz y el martillo grabados en una de las caras.

—Yo también recibí uno —apuntó Lily, sacando el suyo del bolsillo y mostrándoselo a sus compañeras.

—El mío lo dejé en el barco y no lo echo de menos —dijo Violet, arrugando la nariz—. ¿Creéis que significa lo que creo que significa?

—Espero que no —respondió Lily preocupada.

—Pues vaya. ¿Y ahora qué? —preguntó Violet.

—Nos recuperamos —dijo Lily, levantando un dedo y poniendo expresión de eficiencia. Empezó a contar con los dedos las cosas que enumeraba—. Recobramos las fuerzas, descansamos, y...

—Y esperamos a que nos rescaten —añadió Rose.

—Exacto —asintió Lily—. Entonces, cuando no haya peligro, nos vamos a casa.

—¿Y hasta entonces qué? ¿Y qué pasa con Kristin? —dijo Violet, mirando a Lily a los ojos.

—Solo podemos esperar que tenga un prefecto competente.



—¡Las hemos encontrado! —exclamó Kristin, tirando de la mano de Tennyson y señalando al espejo.

Este se sintió inmensamente orgulloso ante el éxito de su hechizo. Las tres mujeres estaban en un bote salvavidas, sanas y salvas.

—Ojalá pudiera oírlas. Parece que estén discutiendo —dijo Kristin sonriendo—. ¿Sabes? Siempre están riñendo. Son las mejores amigas, pero discuten constantemente.

Tennyson respiró hondo.

—Tengo que cortar la conexión. No quiero agotarme mucho más.

—Lo entiendo —dijo Kristin, asintiendo. Le soltó la mano.

Tennyson agitó la varita y la imagen desapareció. El agua se convirtió en un charco transparente sobre el espejo de manera casi inmediata.

—Gracias —musitó Kristin. Envolvió a Tennyson en un abrazo y le dio un beso.

Aunque Tennyson sabía que el beso no era más que una expresión de su alivio y alegría, la calidez del tacto de su piel le fue directa a la entrepierna. Tiró de ella y buscó los labios de Kristin con los suyos. Un delicado suspiro de lógica pasó por su mente: «no está interesada, no está interesada». Pero, para su sorpresa, Kristin se pegó a él. Tennyson sentía la presión suave de sus senos contra el pecho, quemándole incluso a

través de la ropa de ambos. Kristin inclinó la cabeza bajo la de él para unir sus labios con más firmeza. Su mano se deslizó por el pelo en la base de la cabeza de Tennyson, y se agarraba a él como si se acabara el mundo.

Tennyson le rodeó el trasero con las manos y la apretó contra él. Notó su cadera presionándole el miembro, que empezaba a endurecerse, y Kristin se retorció para acercarse más, apretar más...

El pie de Tennyson cayó sobre el marco del espejo, volcándolo y derramándoles el agua sobre los pies.

La humedad repentina tuvo el mismo efecto que un cubo de agua fría. Se separaron de un salto. Kristin tenía la boca abierta, con los labios todavía húmedos y enrojecidos por el beso.

A Tennyson le palpitaba el corazón con fuerza, y necesitó toda su fuerza de voluntad para no volver a saltarle encima.

—Yo... esto... —balbuceó Kristin, y volvió a quedarse callada.

Así que no le resultaba tan indiferente como le había hecho creer. Tennyson se llenó de satisfacción. Aceptó esa pequeña victoria sobre los sentimientos de Kristin y decidió que podía seguir insistiendo. Agarró una toalla.

—De nada.

Kristin le miró sin entenderle.

Tennyson reprimió una carcajada.

—Tus tías. Ya te he dicho que estarían a salvo. Son unas mujeres extraordinarias.

Kristin respiró hondo, como si fuera un alivio saber que Tennyson no estaba hablando del beso.

—¿Las conoces?

—No muy bien, pero nos hemos visto en un par de ocasiones —dijo, secando el agua con la toalla.

—Y ellas seguramente habrán oído hablar de ti.

Tennyson se detuvo un momento y siguió limpiando.

—Probablemente.

Kristin le examinó, y él sintió su mirada como si le estuviera tocando.

—Debe de ser difícil eso de ser famoso.

—Pronto lo descubrirás. Cuando se celebre la ceremonia oficial para declararte hada madrina, todo el mundo *arcanae* sabrá quién eres.

—¿Hay una ceremonia? —dijo Kristin empalideciendo—. Santo cielo.

—¿Qué pasa?

—No se me da bien estar delante de una multitud. Me paraliza.

Tennyson le apretó la mano.

—No te preocupes. Como prefecto tuyo, estaré a tu lado.

—Lo creas o no, saber eso ayuda.

Tennyson agarró el espejo del suelo y se lo entregó a Kristin.

—Yo me ocuparé de la toalla mientras tú devuelves el espejo a su sitio.

Kristin abrió la puerta y se detuvo. Zack estaba justo delante de la puerta, con el puño levantado como si fuera a llamar. Miró hacia ella, al espejo que sujetaba, y a Tennyson, que sostenía la toalla. Una sonrisa se esbozó lenta, muy lenta.

—Colega —dijo Zack, levantando el pulgar en dirección a Tennyson—. Pero tengo un espejo más grande que os iría mejor. Avísame cuando lo necesites, ¿vale? —exclamó guiñándole un ojo.

Tennyson vio que Kristin abría los ojos de par en par. A pesar de que estaba morena, la vio sonrojarse.

—Pero si... nosotros...

—No requiero explicaciones, tranquila. Lo entiendo perfectamente. La señora Pendelton ha preparado galletas, pero si estáis ocupados... —dijo Zack, asintiendo con

aire conspiratorio.

—Ahora mismo bajamos —se apresuró a decir Kristin.

Tennyson se rio entre dientes. Era gracioso verla tan alterada.

—Estamos en el patio de atrás —dijo Zack, y se fue.

—Esto es culpa tuya —Kristin acusó a Tennyson.

—Culpa mía —repitió él, arqueando las cejas—. ¿Cómo llegas a esa conclusión?

—No lo sé, pero de una manera u otra es culpa tuya —dijo Kristin, alejándose con el espejo—. Siempre lo es.

Tennyson se rio en silencio, Zack había dejado a Kristin muy afectada. Mmmh, un espejo. Tendría que acordarse de eso si se daba la ocasión de...

En ese instante un calor súbito le recorrió el cuerpo, apretándole el pecho y sobrecargándole la entrepierna. Sus músculos soltaban chispas, y Tennyson se estremeció de pies a cabeza. Maldita sea. Tragó saliva e intentó desviar sus pensamientos hacia otra cosa. Acabaría por meterse en un buen lío si el simple acto de pensar en ella le provocaba tal reacción.

Kristin volvió y asomó la cabeza por la puerta.

—Nos están esperando.

—Ya voy.

Pero un repiqueteo discreto en la ventana llamó su atención. Miró hacia la puerta corredera de cristal y vio que algo brillaba con la luz del sol.

—¡Cali! —Kristin cruzó la habitación corriendo. Deslizó la puerta del balcón para dejar entrar a la hadita.

—Me tenías preocupadísima —dijo el hada, revoloteando alrededor de la cabeza de Kristin—. Cuando he visto el bungalow en ruinas... ¡no sabía qué pensar! Me he pasado el día buscándote.

—Lo siento, Cali. Tennyson pensó que sería mejor que nos escondiéramos.

—¿Esconderos? ¿Por qué?

—Tennyson cree que el fuego no fue un accidente, y me temo que estoy de acuerdo con él. —Kristin hizo una mueca para expresar su desasosiego.

—Cielo santo —exclamó Cali, aterrizando en el borde de la cómoda—. Pues no os estáis escondiendo con demasiada maestría.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Tennyson frunciendo el ceño.

—Si yo he podido encontraros, cualquiera puede.

—¿Cómo nos has encontrado?

—He seguido la huella, habéis estado haciendo magia. Conozco todas las casas *arcanæ* de por aquí, y esta no es una de ellas. Así que cuando he notado la huella, he venido a investigar. Y aquí estabais.

—Vaya, no he pensado en el cosquilleo —se lamentó Kristin.

—¿El cosquilleo? —preguntó Cali.

—Kristin ha rebautizado la huella mágica —dijo Tennyson. Tanto hablar de cosquilleos había llevado a su cuerpo y mente a pensar en otra cosa. Tomó aire y expiró profundamente, intentando obligar a su cuerpo a obedecerle. Se volvió hacia Kristin—. Yo sí que pensé en ello, y disimulé mi huella lo mejor que pude, pero un escudo mágico con todas las de la ley anunciaría nuestra presencia de manera aún más obvia.

—No lo has hecho mal, sin embargo yo estaba buscando una huella y la he encontrado —dijo Cali.

—Entonces, ¿aquí no estamos a salvo? —preguntó Kristin. Arrugó la frente con preocupación.

—Creo que sí. Aparte de Cali, no hay nadie que nos esté buscando, al menos por hoy. —Le puso las manos sobre los hombros—. Tú misma me has convencido de ello hace un rato. Al fin y al cabo, con la magia que consumió para la tormenta y la ola,

tiene que tomarse un día libre o arriesgarse a tener un accidente. Siempre y cuando no usemos más magia...

—Ya lo sé, pero... Un momento —dijo Kristin, y salió al balcón. Saludó con la mano a Zack y Jake, que estaban en el jardín. Los miró durante un instante y, disimuladamente, se dirigió a sus compañeros—. ¿Ahora notáis el cosquilleo?

¡Otra vez con el cosquilleo! Esa chica se negaba a aprender. «Recuerda que tienes un trabajo que hacer, Tennyson.» Se concentró y notó la débil marca de una huella mágica proveniente de Kristin.

—¿Estás haciendo magia?

—No, pero Jake tiene una corona.

Tennyson se quedó callado.

—Y ayer escuché uno de los deseos de Jake —dijo Kristin, mirándole directamente a los ojos.

Tennyson siguió en silencio. Lo último que quería era poner a Zack y a Jake en peligro.

—La huella no es demasiado clara, alguien que no supiera lo que está buscando no se percataría de nada. Teniendo en cuenta que solo hay un niño, la huella tiene que ser sutil por necesidad, pero no estoy dispuesto a arriesgar las vidas de Zack y Jake.

—Lo sé.

Kristin volvió a la habitación y cerró la puerta corredera.

—Mierda.

—Exacto —ratificó Kristin, sentándose en el borde de la cama.

—Pondré los hechizos protectores más potentes que conozco alrededor de la casa, pero después de buscar a tus tías me he quedado muy débil.

Kristin sacudió la cabeza.

—No podemos quedarnos aquí.



## Capítulo 13

### La barrera entre el mundo arcanae y el terrenal sirve para proteger a ambos. Pero a veces hay que hacer un agujero en la pared

El buen humor de Kristin se había desvanecido. Sus tías estaban a salvo, pero Zack y Jake no. Por su culpa. Ese conocimiento le pesaba en la conciencia.

—¿Estás lista para bajar? —preguntó Tennyson.

—Sí —contestó Kristin con un suspiro.

—No, no lo estás —dijo Cali, aleteando hacia ella—. Ahora que te he encontrado no pienso perderte de vista.

—Tú no puedes bajar —afirmó Tennyson.

—Nadie notará mi presencia —dijo Cali. Aterrizó en el hombro de Kristin y se escondió entre sus rizos.

—Como quieras. Pero que nadie te vea —pidió Tennyson, abriéndole la puerta a Kristin—. Nos están esperando, y tenemos que decirles que no podemos quedarnos.

Los pies de Cali le hacían cosquillas en el cuello.

—Estate quieta o empezaré a sacudir la cabeza —susurró.

El hadita asomó la cabeza.

—¿Has encontrado ya un buen escondite?

—Todavía no, pero el jardín trasero está lleno de plantas y arbustos, algo encontraremos. Ahora, silencio —dijo Kristin, andando por el camino de piedras que llevaba a la mesa del jardín.

Jake estaba corriendo por el sendero, deteniéndose solo para agarrar una galleta de vez en cuando.

—No sé a dónde van todas esas galletas —exclamó Zack, agarrando una—. Este niño come más que yo y sigue delgado.

—¡Papá! —dijo Jake, frunciendo el ceño.

—Es la verdad, coleguilla. Comes como una máquina —replicó Zack—. Es todo un espectáculo de la naturaleza.

—¿Quién es ese? —susurró Cali en el oído de Kristin.

Kristin no respondió. Era imposible que pudiera decirle algo al hada sin que Zack lo notara.

—¿Limonada, señorita Montgomery? —preguntó la señora Pendelton.

—Gracias.

La señora Pendelton puso hielos en un vaso y lo llenó de limonada. Kristin tomó un trago y se le quedó cara de sorpresa.

—¡Pero si está recién hecha!

—Sí, la señora Pendelton se niega a usar productos procesados. Le va el rollo de la salud. No podría engordar ni queriendo —dijo Zack, agarrando otra galleta. Entonces se inclinó hacia Kristin—. Aunque claro, no sabe nada acerca de las patatas fritas con chili y queso que devoro cuando salgo.

—Le he oído, señor Glass —le reprendió la señora Pendelton sin levantar la vista del vaso que le estaba sirviendo a Tennyson. —¿Está soltero? —preguntó Cali.

El aliento del hada le hacía cosquillas a Kristin en la oreja. Sacudió la cabeza como si se estuviera apartando el pelo de la cara, para indicar al hada que dejara de hablar. No era el momento de mantener una conversación con Cali.

Cali le dio un pellizco.

—¡Au! —gimoteó Kristin, sobresaltada.

—¿Qué pasa? —preguntó Zack.

—Nada. Un poco de tortícolis —dijo Kristin. Se dirigió hacia una cesta llena de flores que colgaba de la rama baja de un árbol—. Aquí —masculló—. Fin de trayecto.

Cali voló rápidamente hacia las flores y se escondió.

Jake miró a Kristin con los ojos entornados y ladeó la cabeza. Concentró la mirada en la cesta.

¿Acaso Jake había visto a Cali? Kristin le dirigió una mirada al hada, que estaba observando desde detrás de una hoja. Volvió a mirar a Jake, todavía concentrado en la cesta.

Kristin se giró y dio la espalda al resto de los presentes.

—Cali, escóndete. Creo que Jake te ha visto.

El hada se agachó detrás de una hoja y desapareció de su vista. Al cabo de un momento, Kristin oyó una voz diminuta llena de amargura:

—¡Un terrenal! ¿Por qué tenía que ser un terrenal?

¿Qué quería decir Cali con eso? Kristin no podía preguntarle en ese instante, pero no entendía por qué el hadita había sonado tan triste.

Tennyson se sentó en una silla al lado de Zack.

—Tenemos que hablar.

—Eso ha sonado serio —replicó Zack—. ¿Vamos dentro?

—No, no hace falta —dijo Tennyson.

Kristin agarró una silla para unirse a la conversación. Un momento, ¿dónde estaba Jake? La muchacha frunció el ceño y escaneó el jardín trasero. Entonces lo vio: había escalado el árbol y estaba reptando por la rama baja. Alargó una mano hacia la cesta de las flores.

—¡No! —gritó Kristin, echando a correr hacia el árbol.

Las miradas de Zack y Tennyson se concentraron en ella, y luego en la rama.

Jake no perdió la concentración. Lanzó las dos manos hacia delante. Un crujido sacudió el árbol y la rama; la cesta y el niño se precipitaron hacia el suelo.

Zack se puso en pie de un salto.

—¡Jake!

Tennyson sacó la varita, Kristin tenía la suya entre las manos apenas un instante más tarde. Ambos apuntaron a Jake.

El niño flotó hasta el suelo, ajeno al daño que se habría hecho si hubiera caído.

—¡La tengo, papá! ¡La tengo!

Kristin miró hacia Zack; tenía la boca abierta y estaba completamente pálido. Les había visto. Bueno, claro que les había visto, estaban allí mismo, delante de sus narices. Dirigió la mirada hacia Tennyson y vio que él no tenía mejor aspecto.

—¡Mira, papá! —dijo Jake, levantándose de un salto. El chiquillo no tenía ni idea del drama que estaban viviendo los adultos. Corrió hacia la mesa con las manos cerradas en una bola—. ¡Mira! —exclamó abriendo las manos.

Cali estaba sentada sobre la palma de la mano de Jake, hecha una pelota, con las rodillas apretadas contra el pecho. Pero eso duró un instante, porque en cuanto se dio cuenta de que su prisión se había abierto salió huyendo por entre los dedos de Jake, saltó por el aire y se alejó a toda velocidad. Lo único que quedó fue una estela centelleante tras ella, que desapareció en un par de segundos.

—¡Oh, no! ¡Se ha ido volando! —se lamentó Jake, haciendo una mueca de disgusto.

—¿Acabo de ver lo que creo que acabo de ver? —preguntó Zack. Sonaba como si tuviera una bola de algodón en la garganta. Se quedó mirando el lugar donde, momentos antes, había estado la estela centelleante de Cali.

—Papá, ¿puedo ir a buscar más hadas? ¿Puedo? —dijo Jake, dando saltos delante de su padre.

—¿Qué? Ah, sí, claro. Adelante —contestó Zack, que seguía pálido.

Jake echó a correr por el jardín y empezó su búsqueda.

Zack miró a Tennyson.

Tennyson abrió la boca unas cuantas veces, sin formular sonido alguno. Al final dijo:

—Soy mago.

Zack se dejó caer sobre una silla, pero no dijo nada.

—Soy mago, y Kristin es un hada madrina —declaró Tennyson, con un tono de voz calmado y relajante.

—Ya sé que suena a locura —intervino Kristin, intentando aliviar la incomodidad obvia de Zack—. Yo tampoco supe nada de todo esto hasta la semana pasada. Reaccioné de manera bastante similar a ti.

—Intentamos no descubrirnos ante vosotros, los... la gente no mágica. No somos demasiados y vivimos entre vosotros. ¿Te imaginas cómo reaccionaría el mundo si se supiera que existimos? —dijo Tennyson, sonriéndole a Zack.

—Seguramente igual que Zack —murmuró Kristin.

—Sin embargo, a veces no nos queda más remedio que revelar nuestra magia. No podía permitir que Jake se hiciera daño —dijo Tennyson, mirando a su amigo.

Zack no se movía. No parpadeaba. Kristin le buscó el pulso en el cuello. Por lo menos el corazón le palpitaba de modo normal.

Tras comprobar rápidamente que Jake seguía distraído, Tennyson apuntó la varita hacia una galleta.

—Mira.

La galleta se elevó suavemente en el aire y aterrizó en su mano.

—Ya sé que no es muy impresionante, pero no quiero asustarte. Demasiado.

Zack seguía con la boca abierta y la expresión de susto.

—No tengas miedo, yo nunca te haría nada.

Siguió sin reaccionar.

—Supongo que tienes muchas preguntas. Yo, desde luego, sigo teniendo muchas —dijo Kristin, y aguantó el aliento a la espera de una reacción. Era incapaz de interpretar la cara de Zack.

Entonces, en un instante, Zack se levantó de un salto.

—Esto es lo más grande que me ha pasado jamás. No me lo puedo creer. Mi mejor amigo es mago. La magia existe —afirmó alborozado. Agitó el puño de forma triunfal y se marcó un pequeño baile—. Es una ultra pasada total. Soy el tío con más suerte del planeta.

Jake observó el estallido de alegría de su padre.

—¿Has encontrado un hada, papá?

—No, coleguilla, pero tú sigue buscando —dijo Zack, y entonces bajó la voz—. Eso que Jake ha cazado antes era un hada, ¿verdad?

—Se llama Cali. Si quieres cuando vuelva...

—Si es que vuelve —comentó Tennyson.

Kristin asintió.

—Os la presentaré.

—Dabuten. —La amplia sonrisa que le iluminó la cara evidenció una vez más el parecido entre padre e hijo—. Tengo un millón de preguntas que haceros. Vamos dentro, donde el cachorro no nos oiga —dijo Zack, y se volvió hacia el niño—. ¿Has encontrado algún hada?

—No.

—Sigue buscando. Pero no salgas del jardín.



—¿Usáis el teléfono? —quiso saber Zack, haciendo una mueca y entornando los ojos—. Menuda cutrez.

Estaban en su despacho. Kristin y Tennyson se habían sentado en el sofá, y Zack estaba en el escritorio. Kristin tenía razón: ese hombre con el pelo aclarado por el sol, la camiseta y las chanclas de dedo contrastaba claramente con la decoración ultramoderna.

Tennyson se echó a reír.

—Teléfonos fijos y móviles, e incluso Internet. Mira, son tecnologías fiables que no nos cuestan energía. Si no fuera por estos aparatos, nos pasaríamos media vida malgastando fuerzas en hechizos de comunicación. ¿Qué esperabas? —dijo Tennyson. Levantó el brazo para acomodarlo en el respaldo del sofá de cuero. Tenía las puntas de los dedos a milímetros del cuello de Kristin, pero no la tocó.

—Lechuzas, como en los libros. Ya sabes, Harry Potter.

—Son libros de ficción, Zack. Además, J. K. Rowling no va a dedicarse a revelar todos nuestros secretos.

—¿Es una de los vuestros? —dijo Zack, con los ojos como platos.

Tennyson se encogió de hombros.

—Todo el mundo tiene que ganarse la vida, de una manera u otra. Al fin y al cabo, vivimos en vuestro mundo.

—Bueno, no hay duda de que le salió bien, ¿eh? —ironizó Zack, y calló un momento—. ¿Es por eso que invertiste en Neo-Z?

—Yo también necesito dinero.

Zack frunció el ceño ligeramente.

—¿No usaste magia?

—Era un producto sólido, Zack. Hiciste un descubrimiento increíble. No hubo nada de magia, chaval, solo tu talento —dijo Tennyson. Sonriendo, añadió—: Supongo que podrías decir que es tu propia magia.

—De miedo —apostilló Zack, recostándose en su silla—. Así que no podéis conjurar billetes y punto, ¿verdad, colegas?

—Ya te he dicho que la magia cuesta energía. No podemos usar la magia a lo tonto —dijo Tennyson, y se quedó pensando unos segundos—. Has ido a hacer surf esta mañana.

—Sí, pero...

—¿Por qué has vuelto a casa tan temprano?

—Eh, estaba cansado. Las olas estaban perfectas. He agarrado como ocho o diez olas. Es mucho trabajo, tío.

—¿Y por qué no has seguido? —preguntó Tennyson.

Zack frunció el ceño.

—Ya te he dicho que estaba cansado, y hoy teníamos olas épicas. Un pequeño error y... —De repente Zack puso cara de compresión—. Ah, ya lo pillo.

Kristin también lo entendía, mejor que nunca. La magia no era fácil, y ella no era una experta. Si cometías un pequeño error con un hechizo, podías terminar en cualquier lado; como, por ejemplo, en casa de unos desconocidos en La Jolla, por la noche, vestida con tacones de infarto y vestido negro. Aunque claro, el vestido y los zapatos ya no eran el problema. Kristin suspiró.

—Suenas triste, damisela —dijo Zack, dedicándole su atención.

—Porque resulta que eres una persona encantadora, y me gustaría quedarme a conocerte mejor.

Zack inclinó la cabeza en gesto de humildad, pero a Kristin no se le escapó que Tennyson había arqueado las cejas.

—¿Y por qué queréis irnos? —preguntó Zack.

—No es cuestión de querer o no —dijo Tennyson, y le explicó su teoría sobre el ciclo

de renovación y los ataques dirigidos contra ellos.

Zack adoptó una expresión sombría a lo largo de la explicación de su amigo. Cuando terminó, se recostó de nuevo en su silla.

—Y si os vais, ¿a dónde iréis?

—No lo sé. Traje a Kristin aquí porque nadie del mundo *arcanæ* te conoce —aclaró Tennyson.

—Menos tú, tío —dijo Zack.

Tennyson sonrió.

—Menos yo. No podía instalarla en mi casa, hay demasiada gente que sabe dónde vivo.

Así que por eso no la había llevado a su casa. Aun así, a Kristin no le pareció justo; Tennyson lo sabía todo sobre su vida, pero ella ni siquiera sabía dónde vivía él. Se preguntó si su casa reflejaba su personalidad: estirada y rancia por fuera, pero con profundidades inesperadas tras la fachada arrogante.

—No queremos ponerte a ti o a Jake en peligro —añadió.

Zack se quedó callado. Se le arrugó la frente como si estuviera teniendo un debate consigo mismo. Entonces se volvió hacia Tennyson.

—Cuando yo necesitaba ayuda tú me la ofreciste sin dudar, sin hacer preguntas. Quiero ofrecerte lo mismo ahora.

Pasándose los dedos por el pelo, Tennyson se levantó.

—No sabes lo serio que...

—Tú mismo has dicho que nadie sabe que estáis aquí. Tendremos cuidado. Os quedaréis aquí de incognito. Y, por mucho que odie decirlo, nada de magia.

—Pero yo seguiré viendo los deseos de Jake —dijo Kristin, dudando.

—Tennyson ha dicho que puede poner protecciones alrededor de la casa. Además, has dicho que el hada solo os encontró porque hicisteis un hechizo de los gordos. —Zack calló un momento—. Ojalá lo hubiera visto.

Tennyson, andando arriba y abajo por la habitación, se quedó pensativo.

—Sin embargo, las protecciones serían como anunciar a todos los *arcanæ* que aquí hay alguien mágico.

—Pero estaréis a salvo. ¿Acaso no es para eso la magia? —replicó Zack.

—Siempre y cuando nos quedemos en la casa...

Zack levantó una mano.

—¿Creéis que el hada de antes se irá de la lengua?

—No, claro que no. Es amiga mía —dijo Kristin.

—Pues está decidido.

Tennyson anduvo algunos pasos más, aunque ya no estaba tan nervioso. Se dirigió hacia Zack y le ofreció la mano.

—Gracias. Eres un buen amigo.

Zack agarró la mano de Tennyson por el dedo gordo, entonces apartó la mano y ambos hicieron chocar los nudillos.

—Eh, por fin puedo hacer algo por ti. Déjame disfrutarlo.



Kristin se retiró al dormitorio. Los chicos estaban jugando a videojuegos (aparentemente, Jake estaba ganándoles a ambos) y solo quería un poco de tranquilidad, y quizás un buen libro para leer. También tenía que decidir cómo presentaría su dimisión en el trabajo. Podría apuntar algunas ideas, tenía que pensar en una excusa plausible.

Las bolsas de su expedición matutina a los grandes almacenes ocupaban gran parte del suelo, lo que hacía que el ambiente no fuera exactamente ideal para relajarse y meditar. Por lo menos, el charco en la moqueta ya se había secado. Zack y Tennyson habían subido todas las bolsas al piso de arriba después de su charla. Kristin sonrió para sí misma; ninguno de los dos había entendido que quisiera quitarse la ropa deportiva de Neo-Z antes de la cena.

Empujó la puerta y, antes de salir, se detuvo. Algo no iba bien; le había parecido oír un llanto. Pero no había nadie en el piso de arriba. Los chicos estaban en el salón y la señora Pendelton estaba cocinando.

Lo oyó otra vez, un sollozo diminuto.

Kristin examinó la habitación y vio que Cali estaba sentada en el tocador. Se levantó y se secó las lágrimas con las manos.

—Ah, perfecto. Has vuelto.

—¿Estás llorando? —preguntó Kristin, inclinándose para ver mejor al hada.

—Pues claro que estoy llorando, he tenido un día de mil demonios —gimoteó Cali.

—Siento que Jake te atrapara. Debe de haber sido una experiencia terrible —dijo Kristin.

—¿Qué? —exclamó Cali confundida, para entonces sacudir la cabeza—. Ah, el niño. No, eso no ha sido nada. Fue culpa mía que me alcanzara. —Y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

Kristin estaba sorprendida.

—¿Tan malo es que te atrape un niño? ¿Van a castigarte?

—No, no lo entiendes.

Kristin reprimió la contestación impaciente que se le había pasado por la cabeza. Cali ya tenía suficientes problemas.

—Entonces, ¿por qué...?

—Es él. Zack. El niño me atrapó porque estaba distraída. Estaba mirando a Zack —dijo Cali. Sus sollozos aumentaron de volumen.

—Pero...

—¡Es un terrenal! ¡No puedo enamorarme de un terrenal!

¿Enamorarse? ¿De Zack?

—Ni siquiera le conoces.

—¡Y no quie-quie-quiero hacerlo! —hipó Cali. Con cada respiración entrecortada, se le agitaban las alas.

Desconcertada, Kristin se sentó en el borde de la cama.

—¿Quieres decir que te sientes atraída por Zack?

—Es... más... que... que eso —musitó Cali, intentando tragarse las lágrimas—. He notado una chispa en el corazón. Mi corazón jamás había echado chispas antes.

Kristin disimuló una sonrisa.

—Bueno, Zack es una buena persona, y además es inteligente.

—No me estás ayudando —dijo Cali. Consiguió dejar de sollozar y empezó a dar vueltas por el tocador.

—Tennyson me ha dicho que no está prohibido que los *arcanæ* y los terrenales se relacionen —declaró Kristin en tono alegre.

—Eso ya lo sé —dijo Cali con irritación.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—¿Acaso no lo ves? —inquirió Cali. Se volvió hacia ella y se puso las manos en las caderas—. Si saliera con Zack, tendría que ser grande.

# Capítulo 14

## Tómate tu tiempo

Las quejas de Cali, más que enternecer a Kristin la divertían. El amor era algo... Santo Dios, algo especial, por no decir sagrado. Kristin creía en el amor con tanta firmeza que era una parte esencial de su enfoque de la vida. Había visto a sus padres compartir amor verdadero; y sabía que el amor no era solo sexo y química, también era dolor, dificultades y trabajo duro. El amor era tener una fuerza secreta en la que podías confiar cuando te hacía falta, algo que te podía ayudar a superar cualquier cosa, porque sabías que no estabas solo. No eras una persona; eras parte de un todo.

Intentó no reírse ante el dilema de Cali.

—Nadie ha dicho que tengáis que casaros. Madre mía, puede que ni siquiera acepte salir contigo.

Cali adoptó una postura desafiante.

—Perdona, pero claro que aceptará salir conmigo.

—Disculpa —dijo Kristin, levantando las manos.

Como si la hubieran deshinchado, Cali se sentó en el tocador con las piernas cruzadas. Apoyando los codos en las rodillas, reposó la barbilla en la palma de la mano.

—Es que no lo entiendes. Soy un hada.

Kristin se esforzó por comprender el significado de esa frase.

—Ya sé que eres un hada.

—Pero lo que no sabes es que las hadas reconocemos a nuestros compañeros en cuanto les vemos —aclaró Cali, suspirando.

Entonces Kristin entendió por qué estaba tan consternada.

—Cali, el amor es un regalo, el más maravilloso que puede ofrecerte el universo.

—Ya lo sé. Tengo amigos que se han casado con gente grande y son felices.

—¿Pues cuál es el problema?

—Que nunca he querido ser uno de ellos. Me gusta ser pequeña —dijo Cali, haciendo una mueca de resentimiento.

Kristin tuvo que morderse el labio para no sonreír. Ya sabía que Cali tenía una gran autoestima, pero también sabía que el hadita no era egoísta de verdad.

—Bueno, cuando estés preparada te lo presentaré.

—Sí. Si cambio de opinión.

—Vamos a quedarnos aquí, de momento. Parece ser que Tennyson cree que este es el escondite más seguro —dijo Kristin. Puso a Cali al día de sus planes y vio, con una diversión cínica, como cambiaba la expresión del hadita.

Después de prometer solemnemente que mantendría en secreto lo que sabía, Cali se echó a volar y le dio a Kristin un suave beso diminuto en la mejilla.

—Ya veré lo que puedo averiguar. Las hadas conocemos a mucha gente —exclamó con una sonrisa irónica, antes de salir volando por la puerta del balcón.

La visita de Cali dejó a Kristin sumida en sus pensamientos. Estaba descubriendo una nueva comunidad con diversas normas, muchas de las cuales la sorprendían. La verdad era que no había considerado las desventajas de que un hada como Cali se enamorara de un terrenal. ¿Y por qué debería haberlo hecho? Nunca había creído que tales seres existieran. ¿Cuántas criaturas más había en el mundo cuya existencia desconocía? ¿A cuántas situaciones extrañas más se tendría que enfrentar?

La imagen de Tennyson apareció en su mente. Desde luego, su prefecto era una consecuencia inesperada de los eventos de los últimos días. Kristin ahora le veía con otros ojos ¿Impaciente? Sí. ¿Dominante? Sí. ¿Perfeccionista obsesivo? Sin duda. Pero también era una persona entregada, leal y buena. Por no hablar de su atractivo.

No, no podía concentrarse en eso ¿O sí?

Demasiado tarde. El recuerdo de sus brazos, largos, fuertes y envueltos alrededor de ella, estaba grabado a fuego en su cabeza. La piel de Kristin recordaba el calor de su pecho y abdomen, y su mirada cobriza penetrante ardía en su mente. Un nudo abrasador se asentó en su estómago e hizo que el calor se extendiera por todos sus músculos. El cuerpo de Kristin palpitaba con una pasión que era casi dolorosa, y el anhelo la hizo estremecerse.

Unos golpes urgentes en la puerta interrumpieron su ensimismamiento.

—¿Kristin? —dijo la voz de Tennyson desde el otro lado. La puerta se abrió.

—¿Sí? —contestó ella. Noto el rubor en las mejillas cuando el objeto de sus fantasías entró en la habitación.

—¿Te pasa algo? —preguntó Tennyson. La mirada penetrante que había estado rememorando ahora la miró a los ojos. En persona era más intenso.

¿Por qué estaba mirándola así?

—No, todo bien.

Tennyson la observó con atención un instante, y entonces cruzó la habitación y se sentó en la cama.

—Estabas tardando mucho.

Santo cielo, estaba en la cama. Intentando actuar con naturalidad, Kristin se encogió de hombros.

—Cali se ha pasado por aquí, hemos estado charlando.

Tennyson la señaló.

—Pensaba que te querías cambiar de ropa.

—En eso estaba —dijo Kristin. Empezó a revolver las bolsas para encontrar algo que ponerse; y para que Tennyson no le viera la cara. Sacó una prenda tras otra de las bolsas de plástico.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —quiso saber Tennyson, dudando.

—Pues claro —dijo Kristin, con un tono más agudo de lo que pretendía—. ¿Por qué no iba a encontrarme bien?

—No sé, pero has organizado un buen desorden.

Kristin miró hacia el suelo. Había ropa tirada sobre la moqueta; las bolsas estaban esparcidas por todos lados, medio vacías.

—He encontrado lo que quería —dijo ella. Agarró lo primero que vio y se metió en el baño.

—La cena pronto estará lista, ¿quieres que te espere?

—No.

—De acuerdo.

Al quitarse la camiseta, Kristin no pudo evitar pensar que Tennyson estaba a pocos metros de ella. Había una puerta cerrada entre los dos, pero notaba un cosquilleo en la piel, y descartó la idea descabellada cuando deseó que fueran las manos de Tennyson las que la acariciaban en vez del material de la camiseta.

Con un gesto rápido, los pantalones deportivos de Neo-Z fueron al suelo a hacerle compañía a la camiseta. Al verse de reojo en el espejo, Kristin se volvió y examinó su reflejo. La ropa interior blanca era práctica, pero no atractiva; y los pezones se le notaban a través de la tela. Si pensar en Tennyson la hacía reaccionar así, ¿cómo reaccionaría ante su tacto?

Y con esa idea sintió titilar lo más profundo de su ser.

«Basta. Vístete.»

Se concentró en la ropa que había sacado de las bolsas y rezongó. Pantalones deportivos y una camiseta. ¿Por qué tenía que ser una víctima más de las crueles ironías de la vida? No podría justificar de ninguna manera ponerse ropa casual de peor calidad para la cena, especialmente ahora que Tennyson había sido testigo de su búsqueda por las bolsas.



—Esto... ¿Tennyson?

—Dime.

—¿Podrías irte? —dijo Kristin. Un comentario memorable.

—¿Por qué?

Buena pregunta.

—Enseguida bajo a cenar. —No era una respuesta, pero tendría que conformarse.

Esperó un minuto y se asomó por la puerta. Tennyson se había ido. Se apresuró a alcanzar las bolsas y rebuscó entre su contenido, otra vez. Aunque en esta ocasión prestó atención a lo que hacía y encontró una falda muy alegre y una blusa. Se puso ambas prendas, deslizó los pies en un par de sandalias nuevas y bajó al piso inferior.

La falda había sido un error. El aire que le rozaba los muslos estaba alterándole los nervios. No ayudó que la mirada ardiente de Tennyson la hubiera recorrido nada más presentarse en el salón. Bueno, quizás lo de la mirada ardiente era producto de su imaginación, pero se lo había parecido.

La señora Pendelton sirvió la cena y todos se lanzaron a comer. Kristin sabía que había comido algo, pero no conseguía recordar qué. No le cabía duda de que era delicioso y, al final de la cena, tenía el plato prácticamente vacío, y sin embargo se había pasado el rato mirando a Tennyson discretamente y preguntándose si él la estaba mirando a ella.

Cielo santo, ¿qué le pasaba? ¿Había vuelto a la adolescencia o qué?

Kristin no se veía capaz de enfrentarse a los postres y se apartó de la mesa.

—Disculpádmeme, por favor. Creo que iré a tumbarme un rato.

Tennyson se levantó para seguirla, pero Kristin se apresuró a salir del salón. Por Dios, qué tonta era. Subió las escaleras corriendo y se metió en la habitación que compartían. ¿Cómo iba a superar otra noche con él? ¿Después del día que habían tenido? ¿Después de todo lo que había estado pensando?

Tennyson le gustaba.

Era más que eso, pero no podía ni siquiera contemplar el uso de la palabra que empezaba con «a» tras conocerle solo una semana. No era posible y punto.

Aunque claro, la magia tampoco lo era.

Se dejó caer sobre la cama, se tumbó boca arriba y observó el techo.

La puerta se abrió. Tennyson entró en la habitación y se sentó en la cama, a su lado. Kristin se concentró en la pintura del techo.

Tennyson le puso una mano sobre la frente.

—¿Estás enferma?

—No —dijo ella, zafándose de su mano.

—¿Dolor de ovarios? —interrogó Tennyson, observándola con la cabeza ladeada.

—No seas imbécil.

—Bueno, ¿qué se supone que tengo que pensar? —dijo él, levantándose. Empezó a andar arriba y abajo—. Has salido huyendo de la mesa sin ninguna explicación. Están todos preocupados por ti.

—No era mi intención. Es que no podía quedarme más rato. —No quería mirarle, tenía miedo de que Tennyson leyera su expresión—. Solo necesitaba un rato a solas.

—Oye, siento que tengas que soportarme. En cuanto descubramos cómo detener a Elenka, ya no tendrás que verme más.

Kristin se incorporó de repente.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Crees que quiero perderte de vista? —dijo, poniendo los pies en el suelo.

Tennyson levantó las manos defensivamente.

—Ya me has dejado muy claro que no te gusto demasiado. Me disgusta, porque a mí me pareces una persona admirable.

—¿Admirable? ¡Admirable! —se alteró Kristin. Cruzó la habitación y se plantó delante

de Tennyson—. ¿Eso es todo? ¿Admirable?

—Admito que las reacciones que me provocas no son las que deberían ser, pero sé cuáles son las normas y los límites. No voy a traspasarlos otra vez —dijo él. Su cara se convirtió en una máscara impenetrable; incluso sus ojos perdieron el fuego habitual.

—¿Cómo puedes ser tan arrogante, mojigato, estirado...? Oh —gimió Kristin, agarrándole la camisa—. Serás tonto.

Kristin tiró de él hasta que su boca encontró la suya y le besó con ferocidad. Tennyson abrió los ojos de par en par y levantó las cejas, y Kristin se deleitó al verlo tan sorprendido. Entonces cerró los ojos para poder sentirle más intensamente.

Tennyson la envolvió con los brazos y la acercó a él. Kristin se acomodó en su abrazo y se apretó contra su cuerpo. Su vigorosa fuerza desprendía calor y Kristin se estremeció. Puso una mano tras su cabeza y la otra en su espalda, sosteniéndola tan firmemente que Kristin tenía la sensación de que nunca volvería a caer.

Movió la cabeza para que sus labios se encontraran con los de Tennyson más plenamente, y con su lengua buscó la de él. Sabía a brisa en el bosque, a azúcar moreno, a sus propias especias. Podría vivir solo de sus besos.

La sangre se precipitaba por sus venas, como el viento por una tormenta. Se sentía salvaje, libre y capaz de todo. Inclino la cadera contra la entrepierna de Tennyson y se restregó contra él. Un delicioso latido reclamaba su atención, anhelando más. Tennyson imitó sus movimientos, y su dureza la acarició hasta que Kristin alcanzó sensaciones más intensas.

Su mano se aventuró bajo la blusa y, con dulzura, le rozó el pezón a través de la delgada tela del sujetador. Su cuerpo reaccionó ante su tacto, e inmediatamente, como si le hubiera leído el pensamiento, Tennyson usó el dedo gordo y el índice para frotar el pezón endurecido, suavemente. Kristin gimió en voz baja cuando la sensación fue directa a su entrepierna.

Con la otra mano, Tennyson le levantó la falda y puso la palma de la mano contra la curva de sus nalgas. Su tacto reclamaba toda la atención de Kristin.

Tennyson se detuvo un momento.

—¿Significa esto que te gusto? —susurró contra su mejilla.

Los dedos de Kristin estaban concentrados en la cintura de sus pantalones.

—Ajá —murmuró como pudo. No era capaz de formular palabras más complicadas.

—Perfecto. Porque tú a mí también me gustas —dijo Tennyson. Capturando sus labios de nuevo, frotó su erección contra la cadera de ella.

Kristin le quería en ese mismo momento. Llevó las manos a la parte delantera de los pantalones deportivos y desató el cordón.

Con un gruñido de anticipación, Tennyson la levantó y la llevó a la cama. La dejó con cuidado sobre el edredón, se inclinó sobre ella y le mordisqueó los pechos a través de la blusa. Kristin se retorció de placer.

La tensión hervía dentro de ella, cada vez más fuerte e insistente. Kristin asió la tela de la camiseta de Tennyson y se la deslizó por encima de la cabeza hasta quitársela, dejando la superficie dura de su pecho al descubierto. Como respuesta, Tennyson agarró su blusa y le dio un tirón. Los botones saltaron y aterrizaron en la moqueta sin hacer ruido.

Otra prenda destrozada, y le daba igual. Mientras Tennyson se peleaba con el sujetador, Kristin le bajó los pantalones.

El le subió la falda y le bajó la ropa interior. Sus dedos ahondaron en la carne recién expuesta. Kristin gimió al lado de su mejilla. Su tacto experto hacía que se estremeciera de deseo.

Tennyson rodó hacia el lado de Kristin, agarró la varita del sitio en el que había caído y la agitó. Una lluvia de paquetitos plateados cayó sobre la cama. Tennyson agarró uno y lo abrió con los dientes, todo ello manteniendo el contacto íntimo con Kristin.

Kristin apenas podía aguantarse. Se le arqueó la espalda cuando Tennyson pellizcó con suavidad el relieve que había en la cúspide de sus piernas. Kristin le dio un par de tirones a sus calzoncillos, hasta que liberó su erección. Cuando la mano libre de Tennyson puso el condón sobre la punta del pene, Kristin le apartó la mano y le colocó el profiláctico ella misma.

En cuanto terminó, Tennyson se puso sobre ella y se acomodó entre sus piernas. Kristin sostuvo su cálida longitud y lo guio a su interior. Él empujó, llenándola.

Kristin levantó las piernas y las puso alrededor de la cintura de Tennyson, llevándole a lo más profundo de su ser. Él empezó a mecer las caderas, dentro y fuera, dentro y fuera, hasta que la forma en que se deslizaba invadió sus sentidos por completo. Kristin echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. Tennyson le tapó la boca con la suya y le acarició la lengua mientras ella estallaba en un millón de esquirlas de diamante, brillando llenas de luz.

Sobre ella, Tennyson separó los labios de los suyos. Respiraba con dificultad. Empujó hacia lo más hondo de Kristin y se pegó a ella. Un gruñido gutural surgió de su garganta, Tennyson se estremeció sobre ella y exhaló, sacando el aliento en un largo suspiro. Se quedó quieto y se deshizo sobre sus curvas. La envolvió con los brazos y respiró hondo.

Kristin cerró los ojos y permitió que se le escapara una sonrisa. Esta vez no se arrepentía de nada. El tacto de Tennyson la alcanzaba en lo más hondo, en un punto que no sabía si era una parte física de su cuerpo.

Tennyson se retiró de su interior y se dejó caer a su lado. Su mano se entrelazó con la suya.

—Me alegro de que te guste.

—Yo también —dijo Kristin, riendo.

—¿Esta vez no vas a gritarme?

Kristin se sintió culpable.

—No.

—Sigue yendo contra las normas. Sigo siendo tu prefecto.

—Y yo sigo siendo una aprendiz de hada madrina. Y una mujer —sonrió Kristin. Sintió la necesidad de analizar lo que acababa de ocurrir, pero se reprimió—. Y todavía no estamos a salvo.

—Sí, pero esta magia no deja huellas —dijo, dándole un beso en la frente—. Aunque puede que nos encuentren si te han oído gritar.

—¿He gritado? —se alarmó Kristin, sintiendo calor en las mejillas.

Tennyson volvió a besarle la frente.

—Sí, pero lo he amortiguado con la boca.

—Deja de darme sustos —dijo Kristin, y le dio un puñetazo juguetón.

—Cuidado. Todavía no te he aprobado. Por lo menos, no oficialmente —musitó Tennyson con una sonrisa traviesa—. Si no te portas bien conmigo...

—Eso suena claramente a acoso sexual —dijo Kristin, dibujando círculos en su pecho.

—Oye, si pensara que puedo amenazarte o coaccionarte, ya lo habría intentado cuando nos conocimos —afirmó Tennyson, y le dio un beso en la nariz—. Eres demasiado fuerte para eso.

—¿Fuerte? ¡Con todo lo que me has llegado a fastidiar!

—¿Fastidiarte a ti? Yo me encontré atrapado con una novata que no quería tener nada que ver conmigo.

Kristin gruñó medio en broma.

—Tampoco es que fueras muy simpático conmigo, al principio.

—Lo sé y lo siento. Pensaba que serías una carga y que entorpecerías mi investigación. No sabía que acabarías por gustarme.

Kristin empezaba a odiar la palabra «gustar».

—Aunque claro, sigues entorpeciéndome la investigación, pero creo que ahora no me importa tanto. —Puso una expresión seria—. Pero tenemos un trabajo importante que hacer. Todavía tenemos que encontrar a Elenka y detenerla.

Alguien llamó a la puerta, sobresaltándoles. Kristin se levantó de la cama de un salto y miró hacia abajo. No tenía ni blusa ni ropa interior, pero seguía con la falda puesta. Por algún motivo, eso le causó un estremecimiento, como la réplica de un terremoto.

Agarró un par de prendas del suelo y se encerró en el baño. Fantástico, había agarrado la camiseta de Neo-Z otra vez. Por lo menos no tendría que preocuparse de los botones. Mientras intentaba recuperar un aspecto digno, oyó que Tennyson preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy yo, Zack. ¿Estáis bien?

—Sí, pasa —contestó Tennyson. Kristin oyó la risa en su voz.

Kristin abrió la puerta un par de milímetros y observó la habitación. Tennyson solo tenía los pantalones puestos, iba sin camiseta. Perfecto. A ese paso, Zack pensaría que eran un par de animales.

Zack entró, echó un vistazo a la cama deshecha, y la sonrisa traviesa que Kristin ya empezaba a conocer bien le apareció en la cara.

—Colega.

—Zack, ¿has subido por algo? —dijo Tennyson. Agarró su camiseta y se la puso.

—Sí. Hay tres señoras en la puerta que aseguran que son las tías de Kristin. ¿Debería dejarlas pasar?

# Capítulo 15

## Ten fe en la magia

—Vaya, qué maleducado —dijo Violet, mirando la puerta cerrada que tenía delante.

—¿Creéis que nos hemos equivocado de sitio? —preguntó Rose—. Es el ciclo de renovación. Puede que nuestra magia no haya funcionado.

—Bobadas, no hemos cometido ningún error. Está aquí —dijo Lily, frunciéndole el ceño a la puerta—. Aunque no se me ocurre qué está haciendo aquí, en una casa cubierta de protecciones, en vez de estar en casa.

—Podríamos echar la puerta abajo —terció Violet.

—No, de ninguna manera —intervino Lily de nuevo.

—Sería de mala educación —añadió Rose.

—Pero ya no somos hadas madrinas. No tenemos por qué ser amables —dijo Violet, frotándose las manos.

—Seguimos siendo hadas madrinas, aunque en renovación. Además, no podemos correr el riesgo —exclamó Rose, agitando un dedo—. Acabamos de trasladarnos desde una isla en el Pacífico. Si seguimos con la magia podríamos acabar mal.

—No hablaba en serio —dijo Violet.

—Ya lo sé, querida. Las tres estamos cansadas, y estamos preocupadas por Kristin —sentenció Lily, dándole unas palmaditas en el hombro a Violet.

—Por no hablar de que acabamos de sobrevivir a un naufragio. No está mal para unos vejestorios —dijo Rose con una sonrisa traviesa.

—A mí no me llames vejestorio —afirmó Violet, aunque no había rencor en sus palabras.

Se encendió la luz del recibidor y las iluminó a través del cristal opaco de la puerta. Un momento más tarde, la puerta se abrió de golpe y Kristin salió corriendo de la casa. Tennyson se quedó rezagado, en el portal, y observó a las cuatro mujeres mientras gritaban, reían, se abrazaban y hablaban todas a la vez.

—¡Nos has tenido preocupadísimas!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Cómo habéis llegado?

—¿Pasasteis miedo?

—¿Has estado comiendo bien?

—¿No te has hecho daño?

—Siento tanto no haberte contado nada más.

Tennyson carraspeó.

—Señoras, creo que esta conversación sería más productiva si pasaran al interior de la casa.

—Y si se turnaran para hablar —dijo Zack, que estaba de pie a su lado. Su mirada vagaba de una mujer a la otra.

—Eh, yo no he dicho que vaya a ocurrir un milagro —añadió Tennyson, de broma.

Las tías callaron de inmediato, como si se acabaran de dar cuenta de que su conversación tenía público. Lily dio un paso hacia delante.

—Tennyson Ritter, si no me equivoco —dijo, extendiendo una mano.

—Un placer volver a verlas —saludó Tennyson, estrechándosela.

Violet le miró con los ojos entornados.

—¿Eres tú el prefecto de Kristin?

—Lo soy.

—Perfecto —dijo Rose con una ancha sonrisa en la cara.

—Y este es Zack —presentó Tennyson, haciendo un gesto para señalar a su amigo—. Esta es su casa.

—Un placer conocerle —dijo Lily, ofreciéndole la mano.

—Bienvenidas a mi casa, oh, briosos ejemplos del primor de la madurez femenina —saludó un zalamero Zack, extendiendo los brazos y dirigiéndose a las tres.

Un silencio estupefacto cundió entre las tres mujeres; Lily se quedó con la boca abierta, Rose parpadeó un par de veces y Kristin ahogó una risita.

Violet entornó los ojos por un momento, pero luego asintió.

—Ya era hora de que se reconocieran nuestras virtudes —dijo, tomando a Lily por el brazo—. Vamos, muchacha. Este sitio me gusta —añadió, llevándola hacia el interior.

Sin dudar, Rose tomó a Zack del brazo y le dedicó una brillante sonrisa beatífica.

—Menudo joven tan encantador.

—Hago lo que puedo —dijo Zack, entrando en la casa con ella del brazo.

Tennyson esperó a Kristin al lado de la puerta. Ella liberó la risa que se había estado aguantando.

—Nunca había visto a las tías quedarse sin respuesta.

—Zack tiene ese efecto sobre la gente —dijo Tennyson, acariciándole la mejilla—. Antes nos han interrumpido. Deberíamos hablar de... ¿Tú crees que...? —No sabía cómo continuar.

—Probablemente sí que tengamos que hablar en algún momento, pero parece ser que el momento no es este —dijo Kristin. Se puso de puntillas y le plantó un beso en la mejilla—. Creo que el mundo real... o el mundo surreal nos reclama. —Deslizó la mano en la de Tennyson—. Vamos, tenemos mucho de qué hablar con las tías.

El extraño grupo estaba congregado en el salón de Zack, que estaba disfrutando de su papel de anfitrión.

—Señoras, ¿puedo ofrecerles algo de beber? —preguntó Zack—. ¿Vino? ¿Cerveza? ¿Margaritas?

—¿Nos prepararías unas margaritas? —preguntó Lily.

—No quiero generalizar, pero, en mi experiencia, las bebidas con pequeños parasoles de papel suelen ser bien recibidas por las damas, así que procuro tener unas cuantas a mano en todo momento —dijo Zack. Observó a Violet—. Veamos, apariencia dura, peinado eficiente pero con estilo. Apuesto a que usted es de las que toman piña colada.

—Se te da bien esto —replicó Violet—. Pero olvídate del parasol, no quiero sacarme un ojo.

—Hecho. Una piña colada sin parasol. ¿Alguien más? —dijo Zack. Anotó mentalmente el resto de pedidos; dos margaritas, un whisky escocés, y una botella de agua con gas. Los viajes no le habían sentado bien a Rose.

Tennyson observó, divertido, cómo Zack cautivaba a las tres mujeres. Las tres se reían con sus chistes y flirtearon con él cuando les sirvió las bebidas. A Tennyson le costaba creer que esas tres mujeres se contaran entre los *arcanae* más poderosos del mundo; o, por lo menos, así había sido hasta muy recientemente. Era cierto de todas las hadas madrinas.

Su mirada se desvió hacia Kristin, que estaba riendo con los demás. Era difícil verla como una de las guardianas de su mundo, pero lo era, y ya había demostrado un talento sin parangón; era una auténtica singular. Si Tennyson tenía razón, si Elenka estaba intentando llevar a cabo otro alzamiento, no cabía duda de que Kristin estaba destinada a jugar un papel clave en la batalla que se avecinaba. Sin embargo, ahora no era momento de aguar la fiesta. Sabía que tenían temas importantes que discutir, pero también sabía que todos necesitaban ese rato para celebrar las cosas que habían ido bien. Las tías (Tennyson ya no podía evitar referirse a ellas igual que Kristin) estaban en casa, sanas y salvas.

Pero ¿por cuánto tiempo?

Dejó su whisky, del que apenas había bebido, sobre la mesa. Sintió un escalofrío. A pesar de la ebullición a su alrededor, tenía un mal presentimiento. El contraste entre

sus pensamientos y las celebraciones ensombrecía su humor.

Mientras buscaba una manera de poner sus sospechas en palabras, Jake irrumpió en la habitación. La señora Pendelton le seguía con expresión de reprimenda, y dedicó una mirada de disculpa a las tres mujeres.

Jake se lanzó entre los brazos de su padre.

—Papá, estoy listo para acostarme.

—¿Te has lavado los dientes?

—Sí —asintió Jake.

—¿Y te has cepillado el pelo?

—¿Para qué? Si me voy a dormir.

—Ese es mi chico —dijo Zack, despeinándole—. Dales las buenas noches a nuestros invitados.

Jake miró a su alrededor y dedicó una sonrisa tímida a las recién llegadas.

—Un niño —dijo Rose con una sonrisa deslumbrante—. Ya decía yo que me sentía muy a gusto en esta casa.

—Y mira qué guapo es —dijo Lily.

—¿Y de qué le sirve ser guapo? —dijo Violet—. Mira lo fuerte que es, eso se ve a la legua.

—Lo soy —intervino Jake—. Hoy he atrapado a un hada.

Las tres mujeres se quedaron en silencio.

Kristin se apresuró en dirigirse a sus tías.

—Luego os lo cuento.

Zack vio las expresiones que habían puesto las tías y se volvió hacia Tennyson.

—Oye, ¿no serán...?

—A ti te lo contaré cuando hayas acostado a Jake —dijo Tennyson en voz baja.

Zack asintió.

—Vamos, cachorro. Mañana tengo que trabajar. Hora de acostarse.

—Buenas noches, Kristin —dijo Jake—. Buenas noches, tío Tennis.

—¿Y a las señoras? —le animó Zack.

Jake se puso recto y adoptó una postura seria.

—Y buenas noches a ustedes, hermosas criaturas.

Las tres mujeres rieron con coquetería.

—Qué encanto —exclamó Rose.

—Ha salido a su padre —dijo Zack, guiñándoles un ojo.

Mientras Zack se llevaba a su hijo del salón, la señora Pendelton asintió.

—Si no necesitan nada más, yo también me retiraré.

—Estamos bien, muchas gracias por todo. Buenas noches, señora Pendelton.

—Desayunamos a las siete, cuando Zack va a trabajar. Hasta entonces.

La señora Pendelton se fue y las tres mujeres se volvieron hacia Tennyson, expectantes.

—Zack es un amigo terrenal, acaba de descubrir el mundo *arcanae* hoy mismo —dijo Tennyson, intentando no fijarse en la reprobación que sabría que contendrían sus miradas.

—Vaya por Dios. Parece que vamos a tener mucho de qué hablar —comenzó Lily, poniéndose derecha—. ¿Qué te parece si empezas contándonos por qué estáis aquí y no en casa?

A Kristin se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Un incendio acabó con el bungalow —dijo, y le falló la voz. Tennyson se puso a su lado para ofrecerle apoyo moral.

—¿Qué? —clamó Violet—. ¿Cómo...?

—¿Qué pasó, cariño? —dijo Lily, amablemente.

—Un relámpago cayó sobre la casa —aclaró Tennyson.

—¿Un relámpago? ¿Aquí? —se sorprendió Rose, con los ojos como platos.  
—¿Un relámpago destruyó la casa? —dijo Lily, con una expresión más severa.  
—Exacto —remató Tennyson. Vio que las implicaciones no les habían pasado desapercibidas.

—¿Habéis llamado a los gnomos para que la reconstruyan? —preguntó Lily.

—¿Gnomos? —preguntó Kristin.

—Son los mejores constructores —dijo Tennyson. Sabía que Kristin tendría más preguntas, pero tenían cosas más importantes que discutir que el trabajo de los gnomos. Devolvió su atención a las tías—. No puedo llamar a los gnomos porque están todos ocupados con las tareas de reconstrucción de la universidad.

—¿La universidad? —preguntó Violet sorprendida.

—Hubo un terremoto —dijo Tennyson. Se detuvo un instante—. Aldous ha muerto.

Las tres mujeres ahogaron un grito.

—Oh, pobre Aldous —gimió Rose, sacando un pañuelo del bolso.

Lily inclinó la cabeza.

Violet frunció el ceño.

—Nos vamos un par de días y el mundo entero se va al infierno.

Tennyson se metió una mano en el bolsillo y extrajo el medallón con el logotipo de la hoz y el martillo.

—Recibió esto justo antes de morir.

Lily abrió su cartera y sacó un medallón parecido. Se lo pasó a Tennyson, que examinó ambos medallones; eran idénticos. Cuando levantó la mirada, Rose le dio otro. Miró a Violet.

—El mío se hundió con el barco —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Las tres recibisteis medallones? —preguntó Kristin.

—Efectivamente —dijo Lily. Cruzó las manos sobre el regazo y adoptó una postura atenta—. Tal vez sería mejor que nos contarais lo que sabéis. Empezad por el principio.

—Un momento —pidió Kristin. Salió del salón apresuradamente y volvió con una libreta. Tennyson arqueó las cejas—. Quiero tomar apuntes —dijo ella, y puso la punta del bolígrafo sobre el papel.

Tennyson sonrió para sí mismo, y se dispuso a relatar los eventos de la semana anterior. La discusión enseguida se animó. Kristin añadía comentarios de vez en cuando, pero Tennyson fue el que más habló. Sin embargo, unos apuntes bien ordenados empezaron a llenar el papel.

—Así que asumimos que había sido un atentado mágico —terminó Tennyson.

—Lo fue —intervino Rose—. Todas sentimos la huella.

—Aldous creía que Elenka estaba detrás del terremoto. Tiene sentido, esos son los distintivos que Elenka otorgaba a sus seguidores —dijo Tennyson, lanzándoles una mirada a los tres medallones que tenía en la mano.

Lily estaba frunciendo el ceño dramáticamente.

—Me parece muy improbable que sea Elenka. La aislamos hace casi sesenta años.

—Pero no es imposible —matizó Tennyson.

—No, no es imposible —dijo Violet, en tono sombrío.

—¿Alguien podría aclararme qué significa eso de aislarla? —quiso saber Kristin. Estaba dando golpecitos nerviosos al papel con la punta del bolígrafo—. ¿Qué le hicisteis a Elenka?

Rose miró a Violet, que, a su vez, miró a Lily. Lily habló.

—Nosotras tres, con la ayuda de Aldous Montrose, atrapamos a Elenka. Sin su liderazgo, la rebelión que tenía planeada fracasó. El Consejo quería ejecutarla —dijo estremeciéndose. Violet continuó la historia—: Les convencimos de que lo único que hacía falta era aislarla del mundo mágico, para que no pudiera volver a ser una amenaza.



—Al fin y al cabo, era una de los nuestros —dijo Rose, inclinando la cabeza—. Por aquel entonces el mundo *arcanae* existía principalmente en Europa.

—Así que decidimos que se construiría una especie de prisión en una fisura de los Pirineos. Sellamos la montaña para mantener lejos a los andorranos, y a cualquier español o francés vagante —dijo Violet. Su mirada estaba perdida en el infinito, como si estuviera recordando las imágenes.

—Reclutamos a tres magos y a un hechicero para que guardaran la zona —añadió Lily.

—Y para que le hicieran compañía —dijo Rose—. No fuimos crueles. Le proporcionamos todos los equipamientos que pudiera necesitar.

—Excepto la libertad —completó Violet—. Aldous puso un hechizo muy intrincado y poderoso para contener su magia en el interior de la fisura, de modo que no pudiera escapar. Sembramos la zona de hechizos para que nadie, ni *arcanae* ni terrenal, pudiera encontrarla.

—Y para evitar que sus seguidores fueran en su búsqueda, el Consejo expurgó los detalles de los archivos y nos prohibió hablar de Elenka; también nos hicieron mudarnos a Estados Unidos —dijo Lily con un suspiro—. Nosotras tres y Aldous mantuvimos el secreto durante todos estos años, con la aprobación del Consejo.

Kristin estaba escribiendo a toda velocidad, pero se detuvo un momento.

—Así que, por lo que sabemos, Elenka sigue en su montaña —dijo.

—Tiene más o menos nuestra edad —apuntó Lily—. Y el Consejo nunca ha vuelto a mencionarla.

—Pero si Elenka escapara, ¿os lo dirían? —preguntó Kristin.

—No podemos estar seguras —dijo Rose lentamente—. Aunque hoy en día apenas sería una amenaza. A estas alturas estará perdiendo sus poderes de hada madrina, igual que nosotras.

Kristin se quedó callada.

Tennyson sospechaba que habían pasado algo por alto, pero no sabía el qué.

—Tenemos que averiguar qué se ha hecho de ella.

—Creo que lo mejor será que una de nosotras vaya a visitar a Elenka —dijo Violet.

—Iré a preguntar al Consejo —se ofreció Rose—. Mañana mismo.

—Y, si nos dan permiso, yo visitaré a Elenka —añadió Lily.

Violet se cruzó de brazos.

—¿Y qué se supone que hago yo?

—Tú le enseñarás magia a Kristin, por supuesto —apuntó Lily—. Asegúrate de que esté a salvo. Tiene mucho que aprender en muy poco tiempo.

—Puedo hacer eso —dijo Violet con expresión satisfecha—. Buena idea.

—Pensaba que tenía que arreglármelas sola durante la renovación —intervino Kristin.

—Así es —dijo Tennyson—. Pero las circunstancias han cambiado y, como prefecto tuyo, creo que podemos variar las normas un poco.

Zack volvió a aparecer en el salón.

—¿Me he perdido algo?

—Sí, pero enseguida te pongo al día —dijo Tennyson.

—¿Crees que es buena idea involucrarle en este asunto? —preguntó Violet.

Tennyson asintió con resignación.

—Ya está involucrado. Nos está alojando. Lo menos que podemos hacer es mantenerle informado de los posibles peligros.

—Tienes razón, por supuesto. El señor Glass necesita tomar sus propias decisiones —dijo Lily, dedicándole una sonrisa a Zack.

—Contad conmigo —exclamó Zack, con su habitual sonrisa traviesa—. Y llámenme Zack, por favor. «Señor Glass» suena a muermo.

—Ahora creo que todos necesitamos descansar —dijo Lily, poniéndose de pie.

—Pero ¿a dónde iremos? —preguntó Rose—. Nuestra casa ya no existe, y yo ya no puedo trasladarme a mucha distancia, no esta noche.

—Caramba, ¿vuestra casa también ha sido destruida? —preguntó Zack, con los ojos como platos.

—Mi casa era su casa —dijo Kristin, sacudiendo la cabeza—. Yo solo estaba cuidándosela mientras ellas se iban de crucero.

—Caray, lo siento mucho —se lamentó Zack, y chasqueó los dedos—. Señoras, sería un honor para mí si consintieran quedarse aquí. Tengo tantos dormitorios que no sé qué hacer con ellos.

—Zack, puede que estés atrayendo más atención sobre esta casa de lo que sería prudente —dijo Tennyson. No podía evitar sentirse intranquilo, no quería exponer a Zack y a Jake a tantos peligros.

—Aunque solo sea por esta noche. Déjame ayudar —rogó Zack, aguardando su respuesta con expectación.

—Este sería el momento ideal para encontrar una cama —comentó Rose.

—Y nos iremos a primera hora de la mañana —aseguró Lily—. No provocaremos tanto riesgo.

—De acuerdo, aunque nada de magia —dijo Tennyson, sintiéndose un poco abrumado—. La casa está bajo protección, pero si tenemos un incremento súbito de huellas puede que Elenka se huelga algo.

—Cielo santo —dijo Rose—. Perdimos la ropa en el barco. Íbamos a conjurar cuatro cosas, pero...

—No hace falta. Tengo una buena provisión de camisetas y pantalones deportivos. Ventajas del negocio —ofreció Zack.



Cuarenta y cinco minutos más tarde, Tennyson se encontró mirando detenidamente la puerta del baño. Las tías ya se habían retirado a sus dormitorios; Jake dormía desde hacía rato. La señora Pendelton estaba en su suite, y él había terminado de poner al día a Zack acerca de las tías y de lo que habían descubierto. El último asunto que quedaba por zanjar era Kristin.

Tennyson puso el oído en la puerta. No se oía nada. ¿Acaso ya se había dormido? Abrió un poco y echó un vistazo.

Kristin estaba sentada en la cama, con la libreta en el regazo, el bolígrafo en la boca y el ceño fruncido, examinando el papel. Entonces escribió algo y dibujó flechas conectando una parte de los apuntes con otra.

—¿Trabajando? —preguntó Tennyson.

Kristin se sobresaltó.

—Podrías haber llamado a la puerta. No, espera, se me olvidaba con quien hablo.

—Eh, también es mi habitación —dijo Tennyson, sonriendo.

—Ya lo sé —dijo, y se concentró en la página de nuevo.

—¿Has descubierto algo nuevo?

—No, pero hay cosas que no tienen sentido. En apenas una semana, Aldous ha muerto, el bungalow se ha quemado y han atacado a las tías.

—En efecto.

—Entonces, ¿por qué no me atacó Elenka antes de que yo descubriera mis poderes? ¿Antes de que las tías se retiraran del trabajo? ¿Antes de que te presentaras en mi casa?

—Nadie sabía quién eras hasta que elegiste la varita y tu nombre apareció en una placa de mármol en el Salón del Consejo. Cuando las nuevas hadas madrinas nacen, la magia revela sus nombres a las hadas que van a retirarse, pero las hadas madrinas guardan el secreto hasta que las nuevas reciben sus poderes. Elenka tenía que esperar a que empezara el ciclo de renovación —explicó Tennyson. Se quitó la camiseta y no pudo evitar notar la mirada de Kristin siguiendo todos sus movimientos. Estiró los músculos de los brazos—. Además, Elenka no solo quiere detener al Consejo y a las hadas madrinas futuras; ella quiere venganza. Quiere vengarse de los que la encerraron.

—Y, que ella sepa, lo ha conseguido.

—Con Aldous, sin duda.

Kristin alargó la mano y apretó la de Tennyson con fuerza.

—Los ataques han sido demasiado generales, con demasiadas posibilidades de fallar. ¿Por qué no hacerlo al descubierto? No tiene sentido.

—Bueno, si está intentando esconder sus acciones, tratando de que las muertes parezcan naturales... —Tennyson calló. Kristin tenía razón, ¿por qué iba a Elenka a intentar nada de eso? Especialmente después de mandar sus medallones como mensaje. Había otra cosa que le preocupaba—. Debe de haber alguien que la esté ayudando. Seguidores *arcanae*.

Kristin se detuvo.

—Tienes razón. ¿Por qué no les hemos detectado?

—Por un lado, eres muy nueva. No sabes nada del mundo *arcanae* —dijo Tennyson. Kristin frunció el ceño y abrió la boca para protestar. El se apresuró a seguir hablando antes de que pudiera interrumpirle—. Pero estás aprendiendo. Muy rápidamente.

La indignación desapareció de su cara y asintió.

—Tienes razón. ¿Tú te has fijado en alguien?

—Solo en tu noviete, Lucas.

Kristin le dedicó a Tennyson una mirada de exasperación, pero entonces se quedó quieta.

—Lucas tiene un empleado, Dimitri. Me da malas vibraciones. Le he visto un par de veces, siempre está observándome.

—¿Quieres decir el chófer? Es posible. Y el nombre es eslavo, Elenka era de Praga —dijo Tennyson. Abrió la libreta por la primera página y la dejó de lado—. Todavía nos faltan piezas del puzle, hay algo que estamos pasando por alto. Necesitamos saber lo que sabe el Consejo. De momento estamos a salvo.

—Rose hablará con el Consejo mañana. ¿Nos ayudarán?

—Depende de si la creen o no —apuntó Tennyson, sacudiendo la cabeza—. El Consejo tiene tendencia a desatender las noticias que no son de su agrado.

—Entonces supongo que no queda más remedio que esperar a ver qué dicen —dijo Kristin, metiéndose en la cama—. Lo que me recuerda que algún día tendrás que explicarme todo esto de la renovación. ¿Cómo diablos esperáis que sepa estas cosas?

—Pues mira, cada setenta años...

Kristin levantó una mano.

—No, ahora no. No creo que pueda digerir más información. Solo quiero dormir.

—Ah, Kristin... —murmuró Tennyson, y esperó a que le mirara para seguir hablando—. ¿Dónde duermo yo?

Kristin se ruborizó.

—Mira, esto no es lo mío. Yo no creo en eso de la cohabitación, ni me acuesto con nadie a la ligera, pero creo que, por ahora, me siento más segura si estás a mi lado.

Tennyson se obligó a reprimir la sonrisa que amenazaba con asomar entre sus labios. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de lo nervioso que estaba.

- Pero no te acostumbres —dijo Kristin, recolocando su almohada.
- Pensaba que te gustaba.
- Sí, aunque no hace falta que me lo restriegues por la cara.

# Capítulo 16

## A veces la sutileza es la mejor opción

Kristin se escabulló de la casa antes de que saliera el sol. No había dormido bien; no era la preocupación la que la había mantenido despierta, sino Tennyson. Compartir la cama con él no había sido incómodo; de hecho, se había sentido muy segura, especialmente cuando se había dado la vuelta y la había abrazado. No, lo que la había desvelado era saber lo a gusto que estaba.

La costa estaba cubierta por una niebla espesa. Al poner el pie en el asfalto sintió el cosquilleo de la magia que la abandonaba, como si se hubiera quitado un pesado chaquetón de invierno. Kristin se dio cuenta de lo vulnerable que era, se sentía desprotegida. Se había alejado de la protección de la casa. Respiró hondo.

—Cali —susurró. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. ¿Cómo podía ponerse en contacto con un hadita que no quería tener teléfono?

Kristin se concentró.

—¿Cali? —dijo en voz un poco más alta—. ¿Me oyes?

—Aquí —respondió el hada, emergiendo de un arbusto y volando hacia Kristin.

La emoción inicial por haber conseguido contactar con Cali a través de la magia se desvaneció cuando se percató de que el hada había estado a su lado.

—¿Te has pasado toda la noche aquí?

—Sí —dijo Cali con voz inexpresiva. Incluso volando, incluso centelleando en la suave luz del alba, el hada parecía desalentada—. ¿Me buscabas?

«Obviamente», pensó Kristin, pero consideró que el sarcasmo no era lo que su amiga necesitaba.

—¿Algo va mal?

—No, solo quería ver a Zack —suspiró Cali.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

—No he llegado a irme.

—Uf, has caído con todas las de la ley —dijo Kristin, haciendo una mueca de compasión.

—Dime algo que no sepa —suspiró Cali, un poco más animada—. ¿Me buscabas por algo?

Kristin echó un vistazo a la casa.

—Necesitaba que me diera el aire. Estoy inquieta y nerviosa, así que he pensado que me ayudaría ir a correr a la playa.

—¿Y?

—Y no soy tonta. Si salgo de la casa, salgo de la zona protegida —dijo Kristin, fijando la vista en el hada—. Tenía la esperanza de que vinieras a volar a mi lado. ¿Tienes suficiente magia para desenvolverte si nos atacan?

—Voy a hacer como que no he oído esa pregunta, pero solo porque sé que tus conocimientos son muy limitados —replicó Cali, plantando las manos en las caderas con firmeza.

—¿Quieres hacer un poco de ejercicio? —preguntó Kristin, alzando las cejas.

—Ya lo creo. Me estaba hartando de ese arbusto —dijo Cali, y le mandó un beso a la planta—. No te ofendas, lustroso.

Kristin ya había hecho el calentamiento en la casa, así que empezó a correr directamente. Cali volaba a su lado. Al cruzar la calle, Kristin bajó por los peldaños que daban a la playa y se dirigió a la arena más compacta, donde el océano encontraba la costa y sus pies no se hundían.

—Así que estás perdidamente enamorada —dijo Kristin cuando alcanzó la arena dura.

Cali resopló.

—Es una lata. Esta vez sí que me he metido en un buen lío. Un terrenal, ¡uf!

—No tienes por qué ir tras él. Ya le olvidarás.

—No, no funciona así. Soy un hada. Cuando nos encaprichamos con alguien, no es un capricho.

—Pues sí que es una lata —dijo Kristin, pero por dentro se sintió un poco celosa. Su vida era tan caótica que le encantaría estar tan segura de algo.

Inmediatamente, una imagen de Tennyson le vino a la cabeza. Sí, bueno, se habían acostado juntos, e incluso admitía que le gustaba, pero Kristin no era un hada de las plantas. No estaba perdidamente enamorada. No se enamoraría en una semana.

En absoluto.

El próximo minuto lo pasó concentrada en el ritmo que llevaba, en el tacto de la arena bajo cada paso, en inhalar por la nariz y exhalar por la boca. El agua que las olas salpicaban le dejaba un sabor salado en la lengua.

Cali empezó a volar delante de ella.

—¿Me lo presentarás?

—¿A Zack? Claro.

—Gracias —dijo Cali, retornando a su lado. Tras un momento, su voz volvió a resonar en el oído de Kristin—. ¿Crees que le voy a gustar?

—Sí, ya lo creo —afirmó Kristin, moviéndose hacia la arena para evitar una ola más alta de lo normal.

—Kristin —la llamó alguien.

Se detuvo de repente, con lo que Cali la adelantó y luego tuvo que apresurarse en retroceder, frunciendo el ceño.

—Si se supone que tengo que protegerte, no puedes hacer cosas de estas —dijo el hadita—. Avísame si piensas cambiar de dirección.

—Alguien me ha llamado —afirmó Kristin, intentando ver algo más allá de la espesa niebla.

A esas horas había muy poca gente en la playa. Ya no era tan temprano, pero la niebla matinal oscurecía el cielo. Kristin apenas podía ver a algunos metros de distancia.

—Kristin —repitió la voz. Distinguió una figura oscura en la niebla y se acercó sin dejar de correr. Reconoció a Lucas. Llevaba un atuendo deportivo negro muy profesional. La ropa acentuaba el hecho de que estaba en muy buena forma para un hombre de su edad. El pelo de Lucas, húmedo por la niebla, se había rizado alrededor de su cara, dándole un aspecto desaliñado por el que muchas estrellas de Hollywood pagarían un dineral. Los toques de gris en la sien enfatizaban su aire distinguido.

Y aun así, Kristin analizó su apariencia de una manera más clínica que emocional.

—Buenos días, Lucas —saludó con una sonrisa.

—Ahora que te he visto sí que lo son —dijo Lucas. Le tomó la mano y le besó el dorso.

Sí Kristin no hubiera sabido que era francés, se habría reído ante ese gesto ampuloso.

—¿Cómo me has visto en medio de esta niebla?

—Se te olvida que soy hechicero. Este es mi elemento —contestó, haciendo un ademán con la mano para señalar la playa.

—¡Ejem! —carraspeó Cali.

—Ah, sí, te presento a Cali —dijo Kristin, señalando al hadita que volaba junto a su oreja.

—Calíope —corrigió el hada. Salió disparada hacia delante y examinó a Lucas con los ojos entornados.

Lucas rio.

—Me alegra ver que tienes una guardiana tan feroz. Ya iba a reprenderte por salir a

la calle tan desprotegida —dijo Lucas, y le hizo una reverencia a Cali—. Me llamo Lucas Reynard.

—Encantada de conocerle —saludó Cali. Su tono de voz sonaba sospechosamente a educación forzada.

Lucas se concentró de nuevo en Kristin con expresión sobria.

—Hablemos seriamente, Kristin. ¿Va todo bien?

—Perfectamente —dijo esta asintiendo—. Estamos... —Kristin dudó. Por algún motivo, no quería hablarle de sus tías.

—¿Ritter está cuidando de ti cómo es debido?

Kristin se sonrojó. Le pareció que Lucas entornaba los ojos brevemente, aunque tal vez era solo su imaginación.

—Estamos yendo con cuidado.

—Eso espero. No quisiera que te ocurriese alguna desgracia —dijo Lucas. Puso la mano de Kristin sobre la palma de la suya y la tapó con la otra mano.

Cali voló por encima de sus manos entrelazadas y miró a Kristin, que no hizo caso a la acusación en su mirada. En vez de prestarle atención, Kristin examinó la niebla, pero no vio a nadie cerca.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Dimitri no ha venido?

—No me dejaría salir a correr sin él. Se toma su trabajo muy a pecho.

Kristin reprimió un escalofrío. Si lo que sospechaba de Dimitri era cierto, no era sorprendente que se hubiera encontrado a Lucas.

—¿Así que estás alojada por aquí cerca? —dijo Lucas, añadiendo la interrogación en el último momento. Escudriñó la niebla, como si su mirada pudiera penetrarla.

—No te lo puede decir —apuntó Cali con las manos en las caderas.

—No iba a decirle nada, Cali —dijo Kristin con cierta exasperación.

—No querría que me lo dijera —intervino Lucas—. Su seguridad es más importante para mí que mi ego. Aunque debo decir que habría preferido que me eligiera a mí para protegerla. —A continuación añadió dirigiéndose a Kristin—. Pero me basta con saber que estás a salvo. Te he echado de menos.

Igual que ella echaba de menos una vida normal. No pudo evitar responder con un suspiro.

—Las cosas se han complicado un poco. Todavía me cuesta creer que alguien quiera hacerme daño.

—No permitiremos que lo consigan —dijo Lucas, apretándole la mano.

Kristin vio que Cali arqueaba las cejas, y lo cierto era que ella tampoco se sentía cómoda con Lucas. Especialmente ahora, teniendo en cuenta lo que había pasado con Tennyson. Lucas se preocupaba por ella, pero Kristin no quería que la tocara, ni siquiera en la mano. Aunque no era el momento de contarle todo eso a Cali.

—¡Ejem ejem! —volvió a carraspear Cali, esta vez con más volumen.

Kristin retiró la mano que Lucas sostenía y sacudió la cabeza.

—Tendría que ir tirando. Quiero correr un poco más antes de volver a la casa.

Cali levantó un dedo amenazador.

—¿Qué? No he dicho nada —dijo Kristin irritada.

—Y yo no pienso preguntar —aseguró Lucas, sonriente—. ¿Me permitirías correr contigo un rato? Yo tampoco he terminado de hacer ejercicio.

—No, no te lo permitimos —dijo Cali, y se volvió hacia Kristin—. Tienes que volver, ya nos hemos alejado demasiado.

—Entonces permitidme que os acompañe un rato, yo tengo que ir en la misma dirección.

Kristin no tenía elección. No le quedaba otra que volver andando hacia esa dirección, a no ser que se trasladara, pero no se fiaba lo suficiente de su magia. Lo último que necesitaba era terminar en algún rincón, lejos de la protección de la casa de Zack.

Aunque si Dimitri les estaba observando...

—Vamos.

Cali agitó los brazos en señal de protesta.

—Pero tendrás que dejarnos antes de que llegemos al final de la playa.

—Me parece una medida muy inteligente —dijo Lucas.

Cali la miró enfurruñada, aunque no protestó más.

La niebla le daba a la playa un aspecto inquietante, y cuando veían venir a los pocos paseantes y surfistas que se habían atrevido a enfrentarse a los elementos daban grandes rodeos para evitarles. Con la increíble visión de Lucas no era difícil.

—Mi casa ya está casi terminada —dijo Lucas mientras corrían.

—¡Qué buena noticia! ¿Cuándo te mudas? —preguntó Kristin, resollando.

—La semana que viene. Me gustaría enseñártela.

—No sé, ahora mismo...

—Cuando haya pasado el peligro, quiero decir.

Kristin le miró de reojo. El ejercicio no parecía afectarle, ella ya comenzaba a respirar con dificultad.

—Suenan bien.

Cali revoloteó delante de Kristin.

—Empiezas a sonar como una foca asmática.

—Gracias, Cali —dijo Kristin, fulminándola con la mirada.

Por su aspecto, Lucas podría haber corrido diez kilómetros más sin siquiera esforzarse. A Kristin no le cabía duda de que ya había superado su límite de cinco kilómetros. Dando gracias al cielo por el silencio de Lucas, que le permitía a ella no hablar, se concentró en sus zancadas. Santo cielo, una semana sin correr y ya se había quedado sin resistencia. Todos los ejercicios mágicos del mundo no la mantendrían en forma como podían hacerlo los kilómetros sobre la arena. Eran músculos muy diferentes. ¿Acaso su nueva vida significaba que tendría que hacer ejercicio físico además de mágico? Genial. Doble esfuerzo.

Con esas ideas tan agradables en mente, empezó a recorrer el camino hacia la casa de Zack entre jadeos y resoplidos. Lucas mantenía el ritmo a su lado sin esfuerzo aparente; ni siquiera respiraba por la boca.

Unos minutos más tarde, Cali se puso delante de ambos.

—Vale, ya es suficiente.

«¡Sí!» se alegró Kristin mentalmente de la orden del hada. Tomó aire con esfuerzo y se dobló sobre sí misma, con las manos en los costados. No hubiera podido dar un paso más.

Lucas sonrió.

—Ahora sí que puedo irme tranquilo. Ha demostrado ser una escolta excelente, Calíope.

—Gracias, pero adularme tampoco te llevará hasta la casa.

Lucas se echó a reír.

—¡Magnífico! —Tomó la mano de Kristin y volvió a besarla—. Ahora que te he visto, me siento aliviado. Por favor, no dudes en llamarme si necesitas cualquier cosa.

—Vale —dijo Kristin, haciendo un esfuerzo por mantenerse de pie.

—Te llamaré al teléfono móvil.

—Eso —jadeó ella.

—Adiós, entonces. Calíope, ha sido un placer conocerla —dijo Lucas, y se alejó corriendo en la dirección opuesta, hasta desaparecer entre la niebla.

Cali observó a Kristin.

—¿Estás segura de serás capaz de volver a casa?

—Ja, ja. Vamos —dijo Kristin. Empezó a correr hacia la casa, aunque a un ritmo mucho más lento.



Cali volaba a su lado.

—Así que ese es Lucas.

—Ajá —contestó Kristin. No era momento de charlar.

—¿A Tennyson le cae bien?

—No.

—No puedo culparle. Para ser tan mayor, Lucas es muy atractivo.

—Me ha dado la sensación de que no te gustaba.

—Es que no me gusta. Pero eso no significa que no pueda apreciar su exterior. Y tú le gustas.

Kristin se detuvo y se llevó las manos a la cara.

—No necesito una repetición de la mañana. Ya lo sé.

—Es muy elegante. Y cortés.

—¿Quién?

—Lucas.

—Supongo que sí —dijo Kristin. Empezó a correr de nuevo, con la esperanza de que el ejercicio ocultara su mentira.

Cali echó a volar delante de Kristin, muerta de risa.

—¿Lo supones? Claro que es elegante. Y tú lo sabes.

—Vale, lo sé —dijo Kristin. ¿Por qué había pensado que Cali era graciosa?

—Y lo disfrutas.

Kristin se detuvo.

—Me halaga que un cortés caballero francés me encuentre atractiva. ¿A quién no le ocurriría? No significa que vaya a empezar a salir con él.

—Exacto. Porque ya tienes a Tennyson.

—¿Tennyson? No me cabe duda de que no tengo a Tennyson.

—Así que sientes algo por el señor elegante.

—No, es que... —No sentía nada. Kristin no sentía nada por Lucas. Mientras que Tennyson hacía que el corazón se le desbocara y la sangre le hirviese.

Santo cielo, ¿de dónde había salido ese pensamiento?

Cali abrió la boca.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Lucas tiene un mayordomo que me da escalofríos. Venga, vamos, necesito una ducha.

Kristin corrió los últimos metros y alcanzó los peldaños que subían a la calle. La niebla seguía siendo espesa, no se despejaría hacia media mañana.

Cali iba volando a su lado y, de repente, se detuvo. Girando sobre sí misma, observaba la niebla.

—¿Ves algo? —preguntó Kristin.

Cali tardó un momento en responder.

—Me ha parecido notar... Debo de habérmelo imaginado. Aquí no hay nadie.

Siguieron andando por la calle. Al cabo de un minuto, Tennyson surgió de casa de Zack hecho una furia.

—¿En qué coño estabas pensando? —profirió agarrando a Kristin por los hombros—. ¿Te das cuenta del riesgo que corres?

A Kristin casi le castañetearon los dientes cuando Tennyson empezó a zarandearla. No tenía nada de caballeroso; Lucas se había preocupado por ella, pero no se había dedicado a zarandearla hasta que se le cayera el contenido de los bolsillos. Esas ideas fantasiosas que había tenido en la playa debían de haber sido resultado de la falta de oxígeno, Tennyson seguía siendo un trol.

—Deja de sacudirme —dijo Kristin zafándose de él—. Eres el tipo más irritante que he conocido jamás.

—¿Irritante? ¿Yo? —exclamó Tennyson, mirándola fijamente—. No he sido yo el que

ha salido huyendo de madrugada, a solas...

—No estaba sola.

—¿Qué? —dijo Tennyson, quedándose quieto.

—Cali ha venido conmigo.

Cali voló hacia delante y saludó con la mano.

—Oh —susurró Tennyson. Relajó la expresión un momento, pero enseguida volvió a fruncir el ceño—. ¿Por qué no me has avisado? Estaba preocupado.

—Quería salir, y estabas durmiendo —dijo Kristin, secándose la frente—. ¿Me dejas pasar o qué? Me hace falta una buena ducha.

—Volveré luego —intervino Cali—. Esta tarde. ¿Te acordarás? —dijo, haciendo gestos con la cabeza en dirección a la casa.

—Ven a las cinco. Algunos todavía tenemos cosas pendientes.

—¿Qué se supone que tienes que hacer? —preguntó Tennyson.

—Pues dejar el trabajo, para empezar —dijo Kristin, dirigiéndose hacia la puerta—. Nos vemos luego, Cali. Gracias por acompañarme.

—De nada —respondió el hada, que se alejó volando.

—Podrías disculparte —dijo Tennyson, abriéndole la puerta.

—¿Con quién? —quiso saber Kristin, pasando de largo de Tennyson y entrando en el recibidor.

—Conmigo —dijo Tennyson claramente enojado.

—Estás enfadado porque no he sido tan tonta como pensabas, y no tenías por qué gritarme. —Kristin empezó a subir las escaleras.

—Oh, por favor. Te has ido sin decirle a nadie a dónde ibas. Ni siquiera has dejado una nota —insistió Tennyson siguiéndola.

Kristin se dio la vuelta en el rellano y se encaró a con él.

—No pensaba que me hiciera falta pedir permiso para ir a correr.

Un surco apareció entre las cejas de Tennyson.

—No te hace falta. Pero hay mucha gente en esta casa preocupada por ti —dijo. Hablaba en voz baja, pero no tierna. De hecho, sonaba más grave que si hubiera gritado.

Kristin abrió la boca para replicar, pero contuvo su rabia. Tennyson tenía razón, había actuado de manera impulsiva sin pensar en nadie más que ella. Su indignación desapareció.

—Tienes razón, tendría que haber dejado una nota.

El surco entre las cejas de Tennyson se hizo aún más profundo.

—Me sacas de quicio. ¿Cómo puedes cambiar de actitud con tanta facilidad? No he terminado de estar enfadado.

Kristin sonrió.

—Y por eso me quieres.

Había dicho la cosa equivocada. Kristin abrió los ojos de par en par al darse cuenta de lo horroroso de la situación. Todos los sentimientos con los que se había peleado en la playa volvieron a su mente, y se sonrojó. ¿Por qué había dicho eso? Santo Dios, ahora Tennyson estaba mirándola con una expresión rarísima. Y tenía los labios ahí mismo, a la altura de su boca. Podría inclinarse un poco y...

—Es broma —se apresuró a añadir—. Me voy a la ducha.

Se giró y echó a correr por las escaleras, hacia el dormitorio que todavía compartían. Corrió hasta el baño, echó el cerrojo y abrió el grifo. ¿Cómo se le había ocurrido soltar tal cosa? Kristin no creía en los lapsus freudianos.

Aunque claro, una semana antes no había creído en la magia.

¿Cuándo había perdido el control de su vida?

Se desvistió, se puso bajo el chorro de agua y ahogó un grito. Todavía no salía caliente.

El agua fría enseguida empezó a calentarse, y Kristin puso la cara bajo la cortina de agua. Las palabras no habían significado nada, lo que había dicho era solo una manera de hablar. Estaba obsesionándose demasiado, seguro que a Tennyson ya se le habían olvidado. Solo porque había querido besarle...

Y mucho más.

De repente sus nervios tomaron vida. La piel le cosquilleaba bajo la ducha. Inclino la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cayera sobre su pelo como una cascada.

Estaba metida en un buen lío.



Cuando Kristin se presentó en la cocina, una hora más tarde, estaba relajada, limpia, y obviamente en la dimensión equivocada. La habitación era puro ajetreo y trajín. La señora Pendelton y Rose estaban estudiando a fondo una libreta con recetas escritas a mano; debatían en voz alta los méritos de las nueces si se las compara con las pacanas, y si las madalenas eran mejores con arándanos azules o rojos. Jake estaba sentado en un taburete, hincándole el diente a los dos tipos de madalenas y declarando sus opiniones con sorprendentes dotes oratorias. Lily había acorralado a Tennyson en una esquina y, a juzgar por las miradas furtivas que este le dirigía, estaban hablando sobre ella. Violet tenía el periódico abierto y estaba concentrada en las páginas principales, mientras sostenía el resto de secciones de la publicación en el regazo. Zack iba vestido con un traje.

—¿Traje de oficina? —Kristin pronunció las palabras antes incluso de pensarlas.

—Sí, tengo una reunión con unos clientes un poco retrógrados, pero no te preocupes —dijo Zack, y levantó una bolsa deportiva decorada con el logo de Neo-Z—. Tengo aquí los pantalones cortos y las chanclas.

—Estupendo. No quisiera pensar que te estás convirtiendo en parte de la maquinaria capitalista —ironizó Kristin. Agarró una taza de café y tomó un sorbo sin pensar. Se le cambió la cara—. ¿Por qué siempre acabo probando este horror? —se preguntó, y añadió una buena cantidad de crema de leche y cuatro cucharadas de azúcar.

Zack hizo una mueca de asco.

—¡Puaj! ¿Cómo puedes beberte eso?

Tennyson alzó la voz desde su esquina.

—También le gustan las galletas de pepitas de chocolate sin chocolate.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kristin.

—Eso es asqueroso —dijo Zack, estremeciéndose exageradamente—. Retiro todas las cosas amables que he dicho sobre ti.

—¿Cómo sabes lo de las galletas de chocolate? —volvió a preguntar Kristin, mirando mal a Tennyson.

—Encontré unas cuantas en el bungalow —se justificó él.

—Y yo también se lo he comentado —dijo Rose sonriendo—. Es el tipo de cosa que un hombre debería saber acerca de una mujer.

Kristin se quedó boquiabierta, inmóvil ante la humillación. Por favor, lo último que necesitaba era una tía jugando a ser casamentera.

—Nosotros no... no estoy...

Tennyson le dedicó una sonrisa pícaro.

—Bueno, yo me voy —dijo Zack—. Señora Pendelton, que no se le pase por la cabeza ponerse a experimentar con las galletas de pepitas de chocolate sin chocolate.

—Y volviéndose hacia Jake exclamó—: Ven aquí, cachorrillo.

Jake saltó del taburete y se lanzó entre los brazos de su padre.

—Casi he volado —dijo Jake.

—Cada vez lo haces mejor —asitió Zack—. Os veo luego —dijo al resto. Le dio un beso a Jake en la coronilla, lo dejó en el suelo y salió.

—Yo también debería ir tirando —comentó Rose—. ¿Quién sabe cuánto tardará el Consejo en darme la palabra? —añadió, y echó mano a la varita.

—Aquí no —dijo Lily. Hizo un gesto de cabeza para indicar a la señora Pendelton.

Por suerte, la señora Pendelton estaba inclinada sobre una receta que Rose le había dejado escrita.

—Casi se me olvida —susurró Rose.

—Voy contigo. Quiero saber qué rumores corren por ahí —dijo Lily. Las dos mujeres salieron de la cocina del brazo.

—Jake, ya es hora de que te vistas —empezó la señora Pendelton—. Puede que luego convenzamos al señor Ritter para que te lleve al parque.

—¿Me llevarás? —preguntó Jake con ojos suplicantes.

Tennyson le despeinó con la mano.

—Solo si te vistas.

—¡Yupi! —exclamó Jake, y se precipitó hacia su habitación.

—Pero dentro de un rato —añadió Tennyson a sus espaldas, y se volvió hacia Kristin—. Tenemos que ponernos a practicar.

¿Practicar cuidar de niños? Dios santo, su subconsciente no dejaba de traicionarla. Tennyson hablaba de practicar magia; ese era el plan para el día.

—Estoy lista —dijo Kristin. «Si soy capaz de concentrarme.»

De repente, un estruendo tremendo retumbó por toda la casa.

—¡Santo cielo, otro terremoto!

# Capítulo 17

## Siempre debes tener en cuenta las consecuencias de tus acciones

Pero no era un terremoto. El suelo no se movía, aunque el estruendo siguió aumentando.

Tennyson abrió los ojos de par en par y miró a Kristin. En un acuerdo tácito, echaron a correr hacia la puerta principal. Para cuando alcanzaron los escalones de la entrada, las alarmas de los automóviles ya habían empezado a sonar. A unos cien metros de distancia, los vehículos estaban inclinándose hacia una hendidura que había aparecido en medio de la calle. El asfalto crujió y se hundió unos cuantos metros más, dejando al descubierto la tierra que había debajo. Se abrió un agujero que empezó a tragarse la calle; un BMW cayó a las profundidades de la fisura.

—¡Dios mío! —exclamó Kristin, mirando por encima del hombro de Tennyson—. Nos ha encontrado. —Se estremeció, pero el abrazo del hombre amortiguó el temblor.

—La casa está protegida —dijo él sin demasiada convicción. Un frío terrorífico le paralizaba las entrañas, a pesar de la presencia de Kristin a su lado. El peligro les había encontrado, y ahora no solo les amenazaba a ellos dos.

Kristin empezó a andar hacia delante, pero Tennyson la frenó con el brazo, agarrándola por la cintura.

—Quédate aquí. Aquí no corres peligro.

Tennyson observó a los vecinos, que estaban agrupándose alrededor de sus casas y miraban la fisura boquiabiertos. Las fauces del socavón se abrieron más, devorando otro vehículo y llevándose parte de la acera. Una mujer echó a correr hacia su casa y volvió a salir a los pocos minutos, cargada con un bolso, un bebé en un brazo y un niño pequeño que protestaba en el otro. La acción de la mujer pareció sacar al resto de espectadores del hechizo. Con caras que reflejaban el terror y la incredulidad, los vecinos de la calle agruparon a niños y mascotas y huyeron de sus casas.

El monstruo del asfalto bostezó de nuevo y consumió un Ford azul. Las tuberías y los conductos del agua estaban retorcidos hacia el cielo, como si suplicaran ayuda.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Kristin, con los ojos brillantes por el miedo.

—No sé qué podemos hacer —dijo Tennyson lleno de frustración, y apretó los puños—. La casa debería estar a salvo gracias a nuestras protecciones.

—Oh, no —exclamó Kristin, señalando hacia un borde del socavón—. ¡Mira!

Un cachorro de perro corría a toda prisa por el borde. Ninguno de los residentes parecía haberle visto, o quizás estaban demasiado aterrorizados como para preocuparse por el animal. El animal ladró fútilmente y se puso a gimotearle al abismo.

El asfalto crujió de modo ominoso.

Kristin saltó los escalones de la entrada y echó a correr hacia allí.

—¡No, Kristin! ¡Espera! —gritó Tennyson, y resopló indignado—. Tenemos poderes mágicos, por si se te olvida —masculló. «Si es que soy capaz de concentrarme», añadió mentalmente. Echó a correr detrás de Kristin.

El agujero se había extendido y estaba cada vez más cerca. Como si se estuviera riendo de Tennyson, el socavón devoró una boca de incendio. El agua surgió a toda presión por la cañería rota, creando una barrera entre los dos.

Tennyson corrió a través de la lluvia artificial, con el agua empapándole el pelo y goteándole en los ojos. Se apartó el cabello con la mano y vio con claridad por un segundo.

—¡Kristin, quieta!

Las primeras sirenas en la distancia alcanzaron sus oídos. Había ayuda en camino, pero ¿llegaría a tiempo para salvarla? A través de la ondulante cortina de agua, vio que

Kristin estaba al lado del socavón. El cachorro titubeaba al borde del abismo, ladrando sin cesar.

—¡Kristin! —gritó Tennyson. No podía correr a través del agua a presión. Una fisura gigantesca se abrió delante de él.

Kristin agarró el cachorro y se apartó justo cuando el suelo empezaba a ceder.

—¡Corre, Kristin!

El asfalto se rompió bajo los pies de Tennyson. Saltó hasta el otro lado, pero la calle siguió desmoronándose. Una grieta surgió de la nada y empezó a avanzar hacia él; Tennyson la esquivó, aunque tuvo que alejarse de Kristin. Maldita sea, la había perdido de vista en medio de ese caos. ¿Dónde estaba? ¿Se había caído?

La fisura devoró el asfalto bajo su pie derecho. Tennyson retrocedió de un salto y echó a correr calle arriba. La grieta le siguió y, para evitarla, se vio obligado a meterse de nuevo bajo el chorro de agua. Sacó la varita, pero el agua no le dejaba ver nada. No sabía dónde estaba Kristin, y la frustración y el miedo empezaban a alcanzar niveles alarmantes dentro de él. Su trabajo era protegerla, y no podía hacerlo si ni siquiera la veía. La varita le resbaló en la mano. Agarrándola con más fuerza, se pasó la mano por la frente para secarla, aunque no ayudó demasiado. No conseguía ver bien, y el chorro de agua a presión le obligaba a retroceder cada vez más.

Una grieta en forma de relámpago destrozó el suelo en dirección a Tennyson. Al apartarse, el talón se le enganchó con algo; otro agujero se había formado a sus espaldas. El asfalto empujó hacia arriba, dejando la superficie de la calle con aspecto de lava volcánica. Más y más grietas se abrieron a su alrededor. La calle crujió.

Cerró los ojos y se concentró.

—¡Tennyson!

Abrió los ojos un instante; Kristin estaba corriendo hacia él. La concentración de Tennyson flaqueó.

—¡Sal de aquí! —le gritó. El suelo se desmoronó bajo él, y perdió a Kristin de vista.

Kristin gritó cuando vio que Tennyson desaparecía, observando el agujero horrorizada. El cachorro se retorció bajo su brazo derecho, pero ella no estaba prestando atención a las garras que la arañaban y los pequeños dientes afilados. La calle seguía cediendo y agrietándose. Kristin no podía acercarse al agujero que se había tragado a Tennyson.

Escudriñó el último sitio en el que le había visto, intentando encontrarle. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Dónde estaba Tennyson? ¿Estaba herido? Tenía que alcanzarle.

En el lado opuesto del socavón ya habían llegado los primeros camiones de bomberos. El personal de emergencias estaba alejando a la gente de la escena y evitando que los fisgones se acercaran demasiado.

—Señorita, apártese del agujero —retumbó una voz amplificada por un megáfono.

—Tennyson... mi... —Por el amor de Dios, ni siquiera tenía una palabra para describirle—. Mi amigo se ha caído ahí dentro —gritó señalando la grieta.

—Retroceda, señorita. Iremos a por él.

—No, será demasiado tarde.

¿Cómo podía salvarle? Kristin se sentía completamente impotente.

De repente, un momento de claridad le despejó la cabeza. ¿Qué impotente ni qué niño muerto? ¡Era una idiota! Se metió la mano en el bolsillo para sacar la varita.

Una mano la agarró por la muñeca, evitando que se moviera.

—Nada de magia.

Kristin se giró de golpe. Tennyson estaba justo detrás de ella. Le soltó el brazo.

—Hay demasiada gente, podrían verte.

—¡Tennyson! —exclamó Kristin. Le puso el brazo que tenía libre alrededor del cuello y le medio abrazó. El cachorro se retorció entre los dos—. ¿Cómo has...? Pensaba

que... —Kristin empezó a sollozar—. Pensaba que...

El cachorro hundió los diminutos colmillos afilados en el dedo de Kristin.

—¡Au!

—Anda, dame ese bicho —dijo Tennyson. Le quitó el cachorro de entre los brazos y lo miró con los ojos entornados. El cachorro se retorció con renovadas energías—. Kristin, apártate.

—¿Qué? —exclamó Kristin, mirándolo sin entender nada.

El cachorro seguía retorciéndose entre los brazos de Tennyson. El pelaje le estaba cambiando, de pelo negro y suave a un pellejo gris mugriento; Tennyson lo soltó. Kristin ahogó un grito cuando un par de alas se materializaron en su espalda y se le alargó la cola, que ahora terminaba en un aguijón. El pelaje ya había desaparecido del todo, el animal estaba cubierto por una piel parecida al cuero, de color gris mate. Tenía unos ojos negros protuberantes, y un par de pequeños cuernos le crecieron en la frente. La criatura medía medio metro de alto y se sostenía sobre las patas traseras. Le dedicó una horrorosa sonrisa maliciosa y desapareció en una nube de humo negro.

—¿Qué narices era eso? —preguntó Kristin, horripilada.

—Un diablillo.

—Esa cosa me ha mordido.

—No te preocupes, no son venenosos —dijo Tennyson, y la agarró del brazo—. Solo les gusta crear problemas. Volvamos a la casa —añadió, y la alejó del agujero.

—¿Un diablillo?

Las lágrimas que había estado reprimiendo empezaron a llenarle los ojos. Kristin se sentía superada por las emociones; aquella cosa le había dado asco y miedo, el corazón todavía le palpitaba con fuerza y la adrenalina corría por sus venas.

Pero era más que eso; cuando había pensado que Tennyson se había caído en el agujero había sentido una inmensa desolación, un sentimiento de pérdida intenso, emociones que no tendría que estar sintiendo por alguien que solo conocía desde hacía una semana. Las chicas como ella no se enamoraban en una semana. Las chicas como ella consideraban cuidadosamente sus opciones, evaluaban si alguien era adecuado, usaban el corazón y la cabeza. El amor no era una opción, no necesitaba otra complicación en su vida. No quería y no podía enamorarse de Tennyson en ese momento. Simplemente, se alegraba de que estuviera a salvo.

Se concentró en eso; lo importante era que Tennyson estuviese a salvo. Estaba a salvo, de pie a su lado.

—¿Cómo has salido del socavón? Te vi desaparecer.

—Exactamente. He desaparecido. Cuando la calle se estaba desmoronando, me he trasladado a otro sitio. Ha sido el momento oportuno para hacerte pensar que me había caído dentro.

A pesar del alivio, la alegría y el miedo, Kristin también consiguió sentirse estúpida. Pues claro que había usado magia. Se le había olvidado.

—Bueno, no vuelvas a hacerme algo así.

—¿Yo? Yo no he hecho nada. Has sido tú la que ha salido corriendo, derecha al peligro. He envejecido un siglo entero del susto —dijo, pasándose la mano por el pelo mojado.

—Es que tenía que salvar al cachorro... a ese bicho —se justificó Kristin. A todas las emociones que sentía se añadió un cierto enfado consigo misma, por haber caído en la trampa con tanta facilidad.

—Podríamos haber usado magia para eso —dijo Tennyson frunciendo el ceño—. Era un señuelo para que te acercaras al agujero. Sea quien sea el que está detrás de esto, sabía que no se te ocurriría usar magia.

Ahora sí que se sentía tonta. Evitando la mirada de Tennyson, Kristin contempló los destrozos. El socavón había dejado de crecer, era gigantesco. Se concentró en sus

sentidos, y notó la huella mágica, que ya estaba desapareciendo. Pero algo no encajaba en esa escena. Algo sobre las fisuras que se habían abierto mientras el agujero crecía.

Tennyson señaló el agujero.

—Ha sido un ataque débil y poco efectivo.

—¿Débil? Mira cómo ha quedado la calle —dijo Kristin, señalando asimismo con la mano—. Esto le va a costar miles de dólares en reparaciones a la ciudad. Por no hablar del dinero perdido en vehículos y propiedades destrozados.

Tennyson sacudió la cabeza.

—Sí, pero como ataque no ha sido gran cosa.

—Casi han acabado contigo.

—Ya lo sé, pero eso da igual. Yo soy irrelevante.

—No, no lo eres.

—No me malinterpretes. Ahora mismo, la importante eres tú. No solo eres la próxima hada madrina, sino que además eres una singular. Pero tú ni siquiera has llegado a correr peligro, al menos no de manera grave —dijo Tennyson. Arrugó la frente, confundido—. Casi parece que Elenka quiera asustarte más que hacerte daño.

«Pues ha hecho un trabajo estupendo, pensaba que te había perdido.» De repente, las ideas de Kristin cuajaron y se dio cuenta de lo que le había parecido que no encajaba.

—Es que no ha sido un ataque hacia mí. Ha sido otra cosa.

—¿Aparte de un socavón mágico que ha querido tragarnos?

—Muy gracioso. —Kristin hubiera querido zarandearle—. El agujero no era para mí.

—Claro. Alguien habrá querido abrir un socavón mágico en esta calle, pura coincidencia —dijo Tennyson, que entonces adoptó una expresión compasiva—. Es difícil aceptar que alguien quiera hacerte daño, lo comprendo. Pero yo no creo en las coincidencias. Al menos cuando son tan enormes.

—No, no me refiero a eso.

Tennyson la miró.

—¿Pues de qué estás hablando?

Kristin exhaló con impaciencia.

—El socavón ha sido un ataque, pero yo no era el objetivo. Eras tú.

Tennyson abrió la boca y levantó las cejas.

—Ridículo.

—No, lo he visto. La calle se ha agrietado hacia ti, a tu alrededor. Parecían fragmentos de una tela de araña intentando atrapar a su víctima. —Kristin le miró fijamente, anhelando que la creyera.

Tennyson volvió a observar el agujero.

—Pero ¿por qué iba a querer alguien asesinarme? No tiene sentido.

—Sí que lo tiene —dijo Kristin, y respiró hondo—. Piénsalo. ¿Te acuerdas del incendio en el bungalow? El relámpago cayó en el dormitorio de atrás. Tu habitación.

Tennyson se quedó de piedra.

—¿Por qué iba a ser yo el objetivo?

—No lo sé.

Un bombero se dirigió hacia ellos.

—Eh, retrocedan. No pueden quedarse aquí.

—Ya nos vamos —dijo Tennyson. Agarró a Kristin por el codo y la llevó hacia la casa de Zack, inclinándose hacia ella mientras andaban—. El resto de ataques tienen sentido, Elenka odiaba a Aldous y a tus tías por lo que le hicieron. Pero yo no le he hecho nada. Ni siquiera había nacido cuando la encerraron.

—Pero encontraste el *Lagabóc*, eres importante en el mundo mágico.

—No tanto. No soy el único académico con acceso al *Lagabóc*.



Kristin chasqueó la lengua, incrédula.

—¿En qué estás trabajando ahora mismo?

—En nada. Tuve que dejarlo todo de lado cuando me convertí en tu prefecto.

—Oh —exclamó Kristin, decepcionada. Tal vez estaba equivocada.

—A no ser que quisieran acabar conmigo para acabar contigo —dijo. Hablaba con un tono de voz dubitativo, pero fruncía el ceño con decisión—. Si no tuvieras un prefecto, estarías en una posición bastante vulnerable.

Al fin, Tennyson empezaba a creerla.

—Quieren quitarte de en medio.

—Es posible... —Tennyson alargó la mano hacia el pomo de la puerta, pero esta se abrió de repente antes de que lo alcanzara.

La cara de la señora Pendelton les dio la bienvenida.

—Señor Tennyson, ¿está bien?

—Estamos bien.

Jake bajó del sofá de un salto.

—La señora Pendelton no me ha dejado mirar a la calle —dijo enfurruñado.

La tía Violet tenía una expresión adusta. Se apartó de la ventana y abrazó a Kristin con fuerza.

Por primera vez desde que Kristin la conocía, la señora Pendelton parecía agitada. Se había llevado una mano al pecho.

—Me he llevado un buen susto. La calle ha crujido y de repente había ese terrible agujero allí en medio.

—Hemos ido con cuidado, no dejaría que Kristin se arriesgara innecesariamente —dijo Tennyson.

—Más te vale —advirtió la tía Violet, todavía ceñuda.

Kristin conocía a su tía lo suficiente como para saber que no estaba enfadada de verdad. El miedo la había llevado a enfurecerse.

—Me ha parecido verle caer, señor Ritter —dijo la señora Pendelton, estremeciéndose—. Pero debo de haberme confundido.

Por suerte, la casa estaba a suficiente distancia del agujero como para evitar que la señora Pendelton viera bien lo que había ocurrido. Kristin sacudió la cabeza.

—Ha sido todo muy caótico.

El timbre detuvo la conversación; la señora Pendelton abrió la puerta. Un policía estaba en la calle.

—Buenos días. Me temo que tengo que pedirles que evacúen la casa. Estamos pidiéndole a todo el mundo que se vaya hasta que podamos evaluar el peligro.

—Sí, por supuesto —dijo ella. La Pendelton imperturbable había vuelto—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Diez minutos. No estamos seguros de que las tuberías del gas estén intactas.

—Comprendo —asintió la señora Pendelton—. Llamaré al señor Glass.

—Ya llamo yo a Zack —intervino Tennyson—. Usted haga sus maletas y las de Jake.

—Gracias —dijo la señora Pendelton—. Jake, ven conmigo, necesito que me ayudes. Desaparecieron escaleras arriba. Tennyson se volvió hacia Kristin, inquisitivo.

—¿Puedes ocuparte tú de nuestras cosas?

—Sí, no sé si te acuerdas, pero vamos ligeros de posesiones.

Violet sacó la varita.

—Ve a hacer las maletas. Yo iré en busca de Rose y Lily. Llamadme cuando sepáis a dónde vais —dijo Violet. Salió a la calle y desapareció.

—¿A dónde ha ido?

—Se ha trasladado a algún sitio —apuntó Tennyson—. Probablemente al edificio del Consejo, para encontrarse con tus otras tías. Podrías dejar que Violet te inspirara un poco, no te vendría mal practicar —añadió. Le dio la espalda a Kristin y agarró el

teléfono.

—Es fácil decirlo —murmuró Kristin mientras subía las escaleras.

Entró en la habitación y contempló el desastre que la esperaba. ¿Cuándo se había convertido en una persona desordenada? Agarró una bolsa marinera que les había regalado Zack y empezó a meter dentro todo lo que había en el suelo. Se detuvo al cabo de un momento; nunca conseguiría guardarlo todo a tiempo. Quizás, si tuviera algo de ayuda.

Sacó la varita y notó que el mango estaba cálido.

—Venga, podemos hacerlo.

Como respuesta, la varita dio una sacudida sobre la palma de su mano. Kristin se lo tomó como una buena señal. Respiró hondo, cerró los ojos y se concentró.

—¡Vení!

La varita se calentó. El poder se acumuló dentro de Kristin y fluyó por su brazo hacia la varita. Una corriente de aire barrió la habitación y se enroscó alrededor de su cuerpo. Abrió los ojos para dar un vistazo; algunas prendas de ropa estaban flotando suavemente hacia ella.

—¡Sí! —dijo con un gesto triunfal. En un minuto, sin embargo, la ropa empezó a volar hacia ella desde todas las direcciones. Camisetas, pantalones deportivos, pantalones cortos y vaqueros le golpeaban en la cara y en el torso; Kristin se retorció de un lado a otro, intentando evitar el huracán de ropa. El vuelo de las prendas remitió al cabo de un momento, tras la bofetada final de un calcetín. Kristin casi podía oír a Tennyson en su cabeza diciéndole que se concentrara. Nada de celebrar hasta que estuviera todo hecho. Por lo menos no se había hecho daño.

Abrió la bolsa marinera y embutió la ropa dentro. Llenó la bolsa en poco tiempo. Tiró del cordón para cerrarla y la dejó a un lado. Solo quedaban los productos del baño y un par de cosas sueltas, que metió en una mochila. Lista.

—¿Estás preparada? —preguntó Tennyson, que acababa de aparecer ante la puerta.

—Sí —dijo Kristin. Agarró la bolsa marinera, llena hasta los mismos toques, se la colgó de un hombro y pasó el brazo por las correas de la mochila—. No, un segundo. Cali va a venir luego, ¿cómo le...?

—Ya me ocupo yo —se ofreció Tennyson. Sacó la varita y dio un par de golpes a una hoja de papel. El folio brilló un momento y luego volvió a adoptar su aspecto original.

—¿Qué ha sido eso?

—Una nota. Cali la encontrará cuando vuelva. O más bien la nota la encontrará a ella —explicó Tennyson. Le quitó la bolsa marinera a Kristin y se dirigió hacia la puerta—. Ya va siendo hora de que consiga un teléfono móvil.

—Pero a Cali no le gustan...

—Ya, ya. Mira que pueden llegar a ser tozudas las hadas.



Varias horas más tarde, después de que Kristin pasara por la oficina y entregara su carta de dimisión, para sorpresa de su jefe y desoyendo sus protestas, su consejo de guerra privado se reunió en una esquina del cómodo bar del hotel La Valencia. Kristin se sentó en un sillón amarillo y observó a sus aliados. En ese momento solo tenía tres. Por suerte, no había demasiada gente en el bar. Kristin se situó estratégicamente para ocultar a Tennyson mientras este hechizaba su rincón para que los terrenales figones no pudieran escuchar su conversación y mantenerles lejos, con la excepción de Zack.

Zack tenía la mano apoyada en el cristal que daba al jardín y estaba observando a Jake jugar. La señora Pendelton estaba de pie al lado del césped, vigilando al niño. Un

ceño fruncido arruinaba la expresión de Zack, que siempre se mostraba tan alegre.

Tennyson fruncía el ceño de manera similar. Estaba de pie, detrás de la silla de Kristin, mirando a Zack fijamente.

Kristin hizo inventario de su propia expresión y se dio cuenta de que poseía el tercer ceño fruncido de la sala.

Zack se volvió hacia Tennyson.

—No pensaba que pudieran echarme de mi propia casa.

El ceño fruncido de Tennyson se hizo más notable.

—Lo sé. No puedo decirte cuánto lo siento.

—¿Crees que estoy enfadado contigo? —dijo Zack, arqueando las cejas.

—Bueno, os he puesto a ti y a Jake en peligro.

—Eso no importa ni media mierda. Lo que me fastidia es que haya alguien intentando hacerte daño. Sí, me jode que los muy cabrones hayan montado este espectáculo cerca de mi hijo, pero podrías haber muerto, tío.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kristin. Todavía no se le había olvidado el miedo que había pasado. Tennyson le puso una mano en el hombro.

—¿No nos culpas? —preguntó Tennyson.

—No. Pero me gustaría tener magia para poder darle una paliza a este tipo. ¿Cómo vamos a ir a por él?

—Ella. Parece que es una mujer —dijo Tennyson—. Tenemos una teoría, estamos esperando a ver si las tías de Kristin confirman nuestras sospechas. Entonces trazaremos un plan.

Como si hubieran estado escuchándoles, Lily, Rose y Violet entraron en el bar. Las tres mujeres examinaron la sala hasta encontrarles. Sus caras no auguraban nada bueno.

—Hemos oído lo ocurrido —dijo Rose, apresurándose hacia Kristin y abrazándola.

—Lo importante es que estéis a salvo —afirmó Lily.

Tennyson centró su atención en las tres mujeres.

—¿Qué habéis descubierto?

Lily le miró con una expresión desalentadora.

—Elenka está muerta.

Tennyson abrió los ojos de par en par.

—Pero ¿cómo...? ¿Qué...?

—Murió hace diez años, cincuenta años después de que la encerráramos en su cueva. El Consejo no quiso revelar su muerte, les daba miedo que su nombre volviera a alterar a los insatisfechos. —Lily calló un momento—. Los ataques no provenían de ella.

—Entonces, ¿quién? —dijo Tennyson, pasándose una mano por el pelo.

—Tuvo un hijo, un varón —explicó Lily. Sus palabras les dejaron a todos en silencio.

—¿Cómo es posible? —preguntó Tennyson.

Todas las miradas se concentraron en él.

—Bueno, verás, cuando un hombre y una mujer... —empezó a decir Zack.

Tennyson se cubrió la cara con las manos.

—Qué gracioso. Quiero decir que ¿cómo es posible que Elenka tuviera un hijo durante su encarcelamiento? ¿No dijiste que estaba aislada completamente?

Lily suspiró.

—Elenka siempre fue muy carismática. Consiguió seducir a uno de sus vigilantes. Parece ser que su plan consistía en hacer que el hombre se enamorara de ella y la ayudara a escapar. El plan funcionó, hasta cierto punto. El hechicero se enamoró de ella, pero el resto de vigilantes se enteró de su relación y denunciaron al traidor. Sin embargo, para entonces Elenka ya estaba embarazada. Dio a luz a un niño.

Kristin se había quedado de piedra.

—¿Qué pasó con el bebé?

—Por lo que nos dijo en Consejo, Elenka se ocupó de él hasta que el niño tuvo siete u ocho años. Entonces, el Consejo lo mandó a un colegio. En Suiza. Les daba miedo la influencia que Elenka pudiera tener sobre el niño —dijo Lily, y chasqueó la lengua—. Pobre criatura.

—A mí me parece que el Consejo llegó tarde —dijo Violet.

—Me temo que tiene razón, Lily —asintió Rose—. El niño ya habría estado muy influenciado por su madre.

—Pero el Consejo asegura que fueron supervisados en todo momento... —dijo Lily.

—Nadie podría haberles supervisado el cien por cien del tiempo. Y seguramente subestimaron el vínculo entre una madre y su hijo —apuntó Rose. Su dulce tono de voz le dio a su frase, tan fría, una amarga ironía.

—¿Y dónde está su hijo ahora? —preguntó Tennyson.

—Nadie lo sabe —dijo Lily, juntando las manos—. No soporto pensar que el veneno de Elenka vaya a pasar a la siguiente generación.

Echando chispas por los ojos, Tennyson empezó a andar arriba y abajo. Kristin casi podía oírle pensar, reorganizándose las ideas para acomodar la nueva información.

—Sigue encajando —dijo Kristin. Se puso de pie para reclamar la atención de todos los presentes—. Si su hijo está continuando su legado, es normal que busque venganza. La muerte de Aldous, el ataque a las tías, los ataques hacia Tennyson.

—¿Qué ataques hacia Tennyson? —preguntó Violet.

—Nadie me atacó a mí —dijo Kristin—. El hijo de Elenka no va a por mí, por lo menos de momento.

Tennyson se puso a su lado.

—Kristin cree que soy yo el objetivo de los ataques.

Esta se volvió hacia él.

—Eres mi prefecto. Estás aquí para guiarme en el próximo período de mi vida. Necesita deshacerse de ti para poder acabar conmigo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Violet.

—Soy una singular. Se supone que eso quiere decir que tengo muchos poderes.

La tía Rose asintió.

—Y así es, cariño.

—No sé nada sobre el mundo *arcanae*. Por lo menos, no sabía nada hasta hace unos días. Yo no sé nada sobre Elenka, el Gran Alzamiento o cualquier otra parte de la historia *arcanae*. Por mí misma no tendría ni idea de quién son los malos, ni siquiera sabría si alguien me está mintiendo sobre lo que ocurrió. Quizá lo que quiera sea captarme.

Tennyson puso cara de ofensa. Kristin le acarició la mejilla.

—Admitámoslo. Estos días he tenido que aceptar muchas «verdades» a base de buena fe. Más vale que haya elegido al bando correcto en el que confiar.

—Muy inteligente —dijo Lily.

Tennyson abrió la boca, pero Kristin sacudió la cabeza.

—Si sirve de algo, creo que he elegido el bando adecuado.

Tennyson seguía sin parecer demasiado contento.

—Si quisierais conquistar el mundo —continuó Kristin—, ¿acaso no intentaríais reclutar a alguien como yo?

—Qué taimado —dijo Zack—. Pero brillante.

# Capítulo 18

## Que no te distraigan las apariencias grandiosas

Las ideas se arremolinaban en la cabeza de Kristin. Estaba intentando organizar y digerir todo lo que había descubierto. El número de recién llegados a su vida era bajo: Dimitri, Lucas, Zack y Cali. Y Tennyson, había que incluirlo para ser justos.

—El padre del niño, el hechicero... ¿quién era?

—Ivan Dimitrov. Su familia emigró durante la Revolución rusa —dijo Rose—. Pero se instalaron en Francia y, que se sepa, tuvieron una vida feliz.

Kristin miró hacia Tennyson e intercambiaron una mirada de complicidad. El estaba pensando en Dimitri. Kristin también.

—¿Entonces el hijo quién es? —preguntó Zack.

—Al niño le pusieron el nombre de su padre —dijo Rose, arrugando el entrecejo.

De Dimitrov a Dimitri no había demasiada distancia.

—El Consejo le perdió la pista —apuntó Lily—. Era muy buen estudiante, se graduó en una de las academias más prestigiosas de Suiza, a cuenta del Consejo. Pero no saben dónde está ahora.

—Kristin y yo tenemos una idea, aunque antes tenemos que saber más detalles sobre un *arcanae* llamado Dimitri, que trabaja para un hechicero llamado Lucas Reynard —dijo Tennyson.

—Veré lo que podemos averiguar —se ofreció Violet—. Nos pondremos manos a la obra.

—Eso mismo —comentó Rose—. Caramba, ¡esto se pone emocionante!

—Rose, por favor —dijo Lily, huraña—. Estamos hablando de un hombre peligroso.

—Sí, sí, por supuesto. Tal como lo he dicho, ha sonado mal —se disculpó Rose, adoptando aire de escarmentada—. Quería decir que es bueno poder hacer algo al respecto.

—Algo constructivo —añadió Zack.

Rose le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Pues pongámonos a ello —dijo Violet.

—Buena idea —intervino Lily—. Nosotras nos vamos.

—¿No os quedáis aquí? —preguntó Kristin.

—No, cariño —dijo Rose—. Cuanto más numeroso es el grupo, más difícil es de ocultar.

—Pero nos mantendremos en contacto —dijo Violet, zarandeando el teléfono móvil—. Me encantan estos chismes.

Las tres mujeres se alejaron del bar y se fueron por las escaleras. Al cabo de un momento, Kristin sintió el cosquilleo de la magia proveniente de esa dirección.

—Han desaparecido, ¿verdad? Es una pasada —murmuró Zack con un suspiro—. ¿Qué hacemos ahora?

—Ha llegado la hora de asentarnos —dijo Tennyson. Miró a su alrededor y eliminó los hechizos que había puesto en el bar con rapidez.

—Perfecto. Podemos ir a cenar y...

—Zack, no nos vamos a quedar aquí —dijo Tennyson.

Zack pareció sorprenderse. Desde luego, Kristin estaba sorprendida. No tenía ni idea de que no se iban a quedar en el hotel.

—Pero no puedes excluirme —se quejó Zack—. Eso es una faena. Me cuentas este secreto enorme, ¿e inmediatamente me dejas de lado? No es lo correcto, tío.

Tennyson levantó una mano.

—Kristin y yo tenemos que encontrar un lugar seguro.

—¿Dónde? —preguntó Zack.

Tennyson dudó.

—Preferiría no decírtelo.

Kristin vio en los ojos de Zack que ese comentario le había herido. Tennyson le dio una palmada en la espalda.

—No es que no confíe en ti, pero quien sea que viene a por nosotros nos encontró en tu casa. Esta vez, no pienso decir nada a nadie.

«Ni siquiera a mí», pensó Kristin molesta. Estaba a punto de empezar a discutir cuando vio llegar a Cali.

Etérea y grácil, Cali se había puesto un vestido verde diáfano y llevaba una cadenita de cinturón. Dos trenzas finas formaban una especie de corona alrededor del resto del pelo, que caía suavemente por su espalda. ¡Y llevaba zapatos! De acuerdo, apenas merecían esa denominación, pero los llevaba puestos en los pies; tiras de cuero que se entrelazaban y le subían por las piernas.

Zack se quedó con la boca abierta.

Sonriendo ante la reacción de Zack, Kristin se acercó al hada. Le dio un abrazo y aprovechó para susurrarle al oído.

—Has encontrado la nota.

—Sí, ¿qué está pasando?

—Te lo contaré luego, ahora toca presentarte a Zack. Estás fabulosa.

—¿De verdad lo crees? —susurró Cali. Le echó un vistazo a Zack, que seguía embobado mirándola—. ¿En serio?

Kristin nunca había oído a Cali sonar tan insegura.

—¿Bromeas? No puede dejar de mirarte —dijo Kristin. Le dio la mano y la llevó frente a los demás—. Cali, me gustaría presentarte a Zack Glass.

—Un placer —musitó Cali. Su voz viajó por el aire como un brandy audible: suave, cálida y exquisita.

Zack no se sonrojó exactamente, pero la cara le brillaba. Tenía la mirada fija en Cali, se le había endulzado la expresión y los labios se le habían curvado en una mueca de apreciación.

—«Encantado» no describe ni de lejos lo que siento al conocerte.

Cali soltó una risita. ¿Risitas? Kristin sacudió la cabeza. Esta Cali se sentía insegura de sí misma, tímida, casi recatada; no era el hada descarada, franca y traviesa con la que Kristin había trabado amistad.

Zack se inclinó hacia Tennyson.

—¿Es una...? Ya sabes —dijo Zack. Le guiñó un ojo descaradamente a Tennyson e hizo un gesto de cabeza hacia Cali—. ¿Uno de los vuestros?

—Zack, cualquiera puede oír esta conversación —susurró Tennyson.

—Soy un hada —dijo Cali, usando el mismo tono de voz que Tennyson.

—¡Dabuten! —exclamó Zack asintiendo.

—No, en absoluto. Llevo mucho tiempo ayudando a las plantas y los animales, no soy una debutante —dijo Cali confundida.

—No, no, quiero decir que es endiabladamente guay —se apresuró a decir Zack—. Es una manera de hablar. Significa que algo es bueno.

Cali sonrió.

—Ah, ya veo. ¿Te gusta la magia? —preguntó Cali. La esperanza se le notaba en la voz.

—Oh sí —dijo Zack.

—¿No te importa que sea un hada?

—¿Por qué debería? —dijo Zack, encogiéndose de hombros—. Creo que es una pasada brutal.

Jake irrumpió en el bar.

—Tengo hambre, papá.

—Y tú estás interrumpiendo, coleguilla.

—Lo siento, colega grande —dijo Jake. Retrocedió y miró hacia Tennyson—. Perdón, tío Tennis.

—Y las damas —apuntó Zack.

—Por favor, disculpad mi interrupción maleducada e inaceptable —exclamó Jake, haciendo una reverencia.

Kristin se rio ante aquel discurso que Jake claramente tenía memorizado. Poseía el carisma de su padre, no cabía duda. Se agachó para ponerse a su nivel.

—Jake, me gustaría presentarte a una amiga mía. Esta es Cali.

Cuando Jake miró hacia Cali, abrió los ojos de par en par.

—¡Hala! Eres igual que el hada que atrapé el otro día, pero en grande.

Zack miró a Cali, y luego a Jake, y volvió a mirar a Cali. Esta mostró una sonrisa tímida, se encogió de hombros y asintió.

—Guay —dijo Zack.

La sonrisa de Cali se ensanchó.

—Tengo que saber más sobre ti. ¿Por qué no cenas con nosotros? —preguntó Zack.

—Me encantaría —murmuró Cali.

—De miedo —dijo Zack, con una sonrisa traviesa.

Cali frunció el ceño; Jake le tiró de la mano para reclamar su atención.

—Los surfistas hablan así. Quiere decir excelente, fantástico.

—Ah. Supongo que aprenderé un idioma nuevo —dijo Cali. Le guiñó un ojo a Jake, que soltó una risita.

Zack se volvió hacia Jake.

—¿Dónde está la señora Pendelton?

Jake señaló hacia la puerta del hotel.

—Nos está esperando fuera.

—Siempre tan previsora —comentó Zack—. ¿Vamos?

Pero Cali no respondió. Estaba mirando la entrada del bar fijamente. Kristin siguió su mirada; Lucas estaba de pie bajo el arco. Iba vestido de modo impecable, como siempre, pero parecía más pálido de lo normal. Unas manchas oscuras bajo los ojos le daban aspecto de cansado, y tenía los hombros caídos.

—¿Kristin? —dijo sorprendido—. Qué sorpresa tan maravillosa. ¿Estabas buscándome? —Lucas se acercó hasta donde estaban y la tomó de las manos.

Dimitri se quedó bajo el arco, con las habituales gafas de sol que ocultaban por completo sus ojos. Kristin le observó y se dio cuenta de que Tennyson estaba haciendo lo mismo. Pero ¿se había dado cuenta de lo mismo que Kristin?

El hijo de Elenka nunca se camuflaría de sirviente o en una posición inferior.

En ese instante, Kristin tuvo una revelación. No fue algo mágico, Tennyson ya le había dicho que sus poderes no incluían leer los pensamientos de los demás, simplemente lo supo.

Lucas Reynard.

El suave acento francés. La edad. La postura. Su obsesión por caerle en gracia a Kristin.

Para alguien que afirmaba sentir algo por ella, su reacción al saber el peligro al que se enfrentaba había sido la equivocada, demasiado calmada. Tennyson siempre perdía los estribos y le gritaba; Lucas parecía saber que estaba a salvo.

Kristin le había visto antes del relámpago y justo después. Y le había visto por la mañana, antes de que se abriera el socavón.

Lucas era el hijo de Elenka.

Kristin se sintió estúpida; ¿por qué no se había dado cuenta antes? Vale, no podía explicar la discrepancia entre los nombres, pero sabía que no se equivocaba. Lucas siempre aparecía en momentos extraños, que no podían explicarse del todo aludiendo a las coincidencias.

Apretó los dientes y su expresión se endureció.

—Kristin, ¿ocurre algo? Pareces preocupada —dijo Lucas, examinando su cara—. ¿Ha pasado algo?

Oh, lo hacía muy bien. Pero Kristin no podía revelar su teoría allí mismo, ¿quién sabe cómo reaccionaría Lucas? Tenía que seguirle el juego hasta que pudiera hablar con Tennyson.

¿Y qué pensaría Tennyson de su última idea?

—Ha habido un socavón, Reynard —dijo Tennyson, sin dejar de mirar a Dimitri—. Otro ataque. Hemos tenido que evacuar.

Lucas frunció el ceño.

—Kristin, ¿por qué no me has llamado? —Lucas observó a Tennyson con preocupación—. Espero que nadie haya resultado herido.

Preocupación, ¡ja! Más bien decepción. Kristin se reprendió mentalmente, no era buena idea seguir reinterpretando las acciones de Lucas, solo serviría para delatar sus sospechas.

—Todos estamos bien —dijo Tennyson, situándose al lado de Kristin.

—¿Y vuestros amigos? —Lucas hizo un gesto para indicar a Zack, Cali y Jake.

—Todos a salvo —aseguró Kristin, convencida de que el tono de voz no la delataría—. Pero no nos podíamos quedar en la casa.

Lucas asintió.

—Eso explica vuestra presencia en el hotel —dijo. Se acercó a Zack y le ofreció la mano—. Lucas Reynard.

—Zack Glass, y este cachorrillo es mi hijo, Jake.

—Hola —dijo Jake—. Papá, ¿puedo ir a jugar fuera?

—Ve, pero busca a la señora Pendelton. Yo iré enseguida —ordenó Zack. Jake salió corriendo del bar.

—Oh. La exuberancia de la juventud —dijo Lucas, riéndose por lo bajo.

Kristin se enfureció ante esa actuación. En todos los aspectos, Lucas actuaba como un caballero perfectamente educado. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de que todo era una farsa?

—Y la encantadora señorita Calíope —saludó Lucas, besándole la mano—. Tiene usted un aspecto arrebatador a este tamaño.

—Ya estaba arrebatadora antes, señor Reynard —dijo Cali, frunciendo el ceño ligeramente. Dejó caer la mano y, con un movimiento discreto, se limpió el dorso con la falda.

—Por favor, llámeme Lucas. De hecho, todas estas formalidades son innecesarias. —Se dirigió a Zack con expresión seria—. Ha ayudado a Kristin y me gustaría agradecerse, señor Glass. Me gustaría invitarle a mi casa la semana que viene. Voy a mudarme este fin de semana y me gustaría celebrarlo con usted. Con todos ustedes —dijo, haciendo un gesto con los brazos para indicarles a todos.

—Qué amable por tu parte —agradeció Kristin. Sonrió. Sabía que ninguno de ellos asistiría a la fiesta, no después de que hablara con Tennyson.

—Excelente. Nos mantendremos en contacto —dijo Lucas, y se volvió hacia Kristin—. ¿Vas a alojarte aquí?

Tennyson se acercó a Kristin un paso más.

—No, pero puedes dejarle un mensaje en recepción. Yo mismo pasaré a por ellos.

—¿En recepción? —preguntó Lucas, sorprendido—. ¿No puedo simplemente mandaros un...?

—No nos encontrará. Nadie lo hará.

—¿Seguís escondiéndooos? —dijo Lucas asintiendo—. Excelente. Me alegro de que no se tome la seguridad de Kristin a la ligera. En estos momentos, es demasiado importante para todos nosotros.



—¿En estos momentos? —apuntó Kristin.

—En el ciclo de renovación. He oído lo del accidente en el Pacífico, ¿sabes algo de tus tías? —preguntó Lucas.

—No —respondió Kristin. Notaba la mirada interrogativa de Tennyson clavada en ella, pero no le hizo caso—. Estoy muy preocupada.

—Me lo puedo imaginar —dijo Lucas, y chasqueó la lengua—. Cargas con tantos pesos ahora mismo, Kristin. Tal vez es una suerte que seas una singular, puede que tus poderes te ayuden en estos tiempos tan difíciles.

«Y más que me ayudarían si supiera lo que hacen» pensó Kristin, frustrada. ¿De qué servía ser una singular con grandes poderes, si no sabía en qué consistían los susodichos poderes?

—Aunque claro, vuestro último intento de ocultaros no funcionó a la perfección. Quizá pueda ayudaros en esta ocasión —se ofreció Lucas.

—No se preocupe, Reynard. Sé hacer mi trabajo —dijo Tennyson, acercándose más a Kristin.

Lucas rio.

—Solo me ofrecía a ayudar, amigo mío. Nunca se me ocurriría inmiscuirme en su trabajo —murmuró, inclinando la cabeza hacia ellos—. Hasta la semana próxima, pues. Me mantendré en contacto.

—Estoy contando los días —dijo Tennyson en un tono particularmente poco entusiasta.

Lucas se inclinó sobre la mano de Kristin y bajó la voz.

—Y, como siempre, poder verte ha sido un placer especial —dijo, besándole el dorso de la mano.

Kristin se esforzó por no estremecerse y se obligó a sonreír.

—Ya tengo ganas de que nos volvamos a ver —sonrió Kristin; «para poder exponerte ante todos» añadió para sí misma.

— Au revoir, mes amis. —Hizo un gesto con la mano para despedirse y se fue. Dimitri le siguió.

—Que tío tan fino —dijo Zack—. Y creo que Kristin le hace tilín.

Oscuras nubes de tormenta cubrieron la mirada de Tennyson.

—Ese tipo no me gusta nada.

—¿En serio? Porque viéndote nadie lo habría sospechado —dijo Kristin, pero una cierta emoción le recorrió el cuerpo. Puede que sus sentimientos por él fueran más serios de lo que pensaba.

—A ti parece que te encante todo eso del monsieur Caballero Francés —comentó Tennyson, cruzándose de brazos.

Estaba actuando como un trol otra vez, pero esta vez Kristin lo estaba disfrutando. Aunque no por ello iba a dejar de molestar a Tennyson.

—La buena educación nunca está de más —dijo Kristin.

—¿Buena educación? —exclamó Tennyson, levantando las cejas tan alto como podía—. Si a actuar como un dandi recién sacado del siglo diecinueve lo llamas...

—Creo que nosotros nos vamos a cenar —dijo Zack, contemplando su discusión con una ancha sonrisa—. ¿Nos veremos luego?

Tennyson sacudió la cabeza.

—No. Kristin y yo tenemos que instalarnos en un lugar seguro, y tú tienes una cita, ¿recuerdas?

—Vívidamente —dijo Zack. Miró a Cali y se le iluminaron los ojos—. Nos vemos luego, colegas.

Zack tomó a Cali de la mano y se fueron. Cali se volvió al llegar a la puerta y le guiñó un ojo a Kristin.

Tennyson respiró hondo, como si estuviera intentando controlar su mal humor, y se

giró hacia Kristin.

—¿Te importaría decirme por qué has mentado?

—En absoluto. De hecho, planeaba decírtelo.

—¿Antes o después de que Reynard te fascinara con sus cursilerías?

Kristin exhaló, molesta.

—No me ha fascinado.

—Ya —dijo Tennyson, y empezó a hablar con un tono agudo—. Ya tengo ganas de que nos volvamos a ver, Lucas, para que puedas besarme la mano un poco más.

Kristin se quedó mirándole, boquiabierta.

—Ese tipo no sabe cómo besar a una mujer. Eso no es un beso. Esto es un beso.

Antes de que Kristin pudiera reaccionar, Tennyson la envolvió con los brazos y plantó los labios sobre los suyos. Por un momento, Kristin se puso tiesa y Tennyson la abrazó con más fuerza, acercándola a su cuerpo. La sorpresa de ella se disipó y se entregó a las emocionantes sensaciones. El dulce maná embriagador de su tacto le dio a Kristin nuevas energías y un renovado deseo por su esencia. Cambió de postura para sentir más, tocar más, saborear más.

Tennyson buscó con la lengua hasta que encontró la de Kristin, y a ella casi le fallaron las rodillas. Un profundo gemido primitivo de satisfacción se elevó por su garganta, mientras el calor se repartía desde lo más profundo de su ser por todo su cuerpo. Un placer líquido se concentró entre sus piernas mientras la mano de Tennyson se perdía entre su pelo.

—¡Ejem!

Un carraspeo cercano consiguió alcanzarla a pesar del trance mágico en el que se encontraba. Kristin se apartó de Tennyson. Un circunspecto conserje les observaba tranquilo, con una expresión impasible.

—Señorita, señor, discúlpenme. ¿Tal vez estarían más cómodos en privado?

A Kristin empezaron a arderle las mejillas cuando se dio cuenta de que el conserje no había sido el único testigo del beso entre Tennyson y ella. Había varios espectadores más, observándoles con expresión entretenida, y una mujer de avanzada edad con cara de indignación. Obviamente a ella le parecía un comportamiento inadmisibile.

—Gracias, eh... Tomás —dijo Tennyson, leyendo el nombre en la chapa del conserje. A juzgar por su sonrisa, Tennyson no sabía lo que era la vergüenza—. Ya nos vamos.

—Gracias, señor.

Tennyson la tomó de la mano y se la llevó del bar. Kristin todavía estaba sonrojada, pero sentía la necesidad de estallar en risitas tontas. El episodio entero le parecía algo surreal. Tennyson se había mostrado celoso.

Celoso de Lucas.

Kristin recobró la sobriedad; por un rato, había olvidado lo que sospechaba de Lucas. Un sentimiento frío la invadió, destruyendo el ímpetu delicioso que había sentido un momento antes.

—Tennyson, no es Dimitri.

Tennyson sacudió la cabeza.

—Aquí no. Necesitamos un sitio más íntimo —dijo. Avanzaron por el vestíbulo y la guio hacia una escalera que había oculta tras una puerta—. Agárrate fuerte.

—¿Qué?

—No me sueltes —ordenó, y la agarró por la cintura.

Instintivamente, Kristin le rodeó el cuello con los brazos; el mundo se ladeó y se quedó sin aliento. La oscuridad les rodeó. Ella cerró los ojos con fuerza y, antes de que pudiera sentir ni siquiera un poco de miedo, volvió a notar tierra firme bajo los pies. Parpadeó.

Estaba en un acantilado que daba al océano Pacífico. La brisa le acariciaba el pelo y notaba olor a pino. Tennyson la soltó y Kristin se dio la vuelta. La zona estaba cubierta

de matorrales y chaparral, con una multitud de pinos de Torrey retorcidos creciendo por doquier. Un desfiladero se desplegaba bajo el acantilado, exponiendo su arcilla roja a los cielos. El suelo era polvoriento, salpicado por los desechos de varias temporadas.

Tennyson extendió ambos brazos.

—No se puede pedir un lugar más íntimo.

# Capítulo 19

## A veces es necesario sufrir incomodidades para alcanzar tus objetivos

Tennyson observó la cara de Kristin, que pasó de una expresión confusa a una de diversión.

—Bueno, de eso no hay duda —dijo. Agarró una piedrecita y empezó a darle vueltas entre los dedos y a pasársela de una mano a otra.

Tennyson se dirigió a una mesa de picnic y se sentó encima.

—Ahora cuéntame qué querías decir con eso de «no es Dimitri».

—Dimitri es un sirviente. No es lo suficientemente importante —dijo Kristin, e hizo una pausa—. Pero Lucas sí que lo es.

Tennyson resopló cómo si le acabaran de dar un puñetazo.

—¿Lucas?

—Todo encaja. Su edad, su acento, su interés por mí —explicó Kristin—. Es difícil de explicar, pero sé que tengo razón.

—No he dicho que no te crea —dijo Tennyson, siguiéndola con la mirada—. De hecho, quiero que sea él. No me gusta nada.

El fantasma de una sonrisa empezó a esbozarse en la cara de Kristin.

—¿Por eso no le dijiste que las tías están a salvo? —preguntó Tennyson.

—Si es él, e intentó matarlas... —Kristin se pellizcó el puente de la nariz—. No suelo escuchar a mis instintos. Mierda, no suelo actuar así en absoluto. Necesito pruebas, hechos, números, las cosas tienen que encajar matemáticamente. Y creo que esta vez encajan.

—Hazme la suma.

—Es francés —dijo Kristin, levantando un dedo.

—Sí.

—Tiene la edad adecuada, creo. No conozco su edad exacta —admitió Kristin, levantando otro dedo.

—Es la edad —dijo Tennyson con una risita.

—Hablé con él justo antes de cada ataque —continuó Kristin, levantando el tercer dedo.

—¿Qué pasa con el ataque a la Academia y el barco hundido?

—Es un hechicero. Él mismo me dijo que su magia está conectada con la tierra —dijo Kristin. El cuarto dedo se unió a los demás.

De todas las cosas que podría haber dicho, esta fue la que le llegó más hondo a Tennyson. Lucas era un hechicero, extraía su poder de la naturaleza y la tierra. Eso le convencía, aunque el resto de pruebas fueran endebles.

—Aparece en casa de mis tías, que encerraron a Elenka, y hace todo lo posible por formar parte de mi vida; y supone que tengo grandísimos poderes.

—Aldous también ayudó —dijo Tennyson. Quería que argumentara mejor sus sospechas; puede que la creyera, pero no tenían pruebas de verdad—. ¿Y qué pasa con su nombre? El hijo de Elenka se llamaba Ivan Dimitrov, no Lucas Reynard.

—¿Y si se cambió el nombre? ¿Y si decidió que Ivan era un nombre demasiado famoso? ¿Y si no le gustaba su nombre? —se preguntaba Kristin, andando de arriba a abajo. La inquietud que desprendía empezaba a reflejarse en una luz que le rodeaba la cabeza. Podría ser peligrosa si la magia tomaba el control de la situación. La piedra que había agarrado ahora daba vueltas y hacía piruetas cuando se la pasaba de una mano a otra, pero ella no parecía darse cuenta—. Todavía no puedo explicar lo del nombre, pero si quiere asumir el poder es razonable que busque cierto sigilo, por lo menos al principio. Cambiarse el nombre lo hace más difícil de encontrar. Y un par de

veces, estando con él, pasaron cosas extrañas. Cuando se llevó alguna decepción. Entonces no pensé en ello, pero ahora... —Su aura empezó a brillar con más fuerza.

Tennyson levantó las manos.

—Tal vez tendrías que sentarte.

Kristin continuó, como si no le hubiera oído.

—Ya lo sé, ya lo sé, suena ridículo, pero tiene sentido. Al menos, para mí lo tiene.

Cuando volvió a pasarse la piedra de una mano a la otra, la piedra valió volando hacia lo alto y estalló como si fuera un castillo de fuegos verde diminuto. Kristin alzó las cejas.

—¿Eso lo he hecho yo?

—La piedra debía contener cobre —dijo Tennyson asintiendo.

Kristin se detuvo.

—Crees que estoy loca.

Tennyson se levantó y la agarró por los hombros.

—Si lo estás, entonces yo también lo estoy, porque te creo. No solo porque me encantaría que Lucas fuera el malo de la historia, sino porque pienso que tienes razón.

Kristin abrió los ojos de par en par.

—Y sin embargo, creo que ya hemos tenido muchas emociones por hoy —continuó Tennyson—. Aquí estamos a salvo, y tenemos que montar las tiendas.

Tennyson agitó la varita y una neverita portátil se materializó al lado de la mesa. Había un hoyo para hacer hogueras, ennegrecido, y un montón de leños aparecieron al lado; una caja con suministros surgió de la nada al final de la mesa. Una pequeña tienda iglú se enderezó sola, meciéndose suavemente con el viento.

Kristin se quedó mirando la tienda y luego se volvió hacia Tennyson.

—Es una broma, ¿no? —dijo; su rostro parecía una máscara de terror e incredulidad.

Tennyson sintió la tentación de echarse a reír.

—¿Qué? Es un lugar seguro y remoto, a nadie se le ocurrirá venir aquí a buscarnos.

—Ni que lo digas. Yo no duermo en tiendas de campaña —dijo Kristin. Apretó las manos en puños y se las puso en las caderas.

—Te encantaré —sonrió Tennyson. Se fue hacia el montón de leña y puso un par de troncos en el hoyo para la hoguera. Con un movimiento de varita, las llamas empezaron a devorar la madera—. Tardaremos un rato en tener ascuas, pero vale la pena esperar. La comida sabe mucho mejor cuando se cocina al aire libre. —Sacó una parrilla plegable y la puso sobre las llamas.

Kristin volvió a asomarse por el desfiladero, examinó los árboles y las plantas y frunció el ceño.

—Espera un momento. Estamos en el parque natural de Torrey Pines, ¿a que sí? —dijo entornando los ojos.

—Efectivamente.

—Aquí no se puede acampar. No puedes pedirme que infrinja la ley —exclamó ella en tono triunfal.

—Querrás decir que los terrenales no pueden acampar aquí —dijo Tennyson. Se acercó a la neverita y extrajo varias bolsas de verduras y una tabla de cortar, que dejó en la mesa de picnic—. Nosotros tenemos nuestras propias normas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que protegemos este lugar —afirmó. Sacó una parrilla para asar verduras de la caja de los suministros.

—¿Lo protegéis?

—¿Por qué crees que sigue habiendo este tipo de pinos en el continente? Salvamos esta zona hace doscientos años —dijo sacando un cuchillo de la caja—. Así que tenemos unas cuantas áreas de acampada escondidas en el parque natural. La magia protege estos lugares y evita que nos encuentren, y la magia protege los bosques de

los fuegos forestales y de cualquier otra amenaza por parte de los terrenales.

—Fantástico —dijo Kristin en un tono que indicaba lo contrario. Le dio una patada a una piedra.

—No está tan mal —comentó Tennyson mientras colocaba un calabacín en la tabla de cortar—. Esta noche cenaremos bistec con verduras asadas.

—¡Aagh! —exclamó Kristin—. Me da igual la cena. Yo no puedo con esto. ¿Dónde está el baño? ¿Dónde está mi cama? ¿Dónde pretendes que me duche?

—No te preocupes, creo que estar un poco desaliñada solo ensalzará tu belleza natural —dijo Tennyson. Deslizó el cuchillo por el calabacín y le cortó el extremo redondo.

Kristin lo miró con odio.

—Es broma. El baño y las duchas están al final de ese camino. —Señaló hacia un camino de tierra con la punta del cuchillo—. Y tu cama está ahí —añadió, señalando hacia la tienda de campaña. Volvió a concentrarse en las verduras. Tennyson tenía la esperanza de haber disimulado su sonrisa, aunque era cierto que Kristin tendría buen aspecto saliendo de un saco de dormir por la mañana. Mejor aún si salía del suyo.

Esa idea hizo que se estremeciera.

Kristin observó la tienda de campaña con desconfianza.

—Por favor, dime que es una tienda mágica. Ya sabes, más grande por dentro que por fuera.

—Te tengo dicho que Harry Potter es casi todo ficción —dijo Tennyson, sacudiendo la cabeza—. No te preocupes, estaremos cómodos y calentitos.

—Solo si hay un colchón de verdad ahí dentro —masculló Kristin.

Una imagen mental de Kristin tumbada en dicho colchón, sobre sábanas de seda, con el pelo desaliñado a su alrededor y una mirada hambrienta que poco tenía que ver con la cena apareció en la cabeza de Tennyson. Tragó saliva. «No pienses en ello», se amonestó. «Elimina esa idea. Concéntrate en otra cosa. En la cena.»

—Vamos a disfrutar de una comida estupenda —dijo haciendo un gesto hacia la tabla de cortar y el fuego—, y necesitamos un descanso. ¿Qué te parece si nos dedicamos a gozar de la velada y dejamos las preocupaciones para mañana?

Kristin sonrió condescendiente.

—Suenan bien —dijo, y entonces le dio un golpe en el hombro—. Pero sigue siendo una acampada.



Las primeras luces del alba iluminaron el interior de la tienda. Tennyson cerró los ojos con fuerza, no estaba listo para enfrentarse a otro día. A pesar de la esterilla que había bajo su saco, una piedra había estado clavándosele tozudamente en el costado, sin importar cuantas veces cambiara de postura. Aunque claro, no iba a admitir la derrota ante Kristin en lo que se refería a las comodidades de acampar. Después de la cena, que había sido deliciosa, habían tostado malvaviscos de postre, contado historias alrededor de la hoguera y, finalmente, se habían metido en la tienda y preparado para pasar la noche. Aunque a Tennyson se le había pasado por la cabeza abrazar a Kristin de madrugada, pensaba que intentar ponerse cariñoso con ella en una tienda de campaña era jugársela demasiado. Sin embargo, no había oído ni una sola protesta de Kristin en toda la noche. Debía de haber encontrado un rincón arenoso sobre el que dormir.

El alba insistía en continuar. La tienda cada vez recibía más luz, y Tennyson sabía que era inútil pretender seguir durmiendo o, más bien, volverse a dormir. Reprimió un

quejido mientras se tumbaba sobre la espalda y estiraba los músculos. La maldita piedra se le clavó en la cadera. Abrió la cremallera del saco de dormir y se destapó, agradeciendo que no estuvieran en la montaña, ya que así no tenía que preocuparse por el frío. Ni siquiera le había hecho falta pijama.

—Buenos... —Tennyson calló de golpe. Kristin no estaba. Su saco de dormir estaba en el suelo, arrugado y hecho una bola, claramente vacío.

Kristin.

Se puso de rodillas y se apresuró hacia la puerta. Abrió la cremallera lo justo para gatear hasta el exterior y se lanzó por el agujero.

Sentada en la mesa de picnic, Kristin lo contemplaba claramente entretenida.

—¿Siempre sales así de las tiendas de campaña?

—Siempre. Es mucho más eficiente —dijo Tennyson levantándose. Se sacudió el polvo y la miró frunciendo el ceño—. ¿Cuánto rato llevas levantada?

—No sé, más o menos una hora, diría yo —contestó Kristin, jugueteando con la varita.

—¿Por qué no me has despertado?

—No es que fuera a alejarme. —Apuntó la varita hacia la nevera y entornó los ojos. La tapa se levantó y una botella de plástico de zumo de naranja flotó hacia ella.

Tennyson arqueó una ceja.

—Lo has hecho con mucha suavidad. Y ni siquiera has tenido que pronunciar nada.

—No es suficiente —dijo Kristin. Desenroscó la tapa de la botella y bebió un trago.

—Hace una semana no podrías haberlo hecho.

—Hace una semana no me estaba enfrentando a un villano malvado —replicó ella, dejando la botella sobre la mesa de golpe; no hizo caso al zumo que se derramó. Su mirada taladró a Tennyson—. No podemos seguir escondiéndonos. Si nos enfrentamos a una amenaza tenemos que actuar, no huir.

El sacudió la cabeza.

—Todavía no estás lista.

—Entonces tienes que enseñarme a usar mis poderes.

Tennyson volvió a hacer gesto de negación.

—No puedo hacerlo. Mi trabajo consiste en...

—A la mierda tu trabajo. Se supone que tienes que juzgar si soy digna de convertirme en un hada madrina. Pues mira, lo soy. Pero ahora necesito saber cómo puedo proteger a mis tías, mis amigos, y... —Kristin se interrumpió y le miró. Las mejillas le ardían.

—¿Y a ti misma? —preguntó Tennyson. Se sentó en la mesa, a su lado, y la tomó de la mano—. Nuestras tradiciones para la educación de las hadas madrinas son muy específicas. Las hadas madrinas tienen que adquirir sus poderes de manera gradual, para que la magia no las abrume. Incluso Merlín defendió esa teoría en el *Lagabóc*.

—Pero yo soy una singular. La mayoría de las hadas madrinas tienen la ventaja de haber crecido en un entorno *arcanae*. Al menos entienden cómo se supone que funciona la magia. Yo no sé nada.

—Y precisamente por eso necesitas más tiempo.

Kristin se zafó de su mano.

—No tengo tiempo.

En eso tenía razón. Tennyson no podía imaginarse el conflicto que debía estar experimentando. Su deseo de protegerla se renovó.

—No sé si yo puedo enseñarte algo.

—Pues claro que sí. Lo que no sabes es si quieres hacerlo. Todavía no estás seguro de querer infringir las normas.

—¿Y tú lo estás? —preguntó Tennyson, alzando las cejas.

—Sí. Por primera vez en mi vida, quiero infringir las normas —dijo Kristin. Se le

llenaron los ojos de lágrimas y le acarició la mejilla—. No tengo más remedio. Estas normas ponen a la gente que quiero en peligro.

Por un momento, Tennyson vio algo en su mirada que le llenó de esperanza. ¿Lo incluía Kristin en el grupo de gente a la que quería?

Pero al cabo de un instante Kristin se apartó.

—Si tú no me ayudas, encontraré a alguien que esté dispuesto a hacerlo.

Tennyson estudió su expresión. Kristin no sonreía; de hecho, sus ojos verdes brillaban con una determinación feroz, que también se reflejaba en el color de sus mejillas. Una brisa suave le apartó el pelo cobrizo de la cara. Parecía una princesa guerrera preparándose para la batalla, creando la estrategia para la victoria.

—Como Boudica —susurró Tennyson admirado.

—¿Qué? —preguntó Kristin, perpleja.

—Nada —dijo él. Asintió y la volvió a agarrar de la mano—. Cuando he dicho que no sé si puedo enseñarte algo, no quería decir que no quiera hacerlo. Quería decir que no hace falta. Es magia. Ya la tienes dentro, lo único que te hace falta es descubrirla. Pero, si sirve de algo, estoy contigo.

Kristin le abrazó.

—Gracias.

—No me des las gracias. Y recuerda cómo te sientes ahora cuando nos convoque el Consejo —dijo Tennyson, dándole un golpe juguetón en el hombro—. Vale, ahora demuéstreme de qué eres capaz.

Kristin dudó y ladeó la cabeza.

—Tal vez deberías, esto... buscarte otro atuendo antes de empezar —le dijo, disimulando una sonrisa.

Tennyson miró hacia abajo. Puede que los calzoncillos no fueran el mejor uniforme para practicar magia.

—Enseguida vuelvo.

Unos minutos más tarde, estaban uno al lado del otro al borde del afilado cañón que cortaba el desfiladero. El otro lado del cañón estaba a menos de diez metros de distancia, pero el fondo de la garganta quedaba veinte metros más abajo.

—¿Cómo cruzarías al otro lado? —preguntó Tennyson.

—Podría transfigurarme y volar —dijo Kristin, arrugando la frente.

—Podrías, pero ¿y si no tuvieras tiempo? A medida que ganes experiencia podrás transformarte más rápido, y sin embargo ¿te acuerdas de lo que tardaste la última vez? Además, la transfiguración hace daño. Hay una manera más rápida. Piensa.

Kristin frunció los labios, como si estuviera callándose una réplica. Solo su mirada reveló la impaciencia que sentía.

—Si te lo digo, no aprenderás tan rápido —le recordó Tennyson.

—Ya lo sé, pero eso no significa que tenga que disfrutar del proceso —dijo Kristin. Observó el otro lado del cañón. De repente le cambió la cara—. Igual que nos trasladamos aquí desde el hotel.

Tennyson sonrió.

—Continua.

—Pero lo intenté una vez y acabé perdida —se lamentó Kristin. Señaló el lado opuesto de la garganta y luego señaló hacia el fondo—. ¿Estás loco?

—Los riesgos ayudan a que te salga mejor.

—¿Y qué pasa si lo hago mal?

—No lo hagas mal.

Tennyson la hizo darse la vuelta y encararse hacia la llanura que tenía delante, a menos de diez metros. No se sentía tan confiado como pretendía dar a entender. El corazón le palpitaba con fuerza mientras Kristin se concentraba en el sitio al que quería ir. Si se equivocaba, si se quedaba corta, Tennyson tendría que estar preparado con la



varita para evitar que se precipitara hasta el fondo. Una gota de sudor se le deslizó cuello abajo. Apretó el mango de la varita.

Por un momento no pasó nada. Entonces Kristin titiló a su lado y desapareció. Un instante más tarde apareció en el otro lado del cañón.

—¡Lo he conseguido! —gritó Kristin, agitando las manos y dando saltos.

Tennyson respiró hondo, aliviado. Se sentía orgulloso de lo que Kristin había conseguido. Relajó la mano de la varita.

—Efectivamente. Ahora vuelve.

Kristin se mordió el labio inferior y se concentró. Su imagen titiló hasta desaparecer de nuevo, y reapareció a un metro y medio de donde estaba él. Jadeaba como si hubiera venido corriendo.

—¡Sí, señor!

—Buen trabajo. Con un poco de práctica podrás ir a dónde quieras, incluso a sitios que no hayas visto jamás. Podrás concentrarte en la cara de alguien y trasladarte donde quiera que esté.

Kristin se quedó quieta.

—Entonces, ¿cómo puede ser que Lucas no nos encuentre? ¿Qué le impide concentrarse en mí y trasladarse aquí al lado?

Tennyson sacudió la cabeza.

—Porque te puse un escudo después de tu cita con él. Nadie puede seguirte sin tu permiso. No le has dado permiso a Lucas, ¿verdad? —dijo Tennyson sonriendo.

—No sabía ni que tuviera un escudo —replicó Kristin, que todavía respiraba ajetreadamente.

—No te preocupes ahora por Lucas. También he puesto un hechizo de bloqueo. Nadie puede encontrarnos, ni siquiera aquellos que tienen permiso para seguirme. Esta zona entera está protegida. Por eso hay quien dice que acampar es una forma de alejarse del mundo.

—Los balnearios también son una forma de alejarse del mundo —dijo Kristin, pero la expresión de triunfo que todavía tenía en la cara hizo su réplica un poco más amable. Entonces se puso seria—. Si tengo puesto un escudo, ¿cómo lo hizo Lucas para encontrarme en la playa?

Buena pregunta. Tennyson frunció el ceño.

—Mira que soy idiota —murmuró. Puso la mano izquierda en el pecho de Kristin y la derecha sobre su cabeza.

—¡Eh! —Kristin intentó zafarse, pero él se lo impidió.

—Estate quieta, tengo que leerte —Ordenó. Tennyson mandó su energía hacia Kristin, buscando una marca, un signo de que Lucas la hubiera hechizado. Nada. Si era eso lo que había hecho, sería una marca pequeña unida a algo elemental, ya que Lucas era un hechicero. Un momento, ¡ahí! En el fémur. Uno no debe subestimar la importancia del calcio. Tennyson cerró los ojos.

—*Exterminá* —murmuró. Sintió que el hechizo se despegaba y se disipaba. Kristin se estremeció.

—¿Qué ha sido eso?

—Lucas te había puesto un hechizo de localización. Con eso te puede encontrar cuando quiera, a no ser que estés en un sitio protegido. Así que cuando saliste de casa de Zack y fuiste a correr a la playa, te encontró —dijo Tennyson. Todavía le causaba escalofríos pensar en la manera inadvertida en que habían revelado su escondite. Tendría que haberle contado a Kristin todos los detalles. Tal vez tenía razón en eso de que necesitaba aprender.

—¿Qué le impide volverlo a hacer?

—Se salió con la suya solo porque tú no sabías nada de eso. Los padres *arcanae* suelen poner hechizos de ese tipo a sus hijos, pero para cuando llegan a la

adolescencia se los quitan.

En el rostro de Kristin se dibujó un rictus de enfado.

—Si había encantamientos protectores alrededor de casa de Zack, ¿cómo nos encontraron mis tías?

—Magia de hada madrina. Según el *Lagabóc*, las hadas madrinas están conectadas entre sí. Puesto que se ayudan las unas a las otras muy a menudo, tienen acceso a otras conexiones mágicas.

—Así que nadie puede encontrarme si yo no lo quiero. Como mínimo la mayor parte de las veces.

—Bueno, está la adivinación, pero es muy poco fiable. Y que no se te olvide esto —dijo Tennyson, sacando el teléfono móvil del bolsillo.

Kristin se echó a reír.

—Ah, la perdición de la raza humana. Supongo que lo próximo que debería aprender es cómo crear un escudo.

—Poco a poco, pequeño saltamontes —dijo Tennyson. Observó cómo la expresión de Kristin reflejaba su irritación, aliñada con impaciencia—. No puedes hacerlo todo en un día.

—Ya lo sé, pero es frustrante. —Se puso recta y dio una palmadita con las manos—. Hagámoslo otra vez.

Tennyson echó un vistazo al otro lado del cañón.

—De acuerdo, pero que sea la última. No quiero que gastes todas tus energías.

—No te preocupes, estoy en excelente forma.

Qué gran verdad. Las mallas de deporte se le pegaban al trasero resaltando sus maravillosas curvas. Tennyson tragó saliva y cerró los ojos un instante para quitarse la imagen de la cabeza. Recuperando la compostura, asintió.

—Vale, venga.

Kristin se concentró en su destino y esta vez desapareció sin titilar tanto. Le saludó desde el otro lado.

—¡Ja! Soy un genio.

—Ahora vuelve.

Kristin reapareció al cabo de un momento. Respiraba con dificultades.

—¿Estás bien?

—Sí, es que me he quedado sin aliento —dijo agarrándose el costado.

—Ahora ya sabes por qué no nos dedicamos a hacer esto un montón de veces seguidas. Cuanta más distancia recorras, más difícil será.

—Comprendo —asintió Kristin.

—Pero por mucho que estés sin aliento, también puede que te tengas que defender de un ataque. Necesitas un buen hechizo, que pegue fuerte. Uno que no consuma tanta energía.

Kristin volvió a asentir.

—No te preocupes por eso.

—Es broma, ¿no? Puede que ese sea el hechizo más importante que aprendas.

—Está dominado.

Tennyson la miró fijamente.

—¿Cómo puedes tenerlo dominado? Nunca has tenido que usar nada parecido.

Kristin le dedicó una mirada de impaciencia.

—Sin embargo, ya conozco uno.

La impaciencia de Tennyson estaba a la altura de la de Kristin.

—No te estás tomando esto en serio. Si te atacan...

Kristin se puso recta y apuntó con la varita hacia una roca.

—Trol —exclamó.

La roca salió volando por los aires y, al cabo de un segundo, se desintegró y se

convirtió en una lluvia de polvo fino. Tennyson se quedó mirando el lugar donde había estado la piedra. No quedaba rastro de ella, excepto por una ligera capa de polvo en el suelo.

—¿Cómo has...? Da igual —dijo Tennyson, escudriñándola. Kristin sonreía con suficiencia—. Un momento. ¿Has usado la palabra «trol» para este hechizo?

—Ajá.

—Eso es lo que solías llamarme a mí.

—Coincidencia —comentó Kristin volviendo a su campamento—. Quiero un trago de agua. ¿Tú no?

# Capítulo 20

## Que no se te olvide cuidarte

Tres días en una tienda de campaña habían dejado a Kristin agotada, física y mentalmente. Lo de acampar ya le parecía horrendo, pero además ya no podía negar que sus sentimientos por Tennyson eran cada vez más profundos. Durmiendo juntos en un espacio tan pequeño, se había pasado las horas nocturnas contemplándole. Le fascinaba su respiración tranquila. Su mirada se perdía en la expresión de calma que tenía al dormir. Caray, contar los latidos de su corazón le parecía más emocionante que dormir. Se sentía una imbécil. Una imbécil cabeza hueca, una niña atolondrada que veía el mundo a través de cristales rosas.

Habían pasado las horas diurnas practicando magia. Se habían reído juntos ante sus errores y habían celebrado sus éxitos. Pero no todo era diversión. En los últimos tres días, Tennyson la había adiestrado en magia rudimentaria con tanta insistencia que Kristin ya no quería volver a ver su varita.

La parte superior de esta le asomó por el bolsillo.

—No lo pensaba en serio —dijo Kristin con voz cansada. Su varita no estaba exactamente viva, pero parecía poder leerle la mente. Cuando no conseguía dominar la magia, la varita se quedaba tesa y fría entre sus manos; sin embargo, cuando las cosas funcionaban, la varita parecía una extensión de su cuerpo, cálida y grácil. Y a veces, como ahora, le recordaba la carga que había heredado.

No, no era una carga. Kristin adoraba la magia, y le encantaba formar parte de ese mundo nuevo. Pero ahora los peligros que la amenazaban le daban miedo.

Dejándose caer sobre el banco de la mesa de picnic, se sujetó la cabeza con las manos. Estaba cansada. Cansada de practicar, cansada de comer al aire libre (por mucho que Tennyson dijera que así la comida sabía mejor), cansada de las duchas tibias y, por encima de todo, cansada de la tienda de campaña. Odiaba esa cosa. No había suficiente sitio para estirarse, vestirse o relajarse. Miró con furia el iglú de plástico que reposaba en la esquina del campamento. En pocos segundos, algo se iluminó en el interior.

Kristin respiró hondo.

—Control —dijo exhalando—. Control.

La luz desapareció. Otra crisis evitada.

Tennyson apareció en el camino con una toalla colgada del cuello. Sus piernas largas se extendían bajo los pantalones cortos, y la camiseta se le pegaba al cuerpo, mostrando todos sus músculos. Tenía el pelo húmedo, aunque una onda rebelde ya empezaba a reafirmar su autoridad. Kristin se moría por pasarle los dedos por la melena oscura.

Tennyson se frotó la cabeza con la toalla, despeinándose.

—Pensaba que estabas practicando.

—Estaba practicando —replicó Kristin. Alargó la mano hacia detrás y le mostró una piedra con forma de pájaro—. Y he terminado.

Tennyson silbó suavemente.

—Perfecto. Un pájaro. Son difíciles de agarrar, se mueven muy rápido. Tienes más talento del que pensaba. La próxima vez te pediré algo difícil de verdad, como un mosquito —dijo Tennyson. Tocó la roca con la mano, que se transformó en un gorrión y salió volando—. Buen trabajo.

—Sí, pero casi quemo la tienda —suspiró Kristin.

Tennyson echó un vistazo al iglú y asintió.

—Lo importante es el «casi». Tú eres la única que puede controlar tus poderes. —Le puso la mano bajo la barbilla y le inclinó la cabeza hasta que Kristin se encontró mirándole a la cara—. Se te ve triste.

—¿De qué me sirve petrificar mosquitos? Soy una inútil —dijo ella llena de frustración.

—Estás agotada. Has hecho más magia en tres días que la mayoría de *arcanae* en tres meses —la consoló Tennyson. Trepó sobre la mesa y se sentó detrás de Kristin. Apoyó los dedos en sus hombros y empezó a masajear.

—Mmmhh.

Kristin solo se sintió capaz de suspirar con alivio. Quería deshacerse sobre él, dejar que sus dedos la disolvieran hasta que no quedara más que un charco.

—Creo que necesitas un descanso. Basta de magia por hoy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Kristin, tan rápido que Tennyson se rio.

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

—Nada. No, un momento; más de lo que estás haciendo ahora —dijo ella. Dejó caer la cabeza hacia delante mientras Tennyson recorría su columna vertebral, con un tacto firme y penetrante.

El volvió a reír.

—La ducha ha sido casi curativa. ¿Qué te parece si ahora vas tú?

—¿Hay agua caliente?

—No exactamente.

—Paso.

—Odias las acampadas con pasión.

—Nunca había acampado en mi vida. Entiendo que haya gente que disfrute de la naturaleza, pero no es para mí —dijo Kristin. Volvió a suspirar cuando Tennyson empezó a masajear un nudo de nervios—. Tal vez si me hubieran acostumbrado ya de pequeña...

—Ya, porque ahora eres una anciana, claro —sonrió Tennyson. Le dio un beso en la parte superior de la cabeza y bajó de la mesa—. ¿Te sientes mejor? ¿Crees que puedes afrontar una investigación sobre nuestro amigo?

—Siempre y cuando no tenga que usar magia —dijo Kristin. Estiró los hombros y se levantó. El masaje, aunque breve, había funcionado—. Deja que me ponga algo que no sea ropa de deporte y podemos irnos.

Diez minutos más tarde, con el pelo en una coleta, Kristin abrió la cremallera de la tienda y emergió con un par de pantalones piratas y una camiseta de tirantes. Una blusa desabrochada se agitaba con la brisa del océano.

—Bueno, por mucho que lo intentes, sigues sin tener aspecto de contable —afirmó Tennyson tomándola de la mano. Se le había secado el pelo, y las ondas desordenadas seguían tentándola.

—No pasa nada, tú tampoco pareces un historiador —dijo, y sonrió ante su mirada cobriza—. ¿A dónde vamos primero?

—Se me ha ocurrido que podríamos visitar a tus tías y averiguar lo que han descubierto. Ya las he llamado.

—Suena bien.

—De acuerdo, un momento —dijo apretándole la mano con fuerza—. Esta vez pago yo el viaje.

El brillo que ahora conocía tan bien y que acompañaba todas las apariciones la envolvió, pero no sintió el consumo de energía. Se quedó sin aliento, notó una breve ingravidez y, en un instante, volvía a tener tierra firme bajo los pies. Miró a su alrededor. Estaban en un armario.

—Un sitio encantador. Pasemos aquí las próximas vacaciones —dijo Kristin, haciendo una mueca.

—Ay, mujer de poca fe —exclamó Tennyson. Abrió la puerta y salieron del armario.

Kristin estaba rodeada de edificios coloridos, como recién sacados de un libro de cuentos. Un tiiovivo gigantesco, un castillo de cuento de hadas y elefantes voladores

llenaron su campo de visión. Tras el castillo, una montaña. Pero no una montaña cualquiera: esta tenía un montón de vías entrando y saliendo por varias cuevas.

—¿Disneyland? —dijo Kristin incrédula—. ¿Nos has trasladado a Disneyland? Me encanta este sitio, ¡pero no puedes hacer abracadabra y colarnos en el parque!

—Es la entrada mágica. Espera un minuto —dijo Tennyson. Respiraba profundamente, pero no parecía tan agotado como Kristin cuando viajaba diez metros. Y ella iba sola.

Efectivamente, una trabajadora del parque se les acercó; llevaba un vestido bávaro, una sonrisa afectuosa y una chapa con su nombre: Brandi.

—Bienvenidos al reino mágico. ¿A quién debo cobrarle la visita?

—Tennyson Ritter —dijo este, mirando a Kristin con una ceja alzada, como si dijera «ya te lo dicho».

Brandi sacó un portapapeles.

—¿Dos?

Kristin se quedó mirándola. ¿De dónde había sacado Brandi el portapapeles?

—Sí, gracias.

—No, gracias a usted, señor Ritter —dijo, y les dio dos entradas—. Disfruten de su estancia —añadió Brandi. Hizo un gesto de despedida con la mano y se alejó.

Tennyson se guardó las entradas en el bolsillo.

—¿Lo ves? No infringimos la ley.

—Un momento, ¿me estás diciendo que esa chica era *arcanae*? —quiso saber Kristin. Miró hacia Brandi, que estaba entrando en el armario.

—Pues claro. Ya te he dicho que tenemos a gente trabajando en todos lados. No podemos dejar que los *arcanae* vayan a donde les venga en gana sin pagar entrada. No sería justo.

Bueno, eso explicaba lo del portapapeles.

—Tus tías deberían de estar por aquí, en algún lado —dijo Tennyson, escudriñando la multitud—. Ahí están.

Las tres mujeres estaban saliendo de la atracción de Peter Pan. Lily fue la primera en verles.

—¡Kristin! ¡Tennyson! Que sorpresa tan maravillosa. Me alegro de que hayáis podido venir —dijo, y le dio un beso a Kristin en la mejilla.

—¿Disneyland? —preguntó Kristin, todavía estupefacta.

—Este sitio nos encanta —exclamó una alborozada Rose—. Mira a tu alrededor.

Kristin obedeció a su tía y se dio cuenta de que estaba rodeada de niños; algunos lloraban, otros estaban enfurruñados, pero la mayoría mostraban amplias sonrisas y se reían a carcajadas, con la emoción brillándoles en los ojos. Los padres les llevaban de las manos, empujaban sus cochecitos, sostenían globos y helados. Kristin se concentró con más fuerza. Cientos de coronas doradas diminutas aparecieron sobre la gran mayoría de niños y un número considerable de adultos. Pero, cuando intentó concentrarse en los deseos, no fue capaz de oírlos.

—¿Has visto? Creen que desean algo, pero sus deseos se desvanecen cada vez que miran a su alrededor —dijo Lily sonriente—. Aquí no tenemos que cumplir deseos, porque el parque lo hace por nosotras. Nos limitamos a disfrutar de ver a los niños felices...

—Y a los adultos —interrumpió Rose.

—A los adultos también —dijo Lily asintiendo—. Sus fantasías se cumplen en este lugar.

—Así que para vosotras venir aquí es como unas vacaciones —comentó Kristin.

—Por no hablar de lo divertido que es el parque. Me encantan las atracciones y, ahora que estáis aquí, por fin alguien puede acompañarme a la Space Mountain —dijo Violet juntando las manos—. Vamos.

Pasaron las siguientes dos horas paseando por el parque, montando en atracciones y actuando como si fueran gente normal. Tennyson llevaba a Kristin de la mano al andar; de vez en cuando le acariciaba los nudillos con el dedo gordo. Con cada caricia, Kristin se sentía más relajada y a salvo. Al lado de ese hombre, Kristin había encontrado fuerza y seguridad. Aunque la hubiera obligado a acampar.

Cuando alcanzaron la montaña rusa, el grupo se detuvo. Un nubarrón de seriedad descendió sobre ellos.

—Supongo que no todo puede ser ocio —suspiró Rose.

—Venga, pónos en la cola con nosotros —dijo Violet a sus dos amigas—. Hay una salida en el interior, no tenéis que montaros en la atracción. Pero así podemos charlar mientras esperamos.

El grupo se unió a la cola y la conversación se volvió taciturna. Lily puso un hechizo a su alrededor para que nadie más pudiera oírles.

—Me temo que no hemos averiguado gran cosa —dijo.

—Queríamos saber si habéis descubierto algo nuevo sobre el chico —dijo Tennyson.

—Lo intentamos, pero solo encontramos nimiedades —añadió Rose, y chasqueó la lengua—. Elenka siempre actuaba con el máximo secretismo, incluso después de que la capturáramos. Mantuvo su embarazo en secreto hasta que dio a luz.

—¿Cómo es posible? —preguntó Kristin.

—Casi todo es posible si lo planeas con cuidado —dijo Violet—. Y a Elenka se le daba muy bien planificar.

—Pero el Consejo descubrió lo del bebé. El pequeño Ivan fue al colegio cuando alcanzó la edad correspondiente, aunque en cuanto cumplió la mayoría de edad desapareció del radar del Consejo.

—¿Qué sabemos del padre? —quiso saber Tennyson—. ¿Qué fue de él?

—Recibió una amonestación del Consejo y perdió su puesto de trabajo. Ya no podían confiar en él, pero Elenka lo tenía bien adiestrado. El padre se convirtió en un intermediario entre ella y su hijo. Consiguió visitar a Ivan en el colegio y se las arregló para enseñarle al niño cómo ir a ver a su madre —dijo Lily, sacudiendo la cabeza—. Murió intentando escapar de los centinelas durante una de sus visitas al colegio. Ivan tenía doce años por aquel entonces.

—¿Qué es eso de los centinelas? —preguntó Kristin, frustrada por su continua falta de conocimientos.

—Son las fuerzas de elite, actúan como la policía del mundo *arcanae* —explicó Tennyson—. No solemos necesitarlos a menudo. Son un grupo que guarda sus secretos. —Se volvió hacia Lily—. ¿Estaban los centinelas vigilando a Ivan?

Lily asintió.

—El Consejo sabía que Elenka había encontrado una forma de mantenerse en contacto con él. Querían descubrir cómo lo hacía y detenerla antes de que influenciara más al chaval.

La historia de la infancia de Lucas despertó cierta compasión en Kristin, pero se sacudió mentalmente para quitarse la idea de la cabeza. Lucas era responsable de las decisiones que había tomado.

Rose frunció el ceño delicadamente.

—¿Os acordáis de que nos pedisteis información sobre un hechicero? ¿Lucas Reynard? El Consejo no tiene a nadie con ese nombre en los archivos. Intentaron buscarle, pero no hay ningún domicilio registrado, ni propiedades, ni ninguna otra información. Y nos acusaron de hacerles perder el tiempo.

—Pues el tipo existe, no hay duda —masculló Tennyson.

—¿Quién es? —preguntó Lily.

—Es el hijo de Elenka —dijo Kristin.

—¿Y qué pasa con ese Dimitri del que tanto hablabas? —preguntó Violet.

—Nos equivocamos de hombre, se limita a trabajar para el otro cabronazo —dijo Tennyson.

—Pensamos que ha estado usando un nombre falso —añadió Kristin, antes de que las tías pudieran reprender a Tennyson por su vocabulario—. Pero todavía no tenemos pruebas de que Lucas e Ivan sean la misma persona.

—Aunque sí hemos descubierto algo curioso —dijo Lily—. Parece ser que el padre de Elenka se llamaba Lucas —explicó. Cuando los demás se quedaron mirándola, Lily se encogió de hombros—. Estas cosas se me quedan en la memoria. No demuestra nada, pero... —Volvió a encogerse de hombros.

—¡Cielo santo! ¡Elenka Liska! —exclamó Rose. Miró al resto del grupo como si la entendiesen por telepatía.

—Vas a tener que darnos más detalles —dijo Violet.

Rose les apuntó con el dedo uno por uno.

—«Liska», en checo, significa «zorro».

—Y «reynard» significa «zorro» en francés —dijo Tennyson con un tono gélido.

—Para mí eso basta como prueba —dijo Kristin.

Se quedaron en silencio mientras la cola avanzaba. La salida de la montaña rusa les quedaba a la derecha.

—No sé por qué, pero se me han pasado las ganas de divertirme —musitó Rose.

¿Diversión? Kristin estaba dándole vueltas a la información que le habían proporcionado las tías. Seguían sin tener pruebas concluyentes que demostraran que Lucas era Ivan, pero sus instintos le decían que así era. Si estaba intentando atraer *arcanae* a su causa...

Kristin se volvió hacia Tennyson.

—Tenemos que averiguar si han llegado rumores de algo al Consejo, indicios de descontento...

—Pensaba que hoy teníamos el día libre —dijo Tennyson, envolviéndola con el brazo.

—Ya lo sé, pero no puedo pasármelo bien si Lucas está planeando algo.

—Yo tampoco. Vámonos.

—De aquí no se va nadie hasta que me haya montado en la maldita montaña rusa —soltó Violet—. Nunca consigo montarme porque esas dos son unas gallinas.

—Te he oído —dijo Rose sonriendo.

—Yo me voy con Rose —terció Lily—. Os esperaremos a la salida y entonces podemos seguir con esta conversación —añadió. Las dos mujeres se deslizaron por el torniquete y abandonaron el edificio que alojaba la montaña rusa cubierta.

Violet carraspeó con indignación.

—Por lo menos vosotros dos no habéis desertado.

Kristin sonrió.

—No te decepcionaría por nada en el mundo —dijo, y esperó que pudiera mantener su palabra.



Una hora más tarde, Tennyson y Kristin estaban en el vestíbulo del hotel La Jolla. Tennyson se acercó al mostrador.

—¿Hay algún mensaje para Tennyson Ritter?

El recepcionista tecleó algo en el ordenador y asintió.

—Tiene varios mensajes. Espere un momento, por favor —dijo. Desapareció y volvió a los pocos minutos con una colección de sobres—. Aquí tiene. ¿Puedo hacer algo



más por usted?

—Sí, ¿podría solicitar al servicio de habitaciones que nos manden dos cenas a la habitación setecientos uno? Langosta. Y agua mineral, a ser posible.

—Por supuesto. ¿Qué acompañamiento querrán con la langosta? ¿Patatas *parmentier* o al horno?

Tennyson se volvió hacia Kristin.

—¿Patatas al horno?

Kristin asintió, no sin cierta confusión. Zack seguía acomodado en una de las suites del hotel, porque la policía todavía no le había dado el visto bueno para volver a su casa. Pero ¿cómo podía Tennyson solicitar servicio de habitaciones?

—Muy bien —dijo el recepcionista tecleando.

—Mejor traiga todas las guarniciones —añadió Tennyson.

—Se lo llevaremos a su habitación en media hora.

—Muchas gracias —dijo Tennyson. Le pasó una propina al recepcionista, agarró a Kristin del brazo y se fueron hacia los ascensores.

—¿A dónde vamos? —preguntó Kristin.

—A la habitación.

—¿Tenemos una habitación aquí?

—Sí. ¿Cómo pretendes que reciba mensajes aquí si no tengo una habitación reservada? —dijo Tennyson, y pulsó el botón del ascensor. Cuando se abrieron las puertas dejó que Kristin subiera primero.

Kristin casi podía notar cómo le subía la presión sanguínea.

—¿Me estás diciendo que todo este tiempo, mientras me tenías viviendo en una tienda de campaña, tenías una habitación en La Valencia?

—Sí.

Las puertas se cerraron. Kristin se había quedado con la boca abierta de la incredulidad. Había odiado cada segundo de la acampada, y él lo sabía.

—Me has obligado a vivir en esa claustrofóbica, repugnante...

Tennyson le puso un dedo en la boca.

—Aquí no te podría haber mantenido a salvo. La habitación servía para despistar a cualquiera que nos buscara.

—Pero la...

—Lo siento. Necesitábamos un sitio para practicar y ciertas garantías de seguridad. En el hotel no habríamos tenido ninguna de las dos cosas —dijo, y le dedicó una sonrisa traviesa—. Pero ahora que sabemos quién es el malo de la historia, puedo poner una alarma que nos avise si se acerca. Podemos quedarnos aquí.

Sonó una campanilla en el ascensor cuando llegaron a su piso. Tennyson volvió a dejarla pasar primero.

—¿Por qué no te das un baño? ¿Un baño largo, lujoso y caliente? —sugirió mientras deslizaba la tarjeta del hotel por la ranura electrónica de la puerta.

—¿Un baño? —La idea de sumergirse en una bañera de agua caliente le quitó las ganas de discutir. Tennyson tenía razón: al fin y al cabo, la había mantenido a salvo. Y un baño...—. Muéstrame el camino.

Él se rio por lo bajo.

—Por allí. Y tengo un regalo para ti —dijo, y sacó una bolsa decorada con personajes de Disney.

Kristin frunció el ceño y abrió el paquete. Un bote de «Espuma de baño para princesas». Se echó a reír.

—Pienso usarlo ahora mismo, ¿eh?

—Para eso lo he comprado.

—Gracias —dijo Kristin. Cerró la puerta del baño tras ella y abrió el grifo.

—Ya te avisaré cuando llegue la cena —dijo Tennyson desde la habitación.

—De acuerdo —replicó ella. Echó parte del líquido rosa en la bañera y el agua se llenó de una espuma de olor afrutado. Era justo lo que necesitaba.

Se desvistió y dejó su ropa en el suelo. No sabía qué se iba a poner cuando saliera de la bañera, pero ahora no quería molestarse en doblar las prendas. Se metió en el agua caliente decidida a olvidar los recientes sucesos y suspiró; al sumergirse en el baño, las burbujas le llegaban hasta el cuello.

—Hay un mensaje para ti —dijo Tennyson desde el otro lado de la puerta.

—Tráemelo.

Él entró en el baño, que estaba lleno de vapor, y se quedó quieto, examinándola.

—Maldita sea. No voy a comprarte espuma de baño nunca más.

—¿Por qué no?

—No veo nada —dijo Tennyson con una sonrisa pícara.

—Pues no me das ninguna pena; además, me encantan los baños de burbujas —contestó Kristin, sacando una pierna del agua y dejando que las pompas de jabón se le deslizaran muslo abajo.

—Eso es ser cruel por gusto —se quejó Tennyson—. Podría sacar la varita y...

—Ni se te ocurra. Te he dicho que me gustan los baños así —dijo Kristin. Se incorporó un poco, procurando mantener las partes importantes bajo la espuma, y se secó las manos en la toalla que había al lado de la bañera—. ¿Dónde está mi mensaje?

—Toma —dijo Tennyson, entregándole un sobre.

Alguien había escrito su nombre con una letra bonita, casi caligráfica. Llena de curiosidad, rompió el sello y miró quién firmaba.

—Es de Lucas.

Tennyson puso cara de mal humor.

—¿Qué quiere?

Kristin leyó el mensaje a toda velocidad.

—Cenar conmigo mañana por la noche. En su casa.

—¿Dónde está su casa?

Kristin repasó la nota.

—No pone la dirección. Dice que pasará a buscarme a las siete en punto.

—No puedes ir.

—¿Por qué no?

Tennyson entornó los ojos.

—No puedes acudir a una cita con él.

—No sería una cita, solo iría a cenar. A su casa. Puedo descubrir dónde vive y ¿quién sabe lo que puedo averiguar?

—Es demasiado peligroso —dijo él sacudiendo la cabeza.

—Lucas no sabe que sospechamos de él.

—Y yo no sé dónde vive —replicó Tennyson, andando arriba y abajo por el baño—. No podría acudir en tu ayuda si lo necesitaras. Lo más probable es que su casa esté oculta. Ni siquiera el Consejo ha oído hablar de él, o de la construcción de su casa. Si te pasara algo... —Se interrumpió como si se hubiera atragantado.

—No me va a pasar nada —dijo Kristin alargando la mano hacia él.

Tennyson carraspeó.

—No puedes saberlo.

Kristin suspiró.

—¿Estamos de acuerdo en que Lucas es una amenaza para el mundo *arcanae*?

—Sí.

—Entonces tengo que ir. Ahora mismo soy la única que puede llegar hasta él.

Alguien llamó a la puerta de la habitación, interrumpiendo su discusión.

—Ve a por la cena, yo saldré en seguida —dijo Kristin, echando a Tennyson del baño

discretamente.

En cuanto este desapareció, Kristin salió de la bañera. Lo cierto era que no se sentía tan valiente. No tenía los poderes necesarios para enfrentarse a una amenaza como Lucas ella sola. Por lo menos todavía no. Tres días de prácticas no eran lo mismo que una vida entera dedicada a la magia. Pero tenía un día para planificar sus acciones.

Y se le daba muy bien hacer planes.

# Capítulo 21

## A veces la verdad es un estorbo

Kristin admiró el suelo de mármol verde, que resplandecía bajo el candelabro de la entrada.

—¿Qué te parece? —preguntó Lucas. Le puso una mano en la parte baja de la espalda para guiarla por el recibidor.

Las paredes tenían un tono rojizo esponjado sobre una base de color naranja quemado. Una escalinata ascendía hacia el segundo piso y una claraboya abovedada enorme adornaba el techo.

—Impresionante —elogió Kristin. Se obligó a poner cara de admiración, aunque en realidad se sentía frustrada. Cuando Lucas había pasado a buscarla, ella había intentado memorizar los nombres de las calles o, por lo menos, alguna indicación de dónde estaba la casa, pero todos los detalles habían desaparecido de su mente y no se acordaba de nada. No fue hasta que buscó una huella mágica cuando se dio cuenta de que la casa estaba protegida. Lucas no se fiaba de ella. Era un tipo listo—. Los colores son tan vibrantes y extraordinarios.

—La sangre de buey es lo que le da vida al rojo.

—¿Literalmente? ¿Sangre de buey?

—Sí. El proceso es más caro, pero vale la pena invertir en ello —comentó, mientras pasaba una mano por la pared—. Es hermoso.

—Ajá —contestó Kristin. El color era bonito, pero no estaba muy convencida de si ella querría untar las paredes con sangre.

—No tan encantador como tú, por supuesto —susurró Lucas. Tomó la mano de Kristin y le besó el dorso—. Estás radiante.

—Gracias. He ido de compras esta mañana —dijo Kristin, alisando la parte delantera de su nuevo vestido negro.

—Es un honor que me consideres digno de un vestido nuevo. —La condujo hasta un salón gigantesco; la pared oeste estaba hecha de cristal.

Kristin lanzó su magia alrededor y sintió que un cosquilleo poderoso se la devolvía. Se concentró en su paradero: nada. No se acordaba de si habían conducido hacia el norte, pero suponía que así era. No creía que hubiera lugares con vistas tan espectaculares al océano entre San Diego y la frontera mejicana, ni colinas como la que elevaba esa casa.

El sol se estaba poniendo, y la luz anaranjada daba más calidez a las paredes. Kristin pensó que en cualquier momento las paredes empezarían a ondularse, como si fueran el estómago de un monstruo.

—¿Champán?

La pregunta distrajo a Kristin de sus imaginaciones.

—Sí, gracias —contestó, y se acercó a la ventana. La vista ininterrumpida estaba salpicada por las luces de las casas que había debajo, entre ellos y el mar. Si conseguía recordar la vista, tal vez más tarde podría volver a encontrar a Lucas—. ¿Celebramos algo?

—Por supuesto, celebramos la inauguración de mi casa. Ya no soy un nómada —dijo entregándole una copa que llenó con las burbujas doradas de Dom Perignon.

—Pero esta no es la fiesta de inauguración de la casa, ¿no? —quiso saber Kristin, infundiendo un poco de pánico a su voz—. No te he traído ningún regalo. No me has avisado de que esta fuera la fiesta a la que nos invitaste a todos...

Lucas rio en voz baja, claramente divertido por su reacción.

—No, no, tu presencia ya es un regalo para mí. Quería que fueras la primera en visitar la casa.

—Me siento halagada, pero no sé por qué merezco ese honor.

—Eres demasiado modesta. Quiero que te guste mi casa, que aquí te sientas cómoda.

Kristin volvió hacia Lucas y le puso una mano en el brazo.

—Lucas, te estás tomando mi visita muy en serio. Ya te dije que no estoy lista para una relación. Mi vida...

—Silencio —la interrumpió él levantando una mano—. Todo eso ya lo sé. Solo quería recordarte lo que quiero cuando estés lista.

Era carismático, Kristin tenía que admitirlo. Sus modales rezumaban sofisticación y madurez. Su caballerosidad y su dinero encandilarían a cualquier mujer con facilidad. Aunque no a Kristin, claro. Se permitió un momento de satisfacción vanidosa y sonrió genuinamente.

—Mucho mejor —dijo Lucas—. Ven. Permíteme que te muestre el resto de la casa.

Lucas tomó la copa de Kristin y la dejó al lado de la suya, sobre el mármol de la barra que había a un lado de la habitación.

Kristin nunca había visto una casa tan ostentosa. La cocina era vasta, y pedía a gritos un ejército de cocineros trabajando febrilmente. El primer piso albergaba una biblioteca, una sala de proyecciones y un gimnasio. En el piso de arriba había cuatro dormitorios, una sala de estar y el baño más suntuoso que Kristin hubiera visto jamás; incluía una bañera a ras de suelo en la que cabrían dos personas, una ducha doble con hidromasaje y ducha de vapor, una sauna y una sala de masajes conectada al dormitorio principal. Aunque también podía ser que Kristin estuviera predispuesta a dejarse impresionar por un cuarto de baño tras su reciente experiencia con las acampadas.

Al final del pasillo del piso de arriba había otras escaleras que bajaban.

—¿A dónde van esas escaleras?

—A la cocina —respondió él con un gesto—. Es la escalera del servicio. No hay ninguna necesidad de verles deambulando por la casa.

En el mundo de Lucas eso tenía sentido. Aunque no había visto a nadie, asumía que una casa de ese tamaño debía requerir personal de servicio. Lucas no tenía aspecto de fregar su propio suelo.

Al lado de la escalera había un elaborado trampantojo pintado en un arco.

—¿Y esa pintura? —preguntó Kristin, señalando el retrato realista de unas escaleras que ascendían a un supuesto tercer piso. Estaba hecho con mano experta, y llevaba la vista hacia la parte superior de las escaleras imaginarias. La representación de las sombras y la luz creaba el efecto de las tres dimensiones, y la perspectiva estaba hecha con tanta precisión que engañaba la vista. Incluso había una cesta con cojines de colores brillantes en el tercer escalón, como si la hubieran dejado allí para subirla más tarde.

Lucas sonrió.

—Un toque de extravagancia. Creo que todas las casas deberían tener uno.

—Me parece encantador.

Terminaron el paseo por la casa en el salón. Lucas recuperó la copa de champán de la barra y se lo devolvió a Kristin.

—¿Qué te parece?

—Es una casa fabulosa. Creo que nunca he visto algo tan bonito.

—¿Pero también te parece habitable?

—Sin duda. Habría que estar muerto para no disfrutar de todas las comodidades.

—Gracias —dijo Lucas inclinando la cabeza—. Me esforcé por hacerla encantadora y acogedora a la vez. Me gustaría fijar aquí mi residencia y asentarme. Casarme. Tener hijos... —Fijó la mirada en Kristin.

Esta buscó una vía de escape en su copa. El trago de champán no alivió su incomodidad. Debía jugar el papel de doble agente, aunque no tenía demasiadas dotes

de actriz. Pero supuso que tendría que esforzarse si quería engañar a Lucas. Kristin se paseó por la habitación.

—No me has contado demasiado sobre tu pasado.

Lucas se acomodó en un sofá de cuero marrón rojizo y la siguió con la vista.

—No hay demasiado que contar.

—No me lo creo. ¿Dónde aprendiste tantas cosas? Pareces saber muchísimo sobre mi papel de hada madrina.

Lucas se quedó en silencio un instante.

—Mi madre fue una de las elegidas; un hada madrina, como tú las llamas.

Kristin arqueó las cejas, como si esa información la sorprendiera.

—¿En serio? ¿Cómo se llamaba?

—Ahora ya no importa.

—Suenas triste.

Observándola atentamente, Lucas empezó a darle vueltas a su copa con los dedos, poco a poco.

—Entregó su vida por la causa en la que creía.

Kristin fue hacia él y le puso una mano en el brazo.

—Parece que era una persona muy noble. ¿Ocurrió en Francia?

—Así es. Yo me crié en las montañas. Mi madre me enseñó a usar mis poderes de hechicero para influir en la tierra y sus elementos, justo antes de que el Consejo la restringiera y a mí me mandaran a un internado —dijo Lucas. Su mirada se endureció.

—Mis padres ni siquiera sabían que existiera la magia.

A Kristin le llamó la atención un movimiento que detectó por el rabillo del ojo. Vestido con vaqueros negros y un jersey de cuello alto, Dimitri estaba de pie en la entrada del salón.

—¿Señor?

—¿Sí? —respondió Lucas volviéndose hacia él.

—La cena está lista —dijo Dimitri. Un ligero tono gutural hizo pensar a Kristin en la estepa rusa.

—Excelente —dijo Lucas, ofreciéndole el brazo a Kristin—. ¿Procedemos? Tráete la copa, disfrutaremos del resto del champán con la cena.

Ella se apoyó en su brazo.

—¿Dimitri también te sirve aquí? —susurró.

—Es un hombre con muchos talentos, el asistente más leal que pudiera desear. El primero de muchos. Trabaja para mí a todas horas.

¿Había más? Interesante.

—Debes de conocerle desde hace tiempo...

—Dimitri se unió a mi servicio antes de que me mudara a los Estados Unidos —dijo Lucas retirando una silla para Kristin—. Hay muchos como él en nuestro mundo; *arcanae* que buscan un nuevo líder, un nuevo orden.

—¿De verdad? ¿Qué tiene de malo el orden actual?

Lucas se rio entre dientes.

—Siempre se me olvida lo nuevo que es nuestro mundo para ti. No conoces la historia del funcionamiento de la sociedad *arcanae* —respondió Lucas, sentándose a la mesa—. ¿Te das cuenta de que somos una sociedad escondida? Siempre en secreto, como si tuviéramos algo que ocultar, algo de lo que avergonzarnos.

—No había pensado en ello desde este punto de vista.

—Cuando aprendas más, verás que muchos *arcanae* anhelan la libertad de verdad.

—¿Y te consideran su líder?

Lucas inclinó la cabeza modestamente.

—Me otorgan ese honor, sí. Pero no afirmo tener el poder absoluto. Hay otros que son... o serán... mucho más poderosos que yo —dijo levantando la copa en su

dirección.

—No sé qué decir —musitó Kristin, mordiéndose el labio inferior.

—Siempre tan humilde. Ah, ya llega nuestra cena.

Kristin observó a Dimitri mientras este se les acercaba con boles de ensalada individuales. Primero sirvió a Kristin y luego a Lucas.

—Gracias, Dimitri —dijo este.

Dimitri se inclinó respetuosamente y desapareció de la habitación. Su comportamiento era escalofriante, nunca le sonreía ni se dirigía a ella. Y esa actitud tan formal a Kristin le parecía casi militar. Aunque claro, había pensado esas cosas desde la primera vez que le había visto.

—No es muy amigable, ¿no? —comentó Kristin.

—No le pago para que lo sea. Además, Dimitri sabe que eres una singular, que mereces el mayor respeto posible. No toleraría ningún tipo de mala educación hacia ti.

—No me parece que sonreírme sea de mala educación.

—Ah, todavía eres inocente. No eres consciente de tu importancia, de tu estatus.

Kristin empezó a sentirse incómoda.

—Venga, vamos, soy como cualquier otra persona.

—Pero no debería ser así. Tienes grandes poderes, grandes dones. Deberías ser una líder, alguien a quien la gente admirase y temiera —dijo Lucas, y la señaló—. El Consejo no te ha hablado de eso, ¿verdad?

—No —contestó Kristin, moviendo un trozo de lechuga por el plato con el tenedor. Pensar que podía ser tan influyente la desconcertaba.

—Pues claro que no. Tienen miedo de darte demasiada información —dijo Lucas, apuñalando su ensalada con el tenedor—. Pero tú mereces ser adulada. Eres una singular. Deberías ser una reina.

Oh, no. Kristin no desearía jamás llevar la vida de una reina. Se llevó un poco de lechuga a la boca, con la esperanza de que Lucas interpretara su silencio como muestra de que estaba considerando la idea. Se jugaba muchas cosas.

—¿Te sorprendes? —comentó Lucas sonriéndole—. ¿Acaso el tipo ese, Tennyson, nunca te ha hablado de tu verdadero potencial mágico?

—No. La verdad es que me ha contado muy poco.

—Entonces es un pésimo prefecto. Debería estar ayudándote a realizar logros extraordinarios, no evitando que avances —dijo Lucas, que asintió con complicidad—. Ha sido un lastre para tu progreso, ¿no es así?

Un escalofrío le recorrió la espalda. Tennyson la había ayudado, se había saltado las normas por ella, para enseñarle el alcance de sus poderes. El no había querido que Kristin acudiera a la cena, pero sabía que debía hacerlo. Habían estado discutiendo una extensa lista de posibles desarrollos que podrían darse durante la velada, para que ella pudiera tener respuestas preparadas ante cualquier comentario sobre cualquier tema; y habían estado estudiando cómo podría Kristin usar su magia si lo necesitaba. Pero Lucas no podía saber todo eso. Kristin cerró los ojos; era difícil mantener el engaño, aunque sabía que era capaz de hacerlo. Había demasiado en juego como para fallar.

—Veo que te he angustiado. Perdóname, *chérie*. Lo último que quiero es causarte consternación. Pero quiero que comprendas que eres especial, que nadie debería infravalorarte —dijo Lucas. Dio una palmada y Dimitri apareció al cabo de un momento—. Retira todo esto y sírvenos el plato principal.

—Ahora mismo, señor —contestó el mayordomo.

Kristin buscó fuerzas en un sorbo de champán.

—Hay tantas cosas que tengo que asimilar.

—Necesitas a alguien en quien puedas confiar, alguien que no tema tus poderes. Alguien que te guíe hacia la supremacía que hay en tu interior.

—Tú —dijo Kristin, dirigiendo la mirada hacia Lucas.

—Esa es una decisión que solo tú puedes tomar, pero estaría más que dispuesto a servirte y a mantenerme a tu lado como consorte —afirmó, y levantó el vaso—. Ya sabes lo que siento por ti.

—Lo sé.

—Juntos podríamos elevar a los *arcanae* al lugar que se merecen, por encima de los terrenales. No deberíamos escondernos de esos seres débiles, como cree el Consejo. —Escupió la palabra «Consejo» como si fuera una imprecación.

Habían llegado al momento crucial de la noche. Kristin ya sabía cómo encajaba en los planes de Lucas, pero tenía que descubrir más.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros dos contra el Consejo? Dudo que mi poder dé para tanto.

Lucas se rio entre dientes.

—Hay muchos *arcanae* que piensan como nosotros.

Dimitri reapareció con la cena. Filete *mignon*, espárragos verdes y patatas nuevas servidas con una salsa de color marrón claro llenaban sus platos. La comida tenía un aspecto delicioso, pero Kristin había perdido el apetito.

—No estamos solos —continuó Lucas—. Dimitri, sin ir más lejos, es uno de los muchos seguidores que he conseguido. ¿No es eso cierto, Dimitri?

—Sí, señor —dijo Dimitri. Se volvió hacia Kristin e hizo una pequeña reverencia—. Sería un honor servirla a usted también, honorable singular.

¿Honorable singular? En ese momento, Kristin pudo echar un vistazo tras el revestimiento austero de Dimitri y vio al rufián que se escondía tras la apariencia refinada del lacayo. Kristin se tragó la bilis que le ascendía por la garganta. Dimitri abandonó la sala.

—Sabes cuál es tu destino —afirmó Lucas—. Puede que todavía seas joven, pero con el apoyo adecuado podrías ser la madre de una larga dinastía monárquica.

Kristin empujó el plato que tenía delante.

—¿No tienes hambre?

—No creo que pueda comer. ¿A cuántas mujeres se les ofrece el mundo de modo tan literal? —dijo con una risa nerviosa.

—Estás abrumada. Lo comprendo. Te he dado mucho sobre lo que pensar.

—No sé qué decir —confesó Kristin. Su voz sonaba más baja de lo que esperaba.

—Di que asumirás el cargo que se te ofrece. Di que te unirás a mí en la lucha por alcanzar la posición que merecemos, por ganarnos nuestro lugar, nuestro lugar al mando del mundo. Di que aceptarás tu destino.

—Tengo que pensarlo —contestó ella. Tenía que salir de allí. Inmediatamente.

—Lo comprendo. Haré que te preparen una habitación.

La sorpresa la invadió.

—¿Aquí?

—Pues claro, *ma chérie*. No podemos arriesgarnos a que tu prefecto se entere de todo esto. Forma parte del grupo que quiere controlarte, oprimirte, ponerte en tu sitio.

—Dio otra palmada y Dimitri se presentó a su lado en pocos segundos—. Prepara la habitación este para la señorita Montgomery. Y asegúrate de que tenga a alguien para ayudarla en todo lo que pueda necesitar.

Kristin intentó controlar el pánico que sentía. Aunque Tennyson y ella habían discutido lo que podría ocurrir si se descubriera su engaño, no habían anticipado este giro inesperado; su charada seguía intacta y Kristin no era una prisionera, pero estaba cautiva como si lo fuera.

«Síguele la corriente» dijo la voz interior de Kristin. «Haz lo que sea para ganar tiempo hasta que puedas escapar.»

—Lucas, apenas te conozco. Ya sé que puede sonar anticuado, pero no puedo...



—Una parte más de tu encanto, *chérie*. Habitaciones separadas. Mantendremos el decoro hasta el matrimonio. Aunque no puedo decir que no lo espero con entusiasmo.

Obligándose a sí misma a mantener la calma, Kristin respiró hondo.

—¿Esperas que me quede aquí?

Lucas entornó los ojos ligeramente. Dejó su copa en la mesa y juntó las puntas de los dedos de ambas manos.

—¿Acaso eres infeliz aquí?

Kristin se aferró a la primera idea que le pasó por la cabeza.

—Ni siquiera me has dado un anillo.

Lucas se quedó mirándola un momento, y entonces echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Se levantó de la silla y rodeó la mesa hasta alcanzarla.

—Ah, *ma chérie*, tendrás todas las joyas del mundo —dijo Lucas dándole un beso en la coronilla.

Kristin le dedicó una sonrisa.

—No quiero que pienses que soy codiciosa ni nada por el estilo.

—Nunca —afirmó ofreciéndole la mano—. Ven. Me temo que me hallo demasiado entusiasmado para comer.

Poniendo una mano entre las suyas, Kristin le siguió hacia la sala de estar. La oscuridad había caído sobre el paisaje y los puntos luminosos de las casas parecían un cielo estrellado a la inversa. ¿Cómo podía tanta belleza existir en presencia de tanta maldad?

—Estas luces me hacen pensar en diamantes —dijo Lucas. Se acercó a Kristin por la espalda y puso las manos sobre sus hombros—. El rey de las piedras preciosas para mi preciosa reina. Iré en su busca para ponerlos en tu anillo.

—¿Diamantes? ¿Estás seguro de que encajan conmigo?

—Por supuesto. Puros, brillantes y altamente valiosos —dijo él. Hizo que Kristin se diera la vuelta—. Diseñaré un anillo magnífico para ti. —Le sujetó la barbilla con la mano y la besó.

Joder. Joder. Joder. Kristin no quería nada de esto; no quería, no quería, no quería. El beso de Lucas la hizo sentirse sucia, y cuando deslizó la lengua dentro de su boca tuvo resistirse a la repulsión absoluta que la invadió. No sentía ninguna calidez en su tacto, y todos sus instintos le decían que se apartara. Pero Kristin lo soportó. Era vital que Lucas no sospechara de ella.

El apretó sus labios contra los de Kristin, presionando su cuerpo contra el suyo suavemente, para que ella notara su excitación. Lucas dejó escapar un suspiro gutural y retrocedió algunos centímetros.

—Ah, mi dulce reina. Pronto disfrutaremos de todos los placeres que debemos negarnos ahora —murmuró. La mano que tenía en su barbilla descendió hasta su clavícula, y luego se deslizó hacia su cintura, con una pausa al lado de su pecho—. Pero por ahora debo darte las buenas noches, antes de que vayamos demasiado lejos.

Kristin no se creía capaz de hablar, así que asintió.

Lucas dio un paso hacia atrás.

—Dimitri.

El mayordomo apareció en la puerta.

—¿Has podido encontrar a una carabina adecuada?

¿Una carabina? Kristin se sentía como si se hubiera transportado al pasado sin querer.

—Sí, así es.

—Entonces acompaña a la dama a su habitación. Asegúrate de que disponga de todo lo que necesite —dijo Lucas antes de dirigirse a Kristin de nuevo—. Buenas noches, reina mía.

—Buenas noches, Lucas —correspondió Kristin. Con alivio infinito, siguió a Dimitri

por las escaleras hacia una habitación en el segundo piso.

La estancia era espaciosa y alegre, y contenía una cama doble cubierta de gruesos almohadones y un edredón dorado. Surrealista era la única palabra para describir la situación. El contraste entre sus emociones y aquel suntuoso entorno era abrumador. Un diván decoraba el espacio delante de una gran televisión y había un escritorio ante un largo ventanal. Desde donde se encontraba, el paisaje se veía completamente oscuro; ni un solo punto de luz indicaba la existencia de civilización en esta dirección. Estaba atrapada en una jaula de oro, aunque... quizás....

La puerta se abrió y sobresaltó a Kristin. Una mujer gruesa de mediana edad acababa de entrar, acarreado un montón de toallas. Tenía el pelo gris y lo llevaba apretado en un moño de aspecto severo; saludó a Kristin con un gesto de cabeza.

—Señorita Montgomery, soy Ilse —dijo. Pronunció la e final como si fuera una a, lo que indicaba que ella también era extranjera—. Espero que todo sea de su agrado.

—Es encantador.

Una sonrisa adusta apareció en la cara de la mujer.

—Estoy a su servicio, señorita. ¿Le gustaría darse un baño?

«Sí, pero no en esta casa.»

—No, gracias.

—Me he tomado la libertad de adquirir ciertas prendas adecuadas para usted —dijo Ilse. Consiguió sujetar las toallas con un solo brazo y abrió la puerta de un guardarropa. Una gran variedad de ropa interior, camisetas y ropa de dormir quedaron a la vista.

—Aquí encontrará camisones. ¿O tal vez prefiere pijamas?

—No, me gustan los camisones —respondió Kristin, sacando un salto de cama elegante y satinado. Al deslizar el material por entre sus dedos la tela brillaba.

—En el armario hay ropa de día. El baño está por aquí —dijo Ilse, abriendo una puerta que daba a su cuarto de baño privado—. En su interior encontrará cualquier cosa que necesite. Por favor, comuníqueme si tiene alguna preferencia en lo que respecta a los jabones y al champú.

—Seguro que lo que hay me vale.

Ilse colocó las toallas en los toalleros que había en las paredes del baño, y entonces se dirigió a la cama y la abrió.

—Mañana podrá indicarme que más desea en la habitación. Por favor, discúlpeme si he omitido algún detalle.

Kristin sacudió la cabeza.

—Todo parece perfecto.

Ilse asintió de manera seca.

—¿Necesita ayuda para desvestirse?

—Santo cielo, no —contestó Kristin.

—¿Tal vez desea un vaso de leche, o algo para picar?

—No, muchas gracias, Ilse.

—De acuerdo, si me necesita estaré aquí fuera —dijo Ilse. Se dirigió a la puerta y se giró otra vez—. Y, si me permite el atrevimiento, es un placer servir a alguien de su categoría, señorita Montgomery. —Salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

Exhalando profundamente, Kristin se dejó caer sobre la cama. Toda esa atención era suficiente para volverla loca. Por suerte, no creía en todo el bombo que le estaban dando. De acuerdo, era una singular y se suponía que eso significaba que tenía grandes poderes, pero cometía errores tan a menudo como hacia las cosas bien.

—Varita —llamó en voz alta, abriendo la mano. Su varita se materializó sobre la palma. Todavía no había conseguido dominar la habilidad de invocar su varita sin pronunciar la palabra. Observó la habitación, ¿cómo podía salir de aquel lugar?

Hizo presión con sus poderes y recibió un fuerte cosquilleo de magia como respuesta. La casa irradiaba magia.

—*Vení* —dijo señalando un libro con la varita. El libro flotó suavemente desde el otro lado de la habitación y aterrizó en su mano, así que su magia funcionaba en aquel sitio; pero ¿hasta qué punto?

Lucas debía de haber asumido que sus habilidades todavía no estaban desarrolladas. Tennyson había dicho que Kristin progresaba de forma más rápida de lo habitual, pero los poderes todavía eran una novedad para ella. Si el escudo alrededor de la casa funcionaba igual que el que había alrededor del lugar de acampada, Kristin debería de ser capaz de trasladarse a otro sitio. El problema era que nunca había intentado trasladarse a tanta distancia; aun así, era la única idea que se le ocurría, no podía quedarse en esa casa. Tenía que irse mientras Lucas todavía infravaloraba sus poderes. Era imposible que ya sospechara algo, ¿verdad? ¿Era la magia de la mansión capaz de retenerla?

—Venga, concéntrate —se dijo Kristin a sí misma. Visualizó la habitación en La Valencia—. Quiero irme a casa.

Al cabo de un momento, el aire a su alrededor la presionó. Sintió un cosquilleo en la piel y el aliento se le heló en el pecho. Entonces se le nubló la vista. Y desapareció.

# Capítulo 22

## No te olvides de regocijarte

Tennyson andaba arriba y abajo por la habitación. Ya era media noche pasada, ¿dónde estaba Kristin? Debería haber vuelto horas atrás. Vale, tal vez horas enteras no, pero ya tendría que estar de vuelta. ¿Cuánto se podía tardar en cenar? No tendría que haberla dejado ir. Sabían que Lucas no era de fiar. Joder, a Tennyson ya le había desagradado aquel tipo antes de saber que era el malo de la película.

Tennyson sacó un mapa del condado de San Diego. Tal vez podría usar la adivinación para encontrarla, aunque era una técnica inexacta incluso en sus mejores momentos. Podría indicarle una zona en general; un buen escudo bloquearía hasta eso, pero no soportaba la inactividad. Antes, cuando había intentado encontrarla, Kristin había estado fuera de su alcance. ¿Y si estaba en peligro?

Antes de que pudiera invocar su varita, el pomo se agitó y se abrió la puerta de la habitación. Kristin entró tambaleándose. El vestido se le había deslizado por el hombro, dejando al descubierto un tirante de sujetador de encaje negro. Con un grito ahogado, Kristin corrió hacia él y le rodeó con los brazos.

Tennyson la abrazó y ella escondió la cara en su cuello.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herida?

—No —dijo Kristin, hablándole a su cuello.

Tennyson rompió el abrazo a regañadientes. Le sostuvo la cara con las dos manos y la miró detenidamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas y las mejillas sonrosadas.

—No tienes buen aspecto.

—Demasiada magia —dijo, y se pasó la lengua por los labios—. Dame agua.

El la hizo sentarse en la cama. Fue a por un vaso y lo llenó hasta el borde de agua.

—Aquí tienes.

Secándose las lágrimas de la cara, Kristin se bebió el agua a grandes tragos y le devolvió el vaso a Tennyson.

—Mejor. Dame más.

Tennyson se apresuró a rellenar el vaso, con la cabeza llena de preguntas. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué estaba tan agotada? ¿Qué había ocurrido? Ah, cierto, esa última pregunta se la había hecho dos veces. Le dio a Kristin el segundo vaso de agua; se lo bebió a casi tanta velocidad como el primero.

—Tienes que comer algo.

—Supongo que no podrías invocar un plato de galletas de pepitas de chocolate sin chocolate caseras... —suspiró antes de agitar la mano—. Da igual, no hay tiempo. Tenemos que irnos.

—¿Qué?

—No podemos quedarnos aquí. Si tenemos suerte, Lucas no se dará cuenta de que me he ido hasta la mañana, aunque no podemos contar con ello —dijo Kristin. Se levantó de la cama y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—No estás en condiciones de ir a ningún lado. Ahora mismo, tienes menos fuerzas que un cachorro.

—No importa. Sabe que estamos aquí, así que tenemos que irnos. —Tiró de la mano de Tennyson y se inclinó hacia la puerta—. Lo mío no es nada que un poco de tiempo no pueda curar.

—Y comida —añadió Tennyson. Agitó la varita e hizo aparecer un plato con bocadillos.

A Kristin se le iluminó la cara y gimió del hambre. Tomó uno y le hincó el diente. Siguió hablando mientras masticaba.

—Estupendo, comida para llevar. Agarra un par y vámonos.

Tennyson sacudió la cabeza, pero hizo lo que ella le pedía.

—¿Y qué pasa con nuestras cosas?

—Déjalo, ya las recuperaremos en otro momento —dijo Kristin, dándole otro mordisco al bocadillo—. Vámonos ya, por favor.

—¿A dónde? —preguntó Tennyson, haciendo un gesto florido con la varita.

—¿Podemos volver al campamento?

El se preocupó de verdad al oír eso. ¿Kristin quería volver a acampar?

—Dejé el sitio libre esta mañana, ahora lo tendrá reservado alguna otra persona.

Kristin se dejó caer sobre una silla y el bocadillo cayó al suelo, olvidado. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Entonces, ¿dónde podemos refugiarnos?

Tennyson se arrodilló delante de ella.

—Estás asustada de verdad, ¿eh?

Con los ojos abiertos de par en par, Kristin carraspeó y asintió.

Cada músculo del cuerpo de Tennyson le ofrecía consuelo. Dejó el plato de bocadillos sobre la cama.

—Vale. Nos vamos. Hay montones de sitios a los que podemos ir que Lucas jamás encontraría —dijo Tennyson. La agarró de las manos y la levantó—. ¿Tienes fuerzas para viajar?

—Más me vale.

—Pues vámonos. —Agarró uno de los bocadillos de la cama, se lo pasó a Kristin y salieron por la puerta.

—¿A dónde vamos?

—Todavía no estoy seguro —contestó Tennyson mientras repasaba sus recuerdos frenéticamente en busca de un lugar seguro—. Pero nos vamos de aquí.

Incluso una respuesta tan vaga como la suya pareció aliviar el temor de Kristin. Bajaron por las escaleras hasta el aparcamiento y se metieron en el Toyota. Tennyson ni siquiera le preguntó si quería conducir, estaba claro que no sería capaz. Salieron del aparcamiento del hotel y siguieron la elegante calle, puntuada con carteles de tiendas, que les alejaría de La Jolla y les llevaría a San Diego. Y desde allí, ¿a dónde?

Las calles estaban prácticamente vacías. Tennyson conducía sin un destino claro, pero si Lucas estaba usando la adivinación para encontrarles le resultaría más difícil si estaban en constante movimiento.

Pasaron al lado de un hotel que tenía el cartel roto, de manera que era más bien un «ote», aunque el aspecto que tenía le hacía pensar en chinches y cucarachas. No era el mejor sitio para llevarla, después de la experiencia en el campamento. Lo ideal sería encontrar un hostel, un sitio pequeño, íntimo y poco conocido; pero ¿qué hostel aceptaba huéspedes pasada la media noche?

Entonces lo supo. Cruzó dos carriles de golpe y se dirigió a la siguiente rampa de incorporación a la autopista. Le echó un vistazo a Kristin; tenía los ojos cerrados y estaba agazapada, con las piernas al lado.

—¿Kristin? —dijo Tennyson en voz alta.

—¿Eh? —murmuro Kristin. Abrió los ojos de golpe y estiró las piernas—. ¿A dónde vamos?

—A mi despacho. La Academia ya está protegida con su propia magia y es imposible de situar en un mapa, así que Lucas no nos encontrará.

—Pero el terremoto... —empezó a decir Kristin, sentándose con la espalda recta.

—Mi edificio está bien. Puede que encontremos unos cuantos libros por el suelo, pero mi despacho es un lugar seguro. Tengo un sofá, puedes dormir encima.

—Lo que más quiero es una ducha. Me siento sucia —dijo Kristin estremeciéndose.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado? —preguntó Tennyson con delicadeza.

Kristin respiró hondo, con cierta dificultad.

—La casa de Lucas está escondida, y hay un hechizo que confunde de alguna forma

a los invitados. No podía... no puedo recordar cómo llegué o dónde está.

Tennyson asintió.

—Yo tengo las mismas precauciones en mi casa. Tiene sentido que Lucas proteja su guarida.

—Por eso me resultó tan difícil llegar al hotel. El primer traslado me dejó en una casa en La Jolla —dijo Kristin, sacudiendo la cabeza—. Por segunda vez —añadió en voz baja.

—¿Te has trasladado? —preguntó Tennyson mirándola de repente. Kristin era fuerte, pero un viaje de larga distancia era difícil para ella.

—Dos veces. Una vez he descubierto que no estaba en el hotel he tenido que trasladarme otra vez —dijo apoyando la cabeza en el asiento—. Por eso estoy tan cansada.

—¿Por qué crees que Lucas va a querer buscarte inmediatamente?

Kristin torció la boca e hizo una mueca de asco.

—¿Acaso tú no buscarías a tu prometida?

—¿Qué? —exclamó Tennyson. Se giró de golpe hacia ella y el vehículo cambió de carril.

Kristin se aferró al salpicadero.

—¡Eh! ¡No he escapado de casa de Lucas para que ahora me mates tú!

Por suerte, la autopista estaba prácticamente vacía. Tennyson enderezó el vehículo.

—Perdón —dijo. Una furia ardiente se había acomodado en su estómago—. ¿Qué quieres decir con eso de «prometida»? ¿Has aceptado una propuesta de matrimonio?

—En cierto modo —respondió Kristin, pasándose las manos por la cara—. No sabía qué podía hacer.

—No me digas. ¿Cuándo es la boda? —exclamó Tennyson, con la voz llena de rabia. La próxima salida les conduciría a la Academia. Dejó atrás la autopista y empezó a recorrer el camino a través de las colinas cubiertas de matojos de San Diego. Normalmente disfrutaba del viaje, pero ahora apenas podía concentrarse en la carretera.

Kristin puso una cara de incredulidad absoluta.

—No voy a casarme con él, ¿por qué estás siendo tan obtuso?

Porque no quería pensar en Lucas y Kristin juntos. De acuerdo, se estaba comportando como un imbécil, pero no iba a admitirlo. Tomó aire lentamente.

—¿Por qué no empiezas por el principio?

Mientras Kristin hablaba de cuando Lucas había pasado a buscarla, Tennyson se desvió hacia la carretera oculta que solo los *arcanae* podían usar. Condujeron a través de la centelleante cortina de magia que protegía la Academia de los ojos terrenales. Kristin describió la inmensa casa que Lucas se había construido, y el aparente ejército de empleados, o esbirros, que acataban sus órdenes.

—¿Has visto este «ejército»? —preguntó Tennyson rápidamente.

—No, pero Dimitri estaba allí, tan leal como siempre; y había una criada. Y Lucas me habló de los muchos *arcanae* insatisfechos que aceptarían su liderazgo gustosamente —dijo Kristin, y calló un momento—. Y estoy yo.

—¿Tú?

Kristin asintió.

—Lucas quiere que sea su reina.

—¿Reina? —repitió Tennyson, aparcando en su placa de manera un poco más brusca de lo necesario. La furia le hervía en las entrañas. Lucas quería que Kristin fuera su reina—. Eso debe de ser difícil de rechazar.

—No creas —dijo Kristin, bajando del vehículo—. No quiero ser reina, ni mucho menos la suya.

—Pues qué suerte tenemos. —El sarcasmo con el que lo dijo hizo que las palabras

sonaran más hirientes. Se estaba comportando como un cretino y lo sabía, pero no podía contenerse. Agarró a Kristin por la parte superior del brazo y la alejó del vehículo—. Yo solo puedo prometerte un montón de trabajo.

—Ya, porque reinar debe de ser fácil.

—Así que te lo has pensado.

Kristin se zafó de Tennyson y se giró hacia él. Con los puños apoyados en la cadera, lo miró enfurecida.

—¿Qué problema tienes tú ahora?

—No lo sé. Puede que toda esta cháchara sobre la realeza me haga cuestionarme tu honestidad —dijo Tennyson. Sabía que estaba diciendo una idiotez, pero lo dijo de todos modos.

—Estás loco, ¿te enteras? —exclamó Kristin. Echó a andar en dirección contraria y se detuvo a unos cinco metros—. No sé a dónde voy. Aunque claro, si ya no te apetece ayudarme me vuelvo a mi Toyota y ya encontraré un sitio en el que esconderme.

Sin decir palabra, Tennyson pasó de largo de Kristin y se dirigió hacia el campus; no se molestó en comprobar si ella le seguía. ¿Qué le pasaba? ¿Qué había sido de su modo de razonamiento lógico, de su objetividad, de su habilidad para interpretar información? ¡Puf! Todo ello había desaparecido. En su lugar solo había irracionalidad.

Mientras cruzaban la Academia, las muestras de destrucción seguían siendo aparentes. Ambos mantuvieron el silencio cuando vieron el edificio derruido en el que Aldous había muerto y mientras pasaban por delante de edificios cubiertos de andamios. Tennyson sacó su llave y abrió la puerta de una construcción más pequeña, que parecía haber sido un bloque de viviendas en origen y ahora estaba reconvertido en despachos. Guio a Kristin por un pasillo y abrió una segunda puerta con llave, esta les llevó a un despacho lleno de estanterías. La mayoría de los libros estaban en el suelo, tal como había predicho. Un amplio escritorio ocupaba el centro de la habitación y había un mullido sofá de cuero contra una pared.

Tennyson empezó a apartar los libros para despejar un camino, algunos a patadas y otros con las manos.

—Así que aquí es donde trabajas —dijo Kristin con la voz plana.

—Menos durante las últimas dos semanas. He estado ocupado con otro encargo —replicó Tennyson, mirándola con incriminación.

Kristin le puso una mano en el brazo.

—Tennyson, no sabía qué hacer. Lucas lo tenía todo planeado, no iba a dejarme ir. Me asignó una habitación y me encontró una carabina sin dificultades. ¡Una carabina! ¿Te lo puedes creer? —dijo Kristin sacudiendo la cabeza—. Creo que no se esperaba que fuera capaz de trasladarme.

Tennyson se prometió a sí mismo mantener la calma y respiró hondo.

—Cuéntame lo que ha pasado. ¿Cómo habéis acabado comprometiéndoos? —El simple acto de pronunciar esas palabras calentó las ascuas que sentía en el estómago.

—Tenía que encontrar alguna manera de apaciguar sus sospechas. Y no estoy comprometida —contestó Kristin. Se estremeció, y una mueca de asco y odio le cruzó la cara.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó Tennyson. Un dolor agudo se le clavó en el pecho—. ¿Te has acostado con él?

—¡No! —exclamó Kristin, con la desesperación crujiéndole en la voz—. Pero Lucas me besó y... —Se quedó en silencio.

—¿Y tú le besaste? —quiso saber Tennyson. La furia le quemaba por dentro.

—No. Fue él el que me besó a mí y... me mostró... me mostró cuánto me deseaba.

Una imagen mental de Lucas abrazándola, presionando su cuerpo contra el de ella y restregándose contra Kristin ardía en la imaginación de Tennyson. Notaba que la racionalidad se le escapaba de nuevo.

—Vaya, te ha ofrecido una posición en la realeza y una noche de sexo. Menuda velada.

Kristin se ruborizó.

—Por el amor de Dios, yo no quería besarle. No quería tener nada que ver con ninguna parte de su anatomía. Tenía que seguirle la corriente.

—Pues qué suerte que solo te quisiera dar un beso. Me alegro de que hayas podido sacrificarlo por el bien común.

Con un grito enfurecido, Kristin golpeó fuertemente a Tennyson en el pecho.

—¡Eres detestable! ¡Eres horrendo, asqueroso y odioso! —gimió entre lágrimas—. No siento más que desprecio por ti —dijo golpeándole el pecho una vez más.

Tennyson la agarró por las muñecas. Kristin no se amilanó ni retrocedió, sino que le miró a los ojos llena de rabia y desafiante, a pesar de las lágrimas que le corrían por las mejillas. Quería gritarle. Quería zarandearla, arrastrarla hasta el sofá y ponerle su marca. Quería que Kristin fuera de su propiedad, para que nadie más volviera a tocarla.

—Eres mía. Sé que decir eso no es justo, ni políticamente correcto, ni apropiado... Pero eres mía. No puedo permitir que estés con otro.

Kristin abrió los ojos de par en par, aunque no con miedo. En su mirada solo había preguntas. Con un gemido que casi sonó como si estuviera sintiendo dolor físico, reprimió un sollozo.

A Tennyson se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Joder, Kristin, no puedo ni pensar que otro hombre llegue a tocarte, ni siquiera que lo piense.

Ella dejó escapar un jadeo.

—Hazme olvidar. Hazme olvidar lo que ha hecho Lucas.

Entonces Tennyson la besó, un beso que fue un asalto a sus labios, porque no quería ser dulce en ese momento. Kristin contraatacó con el mismo vigor. El le soltó las muñecas y apoyó una mano en su espalda y la otra en el trasero. Las manos de Kristin se perdieron entre el pelo de Tennyson, y lo agarró con fuerza. Era como si no pudieran estar lo suficientemente cerca, como si cualquier espacio que existiera entre ellos les causara dolor.

Tennyson levantó a Kristin, que rodeó su cintura con las piernas. Sin separar los labios, la llevó hasta el sofá. Se arrodilló y la dejó entre los cojines. Gracias a Dios que llevaba puesto un vestido. Tennyson se lo levantó y deslizó las manos por su cuerpo, bajo la tela. Ella echó la cabeza hacia atrás.

Tennyson le quitó el vestido con un movimiento fluido, lo que dejó a Kristin vestida únicamente con un conjunto de ropa interior de encaje negro y zapatos de tacón. El se puso de pie a su lado.

—Eres el sueño de todo hombre —murmuró. Se zafó de su camiseta y vio que Kristin tomaba aire y se humedecía los labios con la lengua—. Pero para mí eres una realidad.

Kristin alargó la mano y agarró a Tennyson por el pantalón.

—Demasiado lejos —dijo, y tiró de él.

Tennyson la hizo tumbarse sobre los cojines de nuevo y recorrió la piel de su cuello con la punta de la lengua, deteniéndose un momento para disfrutar del pequeño hueco en la base de su garganta. Un leve ronroneo resonó en el pecho de Kristin y reverberó por su interior.

La mano de Tennyson se ocupó de la cinta elástica alrededor de la cintura de Kristin, mientras su boca jugueteaba con la punta de su pecho a través de la delicada tela de encaje que lo cubría. Un gimoteo suave surgió de entre los labios de Kristin, y levantó la cadera para acercarse a los dedos de Tennyson.

—Más —susurró Kristin, desabrochándole los pantalones.

Tennyson se incorporó, se puso de pie y se desnudó, sintiendo la mirada de Kristin en cada parte de su cuerpo, sabiendo que estaba disfrutando de las vistas. Entonces



empezó a deslizarle la prenda de encaje piernas abajo, poco a poco, con una lentitud insoportable, hasta el punto que Kristin se retorció bajo su escrutinio. Tenía las mejillas sonrojadas, y su pecho subía y bajaba con cada respiración agitada.

Decidió dejarle el sujetador puesto.

Asió la varita, la agitó y agarró uno de los paquetitos metálicos que se habían materializado a su lado. Mientras se ocupaba de la protección, observó cómo los pechos de Kristin temblaban con cada aliento, atormentados por el encaje negro que cubría la piel cremosa.

Con una sonrisa pícara, Tennyson se puso sobre ella. El sofá era demasiado pequeño para los dos, pero estaba dispuesto a comprobar las posibilidades. Se deslizó hasta situarse sobre el reposabrazos y empezó a besar a Kristin mientras avanzaba por su cuerpo; primero el muslo, luego el vientre, el encaje negro, el cuello, la barbilla.

Kristin arqueó la espalda bajo él. El sujetador de encaje le hizo cosquillas a Tennyson en el pecho. Su abdomen ardía con un fuego glorioso por el tacto contra el de Kristin, piel contra piel. Cada músculo de su cuerpo se estremecía con ella, cada textura del cuerpo de la mujer le atravesaba como una corriente eléctrica, hasta que pensó que no lo soportaría más.

—Me da igual lo que piensen los demás. Eres mía.

Y se enterró dentro de ella.

Un suspiro escapó de entre los labios de Kristin y su cuerpo se cerró alrededor de Tennyson. Se retiró lentamente y volvió a reclamarla, una y otra vez, hasta que ella estalló en mil pedazos, soltando un grito tan delicioso que Tennyson habría querido grabarlo y reproducirlo constantemente. Pero por ahora estaba satisfecho; se vació dentro de ella, en lo más profundo, reclamando su propiedad.

Ninguno de los dos se movió o habló durante varios largos minutos. Tenían los brazos y las piernas entrelazados, la respiración mezclada; Tennyson se apoyó sobre los codos y le apartó a Kristin el pelo de la frente.

—Te quiero. Sé que no debería quererte; soy tu prefecto, no hace lo suficiente que nos conocemos y nunca he creído en el amor a primera vista. Pero te quiero. No alcanzo a contar el número de normas que rompo, pero te quiero.

—¿Me quieres? —Kristin le miró con sorpresa, afecto y adoración.

—Te quiero —repitió Tennyson, dibujando círculos en el estómago de Kristin con el dedo.

Una sonrisa traviesa y satisfecha se extendió lentamente por la cara de ella.

—Bueno, supongo que yo también te quiero.

—¿Supones? —contestó Tennyson, con una sonrisa parecida a la suya. Se inclinó y volvió a besarla.

La mano de Tennyson se movió por encima de su vientre mientras la besaba con más fuerza. Alargó el brazo hasta alcanzar determinado punto entre las piernas de Kristin, y la tentó con caricias hasta que la hizo retorcerse bajo él. Entonces se detuvo.

—¿Supones?

Kristin jadeó, arqueando el cuerpo para continuar el contacto íntimo con él.

—No lo supongo. Eres mío —gimió entre jadeos y risas.

—Eso está mejor.

Y Tennyson se dedicó a terminar lo que había empezado.

## Capítulo 23

### Las adversidades no siempre caen sobre aquellos que las merecen; las dificultades llegan a todo el mundo, a terrenales y *arcanæ* por igual

Cuando Kristin se despertó a la mañana siguiente tenía dificultades para respirar. Tal vez porque había otro cuerpo enredado con el suyo, sobre ella y a su alrededor. Algo dentro de ella también se despertó, mandando oleadas de alegría por su interior. Tennyson la amaba. Kristin estaba exactamente dónde quería, excepto por los problemas al respirar.

La luz entraba por las ventanas. Con un grito ahogado, Kristin se dio cuenta de que no había ni cortinas ni persianas tapando el cristal. Cualquiera podría verles desde la calle, y ninguno de los dos estaba vestido. Por no decir que la posición en la que se encontraban era una que preferiría no mostrar en público.

—Tennyson, despierta —dijo sacudiéndole el hombro.

El bostezó, se retorció un poco y apretó los brazos alrededor de Kristin.

—No, no quiero.

Eso la hizo sonreír, pero persistió.

—Pues tienes que levantarte. Es de día y no tienes cortinas.

—Tampoco cerré la puerta con llave —musitó acomodándose sobre ella.

El comentario la hizo aullar.

—¡Tennyson! Tenemos que vestirnos —exclamó Kristin. Trepó por encima de él, sin hacer caso al dolor que sentía en el cuello, y empezó a buscar su ropa.

—¿Para qué molestarnos? Si te paseas con ese vestido negro a estas horas no vas a engañar a nadie —replicó él, apoyándose sobre un hombro con una sonrisa traviesa.

La postura de Tennyson sobre el sofá era muy tentadora, pero Kristin se disciplinó.

—No tenemos tiempo para juegos. Lo más probable es que Lucas ya sepa que me he ido y esté utilizando todos los hechizos a su alcance para localizarme.

La sonrisa de Tennyson desapareció.

—Ahora me has fastidiado la mañana perfecta —dijo poniendo los pies en el suelo.

¿Cómo podía tener tan buen aspecto de buena mañana? ¿Y, encima sin ropa?

—Vístete —dijo Kristin, y le tiró los vaqueros mientras seguía buscando su vestido negro. ¿Cómo podía ser tan difícil encontrarlo? Era corto, negro y, bueno, un vestido.

Por el rabllo del ojo vio que Tennyson volvía a sonreír. Se volvió hacia él con expresión inquisitiva.

—Creo que ya me gusta el modelito que llevas puesto.

Kristin se contempló a sí misma. Un sujetador negro y nada más. Se ruborizó.

—Muy gracioso. —Al menos este era un problema que podía solucionar—. Varita.

La varita de Kristin apareció en su mano. Se concentró en su par de vaqueros piratas favoritos y en la suave camiseta blanca que tanto le gustaba, y agitó la varita.

—*Requiro*.

Al cabo de un instante, la ropa en la que estaba pensando se materializó en el suelo, delante de ella. Al poco le siguieron sus zapatos, la ropa interior de la noche previa y el vestido negro, que salió de debajo del sofá.

—Así que estaba ahí —comentó guardando la varita.

Poniéndose los vaqueros, Tennyson asintió.

—Buen trabajo. No has invocado una tienda de ropa entera.

—Ja, ja —replicó Kristin con sarcasmo. Se apresuró a ponerse los pantalones.

—¿Te los pones sin ropa interior? —preguntó Tennyson, arqueando una ceja.

—Se me ha olvidado invocar otro par, y no voy a ponerme las de anoche —dijo,

señalando el encaje negro que había en el suelo—. Y no quiero tener esta conversación contigo.

—De acuerdo, pero si hoy me notas distraído ya sabes por qué es. —La envolvió con los brazos y le dio un beso—. ¿Te he dicho ya que es una mañana preciosa?

—No. Ahora deja que termine de vestirme —dijo ella apartándole.

Tennyson se volvió hacia la ventana. A Kristin no le preocupaba que estuviera sin camiseta, todavía era muy temprano. No habría casi nadie en el campus a esas horas. O, por lo menos, sería así si los estudiantes *arcanæ* eran parecidos a los terrenales. Sacó la cabeza por la camiseta limpia y se puso al lado de Tennyson.

—¿Qué estás mirando?

Tennyson hizo un gesto con la cabeza hacia los andamios.

—Esto no ha hecho más que empezar. Lucas se la ha jugado contigo y ha perdido, no seguirá escondido mucho más tiempo. Debe de saber que acudiremos al Consejo —dijo envolviendo a Kristin con los brazos.

Por un momento, ella disfrutó del sentimiento de seguridad que sentía al estar entre sus brazos; pero enseguida se apartó.

—Casi no me atrevo a salir de aquí.

—Sé lo que quieres decir —dijo Tennyson. Se alejó de la ventana y se puso la camiseta—. Este despacho parece una gruta secreta, un enclave escondido al que no llega la realidad.

Había libros por el suelo, el escritorio ocupaba la mayor parte de la habitación y, esa mañana, el sofá tenía bultos que no había tenido la noche anterior. El despacho estaba escasamente decorado, solo había una planta medio muerta en una esquina, aunque Kristin entendía a Tennyson. Ahí fuera, en el exterior, había una tormenta en el horizonte, pero, por muy tentadora que fuera la idea, no podían ignorarla, y ninguno de los dos lo sugeriría jamás.

—¿Está mal sentirse feliz en un momento como este? —preguntó Kristin, con los ojos llenos de lágrimas.

Tennyson la tomó de la mano y sacudió la cabeza.

—No. Este es el momento perfecto. Nos demuestra que hay esperanza. Significa que creemos que hay un futuro —dijo, y le dio un beso en la coronilla—. Siempre es correcto celebrar el amor.

Caray, ahora sí que no quería salir del despacho.

—Pues ¿qué hacemos primero? ¿Hablares con el Consejo?

—Yo puedo ir, pero tú todavía no has sido presentada de forma oficial.

—¿Qué? —exclamó Kristin, alzando las cejas con incredulidad.

—Antes de que puedas comparecer ante el Consejo tienes que pasar por la ceremonia oficial. Todavía no has sido presentada.

—Eso es una tontería. ¿Qué pasa si hay una emergencia? Como, no sé, ¡la situación actual! —dijo, plantando los puños en las caderas.

Tennyson levantó las manos.

—Oye, no te enfades conmigo, yo solo te lo digo. La magia que protege al Consejo no permite la entrada a nadie que no haya pasado por la ceremonia.

—¡Qué mamarrachada tan arcaica, elitista, falta de visión y...!

—Esa medida de seguridad salvó el mundo *arcanæ* cuando Elenka fue la única que pudo comparecer ante el Consejo —dijo Tennyson en voz baja.

Kristin respiró hondo.

—Cuéntame.

—Elenka era un hada madrina, así que, por supuesto, podía comparecer ante el Consejo. Pero sus seguidores no podían hacer tal cosa. Cuando lideró el Gran Alzamiento, el Consejo se mantuvo a salvo. Elenka tenía la esperanza de provocarles hasta que salieran a combatir, pero el Consejo no lo hizo.

—Así que se escondieron.

Tennyson asintió.

—Muchos de nosotros pensamos que el Consejo podría haber hecho algo más, pero nuestro mundo fue preservado porque ellos se mantuvieron a salvo.

—¿Y tú fuiste presentado al Consejo? —preguntó Kristin.

—Cuando encontré el *Lagabóc* —dijo Tennyson, encogiéndose de hombros—. De todos modos, Aldous estaba intentando encaminarme hacia una posición en el Consejo.

Kristin nunca había entendido la importancia de Tennyson en el mundo *arcanae* tanto como en aquel momento. No era sorprendente que hubiera reaccionado mal ante su nombramiento como prefecto. Kristin apenas entendía cómo funcionaba el mundo *arcanae*, y él era una parte fundamental.

Antes de que Kristin pudiera articular sus inseguridades, Tennyson continuó.

—Aldous formó parte del Consejo hasta su muerte. Su puesto ahora está libre —dijo con la voz llena de tristeza.

—¿Crees que te pedirán que lo ocupes tú?

—Todavía no —contestó Tennyson sacudiendo la cabeza—. El puesto de Aldous no será ocupado hasta que termine el ciclo de renovación. Y, aun así, puede que mi nombre no aparezca entre los candidatos.

—Claro, por eso Lucas piensa que es el mejor momento para sus planes. ¿Cuántas veces me has dicho que el ciclo de renovación es la época de mayor inestabilidad en el mundo *arcanae*?

Tennyson sonrió con aprobación.

—Me alegro de que prestaras atención. Los años de renovación siempre son los más caóticos. No solo cambian los miembros del Consejo, sino que se eligen a nuevas hadas madrinas. Normalmente no pasa nada. Incluso Elenka esperó a que pasaran diez años desde el ciclo de renovación para jugarla.

—Porque tenía que esperar a que sus poderes alcanzaran su potencial máximo —dijo Kristin—. Yo no podría liderar nada ahora mismo, no con los poderes a medio dominar. Pero los poderes de Lucas están en su plenitud, a él no le afecta el ciclo de renovación. Es el mejor momento para actuar.

—Eso parece —dijo Tennyson, y dudó un instante—. Sabes que Merlín creó la posición del hada madrina para proteger tanto el mundo terrenal como el *arcanae*.

—Sí.

—Eso significa que Merlín entendía que las amenazas podían venir de cualquiera de los dos mundos. Lo explica en el *Lagabóc*, pero todavía no he completado la traducción. Sigo estudiándolo.

Kristin entornó los ojos.

—¿A dónde quieres ir a parar con todo esto?

—Detener a Lucas es parte de tu trabajo.

—¿Mi trabajo? ¡Mi trabajo! —exclamó Kristin, con un tono de voz cada vez más agudo—. ¡Yo no sé nada! ¡No soy más que una carga! ¡Lucas casi consiguió capturarme!

Un fuerte viento brotó del suelo. Cálido y frío a la vez. Se arremolinaba alrededor de Kristin, levantándole el pelo y convirtiéndolo en una masa de enredos sobre su cabeza. Un brillo intenso y dorado la envolvió, y el viento la alzó unos centímetros del suelo. Kristin abrió los ojos de par en par. Sentía sorpresa y miedo a partes iguales, y la fuerza del viento parecía fluir por su interior.

—¡Kristin!

La voz de Tennyson atravesó todas las emociones que sentía Kristin. El viento cesó abruptamente y ella volvió a tocar el suelo.

El la abrazó con fuerza.

—No pretendía asustarte.

—No estaba asustada —mintió Kristin.

Tennyson señaló los papeles que había esparcidos por el suelo. Algunos todavía estaban revoloteando.

—Esa pequeña tormenta no ha sido causada precisamente por tu felicidad.

—¿Sigo haciendo estas cosas? —preguntó Kristin mirándole.

Tennyson se rio entre dientes.

—Todavía no controlas tus poderes de manera absoluta.

—Pero he... Mierda —dijo ella, y suspiró.

—Eres una singular. Tienes poderes que todavía desconoces —comentó Tennyson acariciándole el pelo.

Kristin se sintió como una incompetente. ¿Por qué tenía que ser ella tan importante? ¿Por qué le había caído encima esa responsabilidad?

—¿Cómo consiguió Merlín organizar el sistema?

—Era muy poderoso. El mago más poderoso que ha existido jamás. Y cuando terminó, desapareció.

—Debió de cometer un error en algún momento —murmuró Kristin.

Tennyson se rio por lo bajo.

—Lo dudo.

—Eso lo dices porque me quieres —dijo, dedicándole una sonrisa llorosa. Tennyson la abrazó con más fuerza.

—Iré a hablar con el Consejo, les diré todo lo que sabemos, pero no quiero dejarte sola sabiendo que Lucas anda suelto. Pasaremos a ver cómo está Zack y luego iremos en busca de tus tías.

Y a por más ropa. Los dedos de los pies descalzos de Kristin estaban apretados contra el suelo, pero no tenía ninguna intención de ponerse los taconazos con esa ropa.

Frotó la mejilla contra el pecho de Tennyson.

—Dime que todo saldrá bien.

—Haremos lo que podamos.

Kristin no quería abandonar la seguridad que encontraba entre los brazos de Tennyson, pero se apartó.

—Venga, vamos a buscar algo de comer, estoy muerta de hambre.

Volvieron al Toyota. Tras una breve parada en un restaurante de comida rápida para saciar el estómago rugiente de Kristin, condujeron hacia La Jolla. Aún era temprano.

Kristin rompió un pedazo del bocadillo que se estaba comiendo con los dedos y se lo puso a Tennyson en la boca. Al aceptar el trozo de bocadillo, él la lamió. Kristin tragó saliva y reprimió el deseo que le llenaba el cuerpo. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Aparcaron en la calle. Si Lucas la estaba buscando en el hotel, el no encontrar su vehículo en el aparcamiento podría hacerles ganar algunos segundos. Kristin seguía descalza, pero en el ambiente de playa del hotel nadie le prestaría atención. Siempre podía decir que había ido a pasear por la arena... y que luego se le había olvidado dónde estaban sus sandalias.

—No siento ninguna huella mágica, aunque será mejor que no bajemos la guardia —dijo Tennyson, y puso la mano sobre el extremo de su varita.

Kristin asintió e invocó su varita, que apareció en la palma de su mano. Se la metió en el bolsillo y la empujó hasta que solo tuvo que ocultar el mango.

—Vamos.

Nada les detuvo, nadie les atacó mientras se dirigían a su habitación, pero, cuando abrieron la puerta, se encontraron con que estaba hecha un desastre. Había ropa tirada por todos lados, los cojines estaban repartidos por el suelo, habían revuelto los

almohadones y el colchón estaba medio caído contra una pared. Una de las sillas estaba destrozada por completo en el suelo, y en el centro del espejo del tocador había grietas que se extendían hacia fuera como una tela de araña.

—Supongo que Lucas se ha percatado de mi ausencia —dijo Kristin.

—¿Pensaba que nos escondíamos debajo de las mantas? —preguntó Tennyson sin disimular el sarcasmo.

—No hizo esto para encontrarnos. Esto es producto de la rabia —replicó Kristin, levantando una de sus camisetas; la había rasgado por la mitad.

Vadearon por el caos en busca de algo que pudieran aprovechar. No todo había sido destruido; Kristin consiguió encontrar un par de zapatillas deportivas y ropa interior.

—Voy a ponerme esto.

—Aguafiestas —dijo Tennyson.

Lo cierto era que Kristin no estaba trastornada por haber perdido sus cosas por segunda vez en dos semanas. No tenía nada valioso de verdad en la habitación; pero la violencia de la destrucción y el saber que había sido causada por la furia y la rabia de otro la llenaban de ansiedad. Todavía no controlaba sus poderes lo suficiente como para enfrentarse a Lucas.

El cuarto de baño estaba sorprendentemente intacto. Seguramente Lucas no se había querido molestar en vandalizar esa habitación. Kristin se volvió a vestir en seguida, se lavó la cara, se cepilló el pelo y volvió a la habitación principal. Se detuvo. La habitación volvía a estar perfecta. La silla estaba de una pieza, la cama estaba hecha y el espejo reflejaba el dormitorio sin distorsiones.

—Lo he arreglado todo, pero no he malgastado energías en nuestra ropa —aclaró Tennyson—. Me he limitado a meterlo todo en la bolsa deportiva

A Kristin se le había olvidado por un momento que Tennyson podía hacer magia... Menuda hada madrina estaba hecha. Los trucos que había aprendido en una semana no la salvarían de alguien con poder de verdad.

—Vale.

—También he hecho el *check out* —dijo Tennyson, señalando la pantalla de la televisión—. Te dejan hacerlo de manera electrónica.

—Buena idea. —No había tenido oportunidad de disfrutar del hotel. La mayoría de su «estancia» la habían pasado en la tienda de campaña. Y la noche anterior... Bueno, no quería ponerse a pensar en sexo. Esa frivolidad había aparecido en su cabeza automáticamente, aunque no mejoró su humor en absoluto.

—Vamos a ver si Zack está despierto —exclamó Tennyson, agarrando la bolsa deportiva y tomando a Kristin de la mano—. Entonces te llevaré con tus tías e iré a hablar con el Consejo.

No se oía ningún ruido procedente de la suite de Zack. Tennyson llamó a la puerta con fuerza. Al cabo de un momento, la puerta se abrió de golpe.

—Tennyson —dijo Zack, y se alejó de la puerta sin añadir nada más. Se dirigió al sofá y se inclinó sobre Cali.

Tennyson intercambió una mirada con Kristin y entró. Kristin le siguió y oyó... ¿alguien estaba llorando?

—¿Te has enterado de algo? —preguntó Zack.

—¿De qué debería haberme enterado?

—Te dejé un mensaje en el teléfono móvil —dijo Zack, envolviendo a Cali en un abrazo.

Cuando Cali cambió de postura para dejarse abrazar su cara quedó a la vista. Kristin ahogó un grito. Un morado enorme rodeaba su ojo izquierdo y, cuando levantó el paño que le cubría la frente, un corte empezó a sangrar.

Kristin se apresuró hacia ella.

—¿Qué ha pasado?

—He bajado a por el desayuno de Jake —dijo Zack—. Cali se quedó en la habitación, con él. Mientras yo no estaba... —Le falló la voz y se levantó de un salto. Anduvo echando chispas hacia la ventana y se quedó mirando al infinito. Un tic en los músculos de la mandíbula delataba que estaba haciendo rechinar los dientes. Desprendía inquietud.

Cali miró a Kristin con los ojos llenos de lágrimas.

—Se han llevado a Jake. Nunca hubiera pensado que pudiese correr peligro. ¿Qué tipo de monstruo ataca a un niño? Me pillaron por sorpresa. Antes de que pudiera detenerles, antes incluso de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, se llevaron a Jake —dijo Cali. Estalló en sollozos, con los hombros temblorosos.

—¿Quién? —preguntó Tennyson, con la voz fría como el hielo.

—Lucas y sus hombres.

# Capítulo 24

## Que no te de miedo pedir ayuda

Un frío helado inundó el corazón de Kristin. Lucas tenía a Jake. Ahora entendía la angustia en la expresión de Zack. Cali no lloraba por su morado, lloraba por el niño. Incluso Tennyson había perdido el color.

Kristin se agachó al lado de Cali.

—Es culpa mía. Tendría que haberme quedado con Lucas.

—No —protestó Tennyson.

—Si lo hubiera hecho, no se habría llevado a Jake —dijo Kristin con rabia.

Cali se secó la herida de la frente.

—Ha sido culpa mía, debería haber seguido luchando.

Zack volvió al lado de Cali y le pasó el brazo por los hombros.

—Claro, porque no has sufrido lo suficiente. Has dicho que había cuatro.

—No importa —replicó Cali—. Tendría que haber cuidado mejor de Jake.

—No podías saber que pasaría algo así —dijo Zack.

—No, pero yo sí que lo sabía. Sabía que Lucas era el villano. No se me ocurrió pensar... —A Tennyson le falló la voz—. No pensaba que atacaría a un inocente. Va en contra de todo en lo que creemos. —Se alejó del grupo caminando con rigidez. Se quedó aislado, junto a la ventana—. Nunca tendría que haberos metido en todo esto.

—Te equivocas, tío. Necesitaba estar metido —dijo Zack—. Tú también eres familia, colega, y si no me hubiera pasado a mí le habría pasado a otro.

Cali señaló en el suelo una esfera de cristal más o menos del tamaño de una naranja.

—Ha dejado una burbuja.

Kristin miró hacia Tennyson.

—«Burbuja» es jerga callejera para referirse a una dictosfera, el envase de un mensaje holográfico —dijo él—. ¿Para quién es?

—Kristin —respondió Cali.

Tennyson agarró la esfera del suelo y se la entregó.

—Solo tú puedes abrirla.

—¿Cómo la...?

—Rómpela —dijo Tennyson, y volvió a alejarse del grupo.

Kristin observó la esfera de cristal que tenía en la mano. Parecía estar vacía; no había nada sustancial en el interior. Sujetando la burbuja con cuidado, se acercó a la mesa que había en medio de la suite. ¿Lucas le había dejado eso? Pensó en Jake, que seguramente estaría aterrorizado, en manos de aquel hombre. Sintió que la rabia y el miedo la consumían. ¿Romper la burbuja? Con un gesto súbito, destrozó la esfera contra la mesa.

El ruido musical del cristal rompiéndose llenó la habitación. De las esquirlas se alzó una niebla blanca y densa que daba vueltas y se arremolinaba sobre la mesa. Cada voluta de humo serpenteaba hacia un punto central, donde se entrelazaba con otras y se elevaba, creando una columna blanca y densa. La niebla blanquecina se desvaneció y dejó la imagen de Lucas entre una neblina gris.

Apareció igual que en la vida real, pero un poco más pequeño y desenfocado. Tenía el mismo aire de caballerosidad (¡Ja!), aunque había algún detalle que no encajaba. Algo disminuía su apariencia de control, como si estuviese a punto de perder los estribos, como si el caos se agitara bajo la superficie pulida.

La figura empezó a reír en voz baja.

—Felicidades, Kristin. A lo largo de mi vida, muy poca gente ha conseguido engañarme. No me equivocaba al suponerte sublime. Es una lástima que no pueda considerarte una aliada. Teníamos el mundo al alcance de la mano.

—Cretino pomposo —masculló Tennyson.



—Por desgracia, todavía te necesito —continuó la figura—. O, más bien, debo impedir que ayudes a los que se oponen a mí. Así que propongo un intercambio: tú por el chico. ¿Qué me dices? ¿Es su vida tan valiosa como la tuya? —preguntó, y se rio entre dientes. Kristin sintió que un escalofrío le recorría la espalda—. Ni de cerca, pero apostaría algo a que tú no estás de acuerdo. Es un punto débil, Kristin, un punto débil; los terrenales no son más que insectos, muy por debajo de ti o de mí. Pero considerando que tus sensibilidades están algo confundidas, imagino que te parecerá un trato justo. Estaremos en contacto.

El humo se volvió blanco de nuevo, desenroscándose en volutas individuales, y se disipó, dejando un ligero olor a lluvia.

—No puede hablar en serio —dijo Tennyson, pasándose la mano por el pelo.

—Va en serio —murmuró Kristin.

Zack se quedó mirando el sitio en el que la imagen había aparecido.

—Va a matar a Jake —gimió su voz desprovista de vida.

Kristin tomó las manos de Zack.

—No, ni hablar. Sabe que tiene que mantener a Jake a salvo si quiere contar con mi cooperación. Y contará.

Por el rabillo del ojo vio que Tennyson se sobresaltaba al oír sus palabras, pero Kristin se concentró en Zack.

—Lucas tiene razón, no me considero superior a los terrenales. Mis padres eran terrenales; Lucas sabe que los quiero y que siento mucho respeto por ellos. No le hará daño a Jake.

Zack respiró hondo, tembloroso, como si estuviera intentando no llorar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Kristin miró a Tennyson.

—Lucas ya debe de saber que has oído el mensaje. El remitente recibe un aviso cuando se rompe la burbuja —dijo Tennyson mirando por la ventana—. Pronto se pondrá en contacto con nosotros.

Cali cruzó su mirada con la de Kristin.

—Tal vez podrías averiguar dónde tiene a Jake.

—Lo más probable es que estén en su casa —apuntó Tennyson—. Si me preguntas, yo creo que Lucas considera que su mansión es una fortaleza, su base de operaciones.

Cali siguió observando a Kristin.

—Pero tú has estado en su casa. Fuiste anoche, puedes decirnos dónde está.

—No, no puedo —replicó Kristin, sacudiendo la cabeza—. Tiene la mansión protegida con hechizos poderosos. Cada vez que intento recordar el lugar, me resulta imposible. No sé dónde está.

—Eres una singular —dijo Cali, que ahora hablaba tan bajo que casi susurraba—. Tienes grandes poderes.

«¡Pero no sé usarlos!» La frustración era demasiado para Kristin. No podía mirar a Cali a la cara, con su expresión expectante, ni a Zack, que parecía esperanzado. Solo podía decepcionarles.

—A la mierda —exclamó Kristin. Concentró la mirada en el techo, para no tener que mirarles a los ojos—. ¿Cuál es la habitación de Jake?

—La de la izquierda —contestó Zack.

—Tennyson, ven conmigo —ordenó Kristin, que finalmente miró a Cali y a Zack—. Si llega otra burbuja, guardadla hasta que esté lista.

Entró en la habitación de Jake y se le volvió a romper el corazón. Sus juguetes estaban desperdigados sobre el tocador y había un tebeo abierto sobre las sábanas arrugadas. Por unos segundos, Kristin se sintió incapaz de moverse; la ausencia de Jake la impactó como una bofetada. ¿Era por eso que la habían elegido para hacer de hada madrina? ¿Porque tenía una conexión especial con los niños?

Tennyson llegó tras ella. Antes incluso de que la tocara, Kristin notó su calidez en la espalda. Se volvió, y el tormento que vio en sus ojos casi la destruyó. Quería alargar los brazos y acogerlo entre su pecho, consolarlo. Sus labios querían aliviar aquella expresión de angustia, su corazón palpitaba por renovar su vitalidad, pero no podía hacerlo. Todavía no.

—Dime qué hechizo usar. Enséñame a encontrar el camino a casa de Lucas. ¿Cómo puedo revivir el día de ayer?

Tennyson soltó una carcajada fría y vacía.

—No puedes. Si pudiéramos mirar atrás en el tiempo, no necesitaríamos historiadores. Me quedaría en el paro.

—Entonces no me queda más remedio que acordarme —dijo Kristin. Se sentó al borde de la cama y agarró el pelícano de peluche de Jake. El animal la hizo sonreír; ¿quién, si no Zack, le compraría a su hijo un pelícano de peluche en vez de un osito? Kristin abrazó el juguete y cerró los ojos.

«Anoche... anoche... Lucas llegó a por mí a las siete. Abrió mi puerta y nos alejamos de La Jolla por... Torrey Pines Road.» Kristin sintió que la llenaba una sensación de triunfo. Podía visualizar el interior del vehículo, sentir el asiento de cuero bajo ella, se oía reír ante los comentarios de Lucas, se acordó de pensar que el juego no había hecho más que empezar...

Tennyson vio que una ancha sonrisa aparecía en la cara de Kristin. No se atrevía a preguntar en qué estaba pensando. Estaba ocurriendo algo especial, sentía la huella de la magia, pero era algo que no conocía. Lentamente, mientras la miraba, un aura púrpura intenso creció a su alrededor y la envolvió; a cada instante que pasaba, el aura era más visible. Tennyson nunca había visto nada parecido... ¿Qué estaba haciendo?

Empezó a preocuparse. ¿Y si Kristin se estaba poniendo en peligro? Si agarraba el pelícano con más fuerza le arrancaría la cabeza. El pavor crecía en su interior. Alargó la mano para zarandearla, sacarla del hechizo, y se topó con una barrera. Tennyson no veía nada que pudiera detenerle y empujó con más fuerza, pero algo le impedía acercarse a ella. El pavor se había convertido en pánico, y Tennyson intentó alcanzarla con ambas manos. Había una pared que no le dejaba tocarla.

—¡Kristin! —gritó. Aporreó la barrera, inquieto por la falta de sonido ante los golpes. Ella seguía allí sentada, inmóvil, sin responder en absoluto a sus gritos y acciones—. ¡Kristin!

Escaneó la habitación en busca de un arma, cualquier objeto que pudiera usar como martillo, y vio una lamparilla de noche con una base de aspecto pesado. La levantó por encima de su cabeza.

El color púrpura se desvaneció. Kristin abrió los ojos y ahogó un grito.

—¿Qué haces?

Con el corazón palpitándole con fuerza, Tennyson dejó la lámpara y agarró a Kristin. Esta vez nada le detuvo. La envolvió en un abrazo y apretó fuerte.

—Salvarte.

—¿De qué?

—No lo sé. Nunca he visto nada parecido a lo que estabas haciendo —dijo Tennyson. Seguía teniendo el pulso acelerado—. ¿Qué ha pasado?

—Me he acordado del camino que recorrimos para llegar a casa de Lucas. Sé dónde está —exclamó Kristin, con la voz llena de entusiasmo y los ojos brillantes—. Podemos rescatar a Jake.

Tennyson la soltó un momento.

—¿Estás segura? Me dijiste que Lucas tiene la casa llena de hechizos para ocultarla y confundir a los huéspedes. Son hechizos completamente irrompibles.

—No los he roto, solo los he atravesado —dijo Kristin, frunciendo el ceño—. ¿Por qué me miras así? Me estás asustando.

¿Podía haber conseguido algo así? Tennyson se pasó la mano por el pelo.

—Es que nunca he oído que alguien pudiera saltarse esos escudos. Por lo menos usando magia.

—Pues es una suerte que no me hayáis contado las normas. Se te olvida que mis padres eran terrenales.

Eso era interesante. ¿Era posible? Pero en ese preciso instante no tenía tiempo de investigar la teoría de la magia.

—¿Sabes dónde está la casa de Lucas?

Kristin asintió.

—Pues vamos a por Jake —dijo él. La tomó de la mano y se la llevó de la habitación.

Zack y Cali levantaron la vista cuando entraron. El primero se levantó de un salto.

—¿Qué ha pasado?

—Kristin sabe dónde está Jake —le aclaró Tennyson, dedicándole una sonrisa a Kristin.

—Pues vamos a por él... —dijo Zack dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera, Zack. No es tan fácil —lo interrumpió Tennyson—. No podemos desfilar hasta su casa y exigir que nos devuelva a Jake. Necesitamos un plan.

La expresión de Zack revelaba la impaciencia y la frustración que sentía. Cerró los ojos, apretándolos con fuerza, se frotó la frente y respiró hondo.

—Tienes razón, está claro —se resignó, y empezó a andar arriba y abajo.

—Yo podría colarme en la casa —propuso Kristin.

Tennyson la miró. No sabía lo que se le había ocurrido a Kristin, pero estaba seguro de que no le iba a gustar.

—El problema principal será evitar que Lucas sepa que hemos llegado. Estoy segura de que tiene algún sistema para detectar intrusos —dijo Kristin. Agarró una libreta del escritorio y empezó a trazar columnas en un folio.

Una hora más tarde tenían un plan. Tennyson, Kristin y Zack se levantaron. Tennyson silenció sus dudas. Era un buen plan, pero sus sospechas habían sido acertadas; no le gustaba nada. Kristin había acallado sus protestas sin preocuparse por su seguridad.

Zack fue hacia Cali y le acarició la mejilla.

—Me alegro de que te quedes aquí, preciosa. No puedo preocuparme también por ti —dijo, y la besó.

—Trae a nuestro chico a casa —rogó Cali en cuanto recuperó el aliento.

Zack asintió y se volvió hacia la puerta.

—Vámonos.

Decidieron ir en el Beetle de Zack, porque era menos probable que Lucas lo reconociera. Tennyson se sentó al volante, introdujo la llave en su ranura y, entonces, se quedó sentado sin hacer nada más. No podía empezar a conducir.

—¿Por qué estamos parados? —preguntó Zack.

—No sé a dónde vamos.

—Torrey Pines Road, hacia el norte —dijo Kristin desde el asiento trasero.

Zack le miró con la expresión en blanco.

Tennyson debería conocer la calle. Sabía que él mismo vivía cerca, pero no conseguía recordar cómo llegar hasta Torrey Pines Road. «Idiota», pensó, sacudiéndose mentalmente.

—Es el hechizo.

Esta vez fue Kristin la que le miró con la expresión en blanco.

Tennyson bajó del vehículo.

—No conozco esa calle. Sé dónde está, pero se me olvida si quiero ir a la mansión de Lucas. Es el hechizo que la oculta. ¿Sabes cómo llegar?

—Sí —respondió Kristin.

Bajó el respaldo de la silla del conductor para que Kristin pudiera bajar del vehículo y

ocupó él el asiento trasero.

—Tendrás que conducir tú.

—Guau. Me siento rarísimo —dijo Zack—. Es el empane mental definitivo. Es como que lo sé, pero no lo sé.

Kristin se sentó al volante y en pocos minutos ya iban camino al norte de San Diego.

Era casi surrealista; Tennyson sabía dónde estaba en cada momento, pero le resultaba imposible recordar por dónde acababa de pasar. El hechizo de Lucas era mucho más fuerte que los que Tennyson tenía en su casa. Los dos hechizos evitaban que alguien no autorizado se trasladara en las casas, y que los terrenales tuvieran acceso al lugar, incluso que lo vieran; y ambos hechizos requerían invitaciones especiales para los invitados. Tennyson podía leer esa magia que conocía tan bien, pero el hechizo de Lucas iba mucho más lejos. Lucas había construido una fortaleza mágica.

Y Kristin se había saltado sus defensas sin más.

Tennyson la miró mientras conducía. Si no la conociera, si no hubiera visto su bondad, si no la amara, Kristin le daría miedo.

Media hora más tarde, Kristin maniobró y aparcó el vehículo en la cuneta.

—Un momento, ¡aquí no hay carretera! —exclamó Zack.

—¿No la ves?

—No.

—Lucas ha ocultado la zona a los terrenales —dijo Tennyson. La carretera se extendía en dirección a las colinas, y una cortina oscura latía carretera abajo. En cuanto cruzaran la cortina, Lucas sabría que habían llegado.

—¿Tú la ves? —preguntó Zack, pegando la nariz al cristal.

—Sí, pero sigo sin saber dónde estamos —dijo Tennyson, que sacó la varita—. Espera, puede que esto ayude.

Apoyó la varita en la cabeza de su amigo.

—*Potes videre*.

Zack abrió los ojos de par en par cuando la carretera apareció delante de sus narices.

—Si no estuviera preocupado por Jake, esto sería una pasada.

—No te preocupes, casi hemos llegado —dijo Kristin, saliendo del Beetle—. Madre mía, espero que todavía no sepa que estamos aquí.

Tennyson trepó hacia el exterior desde el asiento trasero.

—La cortina le advertirá de nuestra presencia. Una vez la crucemos, lo sabrá.

—¿Eres capaz de conducir desde aquí? —preguntó Kristin.

—En principio, sí —replicó Tennyson, observando la carretera. No sabía dónde estaba ni en qué dirección tenía que ir, pero lo único que tenía que hacer era seguir la carretera.

—Vale, allá vamos —dijo ella. Sacó la varita y se concentró—. Ibuprofeno, por favor.

Tennyson sacó tres pastillas y entonces cerró el puño sobre ellas.

—Kristin, no sé...

Ella se puso de puntillas y lo besó para hacerlo callar.

—Ya lo hemos hablado. Es buena idea.

Tennyson sabía que Kristin estaba determinada a seguir adelante. Le entregó las pastillas y un botellín de agua. Ella se las tragó rápidamente y agitó la varita sobre sí misma. Tennyson reprimió una mueca cuando oyó los primeros chasquidos que emitieron los huesos de Kristin. Esta vez sería más fácil que la primera, pero aun así dolería.

Zack se la quedó mirando.

—Oye, es verdad que se empequeñece.

—Y está a punto de quedarse sin ropa, así que, si no te importa... —dijo Tennyson

mientras agarraba a Zack por los hombros y le obligaba a darse la vuelta.

—Oh, ¿no me dejas que me divierta un poco? —replicó Zack, pero fue un intento desganado de hacer un chiste, y ni siquiera intentó echar una miradilla.

Kristin se puso detrás del Beetle y tiró de su camiseta, quitándosela; a continuación, se bajó los pantalones y se los quitó.

—Ahora ya sé por qué Campanilla lleva vestidos de palabra de honor; las alas necesitan su propio espacio. Cali ha sido muy amable al prestarme un vestido —dijo Kristin, examinando un retal de tela diminuto—. Espero que me quepa.

Bajo la mirada de Tennyson, Kristin se redujo varios centímetros. El sujetador le bailaba alrededor del pecho, y era un milagro que las bragas siguieran alrededor de sus caderas.

—Date la vuelta, anda.

—Pero si ya he visto...

—Me da igual, date la vuelta.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Tennyson. Se dio la vuelta justo cuando la ropa interior iba a parar al suelo. Le fastidiaba perderse el espectáculo. Para evitar la tentación de mirar disimuladamente se acercó a Zack.

—¿Ha terminado? —preguntó su amigo.

—Todavía no. Solo es la segunda vez que hace el cambio, así que tarda más que las hadas experimentadas como Cali.

Zack dejó atisbar su sonrisa pícara.

—Ya, es una pasada que Cali pueda cambiar tanto —dijo, y recuperó la expresión seria—. Todavía no hemos podido hablar con Jake. Sobre ella, quiero decir.

Tennyson le dio unas palmaditas en el hombro a su amigo.

—No te preocupes; pronto tendrás oportunidad de hacerlo.

Se quedaron en silencio algunos minutos.

—Ya está.

Un hadita minúscula revoloteó delante de los dos.

—No te agotes —le recomendó Tennyson. Abrió la palma de la mano y Kristin aterrizó en el centro—. Aún te queda una gran distancia que recorrer.

—¿Estamos listos? —preguntó Kristin. Su voz sonaba tan diminuta como su cuerpo.

—Sí.

Tennyson se sentó en el asiento del conductor y Zack se puso a su lado. Antes de conducir, dejó a Kristin en el salpicadero.

—Agarraos.

Tennyson arrancó el automóvil y empezó a conducir carretera abajo. Por un momento, el pánico le invadió cuando se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Pero entonces oyó a Kristin:

—Sigue la carretera y ya está.

Tennyson se concentró en el asfalto. Mientras se centrara en la carretera todo iría bien. Cuando miraba a su alrededor empezaba a sentirse desorientado, así que dejó de intentar ver el paisaje.

Conducía poco a poco porque cada vez que aceleraba se sentía perdido.

—Ya casi estamos.

Al oír la voz de Kristin, Tennyson recuperó la confianza en sí mismo.

—¿Estás listo, Zack?

Su amigo asintió y agarró una cartera.

Tomaron otra curva y Tennyson vio la casa. Kristin desapareció bajo el salpicadero. Para sorpresa de nadie, vieron a tres hombres con las varitas apuntando al automóvil mientras llegaban a la puerta. Lucas estaba al final de la carretera, con una expresión enfurecida. Tennyson llevó el Beetle hasta delante de la casa y aparcó. Bajó del vehículo, pero dejó la puerta abierta.

—¿Cómo coño habéis llegado hasta aquí? —rugió Lucas. Apretaba los puños y los relajaba de modo intermitente.

—En mi propio vehículo —dijo Tennyson, sonriendo al ver que Lucas no era capaz de ocultar su rabia.

—¿Dónde diablos tienes a mi hijo? —preguntó Zack, dándole la vuelta al automóvil para alcanzar el lado de Tennyson.

Lucas observó a los dos hombres.

—Venir aquí ha sido una insensatez. Estaba dispuesto a no hacerle daño al niño, pero habéis actuado de manera deshonesta.

Tennyson sacó la varita y la apuntó hacia Lucas. Como era de esperar, los tres *arcanae* apuntaron las suyas hacia él.

Lucas se limitó a reír.

—Adelante, intenta usarla. Mis hombres te despedazarán antes de que puedas siquiera pensar en un hechizo. Tu magia no es lo suficientemente rápida.

—Pues es una suerte que no vayamos a usar magia —dijo Zack, tirando la cartera al suelo con fuerza. El ruido de cristal roto llenó el aire; entonces, un humo espeso, blanco y gris ocultó a Lucas y la casa.

—Pero ¿qué...? —exclamó Lucas—. ¡Atrapadles!

Zack agarró el brazo de Tennyson, que se concentró con todas sus fuerzas. El aire se comprimió a su alrededor, su visión se oscureció y entonces se encontraron en el salón de la suite que ocupaba Zack.

Cali se levantó de un salto en cuanto les vio.

—¿Y bien?

—La química es la hostia —dijo Zack con una amplia sonrisa—. Tendrías que haber visto la confusión en la cara de ese cabronazo cuando todo se ha llenado de humo. Ha sido de lo más satisfactorio.

—¿Y Kristin? —preguntó Cali, volviéndose hacia Tennyson.

—Solo podemos esperar —contestó él. Las palabras ofrecían un consuelo vacío, y Tennyson contempló el vasto océano intentando mantener su aprensión bajo control.

# Capítulo 25

## La magia simple suele ser la mejor

Kristin encontró una ventana abierta en el segundo piso. ¿Y por qué no iba a encontrarla? Lucas no tenía ni idea de que alguien pudiera encontrar su casa. Creía que allí estaba a salvo. Kristin desenvainó la pequeña pero afilada daga que llevaba en la cintura y cortó la tela mosquitera. Un par de puñaladas perpendiculares más tarde había hecho un agujero por el que podía colarse.

El humo había funcionado a la perfección. Kristin había salido volando del automóvil oculta en la nube química y había ascendido hasta el segundo piso. Los gritos y las exclamaciones de incredulidad de Lucas y sus hombres le indicaron que Tennyson y Zack habían escapado. Y ahora estaba entrando en la casa de Lucas a cuatro patas para buscar a Jake.

Su memoria no la había decepcionado. El segundo piso era tal y como lo recordaba, incluyendo la habitación que había ocupado brevemente. Voló de puerta en puerta y exploró las habitaciones. Ser pequeña tenía sus ventajas; era capaz de reptar por debajo de las puertas cerradas y esconderse en sitios en los que nadie buscaría. Aunque no le estaba resultando necesario esconderse. Pese a que había más criados rondando por la casa que durante su última visita, estaban ocupados en el piso de abajo.

Sin embargo, su búsqueda en el segundo piso no dio resultado. Jake no estaba en ninguna de las habitaciones. Comprobó que el vestíbulo estuviera desierto y voló escaleras abajo.

—Registrad la parte trasera —retumbó la voz de Lucas. Estaba yendo hacia el vestíbulo—. Esos dos no eran más que un señuelo y quiero saber qué ocultaban.

Kristin se agachó tras un florero enorme que decoraba la entrada. Tres hombres se inclinaron ante Lucas y se apresuraron a salir de nuevo. La cara de Lucas se transformó para revelar una expresión de furia absoluta. Kristin se encogió sobre sí misma tras el florero. No quedaba ni rastro del hombre cosmopolita que Lucas había fingido ser.

—¡Dimitri! —gritó Lucas.

El inexpresivo mayordomo, todavía vestido de negro, se acercó desde la zona de las cocinas.

—¿Señor?

—¿Dónde está el niño?

—Sigue en su habitación. He ido a comprobar cómo estaba en cuanto he oído la conmoción ahí fuera.

—Bien hecho —dijo Lucas, y se dirigió al salón. Dimitri le siguió.

Mordiéndose el labio inferior, Kristin abandonó su escondite y voló a ras de techo para seguirles. Ambos hombres estaban dándole la espalda a la puerta. Kristin salió disparada hacia la estantería y se escondió tras una estatuilla de bronce.

Lucas se sirvió un brandi y miró por la ventana.

—¿Cómo nos han encontrado? Este lugar está oculto al mundo. Ni siquiera permití que Kristin... —Lucas se interrumpió y levantó la cabeza. Dejó la copa en el mueble bar y se volvió hacia Dimitri—. Examina la casa. Cada centímetro. Está aquí, en algún sitio. Puedo sentirla.

—Inmediatamente —dijo Dimitri. Salió del salón, gritando órdenes al resto de los hombres.

—Kristin —la llamó Lucas, su nombre era como una palabrota en sus labios.

Notaba que el corazón le aporreaba el pecho. Tenía que encontrar a Jake y largarse de ese sitio. Rápidamente.

Lucas volvió a levantar su copa. Con un movimiento súbito, lo lanzó contra la

chimenea de piedra. Salió de la habitación sin siquiera esperar a que la copa estallara contra la piedra.

Kristin respiró hondo. El miedo le corría por las venas como si fuera ácido. Apenas podía oír la actividad en la casa por encima de sus propios latidos. «Piensa», se reprendió. «Concéntrate.»

Dimitri había venido de la parte trasera de la casa. Había dicho que Jake seguía en la habitación. Así que tenía que empezar a buscar por allí.

Volar sin ser observada era más difícil ahora. Había un bullicio de hombres y mujeres buscándola, pero llegó a la cocina y su miriada de escondites sin ser descubierta. Por supuesto, Jake no estaba prisionero en la cocina. Más allá de ese sitio estaban las habitaciones de los criados, tendría que buscar por allí.

El pasillo en el ala del servicio casi no tenía decoración. Sin adornos, tenía que moverse con más velocidad y esperar que no la vieran. Ya había recorrido la mitad del pasillo cuando oyó a alguien a sus espaldas. Kristin aceleró y se escondió en la lámpara. Reprimió un grito al quemarse la planta del pie con la bombilla. Los paneles de cristal también estaban calientes, pero no tenía más remedio que agarrarse a ellos. Aun así, si la persona que había bajo ella miraba hacia arriba la vería. Pero la suerte la acompañó, el hombre siguió andando por el pasillo sin mirar a su alrededor. Cuando entró en una habitación al fondo, Kristin se apresuró a volar hacia una puerta y se coló por debajo.

Escondarse en las habitaciones del servicio sería más fácil, porque sus ocupantes tenían más pertenencias. Para ser criados, algunos tenían las habitaciones echas un asco, pero Kristin agradeció su desorden. Consiguió registrar las habitaciones sin incidentes, aunque había perdido mucho tiempo. ¿Dónde estaba Jake?

Kristin volvió al segundo piso volando por las escaleras del servicio.

—Pero, señor —dijo una voz en la habitación por la que había entrado al principio—. No es más que un agujerito en la tela mosquitera.

—Esta casa es nueva —refunfuñó Lucas, con desagrado en la voz—. No tendría que existir ni un agujero. Especialmente agujeros cortados con tanta precisión.

—Alguien tendría que ser muy pequeño para colarse por ahí —dijo la primera voz riéndose.

Lucas también rio, pero sin alegría.

—Chica lista.

Irrumpió en el pasillo justo cuando Kristin se escondía en un jarrón con flores. Por lo menos el agua le calmaba la quemadura del pie.

—Es pequeña. Tiene el tamaño de un duendecillo.

Kristin se desanimó de golpe. Lo sabía. Lucas sabía que estaba en la casa y que había cambiado de tamaño. Aun así, ella tenía ventaja.

—Volved a registrar la casa —bramó Lucas—. Y esta vez, quiero que registréis cada centímetro literalmente. Estamos buscando un hada.

Los hombres se dispersaron por el pasillo y se metieron en varias habitaciones. Maldición. Esa nueva búsqueda le dejaba menos tiempo todavía para encontrar a Jake. ¿Dónde estaba? Kristin había revisado toda la casa y no había dado con él.

Lucas se dirigió al final de pasillo y se detuvo en lo alto de la escalera del servicio. Allí. Kristin no lo había visto antes. En la pared, disimulada por el trampantojo, había la silueta de una puerta. Lucas se sacó una llave del bolsillo y la encajó en una cerradura. La puerta se abrió y Kristin vio un amplio arco que daba a una habitación espaciosa, que se extendía por una parte de la casa no incluida en la visita guiada.

A Lucas le encantaba guardar secretos.

Entró en la estancia y cruzó hacia una puerta pequeña que había en la pared izquierda. Una segunda llave abrió esa cerradura. Lucas miró al interior.

—¿Estás despierto, chico?



—Vete.

A Kristin se le encogió el corazón cuando notó el miedo y la tristeza en la voz de Jake. «Aguanta, Jake, estoy aquí.»

—Vigila esa lengua, muchacho.

Cuando Lucas le dio la espalda a la puerta secreta, Kristin aprovechó la oportunidad para cruzar volando la entrada y pasar de largo, apresurándose por la enorme habitación. Parecía un museo mágico; un tapiz medieval colgaba dentro de una vitrina de cristal, una esfera de cristal roja reposaba sobre un soporte de madera dentro de una hornacina. Si no supiera que era imposible, habría pensado que la esfera era un rubí gigantesco. Un momento, conociendo a Lucas, lo más probable era que lo fuese. Un cayado largo y grabado estaba apoyado contra una esquina, y una parte de la pared estaba decorada con símbolos extraños. Había libros antiquísimos en una estantería que ocupaba una pared entera y una mesa estaba puesta contra otra. Sobre la mesa había un mortero con su mano y varias estanterías llenas de plantas, piedras, viales llenos de polvos y botellas. Una claraboya intrincada se abría sobre sus cabezas. Los paneles de cristal casi parecían los pétalos de una gran flor. La magia permeaba el ambiente y, incluso con sus conocimientos limitados, Kristin reconoció que cada objeto tenía algún tipo de conexión sobrenatural. Le habría encantado explorarlo todo y descubrir más de los secretos de Lucas.

Inclinándose hacia el interior de la habitación, Lucas hablaba con Jake.

—Puede que la próxima vez seas más educado, si realmente esperas que te dé de comer.

—Te odio y nunca voy a ser educado contigo.

—Te aseguro que el sentimiento es mutuo —dijo Lucas, y retrocedió de la habitación de golpe, como si estuviera satisfecho con la reacción del niño. Kristin se precipitó hacia la esfera de rubí y se escondió sobre el soporte de madera. Se aplanó contra la fría esfera y entonces se apartó un poco. Una luz había empezado a brillar en el interior, pero se le olvidó cuando, al cabo de un momento, oyó que Lucas cerraba la puerta con llave. El sonido de pasos, el fuerte clic de otra cerradura y la oscuridad en la habitación le indicaron que este se había ido.

Kristin echó un vistazo desde detrás de la esfera. Las luces estaban apagadas, pero la claraboya iluminaba la habitación. Voló hacia la puerta que Lucas había abierto y se coló por la ranura de debajo.

Parpadeó un par de veces para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Una cortina gruesa cubría la ventana. Incluso en pleno día, la habitación parecía apagada; el mobiliario consistía en una cama individual y nada más. Entonces le vio. Acurrucado en un lado de la cama: Jake. La daba la espalda a Kristin y estaba llorando.

Kristin revoloteó hacia él y se quedó flotando por encima de su cabeza. Hablar con él sería más difícil de lo que había supuesto, estaba a punto de revelarles la existencia del mundo *arcanae*.

—¿Jake?

El niño dejó de llorar.

—Jake —lo llamó ella en voz más alta—. Soy yo, Kristin.

Jake se enjugó las lágrimas de la cara y se incorporó. Kristin mantuvo las distancias por encima de su cabeza.

—Te oigo, pero no te veo.

—Eso es porque tengo que decirte algo antes. ¿Te acuerdas del hada que capturaste la semana pasada?

—Sí —contestó él, secándose una lágrima errante.

—Era Cali.

—¡No puede ser! —dijo Jake, subiendo la voz—. ¿El hada era ella? Pero si era diminuta.

—¡Chsss! —se apresuró a chistar Kristin—. Tenemos que hablar en voz baja para que Lucas no nos oiga.

—De acuerdo —dijo Jake, mirando bajo la cama—. ¿Dónde estás?

—Cali no es la única que se puede hacer pequeña. Mira hacia arriba.

Jake obedeció y, a pesar de las lágrimas, se quedó boquiabierto.

—No intentes cazarme, ¿de acuerdo? —pidió Kristin, volando más cerca de él.

—Vale —aseguró Jake, con los ojos muy abiertos—. Caray, ¿has venido a rescatarme?

El entusiasmo del niño la hizo sonreír.

—Así es.

—¡Yupi! —exclamó Jake, y a continuación se tapó la boca con las manos—. Se me olvidaba —susurró.

—No pasa nada, no creo que nos hayan oído —dijo Kristin. Aterrizó en la cama, a su lado, y respiró hondo. Había tardado más de lo previsto en encontrarlo, y permanecer pequeña la estaba dejando sin energías. «Concéntrate. Puedes hacerlo.»

—¿Va a venir mi padre? —preguntó Jake, brincando sobre la cama—. ¿Dónde está?

—Ha venido antes, pero yo soy la única que ha podido colarse en la casa. No te preocupes, enseguida lo verás.

—Vale —dijo Jake, aunque su entusiasmo se disipó y hundió los pequeños hombros. Kristin oyó que el estómago le rugía, y el chico se lo frotó con la mano.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —respondió haciéndose el valiente.

—Vamos a prepararte un buen desayuno y entonces podemos organizarnos —dijo Kristin. Se concentró y agitó la varita.

Al cabo de un momento, se materializó una bolsa blanca. Lo había conseguido; en algún lugar, un empleado de McDonald's estaría preguntándose a dónde había ido el pedido que acababa de completar. Aunque se alegró de ver que Jake abría la bolsa y sacaba una hamburguesa, Kristin se mareó y tuvo que sentarse en la cama. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar la transformación.

El problema era que si intentaba conservar energías volviendo a su tamaño original, estaría desnuda. De acuerdo, no era un problema grave, pero no hacía falta poner a Jake en una situación más incómoda todavía. Por no hablar de lo difícil que sería esquivar a los secuaces de Lucas si Kristin volvía a su altura normal. Aunque considerando la energía que ahorraría parecía una decisión fácil.

—Jake, necesito que me hagas un favor.

Este asintió con la boca llena.

—Vale.

—Me hace falta la sábana que hay en la cama. ¿Puedes sacarla de ahí?

Jake volvió a asentir, se metió en la boca lo que le quedaba de la hamburguesa y bajó de la cama de un salto. Kristin alzó el vuelo cuando Jake empezó a tirar de la manta; al poco rato, el niño se había hecho con la sábana.

—¿Ahora qué?

—¿Puedes sostenerla en alto, por encima de la cabeza, y aguantar hasta que te la quite?

—Claro —aseguró Jake. Separó las piernas para mantener mejor el equilibrio y levantó la sábana por encima de su cabeza con los brazos extendidos—. ¿Así?

—Perfecto. Ahora nada de mirar. Voy a hacerme grande otra vez —dijo Kristin. Aterrizó en el suelo y agitó la varita sobre sí misma. En pocos segundos, los primeros crujidos de huesos anunciaron que la transformación estaba empezando. Kristin se desprendió del vestidito a toda velocidad, ya empezaba a apretarle. Esperaba haber tomado suficiente ibuprofeno.

—Se me están cansando los brazos —dijo Jake.

—Un poquito más y estaré lista —pidió Kristin—. Aguanta.

Al cabo de un minuto, Kristin agarró la sábana y se envolvió en ella.

—Caramba, eres más grande.

—Y todavía no he terminado —dijo Kristin, intentando sonreír a pesar del dolor. Se ajustó la sábana alrededor del cuerpo mientras iba creciendo.

Tres minutos más tarde, la transformación estaba completa. La sábana le colgaba como una toga ancha; tiró de una esquina de la sábana y descubrió que podía atarla a otra esquina. No era lo más cómodo del mundo, pero haría su servicio. Kristin respiraba con dificultad y le temblaban las piernas; sin embargo, el desgaste constante de energía se había detenido.

—¿Te han dado algo de comer o beber?

—Sí, aunque lo tiré todo —respondió Jake, haciendo una mueca y mirando a su alrededor. Entonces echó a correr hacia una esquina—. ¡Aquí está! Está un poco aplastada, pero todavía hay agua.

—Perfecto —dijo Kristin. Aceptó la botella que Jake ofrecía y vació la mitad de un trago.

—Caray, debías tener mucha sed —exclamó Jake, con los ojos como platos.

—Es lo que tiene la magia —dijo Kristin, y se sentó al borde de la cama—. Jake, necesito sentarme un minuto para recuperar el aliento.

—¿No nos vamos a casa todavía? —se lamentó Jake, poniendo la cara larga.

—En cuanto recupere el aliento, te lo prometo —dijo Kristin. Cerró los ojos y se terminó el agua. El líquido fresco ayudaba, pero sabía que no había recuperado las fuerzas del todo. Se obligó a respirar lentamente, para calmarse y aliviar el cansancio tanto como pudiera.

Pasaron un par de minutos antes de que pudiera abrir los ojos. Jake estaba sentado en el suelo con las rodillas apretadas contra el pecho y la cabeza caída; era la viva imagen de la tristeza.

—¿Tan mal se me da rescatar a la gente?

Jake levantó la cabeza. Se le notó en la cara el dilema entre la buena educación y la honestidad.

—No, lo estás haciendo bien —dijo el chico al final.

—Pues vamos a devolvete a casa. —Se levantó y tomó como buena señal que las piernas la sostuvieran. Todavía no se había recobrado por completo, pero se sentía un poco más fuerte. Puso la mano en el hombro de Jake, se concentró en la habitación de Zack en el hotel y esperó a que empezara el ya familiar cosquilleo.

No pasó nada.

Kristin lo volvió a intentar; ni un parpadeo de magia. Tal vez su objetivo estaba demasiado lejos. Se concentró en el lugar que quedaba justo fuera del hechizo de protección, al lado de la cortina de magia; desde allí podrían volver a casa. Se concentró.

Nada de nada.

—¿Algo no va bien? —preguntó Jake, mirándola desde su altura.

—Estoy pensando —dijo Kristin. Se concentró en el otro lado de la puerta; sin duda, sería capaz de trasladarse a tres metros de distancia.

Nada.

«¡Piensa, Kristin, piensa!». La magia funcionaba en la habitación; había invocado el desayuno de Jake y se había transformado. Entonces, ¿por qué no podía trasladarse? Tennyson y Zack habían podido hacerlo. Kristin estaba cansada, pero sabía que tenía fuerzas para trasladarse. ¿Tal vez era porque lo estaba intentando con dos personas?

Kristin soltó a Jake y se concentró en el otro lado de la puerta, pero no se movió ni medio centímetro. Era hora de pasar al plan B.

Era una lástima que no tuviera plan B.

Zack y Tennyson habían podido usar la aparición para escapar desde fuera de la casa. Tal vez Lucas había añadido alguna medida tras su último escape. Quizá si conseguían salir de la casa podrían desaparecer. Con eso en mente, Kristin diseñó un nuevo plan, aunque llegar al exterior sería mucho más difícil.

Tenía la varita en la mano. Apuntó hacia la puerta y se acordó de que no sabía ningún hechizo para abrir cerrojos. Aunque se le ocurría otra manera de abrir la puerta.

—Trol.

La madera explotó hacia fuera, dejando tras ella poco más que una llovizna de serrín. Ya podía olvidarse del factor sorpresa.

—Dabuten —dijo Jake, con el mismo tono que Zack.

—Vamos —ordenó Kristin. Agarró a Jake de la mano y echó a correr hacia la siguiente habitación. Levantó la varita de nuevo.

En aquel instante, la puerta secreta se abrió de golpe; Lucas estaba de pie en el umbral. Cuando la vio, levantó las manos en el gesto universal de rendición.

—No dispaes —dijo, y sonrió.

A Kristin le tembló la mano. Sabía que tenía que actuar, moverse, lo que fuera, pero no era capaz de hacerle estallar. Era malvado, corrupto y ávido de poder, y sin embargo no podía usar magia para atacarle. Kristin empujó a Jake para que se pusiera tras ella y retrocedió.

—¿Te gusta mi biblioteca? —preguntó Lucas, avanzando y obligando a Kristin a adentrarse en la sala—. Aquí llevo a cabo mis investigaciones y experimentos. Aquí es donde guardo mis piezas más valiosas. Son bonitas, ¿verdad? —dijo deslizando los dedos por el cristal que cubría el tapiz.

—Querrás decir nauseabundas —contestó Kristin, manteniendo la varita apuntada hacia él.

—Aparta eso, ambos sabemos que no piensas usarla —dijo Lucas, dando otro paso hacia ella.

—No me tientes —replicó Kristin con voz firme.

Tres hombres siguieron a Lucas hacia el interior de la biblioteca, parecían esperar sus órdenes.

—No puedes escapar. Estas habitaciones están protegidas con especial devoción. Nadie puede trasladarse aquí, ni desde aquí. Ni siquiera yo —dijo Lucas, caminando alrededor de Kristin.

Eso explicaba su fracaso. Kristin pensó frenéticamente en otra opción, lo que fuera, alguna forma de salvar a Jake.

—Deja que el niño se marche. No le quieres para nada.

—En eso tienes razón. ¿Le mato ahora? —propuso Lucas. Apuntó la varita hacia Jake y se lanzó hacia delante.

—¡No! —gritó Kristin, empujando a Jake otra vez para que se quedara tras ella. El niño gimoteó. Kristin se preparó para recibir la embestida.

Las risotadas de Lucas llenaron la habitación.

—No pretenderás que dedique mis energías a algo tan insignificante. Tú eres lo que quiero.

Kristin no podía seguir andando en círculos. Los tres hombres que aguardaban en la puerta estaban peligrosamente cerca por un lado, y Lucas se acercaba por el otro. Kristin retrocedió hasta que Jake topó con la pared.

Lucas hizo un gesto amplio para señalar su vestido.

—Ese atuendo te favorece. Incluso ahora, con una toga, eres una diosa.

El tono de voz calmado de Lucas la irritaba más que si se hubiera limitado a gritarle. Y le daba más miedo.

Uno de los tres hombres se abalanzó sobre ella. Jake gritó y se apartó. Kristin agarró la esfera de rubí de la hornacina que tenía detrás y la levantó por encima de su cabeza

para arrojarla al suelo.

—¡No! —gritó Lucas.

El hombre retrocedió. Kristin miró hacia Lucas, él también había dado un paso hacia atrás. Observó la esfera, el brillo que había notado antes había vuelto a aparecer y su intensidad estaba aumentando.

—¿Qué es esta cosa? —le preguntó a Lucas.

—Una bonita bagatela, nada más —respondió este, una vez más hablando con calma.

—Mientes —dijo Kristin. Notaba en las palmas de las manos el calor que radiaba el orbe; la esfera resplandecía con más fuerza, proyectando una luz rojiza sobre todo lo que la rodeaba. La sábana que llevaba puesta ya no tenía nada de blanco, parecía completamente roja.

—Kristin, no es nada. Un juguete —aseguró Lucas. Pero sus palabras eran demasiado triviales, demasiado forzadas.

—¿En serio? —Kristin lanzó la esfera hacia arriba y la agarró cuando volvió a caer. Lucas se estremeció.

Ahora era ella la que reía. Se sentía llena de confianza, la energía le recorría el cuerpo. Sus pensamientos se concentraron y entendió la respuesta. Kristin podía hacer magia en ese lugar, lo que no podía hacer era transportarse. Si había sido capaz de traerle el desayuno a Jake, entonces sería capaz de mandar a Jake de vuelta.

—Dame tu teléfono móvil.

—¿Qué? —preguntó Lucas.

—Que me des tu móvil. No me hagas repetírtelo.

Lucas se lo lanzó, pero Kristin no se movió y lo dejó caer al suelo.

—Jake, agárralo y ponlo en la repisa que tengo detrás.

Jake salió de detrás de Kristin y lo asió a toda velocidad. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar la hornacina.

Sin desviar la mirada de Lucas, y vigilando a sus tres secuaces por el rabillo del ojo, Kristin se agachó para hablar con Jake.

—Cuando vuelvas con tu padre, dile a Tennyson que use mi teléfono móvil para llamar a Lucas. ¿Te acordarás?

Jake asintió.

—Es muy importante, Jake. Dile que llame a Lucas desde mi teléfono.

—No se me olvidará.

—Buen chico. ¿Estás listo?

Lucas volvió a sonreír.

—No puedes transportarte desde aquí, ¿recuerdas?

—Ah, pero yo no pienso transportarme —dijo Kristin. Apuntó la varita hacia Jake y le guiñó un ojo—. Es hora de volver a casa, Jake.

Agitó la varita. Una ráfaga de viento barrió la habitación y, con un destello de luz roja, Jake se desvaneció.

—¡Imposible! —gritó Lucas—. He bloqueado todos los hechizos de transporte...

—Ah, pero no me he transportado. Solo he mandado a Jake a casa. —Se sentía triunfal, pero tenía los brazos cansados. Comprobó el estado de la esfera; ya no brillaba con tanto ímpetu. La luz latía suavemente, aunque Kristin no sentía su fuerza. Se concentró y el brillo se intensificó un instante, parpadeó y se apagó, dejándola más débil que antes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lucas.

—Esperamos la llamada —musitó Kristin, trastabillando hacia atrás.

Lucas vio su debilidad y dio un pequeño paso hacia ella.

—Todavía no, Lucas. Tienes que esperar un poco más —dijo Kristin, y levantó la esfera como si fuera a estrellarla contra el suelo. Lucas se detuvo de golpe.

Empezó a sonar el teléfono.

— Sanctum —pronunció Kristin, y su varita desapareció. Agarró el teléfono—. ¿Hola?

—Kristin, ¿eres tú? —dijo Tennyson desde el otro lado de la línea.

—Soy yo. ¿Ha llegado Jake?

—Está aquí. Está a salvo. ¿Dónde estás?

— Chez Lucas. —Sentía que se le agotaban las energías—. Te quiero.

—Kristin, espera...

Ella dejó caer el teléfono y se giró, atontada, hacia Lucas.

—Creo que ya te puedo devolver esto —dijo. Le lanzó la esfera y la oscuridad la envolvió.

## Capítulo 26

### A veces lo que hace falta es interpretar las normas con creatividad

—¡Kristin! —le gritó Tennyson al teléfono—. ¡Kristin!

La oyó hablar. A continuación escuchó un montón de voces y entonces silencio.

Con un rugido de rabia, arrojó el teléfono contra la pared.

—Tiene a Kristin.

Jake, que estaba entre los brazos de Zack, miró a su padre.

—¿Qué le pasa al tío Tennis?

—Está preocupado por Kristin —dijo Zack.

Tennyson estaba andando arriba y abajo por la habitación. Se alegraba de haber recuperado a Jake sano y salvo, pero Kristin tendría que haber vuelto con él. El terror le retorció las entrañas.

—Reynard sabe dónde estamos. Tendréis que trasladaros —dijo Tennyson, todavía andando—. Cali, ¿puedes ocuparte de ellos?

—Claro —contestó la aludida, casi ofendida ante la duda.

—¿Papá? —llamó Jake, tirando de la manda de su padre—. ¿Sabías que Cali es un hada?

Zack asintió.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo Jake, haciendo un puchero—. Y Kristin también lo es. Ha estado estupenda, papá, muy fuerte. Y mágica. Tendrías que haberla visto con la bola roja.

Tennyson se volvió hacia ellos y se agachó delante de Jake.

—¿Qué bola roja?

Jake frunció los labios mientras pensaba, y al cabo de un momento asintió.

—No lo sé. Kristin agarró una bola roja de una repisa. Ha sido de miedo, brillaba.

Imposible. La esfera no era más que un mito. Aunque había pensado lo mismo del *Lagabóc*.

—¿Una bola roja? ¿Parecía que estuviera hecha de cristal?

—Sí, y el tipo malo se ha asustado cuando Kristin la ha agarrado. Ha sido muy gracioso.

Los obsequios de Merlín. Tennyson todavía no había estudiado la parte del *Lagabóc* que hablaba de los obsequios, pero si la esfera era real y estaba en posesión de Lucas, el Consejo tenía que ser informado.

—¿Qué pasó entonces?

—Kristin también brillaba con luz roja, ha sido una pasada. Ha sido cuando ha dicho que era hora de volver a casa, y entonces estaba aquí —relató Jake, acurrucándose entre los brazos de su padre de nuevo—. Kristin ha sido muy valiente, papá.

—Ya lo sé, colega, ya lo sé —dijo Zack, y se volvió hacia Tennyson—. ¿Cuál es nuestro siguiente paso?

—Tenéis que salir de aquí —respondió Tennyson, frotándose la frente.

—Pero Kristin...

—No, en esta ocasión no me puedes ayudar —dijo Tennyson, en un tono más duro de lo que pretendía. Suspiró—. Lleva a Jake a un sitio seguro.

Zack se quedó un momento sin decir nada y asintió. Levantó a Jake y se lo llevó de la habitación de la mano.

—Tenemos que hacer las maletas —le dijo a Jake.

Tennyson volvió a caminar de un lado a otro.

—Debo encontrar a las tías, tal vez puedan ayudarme.

Cali le dedicó una mirada de comprensión.

—¿No puedes volver a casa de Lucas?

—Lo ha hecho todo Kristin. ¿No te das cuenta? Está sola, y no puedo ayudarla —se lamentó Tennyson. La frustración le hervía por dentro. Lucas era una amenaza mayor de lo que habían supuesto. Se volvió hacia una pared y le pegó un puñetazo; Cali gritó de la sorpresa. Cuando Tennyson apartó el puño tenía los nudillos cubiertos de sangre.

Cali se le acercó e intentó tomarle la mano.

—Deja que lo limpie...

—No te preocupes, quiero sentir el dolor.

Estaba actuando como un idiota. Un idiota tozudo; no podía evitarlo. Su educación y sus conocimientos no le habían preparado para una situación así. Kristin no tendría que haber sido capaz de encontrar la casa de Lucas, pero lo había logrado. Kristin no tendría que haberse enfrentado a Lucas ella sola, pero lo había hecho. Kristin no tendría que estar arriesgando su vida, pero así era. Estaba muy bien que Tennyson hubiera descubierto el *Lagabóc*, ¿pero de qué le servía ahora un libro vetusto? Las leyes no podían ayudarle. Le había fallado, y si no podía salvarla sería su fin.

Se volvió hacia Cali y le puso las manos en los hombros.

—Cuida bien de ellos.

Ella le puso una mano en el brazo.

—No te preocupes por Zack y Jake, les mantendré a salvo. Tú encuentra a Kristin.

Tennyson ni siquiera podía prometerle a Cali que así sería. Sin decir palabra, se desvaneció.



Una hora más tarde, Tennyson estaba en el vestíbulo de mármol del salón del Consejo. Había supuesto que sería imposible enfadarse más. Se había equivocado.

Habían rechazado sus ideas. No, no solo las habían rechazado, sino que lo habían ridiculizado por hacerles perder el tiempo con cuentos de hadas. Habían localizado a Ivan Dimitrov; llevaba una vida tranquila en el norte de Inglaterra. No mostraba tendencias malignas, ni nada más allá de un cierto desasosiego ante las acciones de su madre. Ivan quería que le dejaran en paz, y el Consejo estaba más que dispuesto a concederle su deseo. Y acerca del tal Lucas Reynard, el Consejo no tenía constancia de su existencia y si él, Tennyson, persistía en desarrollar sus teorías, cambiarían su estatus al de descontento y le aplicarían las restricciones correspondientes.

Además, el episodio revelaba que Kristin Montgomery se había demostrado incapaz de ocuparse del honor que se le había otorgado. Se la declararían incompetente de manera inmediata, y Tennyson quedaba a cargo de entregarla al Consejo lo antes posible para su reclusión. Al fin y al cabo, era una singular, y era imprescindible limitarla antes de que desarrollara al máximo sus poderes. Ya habían convocado a las tías para informarles de esa decisión.

Así que Kristin no solo estaba sola y en peligro, sino que ahora además era una fugitiva. Tennyson se puso a andar de un lado a otro por el vestíbulo. Discutir no serviría de nada. Nunca hubiera pensado que el Consejo sería tan testarudo y corto de miras, y ahora que Aldous había muerto no contaba con ningún apoyo del resto de los miembros.

Las tías se materializaron en el vestíbulo.

—Tennyson —dijo Lily, yendo hacia él para darle un abrazo. Se detuvo cuando le vio la cara—. ¿Qué ocurre?

—Nada bueno —replicó él—. El Consejo acaba de declarar a Kristin incompetente.

—¿Qué? —exclamó Violet—. ¿Se han vuelto locos?



—Tú dirás. Piensan que todo lo relacionado con Lucas son patrañas, y a mí me han advertido que no siga insistiendo.

—Panda de idiotas —dijo Rose—. Siempre empeñados en no enfrentarse a la realidad.

—Pasó lo mismo cuando fuimos tras Elenka —añadió Lily, y chasqueó la lengua—. Se niegan a aceptar que están completamente desconectados del mundo *arcanae*. Se les olvida que su deber es servirnos y protegernos, no maquinando formas de escalar puestos.

—Y por eso hace falta un cambio —terció Rose—. Recuerdo...

—Perdóñenme —dijo Tennyson—. Pero no tenemos tiempo de ponernos a discutir sobre política. Lucas tiene a Kristin.

Las tres mujeres se quedaron en silencio.

—¿Dónde? —preguntó Rose finalmente.

—En su casa —respondió Tennyson—. Pero no podemos ir, está oculta. Kristin consiguió forzar el hechizo y entrar, yo no puedo hacer lo mismo.

—Esa es nuestra Kristin —dijo Violet.

—Queridas, creo que el Consejo puede esperar, ¿vosotras no? —planteó Lily, y agarró a Tennyson de la mano—. Tenemos cosas más importantes que hacer.



Cuando Kristin abrió los ojos estaba tumbada en la cama de la habitación donde había encontrado a Jake. Los recuerdos de lo sucedido esa mañana volvieron a su mente. Estaba en casa de Lucas y Jake estaba a salvo. Mientras recuperaba la orientación, oyó un carraspeo.

—Estupendo, estás despierta.

Con un grito ahogado, Kristin se incorporó de golpe. La sábana que llevaba puesta se le había enredado con los brazos y las piernas. Lucas estaba sentado en una silla con respaldo, mirándola. Kristin tiró de la sábana para cubrirse.

—He traído algunas de las cosas que adquiriré para ti —dijo Lucas, señalando hacia una pila de ropa que había en el suelo, al lado de la cama.

Kristin agarró la pila entera como si fuera una pared que la separara de Lucas.

—Obligarte a seguir vestida con ese trapo da una imagen muy mezquina de mí —comentó Lucas, encogiéndose de hombros—. Además, no me conviene que distraigas a mis hombres más de lo necesario.

—Eres de una generosidad apabullante —dijo Kristin en tono seco.

Lucas se levantó.

—Ahora voy a dejar que te vistas, y luego charlaremos. —Se dirigió hacia la puerta y se detuvo un momento—. Y que no te tiente la posibilidad de escapar. Te va a resultar más difícil que antes hacer magia —añadió, y salió de la habitación.

Sus palabras sacaron toda la terquedad de Kristin. Abrió la mano e invocó su varita; no apareció. El segundo intento fue otro fracaso. Se concentró en sí misma; no había ni un poco de magia latiendo en su interior. Kristin buscó con sus sentidos y encontró una huella mágica; pero daba la impresión de ser más bien una pesada barrera, palpitando en vez de cosquilleando. La magia en la habitación era espesa; ¿era posible hacer un hechizo que impidiera cualquier tipo de magia?

Kristin buscó entre las prendas de ropa y encontró unos pantalones cortos entallados y una camisa de lino. Era un poco más formal de lo que le hubiera gustado, pero por lo menos era veraniego. En el montón también había ropa interior de seda y sandalias de gladiador de cuero. Kristin tenía que admitir que Lucas y compañía sabían de lujos.

Justo mientras terminaba de atarse las sandalias oyó que llamaban a la puerta.

—¿Estás vestida? —preguntó Lucas.

—Sí —replicó Kristin, sentándose en el borde de la cama.

Lucas entró y sacudió la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo, y chasqueó la lengua como si estuviera regañando a un niño pequeño.

—¿Soltarme?

—Me alegra ver que no has perdido el sentido del humor —contestó Lucas, sentándose a su lado—. Esta casa iba a ser mi hogar, mi santuario, mi castillo. Me has estropeado los planes. ¿Cómo conseguiste encontrarme? Nadie debería poder encontrar este lugar sin mi permiso. Ni siquiera mis hombres saben dónde están. Nadie puede romper mis hechizos.

—Pues es una suerte que nadie me lo advirtiera —dijo Kristin. Si Lucas pensaba que le iba a dar pena se equivocaba.

—Por tu culpa tendré que mudarme. Soporté semanas entre los terrenales esperando a que esta casa estuviera lista. Y todo para nada. Ahora tengo que desperdiciar el tiempo buscándome un nuevo hogar. Ya he dado las órdenes oportunas. No puedo perdonártelo —dijo, y recorrió la mandíbula de Kristin con la punta del dedo—. Es una pena, habríamos hecho un gran equipo.

Kristin apartó la cabeza repentinamente.

—¿Tienes algo que decir?

—Todavía no he decidido lo que haré contigo. Quizá te deje vivir; si encuentro una buena manera de controlarte. Porque ya sabes que no vas a volver a salir de aquí.

—Lucas se levantó.

Kristin no se permitió reaccionar ante esas palabras; por lo menos, de cara a Lucas. En su interior, un terror frío estaba arañándole los nervios con dedos de hielo. Pero no iba a suplicar, ya que era consciente de que Lucas nunca volvería a creerse otra de sus flamantes interpretaciones.

—Cuando alcances una decisión, comunícamelo —dijo Kristin. Se tumbó en la cama con las manos bajo la cabeza, como si no tuviera ni una preocupación en el mundo.

Lucas se echó a reír.

—Eres magnífica. Sería una lástima asesinar tal grandeza —dijo, y se fue.

Su expresión despreocupada se desvaneció en cuanto se cerró la puerta. Lucas tendría que matarla, ya que jamás cooperaría con él. Kristin se levantó e intentó invocar su varita una vez más. Nada. Era como si las últimas semanas jamás hubieran ocurrido. Como si nunca hubiera sabido que el mundo mágico existía y no fuese más que una terrenal. Como si nunca hubiera amado a Tennyson.

El sentimiento de pérdida la dejó desolada. Dejó caer la cara sobre la almohada, que ocultó sus sollozos.



—Bueno, tampoco ha funcionado —dijo Violet. Dejó su varita de lado y estiró los brazos por encima de la cabeza.

Llevaban dos horas trabajando en ello. Tennyson había ido a buscar libros, había intentado hechizos y había bebido suficiente té como para llenar una bañera. Una bañera grande. De las que tienen hidromasaje.

—Aquí no hay nada que pueda ser de ayuda —dijo Lily. Cerró el libro que estaba consultando y lo dejó encima de la pila de tomos que tenía delante.

Tennyson se mordió la lengua. Añadir su frustración creciente a la de las tías no

serviría de nada.

—Vamos, corazón, no podemos rendirnos —lo animó Rose, un poco alarmada.

—No nos estamos rindiendo. Solo estamos desmoralizadas —afirmó Violet.

—No creo que puedas hablar por las tres —dijo Rose.

—¿Ah, no? ¿Es que tú te lo estás pasando bien? —preguntó Violet.

Tennyson apenas prestaba atención a su riña. Nada de lo que intentaran, nada de lo que encontraran ayudaría a Kristin. Quién sabía lo que le estaría haciendo Lucas en ese mismo instante. Se le revolvían las entrañas solo de pensarlo. Kristin necesitaba ayuda y él no estaba a la altura; tenía ganas de dar más puñetazos a la pared.

—La magia es demasiado fuerte —dijo Lily, pasando páginas del último libro del montón—. Los hechizos de protección no son poderosos por casualidad, no podemos atravesarlos.

—¿De qué sirve tener poderes mágicos si no podemos usarlos? —preguntó Violet con indignación.

—Oh, querida, no lo dices en serio...

Pero Tennyson había dejado de escuchar.

—¿Y si no usáramos magia?

Las tres mujeres se quedaron en silencio.

—No digas bobadas, Tennyson —contestó una airada Lily—. La casa también está protegida contra los terrenales.

—Es verdad que hay hechizos que evitan que los terrenales se tropiecen con la casa, pero ¿qué pasaría si usáramos una máquina? —dijo Tennyson, empezando a animarse.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Rose, entornando los ojos.

—Ni los terrenales ni los *arcanae* son capaces de encontrar la casa. Pero si usamos un aparato de rastreo, un aparato construido por terrenales, ¿qué nos impide localizarle? —dijo Tennyson, observando a las tres mujeres con impaciencia—. Lucas asume que usaremos magia, pero no tenemos por qué hacerlo. Lucas se cree tan superior a los terrenales que no se le habrá ocurrido pensar en las amenazas de los aparatos terrenales.

—¿Y qué sabemos nosotros de máquinas terrenales?

—Nada. Pero podemos aprender —dijo Tennyson, y esperó a ver cómo reaccionaban las tías.

—Es tan disparatado que puede que funcione —comentó Violet—. Yo voto por que lo intentemos.

Tennyson agarró el teléfono móvil y marcó el número de Zack.

—Zack, necesito ayuda.

—Lo que quieras. Dame un poco de tiempo para dejar a Jake y a Cali en...

—No, lo que necesito es información. ¿Dónde puedo comprar un aparato de rastreo?

—Colega, ¿a quién quieres rastrear?

—A Lucas.

Zack soltó un largo silbido.

—Bueno, tiene teléfono móvil, lo que significa que tiene GPS. Pero identificar su señal y ubicarla va más allá de mis capacidades, tío. Y probablemente sea ilegal.

La emoción de Tennyson se desinfló, aunque Zack continuó.

—Tengo un colega de la universidad que estaba muy metido en esto de los aparatos. Déjame hacer un par de llamadas y te llamo —dijo Zack, y colgó.

La esperanza renació. Las tres mujeres miraban a Tennyson interrogantes, él se encogió de hombros.

—Dice que enseguida llama.

Los segundos pasaron como si fueran minutos, los minutos como si fueran horas. Durante la hora y media que pasaron esperando llamada, Tennyson pensó que le

saldrían canas. Finalmente, sonó el teléfono.

—Le tengo, colega. Este tío es un genio, aunque es todo como muy ilegal. Necesitas cosas rollo citas, órdenes judiciales y todo el percal. No quería hacerlo, pero ha aceptado cuando le he dicho que yo también estaría.

—Perfecto. ¿Cuándo puede venir?

—Dame una dirección y estaremos ahí ipso facto.

Tennyson recitó de un tirón la dirección de la casa en la que estaban alojadas las tías.

—Llego en un momento, tío —dijo Zack antes de colgar.

—Están en camino —informó Tennyson a las tías. Lo que pensó fue «¡más esperas!».

Al cabo de una hora, un hombre con gafas vestido con una camisa blanca arrugada, sin corbata, estaba montando un tercer ordenador portátil sobre la mesa de centro del salón. Cuando Zack les había presentado había dicho que se llamaba Kyle, pero este le había detenido antes de que pudiera revelarles su apellido. Kyle estaba nervioso.

—¿Cómo sé que no usaréis esta información para acosar a alguien? —dijo, subiéndose las gafas con un dedo.

La risa de Lily tintineó alegremente.

—¿Parecemos acosadoras?

—No —respondió Kyle—. Pero esto es...

—Muy ilegal, sí, nos lo has dicho —dijo Tennyson, incapaz de esconder la impaciencia que sentía.

—Tío, confía en mí —dijo Zack con una amplia sonrisa, y le dio una palmada en la espalda—. Esta gente sabe guardar secretos. Confío tanto en Tennyson que dejaría mi vida en sus manos.

Rose se presentó en la habitación con una bandeja.

—He preparado cafés con leche bien cargados para todo el mundo y he horneado un par de cosillas.

Los ojos de Kyle se concentraron en la bandeja.

—¿Madalenas? Mi abuela también solía hacerlas —dijo Kyle. Agarró una taza y le hincó el diente a uno de los dulces—. Estas están más buenas.

—He aquí cómo conquistar a un hombre —le susurró Violet a Tennyson.

Kyle se sentó en el sofá, delante de su improvisado centro informático, con la fuente de madalenas bien cerca.

—Está todo listo. Solo tenéis que llamar a este tipo y mantenerle en línea mientras triangulo su posición.

Tennyson agarró el teléfono móvil de Kristin. Por suerte, no se había roto cuando lo había arrojado contra la pared. Buscó el número de Lucas en la memoria y estableció la llamada. Por un momento, temió que Lucas no contestara; pero entonces oyó su voz.

—Asumo que hablo con Ritter.

—Es imposible engañarte. A no, espera, que ya te hemos engañado antes —dijo Tennyson. Levantó el pulgar en señal de éxito.

Kyle se metió otra madalena en la boca e introdujo el número de Lucas en el primer ordenador. Le devolvió el gesto a Tennyson.

—Y aun así tengo a Kristin —exclamó Lucas—. Parece que no eres tan triunfador como te gusta pensar.

—Por eso llamaba —dijo Tennyson andando por la habitación para poder observar los ordenadores. Las tres pantallas estaban llenas de fluctuaciones, números y letras que corrían a una velocidad demasiado alta para él. Se sacudió mentalmente y se concentró en la conversación—. ¿Qué piensas hacer con ella?

—Eso depende completamente de Kristin. Bueno, tal vez exagero al decir «completamente» —matizó Lucas, y se rio entre dientes. Tennyson cada vez estaba

más enfadado, maldito cretino pomposo.

Tennyson respiró hondo. Era el momento de tentar a Lucas.

—Tengo cierta información que podría interesarte.

—¿No me digas? ¿Y por qué ibas tú a proporcionarme información? —preguntó Lucas. Su incredulidad era palpable incluso por teléfono.

—Digamos que es un gesto de buena fe. Algo con lo que poder contar cuando negociemos la puesta en libertad de Kristin.

—Ah, pero, verás, no pretendo soltar a Kristin.

Kyle levantó un dedo. Habían identificado el primer punto.

—Lo cual es uno de los temas que tenemos que negociar. ¿No sientes curiosidad por la información? —dijo Tennyson, observando las pantallas de nuevo. El intercambio rapidísimo de datos en las otras dos pantallas no había bajado el ritmo.

—No demasiado —respondió Lucas con voz aburrida—. No tengo tiempo para esto, Ritter.

—El Consejo ha encontrado a Ivan Dimitrov.

Por un instante, Tennyson pensó que Lucas le había colgado, pero los números seguían corriendo por los ordenadores.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —dijo Lucas al fin—. ¿Por qué tendría que importarme ese hombre?

—Por nada. El Consejo ha decidido que ya ha sufrido lo suficiente por su pasado y que no van a causarle más molestias —contestó Tennyson, y esperó.

—Repito que no tengo ni idea de por qué debería importarme un completo desconocido —dijo Lucas—. Si no tienes más que decir...

Kyle levantó dos dedos.

Tennyson se apresuró en contestar.

—Kristin ha sido declarada incompetente.

Lucas resopló burlescamente.

—Bufones.

—Me han encargado a mí que la entregue —dijo Tennyson. Notaba las miradas de las tías clavadas en él; sabía que pensaban que estaba revelando demasiado, pero le daba igual lo que supiera Lucas. Necesitaba encontrar a Kristin.

—¿Y pretendes hacerlo? —planteó Lucas. Su pregunta consiguió que Tennyson volviera a concentrarse en la conversación.

—Todavía no lo he decidido. Tengo que pensar en mi futuro. En cualquier caso, quiero que me devuelvas a Kristin —dijo Tennyson, y aguantó el aliento. ¿Se lo creería Lucas?

—Gracias por estas historias tan interesantes, aunque no estoy seguro de por qué me has llamado para contármelas. Tengo a Kristin, el Consejo no la quiere y tú, bueno, tú tienes mucho en lo que pensar. Llámame luego si eres capaz de aclararte las ideas.

—Reynard...

La llamada se cortó.

Tennyson se volvió hacia Kyle.

—Le tengo.

## Capítulo 27

### No te lamentes por los finales, suelen traer nuevos comienzos

Cuando Kristin terminó de sentirse desgraciada, se incorporó en la cama y usó la más que arrugada sábana para secarse las lágrimas y sonarse la nariz. La daba igual que fuera un gesto zafio, tenía cosas más graves de las que preocuparse. Estaba muerta de hambre, y no le vendría mal algo de beber.

Se acercó a la puerta e intentó abrirla. No había esperado que se abriera, pero no perdía nada por probar. Con los puños cerrados, empezó a aporrear la puerta.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Tengo hambre! —gritó. Que estuviese prisionera no significaba que tuviera que ser paciente y educada—. ¡Eh! ¡Panda de cenutrios! ¡Quiero comida!

No podría seguir así mucho rato, pero, hasta entonces, no tenía nada mejor que hacer. Sin dejar de golpear la puerta, Kristin empezó a patear el suelo. Ya puestos a hacerlo, lo haría bien.

No pasó ni un minuto antes de que alguien moviera el pomo de la puerta. Kristin retrocedió, ya que se abría hacia dentro. Lucas entró seguido por una mujer que llevaba una bandeja.

—Kristin, la verdad, este comportamiento no es digno de ti —dijo Lucas. Se hizo a un lado para dejarle paso a la mujer—. Déjalo en la silla.

La mujer obedeció y salió de la habitación. Lucas agarró la silla y la puso al lado de la cama.

—Bueno, no te reprimas, híncale el diente. Sabe Dios que lo has pedido con ganas.

Kristin se sentó al borde de la cama y escudriñó la bandeja. Había un bocadillo de pan de molde cortado con mucho cuidado, rodajas de melocotón y fresas, y galletas saladas con queso; todo sobre piezas de porcelana. Una botella de agua acompañaba la comida.

—No le habrás hecho algo, ¿no?

—Y si así fuera, ¿qué elección tendrías? —dijo Lucas. Su tono civilizado flaqueó un poco.

—Solo preguntaba —exclamó Kristin agarrando el bocadillo; era de pollo con mayonesa y lechuga. No era su favorito, pero sobreviviría. Le dio un mordisco.

—He tenido una conversación telefónica muy interesante con el señor Ritter.

Kristin se atragantó con el bocadillo.

—¿Has llamado a Tennyson? —dijo entre toses.

—Él me ha llamado a mí —aclaró Lucas. Se apoyó en la pared y observó a Kristin—. Me ha informado de ciertos temas que me han parecido fascinantes.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Kristin, frunciendo el ceño.

—Es información relacionada contigo, ¿sabes?

No, Kristin no sabía, pero decidió dejarle hablar. Le dio otro mordisco al bocadillo.

—Por supuesto, he tenido que comprobar la veracidad de sus afirmaciones. Resulta que ha dicho la verdad —dijo Lucas, juntando las manos tras la espalda.

Era obvio que Lucas quería que Kristin le preguntara por lo que había dicho Tennyson, así que estaba determinada a no hacerlo.

—Sí, suele pasar —comentó, y concentró su atención en la comida.

—El Consejo parece pensar que eres un lastre. Quieren encarcelarte.

Kristin volvió a atragantarse. Agarró la botella y bebió varios tragos de agua. Se le deslizó por la garganta dolorosamente.

—¿A mí? ¿Yo soy la criminal aquí? ¿Qué he hecho?

Una sonrisa de feliz ironía atravesó el rostro de Lucas.

—Consideran que tus acciones son alarmistas y destructivas para el bienestar del mundo *arcanae*.

A Kristin le faltaban las palabras, era una locura. La habían sacado de su mundo a rastras sin preguntarle su opinión, ¿y ahora el Consejo pensaba que era un factor perjudicial para su sociedad? Aquí estaba, arriesgando su vida para detener a Lucas, ¿y el Consejo creía que la peligrosa era ella? No era Kristin la que intentaba dominar el mundo. Observó a Lucas.

—No te creo.

—Estás en tu derecho, sin duda. Tennyson mismo ha sido amonestado, le han ordenado que te entregue a las autoridades.

Kristin quería quitarle la sonrisa de la cara.

—Tennyson nunca lo haría.

Lucas se encogió de hombros.

—A mí me ha dicho que todavía no se ha decidido. Tiene que pensar en su posición en el mundo *arcanae*.

No, no era posible. Tennyson no la abandonaría ante el Consejo. La amaba. No la traicionaría, ¿verdad?

De repente, no tenía tanto apetito como había pensado.

—Ahora entiendes la repugnancia que siento por el Consejo. No deberían establecer nuestras normas ni aprobar leyes para gobernarnos. Son incapaces, chapuceros. Ellos son los incompetentes —dijo Lucas, acercándose a Kristin con paso tranquilo—. Tal vez te convenga reconsiderar tu respuesta a mi oferta. Nadie va a superarla.

Un enorme alboroto interrumpió sus pensamientos taciturnos.

—¿Qué ha sido eso?

Lucas frunció el ceño, se dirigió hacia la ventana y apartó las cortinas.

—Imposible. Me dijiste que habían muerto —dijo Lucas. Le dedicó una mirada acusatoria llena de odio y se apresuró a salir de la habitación. Cerró la puerta con un golpe.

Kristin se lanzó hacia la puerta, con la esperanza de que a Lucas se le hubiera olvidado cerrarla con llave. No se le había olvidado. ¿Qué le había alterado tanto? Fue hacia la ventana y miró hacia el exterior; se quedó boquiabierta. Sus tías estaban allí. Kristin buscó el pestillo de la ventana pero, para su desgracia, no había; la ventana estaba sellada.

Las tres mujeres estaban de pie, una al lado de otra, y observaban sonrientes la línea de *arcanae* que corrían por el terreno para enfrentarse a ellas. ¿Sonrisas? Desde la ventana parecían ancianitas inofensivas. Kristin esperaba que supieran lo que se hacían.

En el instante siguiente, sus preocupaciones se desvanecieron; los hombres de Lucas cayeron sobre el camino de piedra. Kristin ahogó un grito de horror, pero enseguida se percató de que todavía respiraban. Estaban acurrucándose los unos contra los otros, apoyando las cabezas en los cuerpos de sus compañeros. Uno de ellos incluso se había metido el pulgar en la boca. Si Kristin no se equivocaba, estaban dormidos.

La tía Violet parecía muy satisfecha de sí misma, y contestó a los comentarios de sus amigas con sus propias ocurrencias. Oh, a Kristin le hubiera encantado escuchar lo que decían. La tía Violet tenía un sentido del humor endiablado.

Lucas se presentó en el camino de entrada. Tenía la cara prácticamente morada de la rabia. Apartó a patadas a los hombres que dormían en el suelo hasta que llegó delante de las tías; levantó la varita. Las tres mujeres le observaban con calma, con sus propias varitas alzadas.

Muy por debajo de los pies de Kristin retumbó una vibración. Al cabo de un momento perdió el equilibrio y salió despedida hacia el suelo. La ventana se agrietó mientras el

edificio temblaba. La madera protestó contra esos movimientos con estallidos, crujidos y gruñidos, creando una cacofonía de desarmonías y ritmos antinaturales. Una fisura abrupta se abrió por encima de la puerta. Kristin intentó levantarse, pero avanzaba hacia la puerta como si estuviera borracha, gracias al suelo que no dejaba de agitarse bajo ella.

La puerta se abrió con una explosión. Tennyson apareció al otro lado, con la varita todavía apuntando la entrada.

—Kristin —exclamó, y entró en la habitación dando tumbos.

Con un grito de alegría, Kristin se lanzó entre sus brazos. De momento no le importaba si Tennyson estaba a punto de entregarla al Consejo, estaba demasiado contenta de verle.

—Tenemos que salir de aquí antes de que Lucas consiga echar la casa abajo —dijo Tennyson. Tomó a Kristin de la mano y agitó la varita, pero no pasó nada.

—Nada de magia —aclaró ella—. En esta habitación, no. Tenemos que salir. —Mientras llevaba a Tennyson hacia la habitación de al lado, la lámpara fue arrancada del techo con un crujido y una viga de madera cayó al suelo.

Llegaron a la biblioteca de Lucas dando traspies. El pergamino estaba en el suelo y la vitrina que lo había protegido estaba hecha pedazos. El tapiz colgaba de una sola esquina, la pared se había agrietado a su alrededor. Intentaron avanzar por la sala, pero el suelo se retorcía bajo sus pies. Una fisura atravesó la superficie. Uno de los lados se elevó y se estrelló contra el otro, envolviéndolo.

Tennyson miró los objetos mágicos que había repartidos por la habitación.

—No hay tiempo —susurró.

Kristin había invocado su varita, y esta se materializó en su mano, como si estuviera volviendo a casa tras un largo viaje. El alivio la recorrió entera.

—¡No podemos transportarnos desde aquí! ¡Tenemos que llegar a otra habitación! —gritó Kristin por encima del estruendo.

Una sacudida violenta recorrió la casa. Tennyson salió despedido contra una pared y Kristin cayó al suelo. La claraboya estalló sobre ella. Gritando, se encogió sobre sí misma; vio que los cristales caían a su alrededor, pero ningún pedazo de cristal afilado la atravesó. Miró hacia Tennyson, y la ferocidad que tenía en los ojos la dejó sin aliento. Tennyson apuntaba la varita hacia ella y había creado una especie de paraguas mágico. El cristal terminó de llover a su alrededor, aunque el edificio continuó balanceándose.

Tennyson se esforzó en alcanzarla.

—Salgamos de aquí antes de que nos quedemos enterrados. —Agarró a Kristin por el brazo y la levantó del suelo. Empezaron a correr hacia el arco de entrada, pero un nuevo temblor les devolvió al suelo.

—La casa no durará mucho —dijo Kristin. Se obligó a levantarse de nuevo, aunque el temblor no cesaba. La esfera de rubí rodó hasta sus sandalias. Kristin la agarró y sintió que el poder fluía hacia ella; la esfera empezó a brillar entre sus manos.

De alguna manera, Kristin sabía que debía salvar esa reliquia. ¿Pero cómo? No podría escapar con la frágil esfera en las manos.

—*Sanctum* —susurró. Y, para su sorpresa, la esfera se desvaneció.

Tennyson la devolvió a la realidad.

—¡Vamos! —gritó. Se lanzaron contra el arco y alcanzaron la parte principal de la casa.

El techo empezaba a caerse a su alrededor. Kristin se agachó y Tennyson la envolvió con los brazos para protegerla de los escombros. Un agujero gigantesco apareció sobre ellos.

—Mira qué práctico —dijo Tennyson, y mandó un chorro de chispas de colores hacia el cielo, a través del agujero recién creado.



—¿Fuegos artificiales?

—Es una señal para que las tías sepan que te tengo —aclaró, sujetándola con más fuerza—. Agárrate fuerte.

El aire se comprimió a su alrededor y la oscuridad la envolvió. Inmediatamente se encontró en una alegre sala de estar. El suelo todavía se movía bajo sus pies, pero sin la violencia del terremoto que habían vivido en casa de Lucas. El temblor paró a los pocos segundos.

Tennyson la sostenía. Kristin le miró a los ojos y no supo qué decir. Odiaba la duda que Lucas había plantado en su interior.

El le devolvió la mirada por unos instantes; entonces, buscó su boca con la suya y, con un gruñido, la besó como si no pudiera soportar no tocarla, como si un centímetro de distancia entre los dos fuera demasiado.

Kristin se deshizo con él y tomó sus besos como si fueran una necesidad vital. En ese momento, por ahora, le daba igual que Tennyson pudiera traicionarla.

—Ejem

Un educado carraspeo interrumpió su reencuentro. Kristin dio un paso hacia atrás y vio a sus tías.

—Hemos visto la señal —dijo Lily.

—Así que sabíamos que habías encontrado a Kristin —añadió Rose.

—Aunque seamos tan asquerosamente oportunas —sonrió Violet.

Las tías abrieron los brazos. Kristin no pudo reprimir un grito de alegría al abalanzarse sobre ellas, y las cuatro se abrazaron.

Con una sonrisa indulgente, Tennyson encendió la televisión. Varios canales ya estaban hablando del terremoto que había afectado la ciudad de San Diego, decían que el epicentro había sido justo al norte de la metrópoli.

—Este terremoto no lo tenía tan controlado. Ha alcanzado la ciudad entera —dijo, y apagó la televisión.

—Tardará días en recuperarse —comentó Lily, sentándose en el sofá—. Esta vez ha utilizado mucha energía.

Rose soltó una risita.

—La verdad es que no hemos sido precisamente amables con él. No ha estado bien incitar su rabia de esa manera.

—Su palacete ha quedado inhabitable, de eso no hay duda —dijo Violet—. Qué gran ejemplo de aquello de tirar piedras al propio tejado.

—No, ya tenía planeado abandonar la casa; desde que me salté sus barreras. Se suponía que era su fortaleza —explicó Kristin, y observó a los demás con curiosidad—. ¿Y bien? ¿Cómo me habéis encontrado?

—GPS —dijo Tennyson.

—¿Qué? —exclamó Kristin con incredulidad.

—Digamos que Lucas ha subestimado el poder de los terrenales de lo lindo —dijo Tennyson. Se sentó en una butaca y se quedó mirando a Kristin.

La ansiedad se apoderó de ella. ¿Acaso estaba esperando a ver si Kristin intentaba escapar?

—Voy a preparar algo de picar —dijo Rose, yendo hacia la cocina—. Tanta magia me ha abierto el apetito. Vosotros seguid con la conversación.

En los siguientes minutos, Tennyson y las tías pusieron a Kristin al día de sus acciones, le contaron cómo habían encontrado la casa de Lucas, cómo habían liderado las tías el asalto frontal y cómo se había colado Tennyson por la parte trasera de la casa. Le describieron el enfrentamiento de las tías con los secuaces de Lucas, y le contaron que Lucas había perdido completamente la compostura al verlas, y que había intentado vengarse de ellas con el terremoto.

—Ha confirmado que Elenka era su madre —dijo Lily—. Nos culpó a las tres por su

encarcelamiento. Supongo que en parte no le falta razón —añadió con un suspiro.

Rose volvió al salón con un plato lleno de bocadillos y otro con galletas.

—Pobre chiquillo desencaminado. Ojalá hubiéramos podido salvarle de la influencia de su madre.

—No me digas que te da pena —exclamó Violet incrédula.

—Tal como es actualmente, no; pero me da pena el niño que fue. Ningún niño debería sufrir como lo hizo él —dijo Rose, y le dio un mordisco a un bocadillo—. Si el Consejo se hubiera encargado mejor de la situación, ahora no estaríamos enfrentándonos a este embrollo.

—Nos habría matado —insistió Violet.

—Si hubiera podido, sí, pero no estaba preparado para enfrentarse a las tres. El terremoto fue una manifestación de su furia. No puedo evitar sentir cierta compasión por él —dijo Rose.

—Pues yo sí que puedo evitarlo —replicó Violet, cruzándose de brazos—. Tenemos suerte de haber podido escapar antes de que se le ocurriera alguna otra idea.

—Me temo que no hemos terminado con él —susurró Lily, sacudiendo la cabeza.

—Tiene los obsequios de Merlín —dijo Tennyson en voz baja.

Las tres mujeres se quedaron inmóviles. El silencio, lleno de preguntas no pronunciadas, duró algunos momentos.

—¿Estás seguro? —dijo Lily al fin.

—No he tenido ocasión de examinarlos, pero he visto el tapiz y el cayado. Y Jake describió una bola roja.

—Santo cielo —exclamó Rose, cada vez más pálida.

La bola roja, ¿se refería a la esfera de rubí? Kristin escudriñó a los cuatro *arcanæ*.

—¿Qué son estos obsequios?

—Una leyenda, aunque ya no estoy tan seguro —dijo Tennyson, sacudiendo la cabeza—. Supuestamente, Merlín dejó tres obsequios a las hadas madrinas. Tres objetos poderosos que, usados en conjunto, podrían cambiar el curso de la historia. No conozco más detalles; sabrá más cuando pueda consultar el *Lagabóc*. Si es que me dejan consultarlo.

—Pero si Lucas tiene los tres... —Rose no pudo terminar la frase.

—No los tiene —dijo Kristin. Extendió la mano y se concentró. La esfera apareció en su mano, brillando con suavidad.

Los cuatro se quedaron en silencio, mirando el objeto fijamente.

—Creo que el Consejo hace bien en temerte —dijo Violet, rompiendo el silencio.

Kristin miró a Tennyson.

—Lucas dijo que el Consejo cree que soy una criminal.

—Me temo que es verdad, cariño —aclaró Rose—. Han decidido....

—Idiotas insensatos —comentó Violet.

—... que no eres lo suficientemente competente para ocupar la posición de hada madrina.

Kristin se volvió hacia Tennyson una vez más.

—Se supone que tienes que entregarme.

—¿Pensabas que lo haría? —dijo Tennyson escudriñándola.

—Bueno, Lucas dijo que tienes una buena posición en el mundo *arcanæ*, y que asociarte conmigo sería...

Tennyson se levantó de un salto, avanzó hacia Kristin a grandes zancadas y la envolvió en un abrazo. Su beso la hizo callar. Tennyson le mordisqueó el labio, queriéndola obligar a confiar en él, mandándole su amor.

Las tías suspiraron al unísono.

Tennyson se separó de Kristin con una carcajada.

—Te lo demostraré con más claridad cuando no tengamos público —dijo, y sacudió la

cabeza—. Debo admitir que le di a Lucas la impresión de que todavía no me había decidido, pero ya sabía cuál era mi lugar. Luchando a tu lado. El Consejo puede irse al infierno.

—Te he convertido en un criminal —dijo Kristin con los ojos llenos de lágrimas.

—No, solo en un canalla —matizó Tennyson con una sonrisa pícaro.

—Y ya nos puedes incluir a nosotras. También somos canallas —dijo Violet.

—Ahora toma un bocadillo, corazón —recomendó Rose, dándole uno—. Prueba este, es de pavo y queso suizo. Tu favorito.

Kristin observó el bocadillo y el estómago se le revolvió.

—¿Cómo puedo comer si vivo fuera de la ley?

—Tienes que conservar fuerzas para la batalla contra Lucas —dijo Lily—. Lo único que hemos hecho es dejarle sin mansión. Sigue ahí fuera, planeando una revolución; y a juzgar por la cantidad de hombres que tenía en su casa, no está solo.

—Y nosotros tenemos un ejército de cinco personas —añadió Kristin. No pudo evitar reírse ante la futilidad de la situación.

—Se te olvidan Cali y Zack. Somos siete —añadió Tennyson, sonriendo travieso.

—No, somos nueve —dijo Rose.

—Si contamos a las otras dos hadas madrinas —exclamó Lily.

—Asumiendo que podamos contar con ellas —añadió Violet.

—Seguro que sí —dijo Lily—. Por algo son las elegidas. No aceptarían las bobadas del Consejo.

—Cierto —musitó Violet, asintiendo—. Siempre les he tenido cariño a esas dos muchachas.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Kristin.

—Las otras dos hadas madrinas, por supuesto. Vosotras tres —dijo Lily.

Kristin levantó una mano.

—Un momento, ¿nosotras tres? ¿Qué otras hadas madrinas?

—¿Es que no prestaste atención a la lista que te dejamos? —preguntó Violet.

—Esto... ¿Qué lista?

—En la parte de atrás de la lista de normas que te dejamos impresa. Te dijimos que pronto elegirían a dos más, para que no te sintieras tan sola mientras descubrías tus poderes —dijo Lily.

—No ha estado sola —sonrió Tennyson, abrazándola con más fuerza.

—Ya lo sabemos, corazón, pero hay un cierto vínculo entre hadas madrinas —dijo Rose.

—No sé cómo decíroslo, pero no me dejasteis ninguna lista —aclaró Kristin.

—Pues claro que sí —dijo Lily, haciendo un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto—. Rose la escribió en el ordenador...

—No, yo hice sus galletas favoritas. Hablamos de lo que incluiríamos y el título fue idea mía, pero yo no lo pasé al ordenador. Violet tenía que hacerlo.

—Yo no, uso el teclado con dos dedos, habría tardado semanas en terminar. Pensaba que Lily iba a ocuparse de ello.

—Oh, vaya —dijo Lily—. ¿No le dejamos las normas?

—Eso parece —respondió Violet, mordisqueándose una uña.

Las tres mujeres intercambiaron miradas de desasosiego y se volvieron hacia Kristin, con actitud arrepentida.

—Ahora no importa —dijo Kristin—. Tenemos que hacer una lista. ¿Alguien tiene papel?

Tennyson se echó a reír y, con un movimiento de la varita, hizo aparecer un bloc de notas y un bolígrafo.

Kristin tenía las manos llenas; miró la esfera.

—*Sanctum* —susurró, y la esfera roja desapareció.

—Increíble —dijo Rose.

—Bueno, al fin y al cabo es una singular —comentó Tennyson, con la voz llena de orgullo.

—De acuerdo, tenemos que averiguar todo lo posible sobre estos obsequios, tenemos que encontrar el escondite de Lucas —dijo Kristin mientras escribía—. Y necesito los nombres de las otras dos hadas madrinas. ¿Qué más?

—Si Lucas es el hijo de Elenka, ¿quién es el Ivan Dimitrov que el Consejo encontró en Inglaterra? —preguntó Tennyson.

—No lo sabemos —dijo Lily, con un brillo en los ojos—. Pero Inglaterra sería un destino precioso para una luna de miel.

Kristin se ruborizó y notó calor en las mejillas, aunque sonrió mientras seguía tomando apuntes.

—No te emociones, Lily. Esto no es un cuento de hadas.



Varias horas más tarde, cuando ya se habían puesto de acuerdo con los planes iniciales, Kristin y Tennyson se despidieron de las tías. Vagarían por el mundo durante una temporada, intentando eludir a Lucas y al Consejo. El tiempo le daría a Kristin un mejor dominio de su magia, que necesitaría para volver a enfrentarse a Lucas. Esa noche, Tennyson y ella se alojarían en un acogedor hostel en la costa; pero antes él quería ir a casa a por algunas cosas. A su casa. Tennyson trasladó a Kristin al interior de su hogar.

—No puedo creer que no te haya traído antes —dijo él, encendiendo las luces. Fue hacia una estantería y extrajo dos libros. Hojeó primero uno y luego el otro, y los metió en una maleta que acababa de materializar a su lado con un gesto de varita.

Kristin recorrió la sala de estar. Conocía el lugar. Ya había estado allí dos veces. Aunque entonces no había sabido que era la casa de Tennyson.

—¿Por qué no podemos quedarnos aquí?

—Hay demasiada gente que sabe dónde vivo. A diferencia de Lucas, yo sí que permitía visitas —dijo, y se dirigió al piso de arriba.

Kristin miró hacia arriba mientras Tennyson desaparecía de su vista. Conocía el dormitorio. Tenía un amplio ventanal que daba al patio trasero y al océano. No le hacía falta seguirle para saberlo. Lo había visto dos veces.

A casa. Dos veces se había aparecido concentrándose en esas palabras, y dos veces había terminado en aquel lugar. Pasó los dedos por la barandilla mientras esperaba a Tennyson. A casa. Estaba en casa.

—¿Quieres ver el resto de la casa? —gritó Tennyson desde el piso de arriba—. Puedes instalarte aquí en cuanto hayamos solucionado todo este lío.

Así lo haría, Kristin se lo prometió a sí misma. Algún día vivirían allí los dos juntos, y realmente sería su casa. Pero de momento le bastaba con saber que su casa la estaba esperando. No solo en ese edificio, sino en cualquier sitio en el que estuviera Tennyson.

—Claro —dijo, y subió las escaleras.

Otros títulos de la serie *Tiempo de transición*

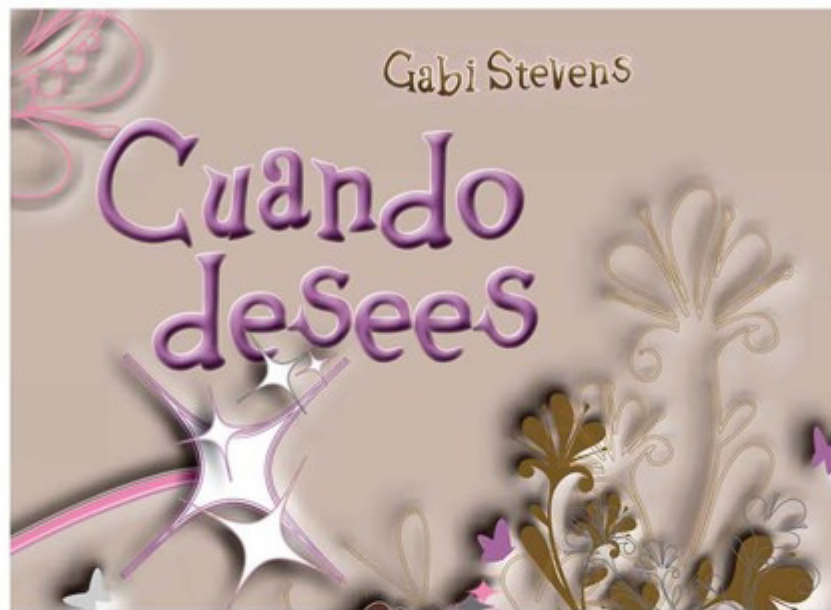


## *Como desees*

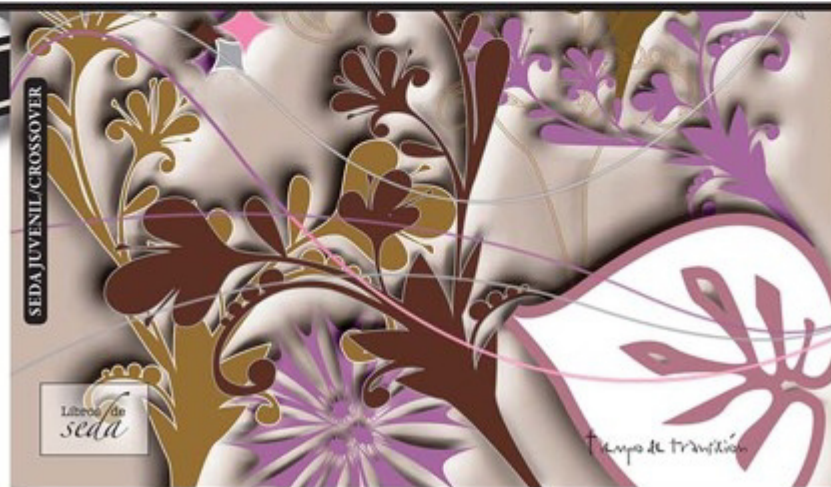
Nacida en una familia de magos, Reggie Scott se conforma con llevar una vida de humana normal y corriente. Sin embargo, esa vida tranquila se le acaba cuando la informan de que ha sido elegida para ser hada madrina. Eso le ocasiona más de un problema, pues tiene que aprender a utilizar unos poderes que no sabe controlar. Se enfrenta a una maldición, un complot para derrocar a los arcanae y, a la vez, a una madre demasiado optimista. Y todo en pocos días.

Jonathan Bastion es un hombre rico y poderoso que guarda un secreto peligroso. Desea con desesperación que los poderes de Reggie resuelvan su problema, pero no tiene ninguna influencia sobre ella que le pueda ayudar a conseguir su objetivo. Para colmo, lo último que espera es que la presencia de Reggie le afecte tanto como lo hace. Su honor, su honestidad y su fuerza pronto se abrirán paso en su corazón, de apariencia insondable.

Un peligro que proviene de las filas de los arcanae se cierne sobre ellos. Jonathan acabará por darse cuenta de que lo que en un principio era una estratagema para hacer que Reggie lo ayudara se ha convertido en una batalla por mantenerla a salvo... en sus brazos.



Muy pronto en tu librería



Y muy pronto en tu librería, el tercer libro de la trilogía:

## *Quando deseas*

Stormy-Jones Smythe es una artista de espíritu libre hija de unos magos excepcionales pero que nunca mostró ningún tipo de poder mágico. Cuando tres hadas madrinas se plantan en la puerta de su casa y le dicen que ella también lo es, no sale de su asombro.

Para evitar que Stormy se convierta en un hada madrina despistada, el Consejo le asigna un protector, Hunter Merrick. Stormy se da cuenta muy pronto de que no le resultará fácil escapar a la vigilancia de Hunter aunque... no tardará mucho en advertir que en realidad, no le apetece mucho. Sin embargo, su libertad depende de su habilidad para sacar a la luz el complot tramado contra las hadas madrinas, lo que significa que debe aprender a controlar su magia.

A pesar de la creciente química entre ambos, Hunter es totalmente fiel al Consejo y procura evitar que Stormy haga lo que planea. Pero no contaba con la irresistible pasión por la vida de la joven hada. No pasará mucho tiempo para que Hunter empiece a dudar y no sepa de qué lado está... o si no es capaz de controlar a Stormy por mucho que lo intente.





[librosdeseda.com](http://librosdeseda.com)



[facebook.com/librosdeseda](https://facebook.com/librosdeseda)



[twitter.com/librosdeseda](https://twitter.com/librosdeseda)

**Libros de Seda** nace de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales del mundo del libro con la intención de ser un referente dentro de la novela romántica y juvenil en español y hacer llegar a sus lectores obras de calidad.

Novelas contemporáneas, históricas, eróticas, de aventuras... seleccionadas con esmero para satisfacer los diversos intereses y sensibilidades de los lectores con dos sellos diferenciados: **Seda romántica** y **Seda juvenil**.

Estaremos encantados de recibir todos los comentarios y sugerencias por vuestra parte que nos sirvan para mejorar en este propósito.



**GABI STEVENS** nació en el sur de California, hija de padres húngaros. Después de pasar por un internado, la universidad y estudiar en el extranjero, pasa los días dando clase en un instituto e intentando que sus alumnos disfruten de la literatura tanto como ella. Sus tardes están llenas de aventuras, imaginación y mundos fantásticos que ella misma crea con ayuda de su ordenador. Premiada en varias ocasiones, Gabi escribe en Nuevo México, donde vive con su marido, ingeniero en robótica, sus tres hijas y sus dos perros. Le encanta jugar y siente una perversa adicción por la lectura. Evita siempre que puede el trabajo doméstico y tampoco le gusta cocinar. Lo que sí le gustaría es viajar más, algo que hace con mucha menos frecuencia de lo que le gustaría.